

43 2005



Política **y S**ociedad

Escuela de Ciencia Política

Universidad de San Carlos de Guatemala

POLÍTICA Y SOCIEDAD

Nº 43

VI ÉPOCA

2005

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
ESCUELA DE CIENCIA POLITICA

CONSEJO DIRECTIVO

DIIRECTOR: LIC. FERNANDO MOLINA MEZA

VOCAL I: LIC. JORGE DE JESÚS PONCE REYNOSO
VOCAL II: LICDA. BLANCA CASTELLANOS CALDERÓN DE PONCIANO
VOCAL III: LICDA. VILMA YOLANDA MASAYA ASENSIO
VOCAL IV: BR. LUIS EDUARDO ANLEU ZEISSIG
VOCAL V: BR. RANFERI MONTUFAR
SECRETARIA ACADEMICA: LICDA. INGRID NOHEMI GILL LEIVA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES POLITICAS Y SOCIALES

COLECTIVO DE INVESTIGADORES

CRISTHIANS MANOLO CASTILLO FOLGAR
CINDY MARLENE GARCIA BENITEZ
JULIO ANTONIO OXLAJ CUMEZ
CRISTOPHER ALBERTO PEREZ SOTO
WENDY MELINA RODRIGUEZ ALVARADO

DIRECTOR: CARLOS F. OCHOA GARCÍA

POLÍTICA Y SOCIEDAD
FUNDADA EN 1976

CONSEJO EDITORIAL: RAUL ZEPEDA LÓPEZ, JULIO PINTO SORIA, CARLOS F. OCHOA,
CARMEN REYNA ARAGÓN

EDITOR: JUAN CARLOS GUZMÁN MORÁN

IMAGEN EN PAGINAS INTERIORES: ALFONSO BAUER PAIZ

POLÍTICA Y SOCIEDAD ES EDITADA POR EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
POLÍTICAS Y SOCIALES DE LA ESCUELA DE CIENCIA POLÍTICA.

EDIFICIO M-5, SEGUNDO NIVEL, OF. 219, CIUDAD UNIVERSITARIA ZONA 12, CIUDAD DE
GUATEMALA, GUATEMALA
CORREO ELECTRÓNICO: IIPSCP@USAC.EDU.GT
TELEFAX (502) 476 9914
WWW.USAC.EDU

Política y Sociedad No. 43

INDICE

DESAFIOS Y PERSPECTIVAS DE LA IZQUIERDA

Presentación

SOCIALISMO EN UN MUNDO GLOBAL

Una izquierda con futuro / Boaventura de Sousa Santos	6
El socialismo como proceso de luchas / Tomas Moulian	22

IZQUIERDA LATINOAMERICANA

A dónde va la izquierda en Latinoamérica / Marcelo Colussi	30
La emergencia crítica de los sujetos en Latinoamérica / Sergio Tischler	57
El movimiento social ante la crisis del capitalismo. América Latina hacia una alternativa / Wim Dierckxsens	62
Crisis y reconstrucción de los partidos políticos / Nils Castro	88
Bolivia: la construcción del capitalismo andino o los límites de los movimientos sociales / Jorge Lora Cam	94

DESAFIOS DE LA IZQUIERDA EN GUATEMALA

Los partidos políticos de izquierda en Guatemala (1920-2005) / Alfonso Bauer Paiz	122
La izquierda guatemalteca: estado actual, desafíos y perspectivas / Ricardo Rosales Román	144
¿La izquierda desarmada? rearmar a la izquierda / Nery R. Villatoro Robledo	164
Moderada pero transformadora: por un nuevo rostro en la izquierda guatemalteca/ Alvaro Velásquez	180

RESEÑAS

Nils Castro. (2005). Las izquierdas latinoamericanas: Observaciones a una trayectoria. Fundación Friedrich Ebert. Panamá: Editora Novo Art. 120 pp./ Carlos Ochoa García	190
Moulián, Tomas. (2001). El socialismo del siglo XXI La quinta vía. Santiago de Chile: LOM, Colección Escafandra. / Raul Zepeda	193

Presentación

La Revista Política y Sociedad cumple con esta edición 29 años de fundada. Es el testimonio de una época y ha sido un espacio para el abordaje de importantes problemáticas de la realidad socio-política nacional y latinoamericana. Los números N° 43 y N° 44 se dirigen al tema "Condiciones, desafíos, procesos y proyecto alternativo de la izquierda latinoamericana, y especialmente guatemalteca, en el contexto que imponen las tendencias globales del siglo XXI".

Muchas son las inquietudes y motivaciones que fundamentan esta iniciativa. Por un lado, tenemos las renovadas acciones de organizaciones y movimientos sociales que ante los límites impuestos y la incapacidad manifiesta del sistema político para atenderlos, reclaman la consolidación de un proyecto político alternativo. Por otro lado, tenemos la creciente articulación de organizaciones de defensa de un arco amplio de derechos, derechos de la mujer, del niño, de los pueblos indígenas, derechos de auto expresión, derechos post individuales reclamados por movimientos como los ecologistas, los derechos post nacionalistas como la defensa del Estado de Derecho y contra la impunidad. Todo ello en contextos políticos que evidencian los intereses de las iniciativas nacionales de las derechas políticas que intentan bloquear lo que el reconocimiento de un derecho supone: que el estado asuma la defensa de ese derecho.

Ahora bien, las interrogantes que hemos dirigido a nuestros colaboradores han sido muchas. Pero el tema de lo que entendemos por identidad de la izquierda en los tiempos actuales, no solo ha sido la cuestión más comentada, sino a la cual se da gran cantidad de respuestas, y de lo dicho se infiere que la izquierda debe asumir una política plural.

Pero hablar hoy de identidad y compromiso hace necesario replantear cuestiones de renovación, respeto y de nuevas prácticas. En el caso de la renovación, ¿cuál es la herencia del pasado que la izquierda puede aprovechar y cuáles las renuncias, autocríticas y rupturas obligadas, necesarias? En el caso del compromiso, ¿Se trata de un proyecto organizado en función de la inserción al sistema político vigente, electorero, de una izquierda monolítica o plural? Y en tal sentido, ¿tiene validez el fortalecimiento del pensamiento socialista y de qué tipo? ¿Qué hacer y cómo empezar a caminar y seguir en la ruta con utopías del siglo XXI?

Poner por escrito nuestras respuestas a estas interrogantes implica abandonar los resabios de la clandestinidad, el miedo, y los límites de las identidades excluyentes. Más que hacer un balance de nuestras experiencias históricas, Política y Sociedad quiere hacer en estos dos números un ejercicio de proyección del futuro.



**Socialismo en
un mundo global**

UNA IZQUIERDA CON FUTURO

Boaventura de Sousa Santos

La relación fantasmagórica entre teoría y práctica

La distancia entre las prácticas de la izquierda latinoamericana y las teorías clásicas de izquierda es hoy mayor que nunca. En el momento actual, tal vez ésta sea la característica principal de la izquierda latinoamericana. Del mexicano Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) al gobierno brasileño del Partido de los Trabajadores (PT), de los piqueteros argentinos al movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) brasileño, de los movimientos indígenas de Bolivia y Ecuador al Frente Amplio del Uruguay, del Foro Social Mundial (FSM) hasta Hugo Chávez, nos encontramos con prácticas políticas que, en general, se reconocen como de izquierda, pero que, en su conjunto, o no fueron previstas por las principales tradiciones teóricas de la izquierda latinoamericana o incluso se contradicen con ellas.

De esta ceguera recíproca de la práctica en relación con la teoría y de la teoría en relación con la práctica se produce, por un lado, una subteorización de la práctica y, por el otro, una irrelevancia de la teoría. Es decir, de la ceguera de la teoría resulta una invisibilidad de la práctica, mientras que de la ceguera de la práctica resulta una irrelevancia de la teoría. Este desencuentro recíproco origina, en el lado de la práctica, una oscilación extrema entre la espontaneidad revolucionaria y un posibilismo autocensurado hasta la inocuidad y, en el lado de la teoría, un vaivén igualmente extremo entre un afán reconstructivo post factum y una indeferencia arrogante ante todo lo que no acoge la teoría. En estas condiciones, la relación entre teoría y práctica, que todavía sigue existiendo, asume características inéditas. Por un lado, la teoría deja de estar al servicio de las prácticas futuras que puede contener en potencia para dedicarse a ratificar (o no) prácticas pasadas que emergieron por fuera de la teoría. Deja de ser orientación para convertirse en legitimación. Por otro lado, la práctica se autojustifica recurriendo a una amalgama teórica construida en función de las necesidades del momento, constituida por conceptos y lenguajes heterogéneos que, desde el punto de vista teórico, no pasan de ser racionalizaciones o ejercicios de retórica

oportunistas. Desde el punto de vista de la teoría, un bricolage teórico nunca es teoría. Desde el punto de vista de la práctica, la teorización a posteriori es parasitismo.

De esta relación fantasmagórica entre teoría y práctica se siguen tres hechos políticos decisivos para comprender la situación actual de la izquierda latinoamericana. El primer hecho es que nunca fue tan grande la discrepancia entre las certezas del corto plazo y las incertidumbres del medio y largo plazo. Domina por ello un comportamiento estratégico que puede ser, tanto revolucionario como reformista. Este comportamiento táctico también ha estado condicionado por las certezas y las metamorfosis del adversario de la izquierda. En las tres últimas décadas, el capitalismo neoliberal ha llegado a imponer la sujeción de las relaciones sociales a las de valor hasta un extremo impensable hasta hace poco. El empeoramiento brutal de la explotación y de la exclusión y, por consiguiente, de las desigualdades sociales, mediante el desmantelamiento de los mecanismos políticos y jurídicos de la regulación, que parecían irreversibles algún tiempo atrás, confiere a las luchas de resistencia un carácter de urgencia que permite convergencias amplias en los objetivos a corto plazo -desde las privatizaciones salvajes a la Organización Mundial del Comercio (OMC)-, sin que se tenga que aclarar si la lucha es contra el capitalismo en general o, por el contrario, contra este capitalismo en nombre de otro que le es sustancialmente extraño. Esa ocultación no es un problema nuevo. Por el contrario, recorrió la izquierda a lo largo de todo el siglo XX. Hoy asume, sin embargo, una intensidad nueva.

El ímpetu del capitalismo neoliberal es hasta tal punto avasallador que puede hacer pasar por lucha contra éste lo que no es sino connivencia. Además, la incertidumbre del largo plazo presenta también ahora una nueva dimensión: no se tiene siquiera la certeza de que exista el largo plazo. Es decir, la incertidumbre del largo plazo es de tal orden que deja de organizar los conflictos dentro de la izquierda. A la luz de ello, el corto plazo se prolonga y es, a veces, a partir de las certezas y de las urgencias del corto plazo que se dan las polarizaciones políticas concretas. Si, por un lado, la pérdida de credibilidad del largo plazo favorece el comportamiento estratégico, impide, por otro, que las polarizaciones sobre el perfil de largo plazo interfieran con las polarizaciones del corto plazo. Es decir, permiten una apertura total al futuro sobre los que se construyen los consensos. Si hasta hace poco eran fuertes los disensos sobre el largo plazo, estando las energías de convergencia concentradas en el corto plazo, hoy, con la pérdida de credibilidad del largo plazo, los desacuerdos fuertes se dan en el corto plazo, donde están las certezas. Y las certezas, por ser diferentes para los distintos grupos, son la base de fuertes desacuerdos. La incertidumbre progresiva, y, por lo tanto, la apertura de largo plazo, se expresa en el tránsito de la certeza del futuro socialista, como resultado científico del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, en Marx, a

la dicotomía socialismo o barbarie, formulada por Rosa Luxemburgo, y después a la idea de que “es posible otro mundo” que preside el FSM. Entre ellas, existen muchas transiciones intermedias.

El largo plazo fue siempre el horizonte de la izquierda. En el pasado, cuanto mayor era la diferencia de ese horizonte en relación con el panorama del capitalismo en el presente, más radical era la concepción de la vía de actuación. De ahí surgió una grieta entre revolución y reforma. Hoy en día esa grieta ha sufrido una erosión paralela a la del largo plazo. Continúa existiendo, pero ha dejado de tener la consistencia y las consecuencias que tenía. Como significativo, esta distinción es relativamente flexible y sujeta a apropiaciones contradictorias.

Hay procesos reformistas que parecen revolucionarios (Hugo Chávez) y procesos revolucionarios que parecen reformistas (zapatistas) e incluso procesos reformistas que ni siquiera parecen reformistas (gobierno del PT). El segundo hecho, que se ocasiona a partir de la relación fantasmagórica entre la teoría y la práctica, es la imposibilidad de un balance consensuado sobre el desempeño de la izquierda. Si para algunos la izquierda padece el retroceso de la lucha de clases desde los años setenta, para otros este período ha sido un lapso rico en innovación y en creatividad durante el cual la izquierda se renovó mediante nuevas luchas, nuevas formas de acción colectiva, nuevos objetivos políticos. Ha habido un retroceso, ciertamente, pero de las formas clásicas de organización y acción política, y fue gracias a ese declive que surgieron nuevas formas de organización y de acción política.

Para los que defienden la idea de un retroceso general, el balance es negativo y las supuestas novedades resultan del desplazamiento que padecen las luchas por objetivos esenciales (la lucha de clases, en el ámbito de la producción) en beneficio de las luchas por objetivos secundarios (identitarios, en el ámbito de la reproducción social). Se trataría de concesiones al adversario por más radicales que sean sus discursos de ruptura. Para los que defienden la idea de la innovación y de creatividad, el balance es positivo porque se romperían los dogmatismos bloqueantes, porque se ampliarían las formas de acción colectiva y las bases sociales que las sustentan y también sobre todo porque las luchas, por su forma y su ámbito, permitirían revelar nuevas vulnerabilidades del adversario.

En esta disputa sobre el balance de los últimos treinta años, ambas posiciones recurren a la falacia de los pasados hipotéticos, sea para mostrar que si la apuesta por la lucha de clases se hubiera mantenido, los resultados habrían sido mejores; sea para mostrar, por el contrario, que sin las nuevas luchas los resultados habrían sido peores. El tercer hecho que se sigue de la relación fantasmagórica entre teoría y práctica es el nuevo extremismo teórico. Se trata simultáneamente

de polarizaciones mucho más enormes y mucho más irrelevantes de las que caracterizaron las disputas teóricas de izquierda hace treinta años. A diferencia de aquéllas, estas últimas polarizaciones actuales no están directamente vinculadas con formas organizativas y estrategias políticas concretas. Comparadas con las disputas más recientes, las posiciones extremas de las disputas anteriores parecen hoy menos distantes entre sí, aunque de la opción por unas o por otras resultaran consecuencias mucho más concretas en la vida de las organizaciones, de los militantes y de las sociedades. Son tres las dimensiones principales del actual extremismo teórico.

Sobre los sujetos de la transformación social la polarización es entre una subjetividad histórica bien delimitada, una clase obrera y sus aliados, por un lado, y las subjetividades indeterminadas y sin límites, ya sean las de todos los oprimidos, las “personas comunes, por tanto, rebeldes o la multitud. Hasta hace treinta años la polarización ocurría “sólo” acerca de la delimitación de la clase obrera (la vanguardia industrial frente a los sectores retrógrados), en la definición de los aliados, fueran ellos los campesinos o la pequeña burguesía, o en la transición de la clase en sí hacia la clase para sí. En lo que respecta a los objetivos de la lucha social, la polarización es entre la toma del poder y el rechazo total del concepto de poder, es decir, entre el estatismo y el antiestatismo más radicales. Hasta hace treinta años, la polarización se daba acerca de los medios para tomarse el poder (lucha armada frente a lucha institucional) y de la naturaleza y objetivos del ejercicio del poder después de su toma (democracia popular/dictadura del proletariado frente a democracia representativa).

En el dominio de la organización, la polarización es entre una organización centralizada entorno a la forma de partido y la ausencia total de centralismo e incluso de toda organización que no sea la que surja espontáneamente del curso de la acción colectiva por iniciativa de los propios actores en su conjunto. Hasta hace treinta años, se daba una polarización entre partidos comunistas y partidos socialistas, entre partido único y sistema multipartidista, con respecto a la relación entre partido y masas o con respecto a la forma organizativa del partido obrero (centralismo democrático frente a descentralizado y derecho de disidencia).

Estamos frente a polarizaciones de otro tipo, frente a posiciones nuevas y más extremas. No significa que las polarizaciones anteriores hayan desaparecido: tan sólo han perdido la exclusividad y la centralidad que tenían. Las nuevas polarizaciones no dejan de tener consecuencias en el seno de la izquierda, pero son ciertamente más difusas que las de períodos anteriores. Esto se debe a dos factores. Por un lado, a la ya referida relación fantasmagórica entre la teoría y la práctica, que hace que esta última quede relativamente inmunizada con respecto a las polarizaciones teóricas o ante un consumo de la teoría selectivo e instrumental.

Por otro, los actores en posiciones extremas no se disputan las mismas bases sociales, no se movilizan por los mismos objetivos de lucha y tampoco militan ni en las mismas organizaciones ni en organizaciones rivales, por lo que los enfrentamientos en el seno de la izquierda se parecen más a vidas paralelas.

Estas disyuntivas tienen, por lo tanto, una consecuencia importante: vuelven difícil la aceptación de la pluralidad y de la diversidad e imposible la conversión de ellas en motor de nuevas formas de lucha, de nuevas coaliciones y articulaciones. Es una consecuencia importante, sobre todo teniendo presente que las posiciones extremas en las nuevas polarizaciones sobrepasan el universo de la cultura de izquierda tout court. Estamos frente a universos culturales, simbólicos y lingüísticos muy distantes, y sin contar con un procedimiento de traducción entre ellos, no será posible conseguir una inteligibilidad recíproca. Si en uno de los lados se habla de lucha de clases, correlación de fuerzas, sociedad, Estado, reforma, revolución, en el otro se habla de amor, dignidad, solidaridad, comunidad, rebeldía, emociones y afectos, transformación de subjetividad, de “un mundo donde quepan todos los mundos”. Se trata de una fractura cultural y también de una fractura epistemológica que tienen una base sociológica en la aparición de actores colectivos provenientes de culturas subalternas, indígenas, afroamericanas y feministas que durante todo el siglo XX fueron desdeñadas, cuando no hostigadas, por la izquierda clásica.

La izquierda del siglo XXI: pluralidades despolarizadas

¿Es posible una síntesis entre las posiciones extremas de las nuevas polarizaciones o rupturas dentro de la izquierda latinoamericana? Pienso que no y si fuera posible, no sería deseable. La búsqueda de una síntesis requiere una idea de totalidad que reconduzca la diversidad a la unidad. En mi opinión, ninguna totalidad puede contener la inagotable diversidad de prácticas y teorías en la izquierda latinoamericana de hoy en día. En vez de síntesis, pienso que es necesario buscar pluralidades despolarizadas. Se trata de invertir una tradición fuertemente enraizada en la izquierda que se afirma a través de la idea de que politizar las diferencias equivale a polarizarlas. Al contrario propongo que la politización se venga a dar por la vía de la despolarización. Consiste en dar la prioridad metateórica a la construcción de coaliciones y articulaciones en torno a prácticas colectivas concretas discutiendo las diferencias teóricas en el ámbito exclusivo de esa construcción. El objetivo es hacer del reconocimiento de las diferencias un factor de agregación y de inclusión, para eliminar la posibilidad de hacer imposibles las acciones colectivas por causa de ellas y crear así un contexto de disputa política colectiva en el que el reconocimiento de las diferencias vaya a la par con el reconocimiento de las semejanzas. Esto es, se trata de crear contextos de debate en el que el impulso hacia la unidad y la semejanza tenga

la misma intensidad que el que hay hacia la separación y la diferencia. Las acciones colectivas orquestadas mediante las pluralidades despolarizadas suscitan una nueva concepción de unidad de acción, en la medida en que la unidad deja de ser la expresión de una voluntad monolítica para pasar a ser el punto de encuentro más o menos amplio y duradero de una pluralidad de voluntades.

La concepción de pluralidades despolarizadas contraría todos los automatismos de disputa política en el seno de la izquierda. No será por ello fácil de aplicar. A favor de esta acción militan dos factores importantes. El primero es el actual predominio del corto plazo sobre el largo plazo, al que me referí anteriormente, con la consecuencia de que el largo plazo nunca condicionó tan poco el corto plazo. En el pasado, en la medida en que el largo plazo fue el gran factor de polarización política en el seno de la izquierda, el corto plazo siempre que se consiguió con alguna autonomía en relación con el largo plazo, desempeñó un papel despolarizado. A la vista de ello, el comportamiento táctico que surge del predominio actual del corto plazo puede facilitar el acuerdo para la prioridad matemática a las acciones colectivas concretas y así discutir la pluralidad y la diversidad en su contexto y sólo en él. En el corto plazo, todas las acciones revolucionarias son potencialmente reformistas y todas las acciones reformistas pueden llegar a escapar del control de los reformistas. La concentración en las certezas y urgencias del corto plazo no implica, por consiguiente, sólo el abandono del largo plazo, implica también que este consiga con una apertura suficiente para incluir consensos difusos y silencios cómplices. La apertura del largo plazo puede funcionar como propiciadora de la despolarización. El otro elemento favorable a la construcción de pluralidades despolarizadas es el reconocimiento -hoy evidente después del levantamiento de los zapatistas y del Foro Social Mundial- de que la izquierda es multicultural, lo que implica que las diferencias que la dividen superan los términos políticos en que se formulan normalmente. En éstas subyacen diferencias culturales que una “verdadera” izquierda no puede dejar de reconocer, ya que no tendría sentido luchar por el reconocimiento y el respeto de las diferencias culturales ‘ahí afuera’, en la sociedad, y no reconocerlas ni respetarlas “en casa”. Así, encontramos un contexto ya creado para actuar bajo el presupuesto de que las diferencias no se eliminan mediante resoluciones políticas; más bien, tenemos que convivir con ellas y convertirlas en un factor de enriquecimiento y de fuerza colectiva.

Ahora se analizarán con algún detalle los campos y los procesos de construcción de las pluralidades despolarizadas. Como se trata de un proyecto de renovación política, tal vez sea bueno comenzar por identificar las señales de renovación que se han venido detectando en la izquierda latinoamericana. De hecho, el proyecto de las pluralidades despolarizadas sólo se propone ampliar esas señales, haciéndolas fructificar en la construcción de nuevas y más eficaces

acciones colectivas y en una nueva y más inclusiva constelación de culturas políticas de izquierda. Sin pretender ser exhaustivos, identifico cuatro grandes señales de renovación en las últimas tres o cuatro décadas en otras tantas áreas decisivas para una nueva política de izquierda. Esas señales de renovación se ven en la voluntad transformadora, la ética, la epistemología y la organización.

La renovación de la voluntad transformadora tiene en el Che Guevara un momento fundador, pero encuentra sus manifestaciones más elocuentes en el gobierno de Salvador Allende, en el Frente Sandinista, en los movimientos indígenas del continente y en el MST. La renovación ética se da, sobre todo, con la teología de la liberación y con el modo en que se inserta en las luchas populares y en el imaginario de la resistencia contra la opresión. La renovación epistemológica comenzó con los movimientos indígenas y los movimientos feministas y tiene hoy sus manifestaciones más fuertes en el EZLN y en el FSM. La renovación organizativa tiene su momento fundador en el proceso de creación del PT y su manifestación más significativa en el FSM.

Todas son innovaciones políticas pero lo hacen a partir de ángulos y con intensidades diferentes. Basándose en ellas es posible, a mi entender, pensar en nuevos paradigmas de acción transformadora y progresista influenciados por el principio operativo de las pluralidades despolarizadas. La construcción de pluralidades despolarizadas es llevada a cabo por sujetos colectivos ya constituidos o en proceso de constitución, involucrados en acciones colectivas o disponibles para participar en ellas. La prioridad conferida a la participación en las acciones colectivas, a través de la coordinación o la coalición, permite suspender la cuestión del sujeto de la acción, en la medida en que sí hay acciones en curso, hay sujetos en curso.

La presencia de sujetos concretos no elimina la cuestión acerca del sujeto abstracto, pero impide que interfiera de modo decisivo en la concepción o en el desarrollo de la acción colectiva, ya que ésta nunca es producto de sujetos abstractos. Dar prioridad a la participación en acciones colectivas concretas significa en este contexto que: 1. Cada sujeto participante evita asumir que las únicas acciones colectivas importantes o correctas son las concebidas o las ejecutadas por sí. En un contexto en el que los mecanismos de exploración, exclusión y opresión se multiplican e intensifican, se hace particularmente importante no desperdiciar ninguna experiencia social de resistencia por parte de los oprimidos, explotados o excluidos. 2. Las disputas teóricas deben tener lugar en el contexto las acciones y siempre con el objetivo de hacerlas más viables y fortalecerlas. 3. Siempre que un sujeto colectivo dado cuestione ese objetivo, el abandono de la

acción colectiva debe hacerse de manera que debilite lo mínimo posible la posición de los sujetos que permanecen comprometidos con la acción. La resistencia nunca tiene lugar en abstracto, las acciones colectivas transformadoras comienzan siempre por ocurrir en el terreno y en los términos del conflicto establecidos por los opresores. El éxito de las acciones colectivas se mide por la capacidad de acción colectiva para cambiar el terreno y los términos del conflicto en el transcurrir de la lucha. Pero a su vez, es este éxito el que mide la corrección de las posiciones teóricas asumidas. La concepción pragmática (a partir de los resultados) de la corrección teórica crea una disponibilidad para la despolarización de las pluralidades a medida que transcurra la acción.

Paso ahora a referirme a los momentos más importantes de la construcción de las pluralidades despolarizadas en el seno de las acciones colectivas transformadoras. Distingo tres momentos principales: La despolarización a través de la concentración en las cuestiones productivas, las despolarizaciones mediante la búsqueda de formas organizativas inclusivas y la despolarización por la intensificación de la comunicación y la inteligibilidad recíprocas. Dado que me he referido a las dos últimos temas en otros textos, en lo que sigue me concentraré en la distinción entre cuestiones productivas y cuestiones improductivas, y en como centrarse en las primeras puede contribuir a la tarea de impulsar polaridades despolarizadas.

Como se desprende fácilmente, no me preocupa la creación de pluralidades en general. Pienso que éstas existen y tienden a proliferar y a intensificarse en el seno de la izquierda, conduciendo, como ya me referí, al extremismo y la polarización con las consecuencias negativas ya conocidas. Me concentro en una nueva forma de pluralidad, las pluralidades despolarizadas.

La despolarización a través de la concentración en cuestiones productivas

Son productivas las cuestiones cuya discusión tiene consecuencias directas en la concepción y desarrollo de la acción colectiva y en las condiciones en las que tiene lugar. Todas las otras son cuestiones improductivas y, sin que sean necesariamente desdeñadas, deben dejarse en un nivel de indecisión o estado de suspensión que abra el espacio para diferentes respuestas. Muchas de las cuestiones que apasionaron a la izquierda en el pasado y llevaron a las más conocidas polarizaciones no pasan hoy esta prueba y deben por ello, considerarse improductivas.

Las cuestiones improductivas, las cuestiones sobre el socialismo

La cuestión sobre el socialismo es acerca del modelo de sociedad que sucederá al capitalismo. Esta sufrió un golpe fulminante con la caída del muro de Berlín. Si antes se podía considerar productiva en la medida en que estaba en la agenda política un futuro socialista, por lo menos en algunos países, y podía, por lo tanto, tener consecuencias prácticas en la acción colectiva. hoy no es el caso. Como cuestión improductiva, debe dejarse en un grado de indecisión, cuya formulación más elocuente es la idea de que “otro mundo es posible”. Esta formulación permite separar la crítica radical del presente y la lucha por un horizonte poscapitalista o anticapitalista, ambas impulsoras de acciones colectivas, del compromiso con un modelo específico de sociedad futura o siquiera con la idea de que habrá un único modelo y no varios.

Reformismo o revolución

La cuestión entre reformismo y revolución suscita varias cuestiones productivas a las que me referiré más adelante pero, en sí misma, es improductiva, puesto que las condiciones en que la opción reforma frente a revolución se transformó en un campo decisivo de lucha política no están ya vigentes. Se trataba de una opción de principio entre medios legales y medios ilegales de toma del poder y, consecuentemente, entre una toma gradual y pacífica y una toma abrupta y violenta. En cualquiera de los dos casos, la toma del poder consideraba una construcción de la sociedad socialista y era, de hecho, una precondition. La verdad es que ninguna de las estrategias logró alcanzar sus objetivos y, con ello, la oposición entre ellas se transformó en complicidad. Cuando se logro la toma del poder o fue para administrar el capitalismo o para construir sociedades que sólo con mucha complacencia podrían considerarse socialistas.

Otra complicidad entre los dos principios es que históricamente éstos siempre se han complementado el uno con el otro. Por un lado, la revolución fue siempre el acto fundador de un nuevo ciclo de reformismo, ya que los primeros actos revolucionarios, como bien ilustran los bolcheviques, fueron impedir nuevas revoluciones, legislando el reformismo como la única opción. Por otro lado, el reformismo sólo tuvo credibilidad en cuanto existía la alternativa revolucionaria. Por ello la caída del muro de Berlín significó tanto el fin de la revolución como el fin del reformismo, por lo menos en el siglo XX. Ocurre que, a la luz de estos y de las transformaciones del capitalismo en los últimos treinta años, los dos términos de la dicotomía sufrieron una evolución semántica tan drástica que los ha vuelto poco fiables como principios orientadores de la lucha social. El reformismo ha venido a ser objeto de una ataque brutal por parte de las fuerzas del capital, una ataque que comenzó por recurrir a medios ilegales (el derrocamiento del gobierno

de Salvador Allende) hasta, con un viraje hacia el neoliberalismo, recurrir a los medios legales del ajuste estructural, de la negociación de la deuda externa, de la privatización y del comercio libre. A la luz de esto, el reformismo de hoy está reducido a una miniatura caricaturesca de lo que fue, como ilustran los casos de África del Sur y de Brasil (hasta el momento en el que escribo, febrero de 2005). A su vez, la revolución, que comenzó por simbolizar una concepción maximalista de toma del poder, acabó por evolucionar semánticamente hacia concepciones de rechazo a la toma del poder, como ilustra la interpretación altamente polémica del zapatismo por parte de John Holoway. Entre otros los extremos de la toma de poder y de la desaparición total de éste, hubo, a lo largo del siglo XX, muchas concepciones intermedias centradas en la idea de transformación del poder, como ilustran, desde muy temprano, las concepciones no leninistas de la revolución por parte de las austromarxistas.

Por todas estas razones, no pienso que sea productivo discutir entre reforma y revolución. Por su pasado, es una cuestión polarizadora. Por su presente y futuro próximo, es irrelevante. Mientras no surjan en nuevos términos, propongo que esta cuestión se deje en un estado de suspensión que, en este caso, significa aceptar que las luchas sociales nunca son esencialmente reformistas o revolucionarias. Se transforman en una cosa o en otra por las consecuencias que tienen (unas intencionales y las otras no), por su relación con las otras luchas de la izquierda y en función de la resistencia de las fuerzas que se les oponen. Es decir, la suspensión consiste en este caso en transformar la reforma y la revolución de principios de orientación hacia acciones futuras en principios de valoración de la acciones pasadas.

El Estado: objetivo principal o irrelevante

Relacionada con esta cuestión anterior, hay otra que considero improductiva y que consiste en discutir si el Estado es relevante o irrelevante para una política de izquierdas y, consecuentemente, si el Estado debe o no ser un objeto de las luchas sociales. La opción es entre luchas sociales que tengan por objetivo el poder del Estado en sus múltiples formas y escalas y luchas sociales que tengan por objeto exclusivo los poderes que circulan dentro de la sociedad civil y que determinan las desigualdades, las exclusiones y las opresiones. No se trata de decidir si se debe defender o atacar al Estado, sino de decidir si las luchas sociales deben tener otros objetivos que sean defender o atacarlo. También esta cuestión se puede desdoblar en otras tantas productivas, como mostraré más adelante, pero, en sí misma, es improductiva. Este tema, que ya se presentó anteriormente, sobre si el poder debe tomarse o suprimirse, está relacionada con esta cuestión, pero es mas amplia. La toma o la extinción del poder puede asumir dos formas, dependiendo de si incide sobre el Estado o sobre la sociedad civil. Es decir, es posible estar a favor de la toma del poder (en la sociedad civil) y contra la inclusión del Estado entre los

objetivos de la lucha social, sea para defenderlo o para atacarlo. El problema saber si esta posición, siendo lógicamente correcta, tiene alguna consecuencia práctico-histórica. La improductividad de la cuestión sobre la relevancia o la irrelevancia del Estado se origina a partir de que, siendo éste una relación social, no puede dejar de ser el resultado de luchas sociales que en el pasado lo tuvieron o no por objeto. El Estado capitalista moderno no existe fuera de su relación con la sociedad civil. Los dos, lejos de ser externos el uno con respecto al otro, son las dos caras de la dominación social en las sociedades capitalistas. Además, su potencial polarizador es la otra cara de su falsedad, es decir, el Estado es siempre relevante, aunque esto sea resultado de su preeminencia en las luchas que partieron del presupuesto de la irrelevancia del Estado y que, al confirmarla, hicieron avanzar las causas sociales. Para neutralizar sus potencial de polinización, sugiero el siguiente punto de indecisión o estado de suspensión: las luchas sociales pueden tener por objeto privilegiado el Estado o la sociedad civil, pero, en cualquiera de los dos casos, los poderes no privilegiados están siempre presentes, afectan los resultados de las luchas y son afectados por ellas.

Las cuestiones productivas

Paso ahora a referirme a las cuestiones productivas, es decir, a aquellas cuya discusión puede resultar en una despolarización de las pluralidades que hoy constituyen el pensamiento y la acción de la izquierda.

El Estado como aliado o como enemigo

Al contrario dé lo que sucede con la relevancia o irrelevancia del Estado, esta cuestión del Estado como aliado o como enemigo es productiva porque, precisamente, no asume la relevancia del Estado de manera abstracta. Le da un sentido político determinado. Las transformaciones por las que pasó el Estado a lo largo de todo el siglo xx, ya sea en los países centrales, ya sea en los países liberados del colonialismo, y el papel contradictorio que desempeñaron en los procesos de transformación social, dan consistencia histórica y práctica a esta cuestión. En los diferentes países, las experiencias relativas a la lucha social de los partidos y movimientos sociales son muy variadas y ricas a este respecto, por lo que no parece que sean susceptibles de reducirse a un principio o una receta general. El FSM es hoy una elocuente manifestación de esta riqueza de luchas sociales, puesto que en éste se congregan movimientos y asociaciones con las más diversas experiencias en cuanto a sus relaciones con el Estado. La posibilidad de construir en ese dominio una pluralidad despolarizada se fundamenta, precisamente, en el hecho de que la mayoría de los movimientos y asociaciones se negaron a tomar una posición rígida y de principio en sus relaciones con el Estado. Sus experiencias de lucha muestran que el Estado,

siendo a veces enemigo, puede ser también, sobre todo en los países periféricos y semiperiféricos, un aliado precioso, por ejemplo, la lucha contra las imposiciones transnacionales. Si en algunas situaciones se justifica el enfrentamiento con el Estado, en otras es aconsejable la colaboración y todavía en otras es apropiada una combinación de las dos, de las que tenemos un ejemplo brillante en la estrategia del MST en Brasil. La concepción del Estado como una relación social contradictoria abre la posibilidad de que se den discusiones contextualizadas sobre la posición que tiene que adoptarse por parte de un cierto partido o movimiento frente al Estado, en una determinada área social, en un país concreto y en un momento histórico preciso. Permite también evaluar comparativamente las diversas posiciones asumidas por diferentes partidos o movimientos en diferentes áreas de intervención o en diferentes países o momentos históricos. De ello también resulta una posibilidad de reconocimiento de la existencia de diferentes estrategias, todas ellas contextuales y no exentas de riesgo y, sobre todo, ninguna de ellas susceptible de transformarse en un principio general. En esto consiste la pluralidad despolarizada.

Luchas locales, nacionales y globales

La cuestión de la prioridad relativa de las acciones colectivas locales, nacionales y globales es hoy ampliamente debatida y también aquí la diversidad de prácticas de izquierda es enorme. Es cierto que la tradición teórica de la izquierda fue moldeada en la escala nacional. Tradicionalmente las luchas locales fueron consideradas menores o como embriones de luchas nacionales en detrimento de los objetivos internacionalistas. A su vez, el internacionalismo fue siempre, en la práctica, una demostración de las prioridades de las luchas y de los intereses nacionales. Fue la escala nacional la que presidió la formación de los partidos de izquierda y de los sindicatos y la que continuó estructurando, su activismo hasta hoy. En la segunda mitad del siglo xx, sobre todo a partir de la, aparición de dos nuevos movimientos sociales, hizo que la escala local de las luchas sociales adquiriera una importancia que no había tenido hasta entonces. La tradición organizativa de la izquierda impidió que se explorara al máximo el potencial emancipatorio de la articulación entre luchas locales y nacionales. Tal vez el proceso de construcción del PT en Brasil ha sido donde esa articulación se ha conseguido con mayor éxito. A partir de la década de los noventa y sobre todo con el levantamiento zapatista en 1994 y con el FSM en 2001, la escala global de las acciones colectivas adquirió una visibilidad sin precedentes. Por ello, las tareas de coordinación entre las diferentes escalas de acción se volvieron más exigentes, al implicar a un tiempo las locales, nacionales, y globales. Por otro lado. el campo de las experiencias concretas de las luchas en las diferentes escalas se amplió enormemente y con ello se hicieron posibles debates contextualizados sobre las diferentes escalas de la acción colectiva, sus ventajas relativas, las exigencias organizativas y las posibilidades de articulación. Ese debate sigue en curso en la,

actualidad y es uno de los más productivos, en especial en lo que respecta a los instrumentos específicos de coordinación entre las diferentes esferas de acción.

En el FSM se unen movimientos sociales y asociaciones con diferentes concepciones acerca de la prioridad relativa de las diferentes escalas de acción. Siendo el FSM, en sí mismo, una acción colectiva global, muchos de los movimientos y de las asociaciones que participan en éste han tenido hasta tiempos recientes poca experiencia en las luchas locales y nacionales. Sin embargo, todos vieron en el Foro la posibilidad de ampliar sus escalas de acción, atribuyendo prioridades muy distintas a los diferentes espacios. Si para algunos la escala global de la lucha será cada vez más importante a medida que se profundice en la lucha contra la globalización neoliberal, para otro, el FSM es sólo un punto de encuentro o un acontecimiento cultural, ciertamente útil, pero que no altera el principio básico de que las ‘verdaderas luchas’, aquellas que son realmente importantes para el bienestar de las poblaciones, continúan teniendo lugar local y nacionalmente. Hay otros movimientos y asociaciones que incluyen sistemáticamente en su práctica las escalas local y nacional, (el MST) o también las escalas local, nacional y global (el EZLN). Para la gran mayoría de los movimientos la distancia entre esas esferas no hace justicia a las necesidades concretas de las luchas concretas en las sociedades contemporáneas las diferentes escalas de acción social y política están cada vez más interrelacionados. En la aldea más remota de la Amazonia los efectos de la globalización hegemónica y de las formas en que los Estados nacionales se comprometen con esos efectos se sienten claramente. Aunque se organice cada práctica política concreta en función de una determinada escala, todas las otras deberían involucrarse como condición para el éxito. La riqueza de las experiencias de lucha social a este respecto es, por lo tanto, enorme y hace posible los debates contextualizados y, por ello, productivos. La posibilidad de la aparición de pluralidades despolarizadas en este dominio se sigue del hecho de que, a la luz de la experiencia reciente, tiene cada vez menos sentido darle prioridad absoluta o abstracta a cualquiera de las escalas de acción. Así se abre el espacio para valorar la coexistencia de luchas sociales en distintas escalas y las relaciones de geometría variable entre ellas. La decisión que determina qué nivel privilegiar es una decisión política que debe tomarse conforme a las condiciones políticas concretas.

Acción institucional, acción directa

Al contrario que la cuestión acerca de reforma o revolución, la opción entre acción institucional y acción directa es un asunto productivo en la medida en que puede discutirse en los contextos prácticos, de la acción colectiva. Consiste en saber si, en las condiciones concretas en que una lucha dada o acción colectiva se lleva a cabo, se tiene que privilegiar el uso de los medios legales o el trabajo

, político en el seno de las instituciones y el diálogo con los detentadores del poder o, por el contrario, la ilegalidad y el enfrentamiento, institucional. En el caso de la acción institucional se tiene que distinguir entre acción institucional en el ámbito del poder del Estado (nacional o local) y en el ámbito del poder paralelo, especialmente mediante la creación de institucionalidades paralelas en las áreas no penetradas por el Estado. La institucionalidad paralela es un tipo de híbrido de acción colectiva donde se combinan elementos de la acción directa y elementos de la acción institucional. En el caso de la acción directa hay que distinguir entre acción violenta y acción no violenta y, en el caso de la primera, entre objetivos humanos y objetivos no humanos (propiedad). Estos dos cursos de acción tienen costos y beneficios que solo pueden evaluarse en contextos concretos y, obviamente, exigen tipos diferentes de organización y movilización. Lo que en general se puede decir de un tipo u otro de acción colectiva no es suficiente para decidir en discusiones contextualizadas sobre ellas. El contexto no se restringe a las condiciones inmediatas de acción, sino que involucra también las condiciones circundantes, especialmente la existencia o no de un régimen representativo (democracia, aunque sea de baja intensidad) y de un sistema de opinión pública. La acción institucional tiende a aprovechar mejor las contradicciones del poder y las fracturas entre las élites, pero está sujeta a cooptación y al desvanecimiento de las conquistas, ya que deja a un lado el problema de que le es difícil mantener altos índices de movilización, especialmente debido a la asincronía entre el ritmo de colectivización de las reivindicaciones y de las protestas, por un lado, y el ritmo judicial o legislativo, por la otra. La acción directa tiende a explotar mejor las ineficiencias del sistema de poder y la fragilidad de su legitimación social, pero tiene dificultades a la hora de formular alternativas creíbles y está sujeta a una represión que, cuando es excesiva, puede comprometer la movilización o hasta la propia organización.

Mientras que la acción institucional tiende hacia la coordinación con los partidos, siempre que éstos existan, la acción directa tiende a ser hostil a esa coordinación. La posibilidad de despolarización en torno a esta cuestión se apoya, nuevamente, en la riqueza de las luchas políticas de los últimos treinta años. Esa riqueza se condensa hoy de manera elocuente en el FSM si muchos privilegian las acciones institucionales, otros tantos privilegian las acciones directas. Pero lo más significativo, en términos de su potencial despolarizador, es la experiencia de muchos movimientos y organizaciones que, en distintas luchas o en diferentes momentos de la misma lucha, recurren a ambos tipos de acción, como, de nuevo, es un ejemplo elocuente el MST. A pesar de no estar físicamente presente en el Foro, el EZLN abrió un horizonte de posibilidades convergentes en este campo y ejerce hoy una fuerte influencia, aunque no muy conocida, en los movimientos sociales, sobre todo en los latinoamericanos. En las luchas del EZLN son discernibles momentos de acción directa (levantamiento), de acción institucional (acuerdo de

San Andrés, cabildeo en el Congreso mexicano) y de acción institucional paralela (Caracoles, Juntas de Buen Gobierno). Una vez creadas las condiciones para llevara cabo las evaluaciones sistemáticas (véase más adelante), esta vastísima experiencia tiene todas las condiciones para otorgarle credibilidad a la formación de pluralidades despolarizadas.

Luchas por la igualdad y luchas por el respeto de la diferencia

La cuestión de la prioridad relativa de las luchas por la igualdad y de las luchas por el respeto de la diferencia es relativamente nueva en la teoría y en la práctica de la izquierda latinoamericana. Surgió a partir de las décadas de los setenta y de los ochenta, cuando irrumpieron los movimientos feministas, los movimientos indígenas y, algún tiempo después, los movimientos de afrodescendientes y los movimientos LGBT (lesbian, gays, bisexual and transgendered people: lesbianas, gays, bisexuales y personas trans). Organizados sobre la base de identidades que han sido tradicionalmente discriminadas, estos movimientos objetaban la concepción de igualdad que había presidido las luchas sociales de los períodos anteriores, una concepción que estaba centrada en una idea de clase (obrero o campesina) de base económica y que era hostil al reconocimiento de diferencias políticamente significativas entre las clases populares. Los movimientos identitarios, si en general cuestionaron la importancia de las desigualdades de clase, reivindicaron la importancia política de las desigualdades presentes en la raza, la etnia, el sexo y la orientación sexual. Según esos movimientos, el principio de igualdad tendía a homogeneizar las diferencias y, por lo tanto, a ocultar las jerarquías que su seno. Estas jerarquías se traducen en discriminaciones que menoscaban de modo irreversible las oportunidades de realización personal y social de los discriminados. Sobre la exclusividad del principio de igualdad, no se consigue más que una inclusión subordinada, descaracterizadora. Para que no sea así, es necesario que, más haya de la igualdad, se considere el reconocimiento de la diferencia como un principio de emancipación social. El acoplamiento entre los principios de igualdad y de reconocimiento de la diferencia no es una tarea fácil; pero también en este dominio la diversidad de las luchas sociales de los últimos treinta años hace posible la formación de pluralidades despolarizadas. Existen, ciertamente, posiciones extremas que niegan la validez de uno de los dos principios o que aunque reconocen la validez de ambos, dan prioridad total y en abstracto a uno de ellos. La mayoría de los movimientos, en vez de eso, procura encontrar formas concretas de coordinación entre los dos, a un dando prioridad a uno de ellos. Esta situación se hace visible en el movimiento sindical, fundado sobre la igualdad, pero donde hay una creciente sensibilidad hacia el reconocimiento de la importancia de las discriminaciones étnicas y sexuales y existe la disponibilidad para la organización de movimientos identitarios alrededor de luchas concretas. Es igualmente visible en los movimientos identitarios sobre todo en el movimiento feminista, con el creciente reconocimiento y politización

de las diferencias de clase existentes en interior del movimiento. En este campo están creadas las condiciones para la formación de pluralidades despolarizadas y, una vez más, el FSM ofrece un amplio espacio en el que se generan oportunidades para la construcción de lazos y coaliciones entre movimientos con diferentes concepciones de la emancipación social. El conocimiento mutuo es una condición necesaria del reconocimiento recíproco. Los avances en este campo están en permitir que la discusión entre los dos principios no se de en abstracto ni entre posiciones radicales, sino entre opciones concretas acerca de la configuración de luchas concretas, que comprometan a los movimientos sin obligarlos a cambios de fondo en sus concepción culturales filosóficas o políticas fundamentales.

Conclusión

Concentrarse en cuestiones y problemas que tienen un impacto directo en la concepción y ejecución de acciones colectivas -lo que llamé a lo largo de este capítulo cuestiones productivas- es un punto de partida, pero no puede ser un punto de llegada. Las pluralidades despolarizadas que afloran cuando el trabajo y la discusión se concentran en cuestiones productivas se traducen en acciones de un nuevo tipo. Son acciones que deben responder a las preguntas y cuestiones productivas y que, incluso, les pueden dar respuestas múltiples en función de la variación de los contextos políticos en diferentes espacios y momentos. Se trata de acciones complejas, conscientemente heterogéneas, suficientemente flexibles como para acoger ritmos, temporalidades, estilos y escalas de acción distintos. La complejidad, la heterogeneidad interna y la flexibilidad son los modos como se traducen, en el ámbito de la acción, las pluralidades despolarizadas. La concepción y la ejecución de esas acciones deben estar a cargo de organizaciones que sean afines a ella. Ahora bien, es sabido que las formas organizativas convencionales de la izquierda son hostiles a la pluralidad y a la despolarización. Por esta razón, dichas organizaciones deben ser profundamente transformadas y, si es necesario, sustituidas o complementadas por otras. Es decir, las acciones de un nuevo tipo exigen organizaciones de un nuevo tipo. Exigen formas organizativas incluyentes, en sí mismas complejas, heterogéneas y flexibles. Las características de estos nuevos tipos de organizaciones son un tema de discusión prioritario en la construcción de una izquierda con futuro, discusión que, dados los objetivos precisos de este capítulo, queda como tarea pendiente para futuras reflexiones.

EL SOCIALISMO COMO PROCESO DE LUCHAS

Tomás Moulian

El socialismo más que un “modelo para armar” es un conjunto de luchas por construir una democracia total. Son combates móviles que buscan asediar al capitalismo y a sus sombras, la democracia de baja intensidad y la cultura del capitalismo mundializado, donde se combinan hedonismo y tacañería.

Las palabras lucha o combate quizás aparezcan a primera vista como demasiado convencionales, porque contienen reminiscencias de la vieja idea que el poder es una cosa y que se encuentra depositado en un determinado lugar, en el cerebro de esa máquina decisoria que es el Estado. Pero, evitar esas palabras por su carga semántica negativa, des-subjetivizaría de una manera falsa a la política. Hay sujetos enfrentados, hay antagonismos, hay luchas.

En este texto, se dijo porque no debe concebirse la lucha por el socialismo como la clásica revolución, o sea la toma del poder del Estado para destruir la forma que existía y colocar en su lugar una dictadura que siempre se proclama provisoria. Pero es necesario, llegado a este punto del relato, reconstruir las razones. Una de ellas es que la violencia de origen se reproduce, como una peste, convirtiéndose en violencia de ejercicio. La razón es que, cuando triunfan los dominados, la respuesta del enemigo al desafío es la guerra a muerte, un enfrentamiento que no cesa. Recordemos a Espartaco, perseguido hasta la muerte. En Nicaragua, lo ocurrido con el sandinismo es la repetición, en forma ampliada, del boicot a Cuba, de lo que ocurrió con la Unidad Popular chilena. Estados Unidos, con Reagan y Bush, a la cabeza estimuló la guerra civil interna en Nicaragua, obligando al gobierno de Ortega a un enfrentamiento electoral en condiciones de fuerte crisis. En 1990 los sandinistas fueron derrotados por Violeta Chamorro. En todos esos casos se pueden escudriñar errores de los derrotados. Pero ellos, en parte, se explican por la presión de la “guerra a muerte”. Por eso mismo, la situación chilena plantea el problema en toda su desnudez y terrible crudeza. La Unidad Popular constituyó un esfuerzo sistemático de superar los

círculos viciosos producidos por la apropiación armada del poder y, sin embargo, cayó víctima de la violencia militar. Esto demuestra que el deslizamiento hacia la situación de guerra a muerte se hace a nombre de la democracia, pero para defender a la propiedad privada.

Pero, sea como sea, ese dato tiene que formar parte de las estrategias de lucha. No hay posibilidad de pensar, en las actuales condiciones de mundialización, en un ataque frontal al sistema capitalista mundial o al capitalismo en un solo país. La lucha debe ser pensada como un largo proceso que en el terreno de la producción de riqueza vaya haciendo visible la necesidad de una gestión democrática de la economía. La instauración plena de un capitalismo extremo y también despiadado en sus relaciones con la fuerza de trabajo, irá mostrando la necesidad de que la economía recupere su papel en relación con la reproducción de la vida. Pero para que ello sea posible tienen que movilizarse fuerzas sociales, múltiples y diferenciadas, de crítica, de condena y también de propuesta.

La otra razón para rechazar lo que quiso legitimarse como dictadura del proletariado, es que la represión del aparato estatal no proporciona garantía de gobernabilidad. Hasta el derrumbe de la U.R.S.S. era posible que un pragmático como Huntington dijera que su sistema político era bueno porque imponía una autoridad indiscutida.¹ Pero a la larga resultó equivocada la idea de algunos científicos políticos respecto a la eficacia de los “Estados totales” para mantener atrapados a los ciudadanos dentro de una campana de cristal y producir una dominación con inmovilismo y/o total conformismo. Los proyectos de sociedades socialistas en proyecto se transformaron en socialismos burocráticos de Estado cuando se extinguió el impulso desestatizador; a su vez los socialismos de Estado se derrumbaron cuando se les terminó la capacidad de funcionar como Estados providencia. Como ocurre con cualquier poder que reposa básicamente sobre relaciones utilitarias, que ha agotado su vitalidad interna original, las sociedades del socialismo burocrático fueron víctimas de la incapacidad de resolver nuevas demandas, las cuales sobrecargaron a Estados ya agobiados por la carrera armamentista y por su paternalismo. El caso de la formación en 1980 de Solidarnosc en Polonia fue la demostración que la fuerza represiva tenía límites.

El socialismo del siglo XXI tiene que ver con nuevas luchas. Ellas no perseguirán como objetivo la revolución sino la transformación del capitalismo

1 Samuel Huntington, *Social Order in Changing Societies*, New York Doubleday, 1980.

existente. La forma principal que tomarán esas transformaciones quizás tengan menos que ver con reformas legales que con otras modalidades. Por ejemplo, con la expansión, por efecto de mostración, de experimentos surgidos del mundo asociativo. Por ello esas luchas son tanto de contestación como de creación experimental.

Ellas no tienen un sujeto privilegiado. Debe dejarse de lado la idea de que el proletariado (después reemplazado por el lumpen, proletariado o la guerrilla como fuerza gatilladora de la energía dormida) siguen siendo los protagonistas de la historia o que han transmitido su herencia. Sin duda, que razonando desde cierto tipo de paradigma, se puede decir que una clase contiene en sí el futuro y que al liberarse libera a toda la humanidad. Pero esa teoría llevó al socialismo a convertirse en una práctica totalitaria. Enarbolando ese punto de vista totalizador se hace muy difícil construir una política de lucha democrática contra el capitalismo.

Las luchas del futuro serán múltiples en su espacialidad y tendrán también múltiples protagonistas. Lo primero significa que serán dispersas, que no se concentrarán en el Estado, que sus objetivos no deberán estar siempre referidos a lo político, aunque todas sean luchas políticas. Deslocalización, dislocación, multifacetismo son algunas de sus características: tendrán lugar arriba, al medio, abajo. Muchas de ellas serán espontáneas, no obedecerán a ninguna dirección central, otras tenderán a la articulación. En ellas participarán tanto organizaciones como redes. El debilitamiento de las formas más tradicionales de la acción colectiva, ligadas a partidos y sindicatos, no debe confundirse con su muerte. Pero para que sigan siendo efectivas deben evitar la verticalidad. Los aparatos que se creen para la lucha socialista no pueden reproducir en su interior las escisiones que separan a gobernantes y gobernados, cuando se trata justamente de crear espacios de autogobierno.

Son socialistas todas aquellas luchas contra el capitalismo que refuerzan la democracia, o sea todas aquellas. luchas que buscan la emergencia de sujetos participantes en la gestión de la sociedad. Ciudadanos (colectivos o individuales) que no se interesan por ser clientes del Estado sino por construir un poder que actúe como potencia. Para decirlo de una manera sintética: las luchas por una democracia radical y global, pretenden reorientar la economía hacia su objeto original, la reproducción de la vida, intentar erosionar las deformaciones culturales del capitalismo con su devoción supersticiosa hacia el dinero, su hedonismo que

empuja a la intrascendencia, su tacañería, su falta de respeto por el desarrollo de la libertad de todos y su conservadurismo hipócrita.

De los desastres que cayeron sobre nosotros en el siglo XX, el peor de todos es la ruina de la esperanza en que era posible producir una sociedad mejor. Ese desaliento nos ha cegado, nos ha hecho no ver los movimientos en marcha, las nuevas formas de hacer política que se están desarrollando en el mundo y especialmente en América Latina. Ellas son múltiples. Yo sólo mencionaré unos pocos ejemplos, de naturaleza diferente.²

El año nuevo de 1994 salió a luz en Chiapas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, tomándose varios municipios, atacando una guarnición del ejército, ocupando una radio y secuestrando a un antiguo gobernador.³ A primera vista parecía una reedición de las viejas formas de la insurrección armada, en un momento donde el mundo caminaba en otra dirección. Pronto, sin embargo, estaban en la mesa de negociaciones y el cacique capturado había sido perdonado magnánimamente después de un juicio que lo declaró culpable. Al principio aparecieron como un anacronismo, pero el EZLN no era más que la parte visible, el aparato de autodefensa, de una comunidad viva. No constituía una repetición de los sesenta, sino la forma que un pueblo tenía de tomar la palabra, a través de una rebelión estratégicamente controlada. Fue pasando el tiempo y los analistas estupefactos se fueron dando cuenta que los guerrilleros producían discursos, construían imaginarios, negociaban. Se defendían de la servidumbre o el abuso, pero no tomaban rehenes, ni asaltaban poblados. A diferencia de otros ejércitos populares para los cuales la negociación a veces es el simulacro, para éste lo es el despliegue armado. Lo usan como altavoz, como panfleto, como arenga. Como usan el liderazgo carismático. Convirtieron a Marcos en un personaje más mediático, aunque él mismo se encargaba de aclarar las limitaciones de su rol, su dependencia de las decisiones de los pueblos.⁴

Lo que hay detrás de estas escenificaciones es un pueblo que ha encontrado su identidad a través de las formas de organización y de administración de la vida cotidiana realizadas con el concurso de los “zapatistas”. Que a través de ellos ha resurgido de la indignidad, convirtiéndose en un sujeto social en

2 Numerosos libros escritos por Martha Harnecker estudian con detalle esas experiencias. El último de ellos y el más completo en su registro temático es México, Ed. Siglo XXI, 2000.

3 Un análisis muy interesante de la historia político-social de Chiapas antes del alzamiento, se encuentra en Thomas Benjamín, Chiapas. Tierra rica, pueblo pobre, México, Editoria Grijalbo, 1995.

4 Yvon Le Bot, Subcomandante Marcos. El sueño zapatista, Barcelona, Editorial Plaza Janes, 1997.

acción. Constituyen una organización que maneja como nadie los recursos de la comunicación y del encantamiento político. Durante todo este tiempo Chiapas representó lo nuevo, la gran esperanza en medio de un mundo gris, materializada por un movimiento que combinaba fuerza con imaginación.

Otro caso ejemplar es el “Movimiento de los sin tierra” de Brasil. Constituye una especie de macro movimiento social que organiza a los campesinos tanto para la ocupación de las tierras, para la organización de la producción como para la educación de los hijos de las familias campesinas integradas al movimiento. Este carácter multifuncional es la gran fuerza de este Movimiento. Va mucho más allá de la etapa agitativa y movilizadora, de manera que acompaña, que está cerca, en muchos momentos y etapas, de la vida cotidiana de los campesinos involucrados. Por ejemplo, la organización de un sistema escolar propio le permite al Movimiento trabajar en el terreno cultural junto con los niños y con sus familias. Esto le significa adentrarse en el campo formativo más profundo, el de la internalización de valores, de marcos interpretativos y de marcos de asignación de sentidos. Una de las fuerzas de este Movimiento es esta conexión entre política y vida.

Un caso de naturaleza diferente es el trabajo de gobierno realizado por el Partido de los Trabajadores brasileño en la alcaldía de Porto Alegre. El hito más importante de esa labor es la invención de la fórmula del presupuesto participativo para el ámbito local. Se trata de un dispositivo político que hace posible la deliberación respecto de las finalidades de la acción, en el momento mismo que ellas van a ser operacionalizadas en el presupuesto municipal. Se trata de una significativa experiencia de “nueva democracia”, la cual permite que los ciudadanos y los grupos organizados recuperen montos importantes del poder entregado a los representantes.⁵ A través de las fórmulas del sistema de participación se logra crear una situación deliberativa, en la que la ciudadanía no sólo se hace de la palabra sino de la capacidad de decidir. Se trata del ejercicio de una ciudadanía colectiva.

Las experiencias ligadas a los “cristianos por la liberación” tienen en América Latina una importancia decisiva como gérmenes de lo nuevo. Como

⁵ Entre la numerosa literatura sobre esta experiencia se puede consultar en español el libro de Tarso Genro y Ubiratán de Souza, *Presupuesto participativ. La experiencia de Porto Alegre*, Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1998. También Marta Harnecker, *Delegando poder en la gente. El presupuesto participativo en Porto Alegre*, La Habana, Centro de Investigaciones Memoria Popular Latinoamericana, 1999.

lo muestra Michael Lowy se trata de una invención americana, anterior a las posiciones del Concilio Vaticano II. El trabajo de base de los cristianos tuvo una influencia decisiva en la formación del Partido de los Trabajadores en Brasil, en Chiapas, donde el Ejército Zapatista se alimentó del largo trabajo de concientización del Obispo Samuel Ruiz, y en Nicaragua en la constitución del movimiento sandinista. Esta tendencia política ha podido resistir a la caída del Muro de Berlín mejor que las corrientes marxistas-leninistas, porque la idolatría a los socialismos reales no era su sensibilidad cultural predominante. Por ello mismo esas posiciones sobreviven hasta hoy día, pese a los esfuerzos del Vaticano por desahuciarlas.⁶ El mayor interés que tienen estos movimientos de cristianos por la liberación es que pueden proporcionar a la tarea refundacional una sensibilidad cultural distinta: la importancia de lo ético para la acción política, una actitud sospechosa frente a las teorías del progreso lineal, la tradición comunitaria de pensadores como Mounier, Lebret, el equipo de la revista *Esprit*.

Otra experiencia germinal fue el proyecto de la Unidad Popular chilena aplicado entre 1970-1973. Lo valioso de ese proyecto era el intento de construir el socialismo sin recurrir a las formas clásicas de la revolución. La derrota de ese proceso tuvo que ver con la imposibilidad de crear un gran “frente por los cambios”, que hubiera podido construir una mayoría más sólida. Pero durante todo el proceso se buscó compatibilizar reformas profundas y democracia participativa, sin que la gravedad de la crisis hiciera aparecer tendencias despóticas. Las experiencias ocurridas en los “cordones industriales”, aunque en muchos casos estuvieron ligadas a estrategias políticas maximalistas que contribuyeron a la derrota, buscaban desarrollar formas de democracia de base, que acentuaban el protagonismo popular.

Podrían darse otros múltiples ejemplos, muchos de ellos relacionados con el Partido de los Trabajadores en Brasil⁷ o con el Frente Amplio del Uruguay. En Chile desde 1990 en adelante hay que rescatar los esfuerzos de resistencia del Partido Comunista a la equívoca política de la Concertación. Además, hay que valorizar la plataforma programática para la elección presidencial de 1999, que reflejó una importante renovación discursiva, con elementos de gran originalidad. Pero existen también otros gérmenes de renovación. Uno de ellos es la Surda, un movimiento político de jóvenes dirigentes, con capacidad de crear movimientos urbanos, de hacer trabajo universitario con criterio de base y de participar en la

⁶ Michael Lowy, *A Guerra dos deuses*, São Paulo, Editora Vozes, 2000.

⁷ Un importante estudio es el de Marta Harnecker, *el sueño era posible*, Santiago, Ediciones Lom, 1995.

resistencia del pueblo mapuche. Se trata de una organización dotada de voluntad refundacional, con intención de hacer tabula rasa con lo que consideran las tradiciones caducas de la izquierda clásica y de crear formas más horizontales de dirección. Algunos de los principios autogestionarios que postulan aparecen aplicados en la toma de Peñalolén, en la cual han alcanzado protagonismo directivo.

Intentar construir mundos nuevos es el sentido principal de la política, siempre que lo hagamos humanamente, evitando las tentaciones de la “guerra a muerte”. Socialismo es abrir espacio a la igualdad junto con la libertad, socialismo es rehusar el poder absoluto, sospechar de él, pero también bregar por arrinconar las plagas del capitalismo. Socialismo es evitar que la economía sea una máquina de muerte o de no vida, pero también impedir que la política sea una máquina de muerte y de opresión.

De lo que se trata, entonces, no es de la sustitución de la revolución por el reformismo estatalista. Se trata de buscar formas distintas de pensar y de hacer. Lo que he escrito no es un tratado. Menos el Tratado. Quiere ser más bien un mapa de viaje, esos mapas que se hacen en el terreno, donde incluso aparecen semiborroneadas hipótesis de diseño elaboradas en el recorrido. No es un libro utópico, por cuanto no he pretendido describir una sociedad perfecta, una ciudad armónica para un futuro lejano, sino más bien definir la orientación general de ciertas luchas, que son de hoy. El socialismo no empieza ese día maravilloso donde conseguiremos el Poder, sino que se realiza en las luchas diarias por arrinconar, por asediar, por dejar corto de aliento al capitalismo. Por denunciar sus falencias, por habitar espacios donde sea posible ensayar nuevas modalidades de trabajo, de ejercicio de la autoridad, de afectividad, de educación escolar.

Como estas luchas son inéditas, sólo se puede escribir de ellas en borrador.



**Izquierda
Latinoamericana**

A DÓNDE VA LA IZQUIERDA EN LATINOAMÉRICA

Marcelo Colussi

Introducción

Quizá sería exagerado decir que hoy en día las izquierdas políticas no tienen rumbo. Pero no hay ninguna duda que están viviendo un momento bastante especial. Tras la caída de la primera experiencia socialista del orbe, los paradigmas que alentaron las luchas populares por un mundo mejor en el siglo XX han entrado en crisis. Esto no significa que el actual triunfo de la empresa privada, del imperialismo estadounidense en su fase de control global, del retroceso en las conquistas sociales para las grandes mayorías de la humanidad, sean eternos. La lucha sigue. Las injusticias continúan, y mientras sea así, no faltará quien levante una voz de protesta. En definitiva: ser de izquierda es ser parte de esa lucha, es seguir haciendo parte de los que creen y luchan por otro mundo más justo.

De todos modos la cuestión que se plantea es ver por qué no funcionó como se esperaba esta primera experiencia de construcción de un mundo igualitario para, aprendiendo de la historia, poder seguir buscando cómo alcanzar ese ideal. Las izquierdas de todo el planeta, aquellos que seguimos teniendo esperanza en un mundo más justo, debemos revisar críticamente nuestro pasado reciente, los errores políticos, pero más aún los supuestos teóricos básicos con los que se ha estado llevando a cabo la lucha.

Algo pasó en la construcción del socialismo que no marchó como se preveía. ¿Por qué? ¿En qué medida es posible establecer un mundo nuevo sin repetir las estructuras de poder de siempre? ¿Es posible horizontalizar los poderes? ¿Por qué las experiencias socialistas dan tan repetidamente como resultado camarillas gobernantes y líderes augustos? ¿Qué hay con el “hombre nuevo”?

Luego de la caída del muro de Berlín y del triunfo hoy por hoy omnímodo del neoliberalismo, los caminos de la izquierda se presentan complicados. Ante el

monumental poder planetario del gran capital y de su inmenso aparato militar y mediático, a las fuerzas progresistas, a las tendencias políticas que siguen luchando por un mundo más justo, les cuesta mucho encontrar fórmulas convincentes. ¿Qué le queda al discurso contestatario que aún no ha perdido las esperanzas y busca una sociedad menos desequilibrada? ¿administrar el capitalismo con buenas maneras? ¿Por qué tan a menudo renovarse y modernizarse terminan siendo sinónimos de rechazarse, de buscar electorado en sectores sociales que no quieren cambios profundos y olvidar así a los sectores más combativos de la sociedad, única vía para una verdadera transformación? ¿Hay que limitar la acción política a la búsqueda de votos? ¿Cómo contrarrestar el poder hegemónico de los medios de comunicación del sistema? ¿Cómo va a organizar la izquierda la resistencia contra la maquinaria militar más poderosa de aniquilar que son los Estados Unidos de América? En definitiva: ¿somos responsables desde la izquierda por haber contribuido a construir una sociedad tan derechista como la actual? ¿Qué podemos hacer para torcer este rumbo?

Estas preguntas tienen que ser el abc mínimo con que comenzar la autocrítica. Para decirlo de forma resumida, se trata de: a) formular una sana y constructiva revisión de los conceptos fundamentales de la izquierda, y b) revisar las posibilidades de lucha concreta en términos prácticos al día de hoy.

Todo esto implica planteamientos distintos: 1) ¿qué significa hoy ser de izquierda?, 2) ¿por qué no resultaron todo lo que se esperaba las experiencias socialistas?, 3) si seguimos bre-gando por una utopía posible ¿cómo darle forma a la utopía?, 4) ¿qué particularidades tenemos en Latinoamérica, y qué hacer entonces?

¿Qué significa hoy ser de izquierda?

Tal vez resulta dificultoso definir con precisión qué significa hoy ser de izquierda. Decir que “lo que no es de derecha” suena, cuanto menos, ingenuo. Sin embargo, mal o bien existe una intuición de por dónde va la perspectiva. Ser de izquierda, en términos generales, es ser progresista, es no ser conservador. Y entra allí, por cierto, un amplio abanico que abarca muchísimos elementos. Como toda expresión política, la izquierda si es que efectivamente tiene una unicidad en su variada gama da lugar a muchos de los matices humanos: posiciones más esquemáticas aquí, menos autoritarias allá, radical en algunos casos, pintoresca en otros, descabellada a veces, con una profunda convicción ética en ocasiones,

oportunista otras veces. Desde posiciones políticas conservadoras, la izquierda puede ser vista como su opuesto; lo que la definiría es entonces su carácter transformador. Esto dice algo, da un perfil, pero no termina de explicar la diversidad. Quizá, para ser equitativos, no hay una izquierda, sino “izquierdas”, que no es lo mismo. Y en todo caso esa pluralidad, más que hablar de una debilidad conceptual o filosófica, o política incluso, habla de la riqueza de las expresiones humanas y de su imposibilidad de subsumirlas bajo un único común denominador.

¿Quién es más de izquierda: los movimientos armados o los partidos socialdemócratas parlamentarios legalmente constituidos? ¿Los movimientos campesinos o los sindicatos obreros? ¿Son más de izquierda los planteos leninistas o los maoístas? ¿Son de izquierda los movimientos de homosexuales? ¿y los movimientos antibélicos? ¿Son también de izquierda las reivindicaciones étnicas? ¿Y los partidos verdes? Y así llegamos al actual movimiento antiglobalizador. Sin dudas este movimiento es de “izquierda” en términos políticos, culturales, humanos; aunque hay ahí una variopinta composición con mucha gente que no se siente, en términos estrictos, leninista ni maoísta, ni quiere serlo, ni lo será nunca. Gente, organizaciones, expresiones sociales que mantienen aspectos comunes mínimos: todos están contra un modelo económico capitalista neoliberal injusto, todos están aunque sea algo vago decirlo así por “otro mundo posible”. Tradicionalmente “ser de izquierda” hablaba de un compromiso respecto a la lucha de clases; hoy día también han entrado en la lucha por ese otro mundo posible más justo las reivindicaciones de género y las étnicas (¿por qué el marxismo se demoró tanto en entender eso?). Las injusticias, en definitiva, se anudan -con sus modalidades propias- en torno a estas tres inequidades.

Las izquierdas, ya no tanto como formulación estrictamente política sino como proyecto de vida, como voces contrarias a modelos que promueven la exclusión social, no tienen una plataforma partidaria única. No la tienen ni podrán tenerla, ni es deseable que la tengan incluso. La fuerza de la izquierda está en ser contestataria, en no ser dogma, en no ser conservadora; aunque a veces ha sido tan conservadora y represora como la derecha. Lo que queda claro es que como proyecto de vida, de sociedad, de sujeto individual incluso (se hablaba del “hombre nuevo” algún tiempo atrás) no se puede restringir a un manual de acción (aunque, lo sabemos, lo haya hecho). La izquierda, como ninguna expresión humana, puede ser completamente unívoca; las luchas de transformación de los países capitalistas del Norte desarrollado y próspero donde el hambre, si lo hay, no tiene jamás los

ribetes trágicos del Sur son distintas, cada vez más distintas de aquellas de los pueblos famélicos del Tercer Mundo. En el Norte se discute sobre la calidad de la vida; en el Sur sobre su posibilidad. ¿Son distintas entonces las izquierdas del Norte y del Sur?

Todas las expresiones de izquierda tienen algo común: buscan un mayor grado de justicia en el mundo. Pero parten de contextos distintos, por lo que sus cosmovisiones y proyectos son distintos también. En algunos países desarrollados se lucha hoy por una jornada laboral de cinco horas diarias, mientras en el Sur el drama es la falta de trabajo; el tema ecológico en el Norte significa que no se sabe qué hacer con tanta basura y la contaminación que produce tanta industria y tanto motor de combustión interna mientras que en el Sur significa la pérdida de los bosques y la desertificación, y por tanto la falta de agua potable. Hoy día la izquierda puede levantar banderas contra el hiper consumo en el Norte, mientras que en el Sur el drama sigue siendo la falta de alimentos. Es decir: la marcha del capitalismo llevó a un desarrollo tan desparejo que dio como resultado mundos distintos, cada vez más separados, con agendas e intereses cada vez más distantes quizá, incluso, nunca equiparables, por lo que las fuerzas progresistas, las fuerzas de la izquierda, tienen ante sí desafíos muy distintos según los espacios en que se ubiquen.

Pero ni en el Norte ni en el Sur ser de izquierda es fácil, tranquilo, libre de problemas. También los estilos de represión de los discursos alternativos son distintos: en el Norte es más fácil que la maquinaria social dominante los fagocite y los integre; en el Sur lo más probable es que desaparezca físicamente a quienes lo esgrimen, botando su cadáver en un descampado muchas veces. De todos modos la represión de cualquier expresión progresista, con sus características propias, se ejerce brutalmente, siempre. Y los retos de la izquierda son igualmente difíciles en uno y otro lado: ¿es más sencillo luchar contra los aparatos represivos del Estado y las oligarquías terratenientes o contra las grandes corporaciones multinacionales? ¿Es más fácil combatir el hambre o el hiper consumismo?

No es justo creer que sea “más fácil” luchar contra la corriente en un escenario que en otro; las luchas contra las injusticias son siempre eso: luchas. Ninguna tiene el triunfo asegurado, y en todos los casos el compromiso de enfrentar los poderes establecidos implica enormes riesgos. Si bien pueden cambiar las coyunturas, lo que no cambia es el espíritu de transformación que alienta esas luchas. Eso, en definitiva, es ser de izquierda: luchar por mayor justicia. En tal sentido, entonces: la izquierda, aunque golpeada, no ha muerto.

¿Fracasó el socialismo?

El Surgimiento de la industria moderna trajo un sin número de modificaciones en la historia humana. Una de ellas, si se quiere colateral por la forma en que nace pero no por ello menos importante, es el ascenso de la organización sindical y las ideas de colectivización que desembocan, para mediados del siglo XIX, en el nacimiento del socialismo científico de la mano de Karl Marx.

Quizá como nunca antes había mostrado en la historia un sistema de pensamiento, las razones esgrimidas para sustentarlo en tanto construcción teórica se muestran incontestables. La andanada interminable de críticas que recibe revela y ratifica a fuego aquella agudeza cervantina de “ladran Sancho, señal que cabalgamos”.

El “fantasma del comunismo” que recorría Europa hacia mitad de los 800 crece, gana adeptos, se constituye en fuerza política. Y ya entrado el siglo XX obtiene su mayoría de edad. La Rusia bolchevique marca el rumbo; luego se van sumando cantidad de países. La lista es larga. Para la década del 80 una cuarta parte de la población mundial vive en naciones con modelos socialistas. Hay enormes diferencias entre muchas de ellas, pero un común denominador para todas es que, en ningún caso, las revoluciones tienen lugar en los países más desarrollados industrialmente tal como había pretendido la concepción original sino, por el contrario, en las sociedades rurales más “atrasadas”, más cercanas inclusive a los sistemas feudales.

Pasadas varias décadas de desarrollo, el socialismo real entra en crisis. Hacer un balance acabado de cada una de estas experiencias sería un trabajo monumental que dista mucho de las pretensiones aquí presentes. Lo que queda claro es que, por distintas razones, comienzan a evidenciar problemas que se suponía debían ser superados definitivamente: dieron marcha atrás en las confiscaciones, no lograron dignificar y liberar como se esperaba a todos y cada uno de sus habitantes, crearon problemas nuevos. La corrupción, la malversación de fondos públicos, la burocracia y el abuso de poder por parte de sus funcionarios no se extinguieron en las distintas experiencias del socialismo real. La militarización de la vida cotidiana marcó hondamente su desarrollo. Apúntese de paso que no hicieron mucho por terminar con el machismo, con las prácticas racistas o el desastre ecológico, más allá de declaraciones formales. Es importante señalar

todo esto con un profundo espíritu crítico: estas características ya son por demás conocidas en el mundo de la libre empresa; la cuestión es ver por qué y cómo se mantuvieron en lo que se esperaba fuera una superación de problemas ancestrales. Hasta donde se puede comprobar, estas “lacras” no desaparecieron totalmente en el socialismo. Estas experiencias de construcción de un nuevo modelo se vieron sometidas a la agresión del poder capitalista, menos o más abiertamente. Tuvieron que soportar guerras, presiones de las más diversas, competir en un plano de desigualdad con sus oponentes occidentales. Pero también hay razones intrínsecas que impidieron el crecimiento, material y espiritual, tal como se había contemplado. La redención de la Humanidad debió seguir esperando. De más está decir que la “contraparte” del socialismo no ha podido resolver los problemas de atraso, explotación y olvido en que ha permanecido -y todo indica que seguirá permaneciendo, al menos por ahora, y quizá ahondando esa situación- una gran parte de la población mundial.

¿Qué pasó con el socialismo real? Dejemos de lado, aunque sin minimizarlo obviamente, el ataque capitalista. Explicar todos los fenómenos en función de una sola causa: la agresión externa, el bloqueo, la maldad del enemigo en definitiva, libera de la autocrítica. Tal vez se trata, combinándola con los anteriores motivos, de emprender una revisión profunda y honesta de temas eludidos en la cosmovisión marxista: la relación del sujeto con el poder. Quizá no hay nada más genuinamente humano que la lucha por el poder. Proceso que es propio de la especie humana, pues los mecanismos animales asimilables (delimitación de territorios, pelea entre los machos por las hembras) se explican enteramente por dispositivos biológicos. Forzosamente el poder se liga con la fuerza, la diferencia, la violencia. Esto es constitutivo del fenómeno humano y no una “desviación”. Stalin, Ceaucescu, Pol Pot, eran marxistas. ¿Lo que ellos hicieron habrá sido lo que pergeñó un humanista de la profundidad de Marx? Seguramente no. Pero no hay duda que estas teratologías se nutren en su texto. ¿Puede justificarse que el asesinato de Trotsky era “políticamente necesario”?

Si se lo admite, ¿de qué “hombre nuevo” estamos hablando?

Que la violencia esté entre nosotros no significa que ese sea nuestro destino final. La cuestión es: una vez sabido esto, ¿cómo lo procesamos? ¿O nos quedamos justificando la “teoría” del garrote, el darwinismo social? De alguna manera puede decirse que en el marxismo clásico, aquel que sirvió de aliento para plantearse un “hombre nuevo” y una sociedad superadora de las injusticias

sociales, se partió de la idea original de un *homo bonus*, un ser solidario y “buena gente”. Y esto debe llevarnos a un primer nivel de revisión. ¿Por qué el “hombre nuevo” en el socialismo siempre se ha empezado concibiendo a partir de imágenes quasi militares?: el comandante ejemplar, heroico y abnegado dicho sea de paso, siempre varón.

El colapso de la Unión Soviética, y consecuentemente la crisis de todos los países que, de una u otra manera tenían en ella un referente impuesto o no, muestra que todavía se está muy lejos de edificar un paraíso; el paraíso, no debemos olvidar, el único paraíso posible es el perdido. La masacre de Tiananmen en Pekín nos alerta respecto a que la tolerancia de las diferencias es aún una meta muy lejana. Que el crecimiento económico militar de China (¿en qué medida continúa siendo socialista actualmente?) la coloque quizá en la perspectiva de ser un coloso con gran poder de decisión mundial en los años venideros no quita la necesidad de esta reformulación sobre el “hombre nuevo”. Está claro que la mejora económica básica, toral en un sentido, y condición indispensable para otros cambios no alcanza para transformar el mundo. El capitalismo, cuando surgió, también cambió el mundo en términos económicos; pero ya sabemos cuáles fueron sus consecuencias.

Sería tonto, muy poco serio para proponer una genuina revisión, partir de un maniqueísmo reduccionista entre “bondad” y “maldad” originarias. Que podemos ser solidarios, no hay ninguna duda; tanto como podemos ser individualistas egocéntricos. Pero oponer a esto último un reino de la solidaridad natural no ha demostrado ser muy fructífero, pues cuando ella falló se la impuso por decreto; y nadie es “buena persona” porque el Comité Central de un partido lo decida (nadie es “ateo” o “solidario” por imposición). Somos, en todo caso, una intrincada mezcla de todas estas posibilidades.

Es curioso (¿triste?) ver que en las repúblicas de la extinta Unión Soviética la gente persiste en intolerancias que, era de esperarse, estarían superadas tras siete décadas de socialismo, de nuevas relaciones sociales, de justicia y solidaridad. Las guerras religiosas e interétnicas en buena parte de Europa Central y Oriental, otrora socialista, están a la orden del día (no muy distintamente a como sucedía en la Edad Media). El muro de Berlín con toda la imparcialidad del caso hay que admitirlo fue derribado por los propios alemanes del Este, de entre algunos de los cuales hoy surgen grupos neonazis furiosamente xenofóbicos, no muy distintamente al Ku Kux Klan antinegros en Estados Unidos. ¿Era entonces una

mera quimera inalcanzable la Patria de la Humanidad levantada apenas hace unos años por el socialismo? ¿Fracasó el socialismo? Seguramente se partió de premisas cuestionables en cuanto a las posibilidades reales del cambio aspirado, por lo que el resultado obtenido resultó ese producto tan especial que conocimos.

Cuba sigue siendo socialista; Venezuela con su Revolución Bolivariana está construyendo una propuesta socialista. El socialismo, en tanta aspiración a una mayor equidad social, sigue vivo. ¿Por qué iría a morir la aspiración a la justicia? La cuestión que se plantea hoy, en el mundo, en nuestra Latinoamérica, es cómo seguir construyendo esos cambios luego de los golpes sufridos por el campo popular.

¿Hay que revisar el socialismo?

Erráticos procesos políticos que a veces son tan difíciles de entender, no pueden explicarse solamente en términos de lucha de clases (aunque ello sea, sin dudas, un horizonte desde donde comenzar). ¿Por qué los alemanes masivamente se hicieron nazis durante la época de Hitler, o por qué Stalin, quien podía estar de acuerdo con un asesinato político como el que mandó perpetrar contra Trotsky, o condenar a muerte a miles de compatriotas “contrarrevolucionarios”, se hizo del poder a la muerte de Lenin pasando a ser el “padrecito adorado” de toda la nación? ¿Cómo explicar que los sandinistas en Nicaragua, quienes desplazaron a una feroz dictadura gracias al masivo apoyo de la población, fueran expulsados luego por el mismo voto popular, o que militares como Banzer en Bolivia, Ríos Montt en Guatemala, o Bussi en la provincia de Tucumán en Argentina todos confesos dictadores con las manos manchadas de sangre años después de sus dictaduras vuelvan al poder con el aval eleccionario de la población? Es, salvando las distancias, como tratar de entender por qué los seres humanos siguen fumando pese a saber de los peligros del cáncer de pulmón, o por qué el no-uso del preservativo pese al conocimiento de la pandemia de Sida. La noción del saber racional no alcanza. Y de ninguna manera puede pensarse en estos fenómenos en términos de psicopatología. Si queremos entender mucho de lo que pasó con el socialismo, es necesario replantearse conceptos que, por años, fueron catecismo intocable. Hablar de derechos de género, o de reivindicaciones étnicas, no hacían parte de esa biblia, por lo que estaban descalificados; y hoy vemos que, junto a la lucha de clases, son reivindicaciones igualmente justas y necesarias.

La revisión de los fundamentos implica releer críticamente los instrumentos teóricos que forjaron las luchas de la izquierda es decir: el marxismo con la idea

(nueva en los tiempos de Marx) de cómo y en qué sentido es posible cambiar la condición humana, y centrar la cuestión de las transformaciones sociales en torno a la discusión sobre el poder, única manera de no repetir “ingenuidades” (todos somos iguales, pero siempre hay algunos más iguales que otros).

En cuanto a las cuestiones más coyunturales, o si se quiere: más pragmáticas (¿qué hacer para producir los cambios sociales tras las derrotas sufridas?), se debe intentar contestar cada una de las preguntas puntuales arriba señaladas, pero siempre en la lógica de la revisión primera: ¿qué y cómo es posible cambiar en la condición humana? ¿Es posible el “hombre nuevo” altruista y solidario, o debemos aspirar a mejores mecanismos de auditoría social, de control de la transparencia?

Luego de la crisis del modelo socialista, ¿a la izquierda no le queda otra alternativa que presentarse con “buen aspecto”, siendo su máxima aspiración administrar el capitalismo de modo decente (digamos: socialdemocracia a la europea)? Esto se articula con una cuestión tan espinosa como la forma de gobierno democrático-parlamentaria y la posibilidad de construir una sociedad justa desde ese paradigma. Hasta hace algunas décadas atrás, antes de la caída del socialismo real en buena parte de naciones, esa estructura del poder basada en el juego de partidos políticos y división entre ejecutivo y legislativo era vista como la encarnación del Estado burgués, y de lo que se trataba era de destruirla para dar lugar a otra cosa. Hoy, movimientos guerrilleros desmovilizados e izquierda en su conjunto ven en el trabajo político dentro de esos cánones el gran desafío. Ante lo que surge de inmediato la pregunta: ¿es posible transformar realmente relaciones de poder en los marcos de la democracia representativa?

Cada vez que se intentó tocar seriamente la estructura del poder económico y político en el marco de un gobierno democrático burgués (pensemos en el Chile de Salvador Allende, o inclusive la actual experiencia venezolana), o cuando se propusieron cambios que, dentro de esa legalidad, repartían con más equidad la riqueza social (el peronismo de la primera mitad del siglo XX en Argentina, la reforma agraria en Guatemala con Jacobo Arbenz, las experiencias de la isla de Grenada o de Jean Bertrand Aristide en Haití) la reacción por parte de los amenazados no se hizo esperar, y las aventuras reformadoras fueron brutalmente agredidas y abortadas. Las democracias parlamentarias, surgidas a partir del triunfo del capitalismo dieciochesco, están hechas a la medida de la clase que detenta el poder desde la caída de las monarquías, es decir: las burguesías modernas. Hoy,

con un mundo globalizado que se rige absolutamente por las reglas del mercado capitalista, la expresión política por antonomasia es la democracia parlamentaria, basada en el juego de los partidos. Hasta en las más remotas latitudes, en culturas cuya evolución propia les llevó a formas muy particulares de expresión política totalmente distintas de la democracia representativa, la dinámica de los partidos políticos ha terminado imponiéndose. El socialismo político a la europea es posible porque hay tras esa formación política una robusta economía (en buena medida apoyada también en la explotación de las ex colonias, hoy países del llamado Tercer Mundo) que permite un estado de bienestar aceptablemente repartido entre todos sus habitantes. Cuando el modelo socialdemócrata (parlamentario, con juego de partidos políticos y cuotas de justicia social) trata de implementarse en el Sur por supuesto no funciona (pensemos en Nicaragua de la última era del sandinismo, por ejemplo). Es evidente, entonces, que este tipo de organización del Estado, en tanto está concebido como mecanismo funcional de los grandes propietarios, no permite una distribución equitativa del producto social. Es, sin duda, un avance en relación con el absolutismo monárquico, o preferible a las fascitoides dictaduras unipersonales que nos dejó el pasado siglo; pero lejos está de ser un camino de transformación real. Por tanto, ¿hasta dónde la izquierda puede encontrar ahí una vía de trabajo político de genuino impacto?

En esto hay un reto abierto. La destrucción de la democracia burguesa que se reclamaba a partir del Manifiesto Comunista de 1848 como condición para la construcción de una nueva sociedad no es lo dominante en las agendas políticas de las izquierdas. La situación de retroceso en el campo popular fue tan grande a partir de la caída soviética en los años 90 que ya no se ha vuelto a hablar de “toma del poder” por parte de los oprimidos. El golpe sufrido por la izquierda ha sido muy fuerte, a punto que se reconsidera la democracia formal como un campo importante a trabajar. En general no se habla hoy de movimientos armados como vanguardias de los procesos de transformación social (ya no se habla de Marx sino de marcs: métodos alternativos de resolución de conflictos). Pero más allá del terreno perdido que lleva a replantear estrategias, es claro que desde dentro del Estado capitalista, así se tuviera mucho poder político, no se pueden operativizar los cambios que una revolución ha menester. ¿Es improcedente trabajar en ese ámbito entonces? Quizá no; pero debe quedar claro que eso no constituye un verdadero proyecto revolucionario. ¿Por qué esa insistencia machacona, entonces, en el trabajo dentro de los límites de la democracia formal que hace la izquierda en esta última década?

A partir de las derrotas sufridas no hay mucho espacio para plantearse lo mismo de tres décadas atrás (sería, en todo caso, una reiteración enfermiza). El desarrollo militar de las potencias capitalistas, con Estados Unidos al frente, anula -al menos de momento- la posibilidad de impulsar estrategias de toma del poder por vía militar. El asalto al Palacio de Invierno por los bolcheviques, o la derrota de ejércitos de ocupación interna como los de Batista en Cuba o Somoza en Nicaragua, o la Larga Marcha de Mao Tse Tung en China, son hoy piezas del museo de la historia. El grado de control militar alcanzado por la maquinaria bélica del capitalismo avanzado torna imposible alternativas de ese corte, por lo que el trabajo político-partidario, el ámbito parlamentario, el aporte desde dentro mismo del estado burgués por medio de algunos resortes (alcaldías, poderes locales, trabajo en los sistemas de justicia) es un camino interesante de explorar. La resistencia armada de los pueblos oprimidos (cualquiera que busquemos, alguna del escenario árabe por ejemplo, la palestina o la iraquí) es eso: resistencia, pero no alcanza para erigirse en modelo social superador.

La cuestión es no perder el norte: la democracia representativa que hoy se impone como el punto máximo de perfectibilidad en la organización política puede permitir mantener un perfil de lucha por una mayor justicia, pero no es el objetivo en sí mismo. Confundirlo es condenarse a ser una izquierda “amansada”, más preocupada por salir en televisión que en una transformación social genuina. Y la resistencia antiimperialista no es un proyecto de transformación de las estructuras, más allá de lo loable como reacción popular.

¿Pero qué debe hacer la izquierda entonces? Tratar de definir, como mínimo, lo que no debe hacer. Y entre esas cosas tenemos claramente: no conformarse con ser la versión “buena” del capitalismo, no debe postularse como el partido único detentador de la verdad revelada, ni menospreciar expresiones progresistas que no comparten su mismo lenguaje cenacular. Jamás debe dejar de plantearse con profundidad una genuina autocrítica. Hoy por hoy representan un discurso contestatario, más que los partidos comunistas, el movimiento antiglobalización liberal (espectro amplio de diversas formas de combate al capitalismo desbocado de los últimos años). Básicamente, entonces, se trata de reconsiderar -no para desecharla sino para ir más allá todavía- la idea misma de revolución, de cambio, de transformación. Porque la izquierda no está condenada a ser el “rostro humano” del capitalismo “salvaje”; porque no debe repetir el error de un partido omnipotente que establece la felicidad y la solidaridad por decreto; porque debe ser estímulo de la espontaneidad creativa y sanamente irreverente (¡la

imaginación al poder!) y no su muerte. Por todo eso, porque seguimos creyendo en que nuestra especie se merece algo mejor al mundo en que vivimos, es que formulamos estas preguntas. En definitiva: porque seguimos apuntando a la utopía posible.

¿Cómo darle forma a la utopía?

Fundándose en una teoría científica de la sociedad, de su estructura y de su historia (pero faltando, sin dudas, una teoría del sujeto con similar rigurosidad en su formulación), el pensamiento socialista apareció como propuesta de comprensión de la realidad humana, y mucho más aún, como proyecto de transformación de la misma.

Formulada con valor de teoría, sin ningún lugar a dudas tuvo características de utopía. Es decir: funcionó como la presentificación de una aspiración, de un deseo puesto como meta alcanzable. Hoy, luego de la caída del campo socialista, la palabra “utopía” está más que nunca cargada de connotaciones negativas; es, en todo caso, sinónimo de quimera, fantasía, mera ilusión. En el socialismo clásico, por el contrario, era el horizonte de llegada de un proceso racional, estaba plena de positividad.

“Sociedad sin clases”, “reino de la igualdad”, “solidaridad sin fronteras”, han sido y siguen siendo utopías. Pero utopías no en el sentido de sueños vanos, evanescentes fantasías sin asidero. Utopías como aspiración de un mundo más justo, más equitativo. Utopías -ahí está su fuerza justamente- como proceso de búsqueda. Hoy, caídas las primeras experiencias que transitaron la senda socialista, es pertinente plantearse en qué medida esas aspiraciones son utopías en sentido negativo o positivo.

Por lo pronto parece demostrarse que, en tanto especie humana, necesitamos siempre esta dimensión de búsqueda de un ideal, de un paraíso que funciona como horizonte que nos llama. La diferencia que se da con el socialismo científico, con el marxismo, es que esta construcción pretende tener los pies sobre la tierra. Es la búsqueda de un ideal, ¿quizá de un paraíso?, sobre la base de una formulación rigurosa y asentada en una realidad material. En este sentido el socialismo es una utopía éticamente válida. Si sus primeros pasos no dieron todos los resultados que se esperaba, tampoco puede desvirtuárselos. De lo que se trata es de revisar por qué no funcionó como se esperaba. Dicho en otros términos: ¿son posibles las utopías? ¿Qué valor tienen las mismas? Podría decirse que son como las estrellas: inalcanzables, pero marcan el camino.

El socialismo es, en esencia, la aspiración a un mundo más justo. En sus albores hacia el siglo XIX -y durante las primeras experiencias de su construcción ya en el XX- esa justicia se interpretó en términos de equidad económica. Hoy día, a partir de la enseñanza histórica, podríamos ampliar la mira: la justicia tiene que ver además con la democratización de los poderes, con su horizontalización. “Una economía planificada no es todavía socialismo. Una economía planificada puede estar acompañada de la completa esclavitud del individuo. La realización del socialismo requiere solucionar algunos problemas sociopolíticos extremadamente difíciles: ¿cómo es posible, con una centralización de gran envergadura del poder político y económico, evitar que la burocracia llegue a ser todopoderosa y arrogante? ¿Cómo pueden estar protegidos los derechos del individuo y cómo asegurar un contrapeso democrático al poder de la burocracia?”, se preguntaba Einstein, que además de físico genial era un agudo pensador social de izquierda faceta que le es bastante desconocida por cierto.

Si algo debe criticarse severamente de las experiencias socialistas conocidas hasta la fecha es justamente su falta de democratización del poder. Que su concentración suceda en las sociedades no socialistas no debe sorprender; en ellas, más allá de la declamada democracia formal que encierra básicamente una perversa hipocresía, el poder absoluto queda en manos de las grandes empresas (hoy transformadas en monstruos multinacionales con presupuestos mayores al de muchos países pobres, y con un poder político descomunal, a veces más grande que el de los aparatos estatales). La cuestión se plantea en el manejo del poder que ha tenido el socialismo. Algo ahí no funcionó; ¿era una tonta utopía suponer que se iba a poder horizontalizar el poder?

Poder popular: ese es el gran desafío, ¿Cómo?

El hecho que posibilitó pensar en una alternativa real para la construcción del socialismo fue la Comuna de París, intensa experiencia de poder popular espontáneo de sólo un breve tiempo de duración ocurrida en el ya lejano 1871. Fue a partir de esta circunstancia inaugural que los fundadores teóricos del socialismo científico, Marx y Engels, conciben la “dictadura del proletariado” como mecanismo para la subversión del poder de la clase actualmente dominante e inicio de la edificación de una sociedad sin clases. El espíritu de la Comuna es lo que ha guiado y sigue guiando este tipo de iniciativas auto-gestionarias. Hoy, entrados en crisis los modelos de partido único con que se dieron los primeros pasos del socialismo, es necesario reflexionar sobre aquella experiencia histórica.

La cual, a su vez, se liga con otra gesta no menos importante que también tuvo lugar en París casi un siglo después: el mayo francés de 1968.

Definitivamente el sistema pluripartidista que nos trajo la democracia parlamentaria moderna, si bien constituye un avance con relación al absolutismo monárquico y las estructuras feudales, lejos está de ser una auténtica representación de todos los sectores sociales. En forma disfrazada, no deja de ser una dictadura de la clase capitalista. Para la gran mayoría de la población mundial ya no es tanto el látigo el que intimida sino el fantasma de la desocupación (un látigo más sutil, por cierto). La esclavitud ahora es asalariada. Ahora bien: ¿puede la utopía socialista ir más allá de este corrupto sistema de partidos políticos y generar un auténtico poder popular?

Según concibió la teoría marxista clásica debe ser un partido revolucionario representante de las fuerzas sociales más progresistas quien lidera el proceso transformador. Y ahí se abre un debate hasta ahora nunca saldado. ¿Partido obrero? ¿Movimiento campesino? ¿Vanguardia armada? ¿Frente Popular multclasista? Como vemos, los pasos que deben llevar a la construcción de un orden nuevo son diversos, debatibles, incluso cuestionables. ¿Por dónde empezar? ¿Y el partido revolucionario único? “La libertad sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros de un partido, por numerosos que ellos sean, no es libertad. La libertad es siempre libertad para el que piensa diferente”, decía hace ya casi un siglo Rosa Luxemburgo. La “dictadura del proletariado” tuvo más de dictadura que de otra cosa. Dicho esto, sabido y sufrido todo esto, debemos abrir la autocrítica.

Sin dudas no es una quimera la intención de cambiar las relaciones entre los seres humanos. Es, si se quiere, un imperativo ético: la sociedad de clases es un atentado contra la especie humana, y el capitalismo desarrollado lo es también contra el planeta. Por tanto no es un sueño infantil aspirar a su modificación. De hecho, además, de forma lenta pero sin pausa, la humanidad va cambiando, va buscando mayores cuotas de justicia, de participación popular (las monarquías no están en ascenso y la esclavitud física, aunque no desapareció totalmente, tampoco está en crecimiento). Lo que se visualiza como utopía -en el sentido que prefiramos- es el camino a seguirse para conseguir el fin. Dicho en otros términos: ¿cuál es el instrumento que posibilita cambiar la sociedad a favor de las mayorías explotadas?

La Comuna de París y el mayo francés se proponen como referentes: el “pobrerío” al poder, la imaginación al poder. Podemos estar de acuerdo con que otro mundo es posible; la cuestión es cómo construirlo. Es decir: ¿cómo se afianzan y tornan sustentables las experiencias autogestionarias? Más allá de la reacción, la protesta, la lucha contestataria (momentos imprescindibles en esta construcción), a la luz de lo que fueron esos intentos de edificación de algo nuevo, las preguntas siguen abiertas.

¿Habrá que convencerse que el poder popular, el poder horizontalizado, es una pura quimera, una utopía en sentido negativo? La figura del Amo y del Esclavo que Hegel inmortalizara en el capítulo IV de su Fenomenología del Espíritu, en 1807, como modelo de la dialéctica definitoria de la relación interhumana ¿no se equivoca entonces? Con lo que tenemos de ejemplo hasta ahora, con todo lo que las experiencias humanas nos han aportado a lo largo y ancho de la superficie de nuestro planeta y en lo que llevamos de historia como especie, en principio todo ello nos autoriza a decir que sí, efectivamente, Hegel no estaba muy equivocado.

El poder fascina. Esto, parece, es válido universalmente. Cualquier experiencia de ejercicio de poder nos confronta con la dificultad tan grande de lograr evitar caer en similares tentaciones, desde el Gengis Khan a Ceauscescu, del poder que confiere manejar un automóvil respecto al peatón al hecho que un sirviente nos abra la puerta del ascensor, del profesor en su cátedra a Idi Amin en su lugar de autócrata. Renunciamientos al halo mágico del poder, aunque de hecho puedan darse, no son fáciles por otro lado, ¿por qué habrían de serlo?, si justamente lo humano es tal en torno a esa dialéctica, se constituye sobre ese paradigma amo-esclavo.

Si el Che Guevara renunció a su puesto en la Revolución Cubana, ¿fue realmente para seguir con la causa universal de la lucha revolucionaria, o por que no había lugar para dos grandes en la isla? El catecismo nos dirá una cosa, sin dudas, pero ¿y la autocrítica? Eva Perón, en la década de los 50 del pasado siglo en Argentina, ¿renunció a la vicepresidencia por lealtad con su pueblo, o porque la oligarquía vernácula y la embajada estadounidense la obligaron?

En la tradición socialista nunca se ha debatido seriamente el tema del poder, de la fascinación del poder. La sola mención de “poder popular” como fórmula mágica no excusa -la historia lo constata- de la necesidad de mantenerse alertas ante las recaídas en las mismas repeticiones de siempre. ¿Por qué siempre

las revoluciones socialistas estuvieron ligadas a la figura de un gran líder? (por cierto, siempre varón). ¿Por qué estos líderes se permiten legar herederos políticos? ¿Por qué siempre los mismos errores? Se podría haber pensado que en la construcción del mundo nuevo las purgas en masa de Stalin quedaban en la historia estigmatizadas como lo que nunca debería repetirse, y que ya nunca volvería a verse un abuso de autoridad por parte de un dirigente revolucionario. Pero no: vemos que el autoritarismo, la jerarquía, la verticalidad en el mando siguen siendo prácticas aún vigentes en la izquierda (no falta por ahí algún comandante violador incluso). ¿Y la autocrítica? Cuando se ha pensado en transformar el mundo (utopía en el sentido literal que el inventor de la palabra, Tomás Moro, le diera: “lugar que no está en ningún lugar”), cuando la tradición socialista apuesta por la construcción de una cosa nueva, ahí es donde surgen los problemas.

Los problemas son de dos tipos: por un lado esto no es ninguna novedad obviamente la reacción de las fuerzas conservadoras, de aquellos que perderían con un cambio. Obstáculo de enormes proporciones a vencer, mucho más grande que hace un siglo, cuando se comenzaba a hablar de poder popular, de la comuna de París. Obstáculos que hoy, con un poder militar inconmensurable por parte del capitalismo desarrollado, y más aún de su potencia hegemónica, son de una naturaleza casi insalvable (hoy quizá sea más fácil molestar a la lógica capitalista por medio de un hacker que con un llamado a la toma de las armas por parte del pueblo unido).

¿Pero qué hacer entonces?

¿Cómo enfrentarse al Fondo Monetario Internacional, a las bombas inteligentes, a los satélites de espionaje, al fantasma de la desocupación, a los medios de comunicación masivos de escala planetaria? El mundo de hoy, luego de la caída del muro de Berlín, está inclinado de modo escandalosamente unipolar hacia el lado del gran capital, y por cierto que no se ve muy fácil cómo golpearlo. La derecha ha aprendido de sus errores más rápido y mejor que la izquierda, y hoy día ya no son concebibles ni una comuna de París ni un mayo francés, sencillamente porque el poder dominante lo puede controlar con relativa suficiencia. Pero si eventualmente la correlación de fuerzas permitiera -concédasenos jugar un momento a las utopías- realizar los cambios pertinentes, surge con no menos fuerza el otro problema: confiscadas las empresas industriales, repartidas las tierras, promovido el estado de bienestar por medio de iniciativas populares (salud y educación gratuitas y de calidad, créditos hipotecarios, cultura

para todos), ¿cómo organizamos el poder popular? ¿Cómo evitar que se repitan las purgas stalinistas o el machismo y la impunidad de algún comandante? “Una nueva organización de izquierda debe crear antídotos desde su momento fundacional para todas estas deficiencias del pasado”, reflexionaba Carlos Figueroa Ibarra. Pero quizá no haya antídoto contra mucho de lo que conocemos como experiencia humana. Si el poder fascina a todos por igual, si el sujeto se constituye contra la imagen del otro, parece que es utópico buscar una “bondad” esencial entre los seres humanos. Pero más aún: quizá sea desubicado, tonto, inconducente, mantener un maniqueísmo de buenos y malos, de carácter más bien religioso, donde el poder y los poderosos son intrínsecamente “malos” y los desposeídos son los “buenos”. El “hombre nuevo” -que por definición tiene que ser “bueno”- no está cerca de prosperar. ¿Hay ya “hombres nuevos” por algún lado? ¿Puede haberlos? ¿“Nuevos” en qué sentido: que ya no se fascinan con el poder? No debemos olvidar que el Che, por ir a luchar al Africa en nombre de la revolución universal, dejó abandonada su familia en Cuba (“padre abandonico” lo, ¿llamaríamos hoy desde la psicología? ¿Se le debería promover juicio por abandono de hogar?).

Quizá lo que podemos plantear es la necesidad de la participación popular como un camino importante, tal vez de la más vital importancia para la construcción de un mundo distinto.

Que “otro mundo es posible” está fuera de discusión; posible e imperiosamente necesario. Sobre lo que debemos seguir profundizando es en el cómo lograrlo. Participación popular, poder popular, son conceptos que van más allá de la concurrencia a las urnas cada tanto tiempo, o la participación en un acto público el 1º de mayo. La experiencia de los intentos socialistas habidos nos va demostrando que la construcción del partido revolucionario presenta significativas contradicciones. La supuesta pluralidad partidaria de las democracias burguesas no tiene absolutamente nada que ver ni con la participación ni mucho menos con el poder popular. Autogobierno local, autogestión obrera de la producción, movimientos cooperativos -y en esa línea también: comuna de París y mayo del 68- son hitos que ya existen y deben potenciarse. He ahí donde debemos nutrarnos para ver por dónde caminar. Latinoamérica es muy rica en estas experiencias.

Entiendo que para quienes damos por supuesto que hay que seguir buscando modelos más justos de vida, el problema se nos plantea al abordar cómo impulsar ese poder popular. Debemos estar conscientes que cada individuo es, ante todo, parte de una masa; y que la masa tiende a ser conservadora, no crítica,

fácilmente exaltable. La idea de “hombre nuevo” es casi la antípoda del hombre-masa. En algún sentido todos somos masa, y la organización de una sociedad tiene mucho que ver con ese fenómeno. De todos modos el capitalismo desarrollado llevó esa formación a niveles jamás vistos anteriormente en la historia; no puede haber sistema capitalista eficiente si no hay masa como productora y como consumidora. La masa, preciso es reconocerlo, difícilmente pueda proponer, sopesar, decidir con sutileza. La masa es amorfa, sigue a un líder, prefiere el inmediatismo.

Pero ahí está el reto: ¿cómo lograr que ese conjunto incoordinado y manipulable como es la masa pueda ejercer el poder? ¿Cómo puede gobernarse a sí misma? “Las masas” -decía una pintada callejera durante la guerra civil española- “no son revolucionarias sino que, a veces, se ponen revolucionarias”. Insisto con el interrogante: ¿es posible perpetuar ese espíritu revolucionario de la masa? ¿Es posible construir una sociedad a partir de ese espíritu? ¿Cómo hacer para que en realidad la imaginación tome, conserve y ejerza productivamente el poder? Resolver esto es el desafío que se nos abre.

La dictadura del proletariado, es decir: un gobierno revolucionario de iguales dispuesto a cambiar el curso de la historia, fue lo que hizo pensar a Marx más de un siglo atrás en la pertinencia de ese mecanismo luego de entusiasmarse con los hechos de París de 1871.

Las contadas ocasiones en la historia del siglo XX en que esas masas dejaron de acatar las reglas establecidas y derrocaron regímenes que las agobiaban (Rusia, China, Cuba, Nicaragua), se pusieron en marcha procesos que significaron mejoras. Claro que siempre esos movimientos tuvieron una figura fuerte (masculina) que terminó poniéndose al frente.

Hecho el balance de lo que significaron tales experiencias, está claro que hubo grandes avances populares: se redujo o extinguió el hambre crónica, creció el bienestar cotidiano, la población tuvo acceso a salud, educación, tierras y viviendas, aumentó la producción y la investigación científica. Aunque se pueda criticar la burocracia y la falta de derechos individuales en China, por ejemplo, ¿quién podría negar que las grandes masas tengan hoy un mejor nivel de vida que con los mandarines?. Aunque no falten cubanos que abandonan la isla hastiados de la monocromía del partido único y la crónica escasez buscando el “paraíso adorado” de Miami, ¿quién podría negar que la situación socioeconómica y

cultural de la población de Cuba es hoy infinitamente más digna que la de cualquier país latinoamericano, y que sus logros sociales ni siquiera en muchos países del Norte pueden encontrarse?

De todos modos la pregunta sigue en pie: ¿y el poder popular? Quizá debemos poner un especial énfasis en la pequeña célula de autogestión, en el pequeño grupo que se organiza y se autogobierna, y no tanto en la idea de gran proyecto universal que cambia el mundo y abre las puertas del nuevo paraíso. Eso, por lo que vemos, no funcionó en ese sentido.

Ante esos experimentos fallidos -no sé si decir fracasos, pero sí tanteos a revisar- está claro que hay que presentar otras alternativas. Lo que podemos extraer como conclusiones es que si de cambios se trata, la masa debe ser crítica, acompañar e involucrarse en los procesos sociopolíticos, ser un contralor riguroso. Tal vez a principios del siglo XX, en Rusia, un campesinado casi feudal, muy poco desarrollado educativa y políticamente, lejos de la cultura industrial urbana, no estaba en condiciones de ser el garante de un proceso autogestionario genuino; por eso, más allá de los soviets, pudo aparecer un Stalin. En esa dimensión podría preguntarse entonces: ¿pero por qué una clase obrera como la alemana, o la japonesa, altamente desarrolladas, con buenos niveles educativos, con tradición de organización sindical, no proponen entonces el control de la producción en sus países en la actualidad? ¿Por qué no toman en sus manos el control de sus Estados y organizan una sociedad nueva? Pero, ¿quién dice que esas clases sociales quieren cambiar su estatus? Tal vez cada trabajador individual querría, ante todo, devenir funcionario de la fábrica donde labora, duplicar su ingreso, incluso tener personal a su cargo. En países de alto consumo el ideal es poder consumir más todavía y la solidaridad es una exótica pieza de museo. El actual neoliberalismo se ha encargado de elevar esa tendencia a su máxima expresión haciendo del individualismo una religión obligada.

Tanto en el Norte hiper desarrollado como en el Sur famélico, hoy por hoy, caídos los modelos del socialismo clásico y entronizado el “sálvese quien pueda” de un capitalismo salvaje y voraz, replantearse los términos del poder es de vital importancia. En el ánimo de aportar alternativas en este debate, entiendo que la cuestión básica estriba en pensar en procesos micro, locales, en pequeños poderes realmente horizontales y democráticos: la comunidad barrial, la unidad sindical, la cooperativa puntual, el grupo de consumidores, los colectivos particularizados. Experiencias de autogestión hay numerosísimas a lo largo y ancho del planeta, y de ahí debe salir la nueva savia revolucionaria.

En un mundo globalizado con poderes descomunales de impacto planetario, buscar alter-nativas especulares a esos poderes no se ve conducente. La Guerra Fría, por cierto, terminó asfixiando en su monstruosa, loca carrera de dos gigantes -uno más que el otro, evidentemente- a uno de los polos, el que, mal o bien, podía servir como contrapeso al capitalismo; por tanto, volver a oponer misil nuclear contra misil nuclear en tanto método de lucha no parece lo más fructífero.

No podemos ser ingenuos y pensar que una comunidad rural organizada en alguna provincia de Tanzania, o un colectivo de madres solteras en Rawalpindi o una cooperativa de pescadores en el Caribe hondureño, puedan ser inquietantes para los grandes bancos que manejan la economía mundial, o para las fuerzas armadas de Estados Unidos o de la OTAN. Seguramente no. Pero dado que estábamos hablando de cómo darle forma a la utopía, entiendo que he ahí el germen del que debemos nutrirnos. Pensar en las utopías significa creer que son posibles (si no, no vale la pena siquiera considerarlas). Luego del derrumbe de la Unión Soviética, a partir del mundo unipolar vivido esta última década y del mensaje triunfal del neoliberalismo individualista -coronado con la invasión a Irak por parte de los Estados Unidos pasando por sobre la Organización de Naciones Unidas- todos, y la izquierda en especial, hemos quedado golpeados, sin referentes, profundamente asustados. El fantasma de la desocupación no es cuento, y los cerca de 200 millones de desempleados en el mundo ayudan a mantener la precariedad laboral en un bochornoso proceso de retroceso social (hasta en el seno de las Naciones Unidas los contratos son por tiempo limitado, sin prestaciones ni derecho sindical). Si “la historia ha terminado” -según se nos informó pomposamente- ¿para qué pensar en utopías? Pero no es utópico decir que hay que enfrentarse a todo esto: es, en todo caso, una obligación, un imperativo ético. Durante la comuna de París era, o al menos parecía, más claro -pero no por ello más sencillo- fijar el norte: la clase obrera industrial debía ser el motor de cambio universal tomando el poder y construyendo una sociedad nueva (claro que esa conclusión se sacaba en uno de los países más industrializados del mundo, en muy buena medida rector de la historia global por su influencia política y cultural. Quizá una sublevación indígena en América -que en 1871 también ocurrían- no hubiera permitido sacar la misma conclusión).

Hoy, seguramente el panorama no permite aquella misma claridad. ¿Contra quién lucha el campo popular en la actualidad? Si bien sigue siendo claro que contra un sistema injusto, como mínimo hay que formular algunos matices: en el capitalismo desarrollado un trabajador no tiene mucho por lo que protestar, o no tanto, al menos, como cuando la comuna parisina en el siglo XIX. Allí, quizá,

el mayor enemigo podría parecer hoy el mismo consumismo. En el Sur, por el contrario, dada la complejidad e interdependencia planetaria a que se fue llegando, se hace casi imposible pensar en procesos de autonomía nacional antiimperialistas (¿cuánto podría resistir hoy una revolución socialista en un estado africano, por ejemplo?, o ¿hasta dónde podrá llegar la Revolución Bolivariana en Venezuela si continúa radicalizándose y amenazando las reservas petroleras que Washington considera propias?); en el Tercer Mundo, tal vez lo más revolucionario hoy es no pagar la deuda externa. Hablar de antiimperialismo paso a ser casi una reliquia.

Ante todo esto, entonces, ¿hay que olvidarse de las utopías?

¡De ningún modo! El solo hecho de escribir estas líneas, de intentar hacerlas circular, de contribuir a este debate, está mostrando que la utopía nos sigue convocando. Y estoy seguro que no somos pocos los que así pensamos. Desde hace unos años se vienen realizando encuentros internacionales alternativos a las cumbres de los super poderes: el G-7 alternativo, el Foro Social Mundial. Sin dudas tienen, antes que nada, un valor político: hacer ruido al lado de los factores de poder dominantes del mundo. Hasta ahora no ha salido de ahí un claro programa de acción para oponernos al capitalismo salvaje que nos agobia. Incluso es probable que nunca salga; que no aparezca un plan concebido como guía para implementar. Y ahí está su fuerza quizá.

Estos espacios alternativos pueden ser lugares de encuentro, de intercambio, de aprendizaje, ámbitos donde las fuerzas progresistas de la humanidad pueden ratificar que no todo está perdido. Con un espíritu de horizontalidad, de democracia, es importante seguir creyendo en que otro mundo es posible, que no todo se reduce a asegurar el propio empleo, tomar Coca-Cola y olvidarse del vecino mirando televisión. Como expresara Heinz Dieterich: [Se dice que] “hoy día la televisión vuelve imposible la concienciación de las masas. La “televisión” del feudalismo era la iglesia católica que garantizaba el adoctrinamiento y sumisión sistemática de la población. Pero pese a su férreo control mediante el terrorismo psicológico y de Estado (la Inquisición), no pudo impedir el renacimiento de la razón secular y crítica que rompieron la camisa de fuerza ideológica”. Lo mismo puede decirse de nuestros tiempos. Si algo tiene de positivo estos encuentros de las fuerzas progresistas es que constituyen una invitación a repensar las cuestiones sobre el poder y su fascinación. Que el capitalismo y su expresión imperial máxima dada por los Estados Unidos son el enemigo, eso no es novedad. Que el stalinismo es una vergüenza histórica para la izquierda, eso tampoco es novedad. Lo que

nos debe unir como movimiento popular es la búsqueda de alternativas viables al modelo miserable que hoy se presenta vencedor.

La izquierda en Latinoamérica

La región latinoamericana tiene características bastante peculiares en tanto bloque. Si bien hay diferencias, marcadas incluso, entre algunas zonas -el Cono Sur con Argentina, Chile y Uruguay es muy distinto a Centroamérica, por ejemplo; o sus países más industrializados, Brasil y México, difieren grandemente de las islas caribeñas-, en su composición hay más elementos estructurales en común que dispares.

Los rasgos comunes que unifican a toda la región son, al menos, dos: a) todos los países que la componen nacieron como Estado-nación modernos luego de tres siglos de dominación colonial europea; y b) todos se construyeron integrando a los pueblos originarios en forma forzosa a esos nuevos Estados por parte de las elites criollas. Estas características marcan a fuego la historia y la dinámica actual del área. En un sentido, toda la historia de Latinoamérica en sus ya más de cinco siglos como unidad político-social y cultural, es una historia de violencia, de profundas injusticias, de reacción y luchas populares. De las rebeliones indígenas a la actual propuesta del ALBA (la Alternativa Bolivariana para las Américas) como proyecto de integración no salvajemente capitalista, las fuerzas progresistas han jugado siempre un importante papel. Las izquierdas políticas en sentido moderno (con un talante socialista podríamos decir, marxistas incluso) han estado siempre presentes en los movimientos del pasado siglo. De hecho, con diferencias en sus planteamientos pero con un mismo norte, en casi todas las sociedades latinoamericanas se dieron procesos populares de construcción de alternativas socialistas, o nacionalistas antiimperialistas, en búsqueda de mayores niveles de justicia. En algunas llegando a ocupar aparatos de Estado: Chile, Cuba, Nicaragua, Venezuela; en otras peleando desde el llano: movimientos sindicales, reivindicaciones campesinas, insurgencias armadas.

Sin ánimo de hacer un balance de esta historia, lo que vemos entrado ya el siglo XXI es que la izquierda no está en franco ascenso, pero tampoco ha muerto como el omnímodo discurso neoliberal actual pretende presentar. Es más: luego de la furiosa y sangrienta represión de los proyectos progresistas de las décadas de los 70/80 y de la instauración de antipopulares políticas fondomonetaristas en los 90, después del derrumbe del campo socialista y un

período donde las luchas por mayores cuotas de justicia parecían totalmente dormidas, en estos últimos años asistimos a un renacer de la reacción popular.

¿Estamos entonces realmente ante un resurgir de las izquierdas, de nuevos, viables y robustos proyectos de cambio social? Hoy día suele hacerse la diferencia entre izquierdas políticas e izquierdas sociales. Hay, sin dudas, un cierto retraso de las primeras en relación a las segundas. Para decirlo de otro modo: los planteos políticos de fuerzas partidarias a veces han quedado cortos en relación a la dinámica que van adquiriendo movimientos sociales. Muchas veces las reacciones, protestas, o simplemente la modalidad que, en forma espontánea, han tomado las mayorías, no siempre se ven correspondidas por proyectos políticos articulados provenientes de las agrupaciones de izquierda. Con variaciones, con tiempos distintos, pero sin dudas como efecto generalizado apreciable en toda Latinoamérica, hay un desfase entre masas y vanguardias. Lo cierto es que desde hace algunos años la reacción de distintos movimientos sociales ha abierto frentes contra el neoliberalismo rampante que se extiende sin límites por toda la región.

Toda esta izquierda social ha tenido impactos diversos, con agendas igualmente diversas, o a veces sin agenda específica: frenar privatizaciones de empresas públicas, organización y movilización de campesinos sin tierra, o de habitantes de asentamientos urbanos precarios, derrocamiento de presidentes como en Argentina, en Bolivia o en Ecuador, oposición a políticas dañinas a los intereses populares. Por ejemplo, la suma de todas estas movilizaciones impidió la entrada en vigencia del Área de Libre Comercio para las Américas tal como lo tenía previsto Washington para enero del 2005.

El abanico de protestas es amplio, y a veces, por tan amplio, difícil de vertebrar. Los piqueteros en Argentina o los movimientos campesinos con un fuerte componente étnico en Bolivia, Ecuador, Perú o Guatemala, el zapatismo en el Sur de México o la movilización de los *sem terra* en Brasil, son formas de reacción a un sistema injusto que, aunque haya proclamado que “la historia terminó”, sigue sin dar respuesta efectiva a las grandes masas postergadas. ¿Hay un hilo conductor, algún elemento común entre todas estas expresiones?

Hoy por hoy, diversas expresiones de la izquierda política -la que en estos momentos es posible: moderada y de saco y corbata- tienen en sus manos el aparato del Estado en varios países: Brasil, Chile, Uruguay, Argentina. Las posibilidades de transformaciones profundas, tal como están las cosas y dada

la coyuntura con que arribaron a las administraciones estatales, son limitadas. Más aún: son izquierdas que, en todo caso, pueden administrar con un rostro más humano situaciones de empobrecimiento y endeudamiento sin salida en el corto tiempo. En modo alguno podría decirse que son “traidores”, “vendidos al capitalismo”, “tibios gatopardistas”. La izquierda constitucional hace lo que puede; y hoy, en los marcos de la post Guerra Fría, con el triunfo de la gran empresa y el unipolarismo vigente -más aún en la región latinoamericana- es poco lo que tiene por delante: si deja de pagar la ominosa deuda externa, si piensa en plataformas de expropiaciones y poder popular y si se atreve a armar a sus pueblos, sus días están contados.

¿Es mejor, entonces, desechar de una vez la lucha en los espacios de las democracias constitucionales? Es un espacio más, uno de tantos; pero no más que eso, y deberíamos ser muy precavidos respecto a los resultados finales de esas luchas. Los movimientos insurgentes que, desmovilizados, pasaron a la arena partidista, no han logrado grandes transformaciones reales en las estructuras de poder contra las que luchaban con las armas en la mano (piénsese en las guerrillas salvadoreñas o guatemaltecas, por ejemplo, o el M-19 en Colombia); lo cual no debe llevar a desechar de una vez el ámbito de la democracia representativa.

Las izquierdas que hacen gobierno desde otra perspectiva (Cuba, o recientemente Venezuela con su Revolución Bolivariana) son el blanco de ataque del gran capital privado, expresado fundamentalmente en la actitud belicosa y prepotente de la administración de Washington.

Lo que está claro es que en esta post Guerra Fría, con el papel hegemónico unipolar que ha ido cobrando Estados Unidos y su plan de profundización de poderío global, Latinoamérica es ratificada en su papel de reserva estratégica (léase: patio trasero). Ante la desaceleración de su empuje económico (el imperio no está muriéndose, pero comienza a ver amenazado su lugar de intocable a partir de nuevos actores como China o la Unión Europea), el área latinoamericana es una vez más un reaseguro para la potencia del Norte, apareciendo ahora como obligado mercado integrado donde generar negocios, proveer mano de obra barata y asegurar recursos naturales a buen precio, por supuesto bajo la absoluta supremacía y para conveniencia de Washington. De esa lógica se deriva la nueva estrategia de recolonización conocida como ALCA. Pero ahí está la fuerza de las izquierdas, políticas y sociales: unirse como bloque regional. De hecho, los tibios movimientos integracionistas habidos a la fecha, impidieron hasta ahora la entrada en vigencia de ese nuevo mecanismo de dominación continental. Como dijera

Angel Guerra Cabrera: “La victoria no concluye hasta conseguir la integración económica y política de América Latina y el Caribe. Y es que la concreción en los hechos del ideal bolivariano como lo vienen haciendo Venezuela y Cuba en sus relaciones- es lo único que puede evitar la anexión de nuestra región por Estados Unidos y propiciar que se desenvuelva con independencia y dignidad plena en el ámbito internacional. Lograrlo exige la definición de un programa mínimo que agrupe en cada país a las diferentes luchas sociales en un gran movimiento nacional capaz de impulsar transformaciones antiimperialistas y socialistas”.

Seguramente ahí hay una agenda que las fuerzas progresistas no pueden descuidar: una integración real y basada en intereses populares, una posición clara contra mecanismos de ataque a la integridad latinoamericana como el Plan Colombia y los nuevos demonios que circulan: la lucha contra el narcotráfico y contra el terrorismo internacional. Esto nos lleva, entonces, a la reconsideración de la nueva izquierda en Latinoamérica, tarea impostergable y vital. Retomando lo expuesto más arriba en relación a la relectura que necesita hacer la izquierda en tanto expresión de un pensamiento alternativo al capitalismo, a la lógica del libre mercado, a la sociedad de clases -crítica que no significa el desechar los ideales de cambio luego del derrumbe del socialismo europeo sino su profundización a partir de las lecciones aprendidas-, son necesarios entonces algunos replanteamientos fundamentales sobre su ideario.

Como decíamos: el preguntarse qué es lo que está en juego en una revolución; atreverse a buscar a tiempo los antidotos del caso contra los errores que nos enseña la historia; preguntarse qué, cómo y en qué manera puede cambiar lo que se intenta cambiar; hacer efectiva la máxima de “la imaginación al poder” como una garantía, quizá la única, de poder lograr cambios sostenibles. En esa reconceptualización, sabiendo que nos referimos a Latinoamérica, es necesario retomar agendas olvidadas, o poco valorizadas por la izquierda tradicional. Heredera de una tradición intelectual europea (ahí surgió lo que entendemos por izquierda), los movimientos contestatarios del siglo XX ocurridos en Latinoamérica no terminaron de adecuarse enteramente a la realidad regional. La idea marxista misma de proletariado urbano y desarrollo ligado al triunfo de la industria moderna en cierta forma obnubiló la lectura de la peculiar situación de nuestras tierras. Cuando décadas atrás José Mariátegui, en Perú, o Carlos Guzmán Böckler, en Guatemala, traían la cuestión indígena como un elemento de vital importancia en las dinámicas latinoamericanas, no fueron exactamente comprendidos. Sin caer en infantilismos y visiones románticas de “los pobres pueblos indios” (“Al

racismo de los que desprecian al indio porque creen en la superioridad absoluta y permanente de la raza blanca, sería insensato y peligroso oponer el racismo de los que superestiman al indio, con fe mesiánica en su misión como raza en el renacimiento americano”, nos alertaba Mariátegui en 1929), hoy día la izquierda debe revisar sus presupuestos en relación a estos temas. De hecho, entrado el tercer milenio, vemos que las reivindicaciones indígenas no son “rémoras de un atrasado pasado semifeudal y colonial” sino un factor de la más grande importancia en la lucha que actualmente libran grandes masas latinoamericanas (Bolivia, Perú, Ecuador, México, Guatemala). Sin olvidar que Latinoamérica es una suma de problemas donde el tema del campesinado indígena es un elemento entre otros, pero sin dudas de gran importancia, la actitud de autocrítica es lo que puede iluminar una nueva izquierda.

Pensar que las izquierdas están renaciendo con fuerza imparable, además de erróneo, puede ser irresponsable; pero creer que todo está perdido, es más irresponsable aún. En ese sentido, entonces, la utopía no ha muerto porque ni siquiera ha terminado de nacer.

BIBLIOGRAFIA

Betto, Frei. “Desafíos a la nueva izquierda”. Rebelión, 02-02-2005
www.rebelion.org

Borón, Atilio. “La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos”. Rebelión, 11-08-2004 www.rebelion.org

“Actualidad del ¿Qué hacer?”. Rebelión, 27-12-2004 www.rebelion.org

Caballero, Manuel. “La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana”. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1988.

Diercksens, Wim. “Los límites de un capitalismo sin ciudadanía”. Editorial Universidad de Costa Rica. San José, 1997.

Dussel, Enrique. “Praxis latinoamericana y filosofía de la liberación”. Editorial Nueva América. Bogotá, 1994.

Figueroa Ibarra, Carlos. “Notas para una reflexión sobre la izquierda guatemalteca”. Ponencia presentada en el Encuentro Nacional por la Paz y la Democracia. Quetzaltenango, Guatemala, octubre de 2004.

Galeano, Eduardo. "Las venas abiertas de América Latina". Siglo Veintiuno Editores. México, 1973.

Guzmán Böckler, Carlos. "Donde enmudecen las conciencias. Crepúsculo y aurora en Guatemala". GSPI. Guatemala, 1991.

Marx, Carlos y Engels, Federico. "Manifiesto Comunista". Alba Editores. Madrid, 1998.

Rodríguez Elizondo, José. "La crisis de las izquierdas en América Latina". Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1990.

Sánchez Vásquez, Adolfo. "Entre la realidad y la utopía. Ensayo sobre política, moral y socialismo". UNAM / FCE. México, 1999.

Varios autores. "Fin del capitalismo global. El nuevo proyecto histórico". Editorial Txalaparta. México, 1999.

LA EMERGENCIA CRÍTICA DE LOS SUJETOS EN LATINOAMÉRICA

Sergio Tischler

En su forma dominante, la política ha sido hasta el día hoy una construcción vertical. Ha sido así, básicamente porque la política es la forma en que las relaciones de poder y dominación se han legitimado.

La democracia liberal no escapa a dicha trama. El aparato institucional (partidos políticos, burocracia administrativa, policía, ejército, etc.) son formas de verticalización en la sociedad capitalista, donde la legitimidad se vincula a la defensa del individuo y la propiedad privada, al individuo-propietario, o a lo que se ha llamado individualismo posesivo. Sin embargo, legitimidad y verticalización no son una misma cosa, sino aspectos contradictorios del proceso político moderno. La legitimación es una especie de salto mortal de la política; es una suerte de prestidigitación que permite la creación de un campo imaginario donde del sombrero de copa no sale un conejo sino la igualdad y la libertad como “realidades concretas”, aunque sean el resultado de una abstracción. La abstracción que hace que individuos desiguales socialmente (sometidos a relaciones de dominación y explotación) aparezcan como iguales. Una de las funciones de los partidos políticos del sistema (y del aparato estatal) es procesar el paso de lo social a lo político, el movimiento desde la desigualdad social a la igualdad jurídica, preservando la fuente de la asimetría social cristalizada en las relaciones de propiedad. Esto de ninguna manera implica afirmar que todos los partidos deban ser etiquetados en la categoría de lo-mismo; pero, lo cierto es que, en las condiciones actuales, la inmensa mayoría constituye una mediación en ese proceso de legitimación. En otras palabras, en la definición hegemónica la forma partido es una mediación que implica la unidad contradictoria de la política como verticalización (poder) y como legitimación (consenso).

Una cuestión similar ocurre con las llamadas ciencias sociales. Cuando se refieren a los movimientos sociales tienden a separar el conflicto social del conflicto político en compartimentos estancos; de tal manera, dichos movimientos

tienden a ser definidos conceptualmente en una esfera de acción social que tiene su propia naturaleza, por definición, diferente a la esfera de la política. Entre ambas esferas, habría, a lo sumo, una suerte de nexo externo. Con eso se pretende consagrar la idea de la política como reino de lo “universal” en oposición a la esfera social que es definida como el campo de lo particular. En dicha visión, los movimientos sociales estarían destinados a luchar por lograr un reconocimiento dentro del orden que afirman mediante el conflicto; esto es, a perfeccionar la “democracia” y la “pluralidad” entendidos como los “universales concretos” (reales) de los cuales se nutren. Siendo así, los sujetos o actores emergentes tendrían que derivar su concepto del movimiento de la identidad con lo existente; lo cual equivale a decir -en un lenguaje crítico- que estarían condenados a definirse en la circularidad de la dominación real y simbólica del capital.

Nosotros partimos de la idea de que, conceptualmente, el problema del sujeto social en la sociedad moderna es parte de la trama capitalista; es decir, la forma capital implica una relación de fuerzas que contiene al sujeto, pero en la forma de su negación. Con esto queremos decir que la separación entre la esfera de lo social y la esfera de lo político es parte constitutiva de la dominación del capital, una forma de fragmentación del sujeto social. De tal manera, que el desarrollo de una teoría crítica de sujeto social implica el reconocimiento de la naturaleza conflictiva y antagónica de nuestra realidad social, y al sujeto como actividad de negación de esa realidad; esto es, como proceso de organización de la subjetividad antagónica. (En esa concepción no sólo se desafía la separación artificial entre lo social y lo político, sino la forma vertical de la configuración de los sujetos).

En dicho sentido, ¿cual o cuáles serían las características que hacen de algunos movimientos sociales en América Latina una crítica real de lo existente? Me parece que se pueden definir algunas a partir de la experiencia del neozapatismo y de ciertas manifestaciones organizativas surgidas de la crisis social argentina, como los piqueteros y las Asambleas de Barrios.

Una de las características que me gustaría comentar, es la siguiente: los movimientos antes señalados no se agotan en reivindicaciones particulares, ya sean de carácter económico, político, étnico o de género. La lucha por las reivindicaciones indígenas en el zapatismo, por ejemplo, tiende a la resignificación de la nación y el estado en México, cuestión que implica también una crítica radical al capitalismo neoliberal. En ese discurso, la exclusión (la condición indígena) es un síntoma de una dominación que envuelve al conjunto de la

sociedad y que cristaliza en una determinada forma de Estado. De tal suerte, el racismo es percibido como dimensión de una identidad construida como parte de una relación de dominio, lo cual tiene la virtud de poner en entredicho la dimensión ética del poder constituido. La democracia es buena, pero una democracia que extrae su concepto de la exclusión y la dominación implica una contradicción. Esa revelación de lo reprimido en lo existente es una de las grandes virtudes del zapatismo. Éste no procede a la manera ortodoxa, aplicando un conjunto de principios estereotipados (los cuales operan como un “desde afuera”, un *a priori* o una receta) al orden del capital. Procede, por el contrario, desde adentro, desde la fisura de lo existente, como movimiento de revelación crítica de las contradicciones del capital y sus conceptos. Se vincula, de esa manera, la trama interna del racismo y de la identidad (basada en la exclusión) con el proceso de fragmentación de los sujetos sociales, y, en un mismo gesto, emerge un concepto crítico de “sociedad civil”.

Sabemos que el concepto dominante de “sociedad civil” implica la centralidad del individuo consustanciado con la propiedad privada (el individualismo posesivo). De tal suerte, que la noción de sujeto que dicho concepto entraña es la del capital (pues aquí la burguesía es encarnación del capital, como diría Marx), lo cual es una manifestación del un tipo específico de hegemonía. Si no que lo diga la llamada izquierda institucional, la que se ha cuidado de depurar su vocabulario de los últimos vestigios gramscianos que le conferían al dicho concepto una fuerza crítica.

A diferencia, en el vocabulario zapatista la “sociedad civil” aparece como un movimiento crítico, a “contrapelo” de la forma dominante. Parafraseando a Walter Benjamín, podríamos decir que la visión zapatista de sociedad civil surge de una situación de emergencia, vista ésta en dos dimensiones: como el peligro de la pérdida de la memoria colectiva ligada a la lucha en una situación de derrota y de reforzamiento de la dominación, y como conciencia de la necesidad de la configuración de un nuevo sujeto. En dicho sentido, los zapatistas no parten de una idea de clase en abstracto; parten de la idea de pueblo asociada a la de sociedad civil y a la de trabajo. Para ellos, el movimiento de las múltiples expresiones del trabajo en la trama de la dominación capitalista podría dar lugar a una resignificación de lo popular, así como a una construcción del concepto de sociedad civil desde el lado de la subjetividad antagónica.

En dicha visión, que es una suerte de proceso que parte del desgarramiento o dimensión sensible hacia el concepto, sin aniquilar el desgarramiento como

fuerza del mismo, se encuentra la fuerza de una noción alternativa de sujeto. El sujeto no es entendido como sustancia, sino como un proceso de cuestionamiento colectivo enfrentado a las categorías verticales de construcción de la política, como las que se reproducen en la fórmula dominante sociedad civil-estado, o en la visión instrumental-ordotóxica de la clase obrera subordinada al partido. Una visión de sujeto que en aspectos fundamentales actualiza la noción de lucha de clases de Marx, en tanto que para él la afirmación de la clase (obrero) era un momento del movimiento de la negación de la dominación, entendido dicho movimiento como la abolición misma de la clase por parte de la clase. En otras palabras, la crítica avanzaba poniendo en crisis las categorías verticales de la política y el principio de la “dictadura de los educadores”.

El movimiento de los piqueteros y de las Asambleas de Barrios en Argentina sigue una lógica similar. Son movimiento sociales cuya definición atraviesa por la crítica a los partidos del sistema (en cuenta a los que se sitúan en la zona difusa llamada izquierda). Pero esa posición no es un capricho o un pesimismo que se cierra en sí mismo; implica la transformación de la desilusión en crítica de lo existente a partir de la recuperación de la utopía, o mejor, de su actualización. Cuando los asambleístas y piqueteros dicen: “¡Que se vayan todos!”, no solamente están expresando una desilusión con el conjunto de la clase política argentina, sino que manifiestan un despertar. ¿De qué? Del sueño del capitalismo neoliberal, que apostó gran parte de su proyecto hegemónico al fetichismo mercantil y la función del dinero como mediación que haría estable la existencia en la fragmentación social y el individualismo. ¿No es ese el sueño plasmado en el concepto liberal de sociedad civil? ¿No fue ese también el sueño del salinismo en México?

La apuesta a la abolición de la historia por la abstracción de la razón tecnocrática y el sueño del mercado como promesa de futuro se evaporó rápidamente en 1994 con la crisis económica y la aparición del zapatismo. El sueño de la época menemista tampoco tuvo largo aliento. La promesa no se cumplió, y la apuesta a el sueño individualista ligado al despliegue del fetichismo monetario se perdió en la lógica del sistema global. El rompimiento del sueño implicó un despertar, y ese despertar es la actualización de la utopía. Si el sueño burgués apunta a una identificación con el presente, el despertar utópico apunta a una nueva temporalidad que está definida por la fuerza de lo negado y lo reprimido en la historia, por una temporalidad que desafía el presente pues es la expresión de su crisis. Como lo expresan los movimientos señalados, esta temporalidad es una

fuerza colectiva. ¿Y qué es esa fuerza colectiva, si no la aparición del potencial crítico de las clases subalternas en las condiciones de la dominación actual? Se puede hablar entonces, de la forma clase de la sociedad civil, teniendo el cuidado de no sustancializarla, sino entenderla como la forma activa y crítica de existencia social de los trabajadores frente al capital. En ese sentido, estos movimientos sociales son parte de la crítica práctica y conceptual, sin la cual el futuro sería, siguiendo a Benjamin, una repetición ampliada del presente, un “tiempo vacío y homogéneo”. Son un “ir a contrapelo”, cuestión que implica el despliegue de un programa práctico y filosófico definido en el proceso de quebrar-negar ese tiempo homogéneo o inhumano, que es el tiempo de la dominación del capital.

Sin lugar a dudas, esos movimientos son un desafío para la izquierda tradicional en tanto formas de crítica a la trama vertical de constitución de la política, y abren un espacio imaginario para pensar la izquierda más como un movimiento que como una institución.

Dichos movimientos, entre otras cosas, implican el desafío de pensar en términos no ortodoxos la lucha de clases; es decir, en términos de crítica a la instrumentalización de las clases subalternas por las organizaciones, así como a aquella dialéctica de naturaleza hegeliana que ve el proceso histórico como la realización en el Estado de un universal donde la sociedad encuentra su síntesis. Más bien, aluden a una dialéctica del sujeto social en la sociedad moderna como parte contradictoria de la trama capitalista, en la que la forma capital contiene al sujeto en la forma de su negación. De allí, que la aparición del sujeto sea una suerte de negación de la negación; negación del carácter negado de la existencia del trabajo y el trabajador en el cuerpo hegemónico del valor, que es la existencia del capital.

Una teoría radical del sujeto parte de esa determinación real; de la negación del carácter negado del sujeto en la forma capital; una negación que puede ser radical en la medida que su acción crítica reconozca el carácter fetichista de las formas sociales en el capitalismo, entre éstas el Estado.

EL MOVIMIENTO SOCIAL ANTE LA CRISIS DEL CAPITALISMO: AMÉRICA LATINA HACIA UNA ALTERNATIVA

Wim Dierckxsens

1. El movimiento social nace y se desarrolla con la crisis del neoliberalismo

El movimiento social mundial por una alternativa al neoliberalismo, es decir, el llamado “movimiento altermundialista” nace y se desarrolla en medio de las contradicciones internas del gran capital en torno a la disputa por el reparto del mundo. El modelo neoliberal no apunta al crecimiento económico de la economía en su conjunto sino al reparto del mercado mundial a favor del capital transnacional. Las inversiones no apuntan, entonces, al crecimiento sino al reparto del mercado existente mediante fusiones, adquisiciones, privatizaciones y la sustitución de mercados locales y nacionales por otras transnacionales. El crecimiento del capital transnacional por acaparamiento de mercados ya existentes se da a costa del crecimiento de la economía de mercado en su conjunto. El Consenso de Washington favoreció la repartición del mercado mundial a favor del capital transnacional y el financiero vinculado con el último. Este proceso ha ido a costa de los países del Sur. A partir de la década de los noventa también ha ido a costa del antiguo bloque soviético. Ante la caída del bloque soviético parecía que no había ninguna alternativa al neoliberalismo. Con mucha soberbia la elite en el poder celebró a principios de los años noventa el “Fin de la Historia”. Se proclamaba que no había otra utopía que la opción única y totalitaria de un neoliberalismo para todos los tiempos. Durante la primera mitad de los años noventa no se vislumbraba ningún movimiento social más allá de la lucha particular y localizada. Era la época de poca esperanza.

Hacia fines de los años noventa, sin embargo, el panorama ya cambia. El mercado mundial básicamente se encuentra repartido entre las principales empresas transnacionales. Desde entonces una re-distribución del mercado a favor de unas transnacionales se logra cada vez más exclusivamente a costa de otras. Con ello se acaba el Consenso de Washington, es decir el neoliberalismo tiende a

confrontar entre sí al propio capital transnacional y financiero. Esta disputa por la re-distribución del mercado existente entre grandes capitales se vislumbra desde finales de los años noventa. Un primer choque de intereses entre las principales potencias se da en 1997. La crisis asiática y el manejo que le dan el Fondo Monetario y el Banco Mundial a la misma, fue en beneficio de EEUU. Huntington, al percibir que no hay lugar para Occidente y Oriente plantea en estos años (Vea Huntington 1994 y 1997) el carácter inevitable del choque de civilizaciones. En un mundo donde no quepan todos los mundos, Occidente tendría según Huntington más derechos que Oriente para defender su lugar en este mundo.

En 1998 se da una nueva confrontación de intereses y esta vez incluso entre las propias potencias occidentales. En una reunión de la OECD (que reúne 28 países industrializados) en torno al llamado Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) en París se da otro conflicto de intereses entre las potencias occidentales. En 1999 durante la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) en Seattle, EEUU, los desacuerdos entre las potencias en torno al reparto del mercado mundial entre transnacionales de las diferentes potencias se hacen de nuevo evidentes. El modelo neoliberal, en otras palabras, conlleva a conflictos cada vez más frecuentes y más directos entre los grandes capitales y las potencias que les representan. Este conflicto de intereses privados se traduce cada vez más visiblemente en una guerra económica entre los Estados-nación que representan al capital transnacional y financiero de las diferentes potencias.

Hacia fines de los años noventa, el libre juego de mercado predicado dogmáticamente mediante la ideología neoliberal, muestra en la práctica un rostro cada vez más manifiestamente contradictorio. La libertad de mercado se predica para que lo cumplan los “otros”, es decir, que lo respeten todos los otros excepto las propias transnacionales. Los gobiernos han de respetar y proteger los intereses de las transnacionales si son más débiles que la competencia. Sin embargo, frente a los más débiles tiene que regir el libre juego de mercado sin piedad aunque los aniquila. Todo producto o servicio en el mundo globalizado ha de transformarse en mercancía y el mundo entero ha de abrir sus fronteras a las grandes transnacionales para que las mismas se apropien de sus mercados. Esta apertura es válida para el mundo entero, siempre y cuando no afecte negativamente a las propias transnacionales. Los países del Sur en general y de América Latina en particular, donde prácticamente no existen transnacionales, inexorablemente han tenido que abrir sus fronteras. Con la creciente apertura, productos nacionales han sido sustituidos por otros transnacionales. El reemplazo de productos nacionales

por otros transnacionales en los supermercados latinoamericanos es un fiel testimonio de ello. Los servicios públicos a menudo han sido privatizados por empresas transnacionales. Son inversiones privadas para acaparar un mercado con producto o servicio con clientela ya existentes. Son inversiones que no apuntan al crecimiento sino al acaparamiento de mercados existentes. Lo mismo sucede en el ámbito privado con las fusiones y adquisiciones de empresas ya existentes. Todas estas inversiones apuntan al reparto del mercado mundial ya existente y no contribuyen a agrandar la economía existente, es decir, no fomentan el crecimiento. El capital financiero hace sus apuestas a estas inversiones ya que las ganancias parecen seguras y fabulosas. Se deja de invertir en la producción nacional. Esta política fomenta la concentración de mercados e ingresos en cada vez menos manos. Casi todo el comercio internacional se torna transnacional y a menudo incluso un comercio al interior de las propias empresas transnacionales.

Cuanto más se apropien las transnacionales del mercado en el Sur, cada vez menos queda por repartir. El reparto del mundo, entonces, pierde ritmo y con ello las ganancias tienden a la baja. Con el reparto del mundo y el consecuente abandono relativo de las inversiones productivas, la acumulación a partir del crecimiento económico también perdió ritmo. La tasa de beneficio de las transnacionales, en otras palabras, depende de una mayor agresividad en el reparto del mercado mundial. En concreto, se requiere una apertura de los mercados entre las propias potencias. Dicha apertura, sin embargo, tiende a afectar los intereses de las mismas transnacionales en uno u otro bloque y en una u otra rama. El capital transnacional, sin embargo, no avala nada que haga “su gobierno” que pueda ir en contra de sus intereses estratégicos. La confrontación entre los países del Norte por la apertura mutua de sus mercados propios es la consecuencia lógica. En los foros multilaterales predominan desde entonces los desacuerdos entre gobiernos de las principales potencias. La protección del mercado en el Norte en beneficio de sus transnacionales se visibiliza y contrasta con la desregulación exigida en el Sur en beneficio de las mismas transnacionales. Esta política contradictoria, sin embargo, subvierte el credo neoliberal en general.

Los conflictos en los foros multilaterales (OMC, AMI) constituyen un alto político a la profundización en las políticas de desregulación. Desde entonces, se perfila un ámbito político a favor de la soberanía nacional que resulte beneficioso para las empresas transnacionales en las principales potencias. Esta posición contrasta con la política de desregulación aplicada sin consideración alguna a los países de la periferia. Las grandes potencias prioricen la soberanía a costa de la Desregulación del mercado en su propia tierra cuando la apertura pone en peligro

sus intereses estratégicos. Al mismo tiempo, las grandes potencias imponen, con toda la fuerza, las políticas de desregulación más allá de sus fronteras en tanto que estas reafirman sus intereses. La contradicción en la propia doctrina neoliberal se hace visible ante todo el mundo en la medida en que los desacuerdos entre las principales potencias se hacen más frecuentes que sus acuerdos en los foros multilaterales. Es precisamente esta visible contradicción que subvierte el credo neoliberal y abre espacio político para que los movimientos sociales cuestionen la política neoliberal como tal.

Es en este entorno contradictorio donde nace, de forma casi simultánea, en todos los continentes el “movimiento altermundialista”. En la nomenclatura de los principales medios de comunicación masiva se habla, con el afán de desprestigiarlo, del movimiento antiglobalización. En los últimos años del siglo pasado, en el mundo entero se dan manifestaciones contra las instituciones multilaterales responsables de las políticas de exterminio metódico en el Sur (el FMI, el BM y la OMC) así como contra las nefastas políticas de ajuste estructural que han impuesto sin ninguna consideración en la periferia. Las luchas sociales son la expresión de un cuestionamiento mundial hacia las instituciones multilaterales y hacia las políticas neoliberales impulsadas por las principales potencias en el foro del G-7. La perduración del ciclo de protestas junto con su cobertura mundial revela no solo una crisis de legitimidad que atraviesa a las mismas instituciones, sino también revela el surgimiento de un movimiento social mundial en contra de la política neoliberal.

La combinación simultánea de políticas proteccionistas y de libre juego de mercado adquiere especial significado para la mitad de la población mundial que vive de la agricultura. En 1995, el volumen de gastos públicos “agrícolas” se elevaba, según la OMC, a 286 mil millones de dólares. Al menos el 90% de estos gastos se producen en los países de la Tríada (EEUU y Canadá, Unión Europea y Japón). Las prioridades agrícolas en la agenda de la OMC han sido seleccionadas de tal forma que sirvieron al objetivo de la apertura de los mercados del Sur ante las exportaciones de los excedentes agrícolas, a menudo subsidiados, del Norte. Tal como pretende la OMC después de la Conferencia de Doha en noviembre de 2001, la agricultura se integrará al conjunto de las reglas generales de competencia asimilando los productos agrícolas dentro de la categoría de “mercancías”. Las consecuencias de la puesta en marcha de tal política serán catastróficas para la mitad de la humanidad que vive de la agricultura en condiciones de desigualdad tecnológica gigantesca. Ningún desarrollo industrial, ni de la China, por más

dinámica que sea en la actualidad, podrá absorber ni siquiera a un tercio de esta población desplazada. Es más, la puesta en marcha de tal “liberalismo auténtico”, con o sin subvenciones a las exportaciones del Norte, sería catastrófica para los campesinos del Sur. De ahí la necesidad de mantener la agricultura campesina para todo el siglo XXI, como pretende, por ejemplo, China (Vea, Samir Amin, 2004: 269-272).

En la cumbre de la OMC de setiembre de 2003 en Cancún quedó claro que EEUU y la Unión Europea no estaban dispuestos a hacer ninguna rebaja sustancial a sus altos niveles de subsidio aún cuando exigían intransigentemente que los países del Sur abriesen sus mercados a los productos de los agronegocios, a menudo subsidiados, del Norte. La intolerancia de las principales potencias quedó manifiesta: o se negocia bajo nuestras condiciones o no hay negociación. No es de extrañar que China, India y Brasil juntos lideraran el “Grupo de 21” (representando a casi la mitad de la población mundial) ya que estos países sufrirían masivamente la exclusión campesina. La lucha campesina interna en estos países adquiere un carácter especialmente masivo (como el Movimiento sin Tierra en Brasil) y la entrada en vigencia de los pretendidos acuerdos agrícolas la ponen fuera de todo control. La interacción entre estos movimientos sociales y los gobiernos del Sur, adquirió mayor espacio objetivo desde el fracaso de la OMC en Seattle. La actitud proteccionista e intransigente de las principales potencias en torno al tema agrícola en Cancún fue el argumento en su propia contra. La negociación multilateral en torno a la liberalización agrícola fue rotundamente rechazada por los países del Sur. A partir de esta derrota, la OMC ya no representa un instrumento viable para las grandes potencias. Para imponer su voluntad han de buscar nuevas vías (Vea, Walden Bello, 2003; Internet).

2. El contexto específico de la lucha social en América Latina

Desde fines del siglo pasado, los acuerdos multilaterales por el reparto del mundo fracasan repetidamente. Con ello, la batalla por el mercado adquiere una expresión geográfica y visible. Este hecho se manifiesta con la reafirmación y expansión acelerada de los diferentes bloques económicos. No es que los bloques no existían, pero a partir de fines de los noventa se acelera la política de anexión. Europa a lo largo de más de 40 años gradualmente ha avanzado hacia la Unión Europea para poder equipararse económicamente a EEUU. Desde fines de los años noventa, la Unión Europea en vez de consolidarse por dentro, opta por la anexión rápida de los países del Este. Desde los años noventa EEUU trabaja en

una acelerada conformación de un macroárea que le permite enfrentar la mega competencia con la Unión Europea. Después del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994 y al fracasar hacia finales de los noventa los acuerdos multilaterales en la OMC, EEUU acelera su pretensión de anexas a América Latina mediante el ALCA con el llamado “fast track”, es decir, sometiéndolo a aprobación en el Congreso tal como fue acordado entre los respectivos gobiernos y sin posibilidad de cambios.

A partir de entonces, el mundo se divide más visiblemente que antes en bloques económicos con diferentes áreas de interés estratégico. Las grandes potencias de los bloques económicos buscan derechos exclusivos de inversión y comercialización en los mercados anexados. De esta forma, unos obtienen derechos exclusivos y no sus contrincantes principales de quienes más bien se protejan. A partir de la existencia de estos bloques existentes, las principales potencias se enfrentan en una guerra por el mercado global. Hacia adentro, las transnacionales imponen los principios del libre juego de mercado en beneficio de sus intereses, es decir norteamericanos, en el caso del ALCA. Ser anexado como país o región, implica abrir mercados, abrir espacios seguros para la inversión extranjera que garantice a los capitales transnacionales (estadounidenses) su total libertad de movimientos y una completa protección frente a cualquier posible limitación, condicionamiento, o simple pérdida de rentabilidad. Los bloques económicos se transforman en megamercados exclusivos para unas transnacionales para defenderse de sus principales contrincantes y para enfrentarse a partir de ellos entre sí. Mediante el ALCA, EEUU busca acceso completo no solo a los mercados latinoamericanos, sino también busca el libre acceso a los recursos naturales del continente, como se reveló en la cumbre celebrada en Québec en 2001 (Vea, Tablada y Dierckxsens, 2005: 274-276).

La constitución de los bloques económicos bajo iniciativa de las potencias en el Norte se desarrolla en medio del ambiente proteccionista política que brinde una nueva oportunidad a los países del Sur de fomentar sus propios bloques económicos. Todas las políticas multilaterales de ajuste estructural estaban enfocadas a la desprotección de los mercados de los países en el Sur. La integración económica bajo el concepto neoliberal significaba la total apertura de la región latinoamericana a las inversiones y el comercio de las transnacionales en general y en nombre de la eficiencia. Al constituirse los bloques económicos, la anexión significaría la apertura a inversiones y el comercio exclusivo de las transnacionales norteamericanas. La conformación de bloques se percibe como una política excluyente y proteccionista en beneficio exclusivo de unas transnacionales

(norteamericanas) a costa de otras (europeas, japonesas, etc.) y a costa de la población que vive en los países anexados.

La misma política de crear bloques económicos plantea la posibilidad de un resurgimiento del proteccionismo en los propios países del Sur. Es en esta coyuntura que resurge el proyecto del MERCOSUR (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) e incluso se perfila cada vez más la posibilidad de un bloque Sur-Sur (África del Sur, Brasil, China, India, etc.). En la reunión de los ministros de comercio de 34 países, en el marco del ALCA, en Cancún en el mes de febrero de 2004, el tema de los subsidios agrícolas en EEUU fue nuevamente el motivo del fracaso. Los representantes del MERCOSUR exigieron la eliminación de subsidios agrícolas y los apoyos a la producción en EEUU como condición necesaria para llegar a cualquier acuerdo sobre su apertura al agronegocio norteamericano. De nuevo se reveló, como era de esperar, que o se negocia como EEUU desea o no habrá negociación del todo. Después de que la OMC terminó en un callejón sin salida, también el ALCA desembocó en un camino muerto.

En este contexto proteccionista, la lucha popular por la defensa de la soberanía alimentaria encuentra viento en popa en todo el continente. Cada fracaso en las negociaciones de los tratados multilaterales o regionales significa una conquista del movimiento popular. Estos logros alimentan al movimiento y pone a los protagonistas del libre juego de mercado sobre la cuerda floja. La Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y Vía Campesina libran duras lucha por la defensa de los mercados locales y regionales con el fin de garantizar precios justos para los productos agrícolas. El Movimiento sin Tierra de Brasil, Vía Campesina y la CLOC luchan por el acceso a la tierra y una justa distribución. Luchan igualmente para detener y evitar que se privaticen, a que se patenten los materiales genéticos que dan origen a la vida, a la actividad campesina, a la actividad indígena. A partir de las fracasadas negociaciones multilaterales se ha logrado que los alimentos no se consideren una mercancía más y que el sistema alimentario no pueda ser tratado estrictamente con la lógica del mercado. (Vea, Rafael Alegría, 2003: 15-18).

3. Generalidad y particularidad de las luchas sociales nacionales

En la medida en que fracase el ALCA, los EEUU buscan otra vía alternativa: los Tratados de Libre Comercio. La política es avanzar con tratados con países individuales como Chile (2004), Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, complementado con un tratado de libre comercio con Centroamérica y República

Dominicana. En enero de 2002 la administración Bush propuso en la OEA el inicio de una negociación con los países centroamericanos. A principios de este siglo, la Casa Blanca afirmaba todavía que un TLC con América Central carecía de viabilidad por el estrecho tamaño de sus economías. Se consideraba en ese momento al ALCA como el mecanismo adecuado para la región. Sin embargo, las dificultades encontradas por los EEUU durante las rondas de negociaciones y la consecuente visión crítica de cada vez más (nuevos) gobiernos, han forzado a Washington un cambio de enfoque, aunque no de lógica (Vea, Pacheco Alizaga, 2003: 167). La oposición al TLC expresada por la acción de los Zapatistas en México desde 1994, se ha ampliado considerablemente en el continente con la lucha contra el ALCA, suscitando innumerables resistencias, formando una amplia alianza, la cual incluyó a movimientos sociales de América Latina, EEUU y Canadá.

a) Los movimientos campesinos e indígenas

La lucha social contra los TLC's intensifica la lucha ya existente en cada país contra las políticas de Ajuste Estructural. La política neoliberal en general y los TLC's en particular se caracterizan por una verdadera contrarreforma agraria y por una nueva concentración de la tierra y acaparamiento de los recursos naturales. La concentración de la tierra se expresa a través del ascenso del agronegocio. En Paraguay, Argentina y en menor medida Brasil (por las limitaciones legales hasta hace poco) el área cultivada de soja transgénica (que exige el uso de herbicidas de alto impacto ecológico) creció a ritmos acelerados en los últimos años y profundizó los procesos de concentración de la tierra y ocasionando daños irreversibles en los suelos. Esta política trae consigo la eliminación, a menudo brutal, de los pequeños campesinos y de las comunidades indígenas. Ante la exclusión masiva de los campesinos e indígenas no existen alternativas de inclusión dentro del marco neoliberal. No hay cabida para el mundo campesino dentro de un mundo neoliberal a ultranza.

En este contexto se desarrolla la guerra con la soja transgénica, por la vida y la soberanía. Esta lucha fue particularmente ilustrativa en Paraguay con cortes de rutas y ocupaciones de tierra. De esta llamada "Guerra de la soja" a principios de 2004 se pasó a la dinámica de ocupación de tierras y exigencia de redistribución de la misma convocando un amplio arco de organizaciones sociales que dan vida al Frente Nacional de Lucha por la Soberanía y la Vida" (FNLSV) que promueven una programa de desarrollo anti-neoliberal. El Frente pone, con ocupaciones y movilizaciones, bajo mucha presión al gobierno. Este incumple luego los acuerdos acordados y se da una confrontación abierta. De ahí nace el paro cívico

nacional con el cuál logran volver a presionar al gobierno. De esta forma el movimiento social trasciende el ámbito reivindicativo y adquiere un carácter político alternativo (Vea, Seoane y Taddei, 2005:2-3).

Una amenaza es el desarrollo del agronegocio en los países, otro igualmente letal es la plena apertura a los productos agrícolas de EEUU. La importación sin frenos de productos agropecuarios a través de los tratados de libre comercio acelera la ruina de la producción y los mercados nacionales y regionales de los pequeños y medianos agricultores. Los tratados significan el tiro de gracia para la economía agrícola campesina e indígena como ya lo reveló la experiencia mexicana. Los subsidios agropecuarios estadounidenses se concentran en productos como el maíz, el azúcar, el arroz y los productos lácteos; precisamente aquellos productos fundamentales para la alimentación y en los cuales los productores nacionales tienen cierta competitividad. EEUU ha sido enfático en manifestar su indisposición a negociar su política y, en particular, las subvenciones en el marco del CAFTA. El resultado será la destrucción del agro de la región, la desaparición de la soberanía y seguridad alimentaria y un mayor endeudamiento externo (Vea, Pacheco Alizaga, 2003: 174-175). Es el colmo que México, la cuna de maíz, importe maíz transgénico y subsidiado de EEUU. Así también es igualmente absurdo que los países andinos, la cuna de la papa, importen papas norteamericanas genéticamente manipuladas y que en Centroamérica se importe arroz transgénico, siendo la base alimenticia de la población.

Ante la amenaza de su exclusión masiva sin posibilidad de reinserción, no se vislumbra ante los campesinos arruinados ninguna alternativa dentro de este sistema de mercado total. La lucha por la tierra y la reforma agraria aparecen ya no como meta en sí, sino dentro del contexto de la lucha por la vida misma. Esta lucha adquiere dimensión especial, por su número y dimensión política, en Brasil al ser el movimiento campesino más importante de América Latina: el Movimiento de los Sin Tierra (MST). El proyecto político que desarrolla sobrepasa la voluntad individual de obtener las tierras. Las actividades reivindicativas por la tierra del MST se inscriben en un proyecto más amplio de una sociedad con democracia radical basada en la solidaridad, la igualdad y conciencia ecológica. La organización interna del movimiento obedece a los principios de la democracia participativa, situándose de esta manera, al igual que el Zapatismo, dentro del marco de una nueva orientación en reacción contra el centralismo, la burocracia y el vanguardismo (Vea, Amin y Houtart, 2003: 130-131). En medio de un entorno neoliberal cada vez más agresivo, los derechos económicos y sociales de los campesinos sin tierra y más aún de las comunidades indígenas se reducen a cero.

Las comunidades indígenas en particular peligran perder incluso el derecho a la vida. No son de ningún beneficio para el gran capital. Su vinculación con el mercado es tan débil que su exclusión tiende a ser definitiva y masiva. No hay posibilidad alguna que se reinserten en la economía de mercado. Al no estar vinculados con el mercado hoy y sin perspectiva alguna para el día de mañana, son población sobrante y en tanto que ocupen ciertos territorios, a la vez un estorbo para el capital transnacional. Sin vínculo alguno con el mercado, ante los intereses de las transnacionales, las comunidades indígenas aún asentadas en sus tierras constituyen un obstáculo para tener un acceso libre dichas tierras y a los recursos naturales que albergan. Las movilizaciones sociales indígenas no giran tan sólo en torno a la demanda de tierras, sino que adoptan a la vez y cada vez más la defensa del territorio y su pueblo en una lucha por otro mundo donde quepa también el mundo indígena.

Es común la intervención de fuerzas (para) militares para “limpiar” territorios de interés con megaproyectos que responden a menudo a intereses transnacionales, como se ve muy claramente en Colombia, pero también en Bolivia, Paraguay y el Perú. Con la implementación de las políticas neoliberales radicales en el agro no hay salvación para las grandes mayorías de los campesinos sin tierra ni menos para las comunidades indígenas. No hay salvación individual. La única posibilidad de vida resulta posible a partir de la resistencia colectiva contra las políticas neoliberales como pueden observarse con mucha claridad no solo en México sino también en Ecuador, Perú, Paraguay o Bolivia. No es extraño que la reivindicación central de las comunidades indígenas apunte a la creación de un mundo donde caben muchos mundos y así también el mundo indígena. Es el escenario común de todas las comunidades indígenas en América Latina. La lucha coordinada de las comunidades indígenas no solo se da a nivel nacional sino también más allá de las fronteras. En el plano nacional puede mencionarse coordinadoras como la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) y el FSLNV en Paraguay. Más allá surge la noción del Estado plurinacional que canalice la representación de las diferentes nacionalidades indígenas (Vea, Amin y Houtart. 2003: 137 y 2004:144).

b) Los Movimientos obreros y de los excluidos

Los derechos económicos y sociales se derivan del vínculo de un individuo con el mercado de trabajo. Como obrero urbano uno es generalmente menos reemplazable y tiene más estabilidad laboral que como trabajador rural. Un

obrero calificado a su vez tiene más estabilidad laboral que uno no calificado. Su ingreso suele ser más estable y la probabilidad de estar asegurado aumenta. Los profesionales tienen, como regla general, mayores oportunidades de empleo y más estabilidad laboral gozando ingresos no solo más elevados sino también más estables que los obreros calificados. Los profesionales, al ser menos reemplazables y más costosos suelen gozar mayor protección social. Los hombres suelen tener no solo más oportunidades de trabajo que las mujeres, sino también oportunidades mejores de empleo. Los blancos se aventajan en este aspecto frente a las otras etnias y los trabajadores en los países centrales tienen mucho más oportunidades que sus iguales en la periferia.

Tener mayores oportunidades de trabajo significa ser menos reemplazable o desechable. Lo anterior implica tener más estabilidad laboral, es decir, mayor seguridad económica. Al ser menos reemplazable la mano de obra y al aumentar su costo, mejora la protección social. Los derechos económicos y sociales, en otras palabras, dependen de la posición de un individuo en el mercado laboral y de la propia evolución de ese mercado. Si amplían las oportunidades de trabajo en el mercado laboral, es decir, con una mayor inclusión, la capacidad de reemplazo de la mano de obra disminuye y la estabilidad laboral va en aumento. Con ello, los derechos económicos y sociales de los trabajadores se amplían. La situación anterior responde a la política keynesiana. Si el mercado laboral, en cambio, se contrae, como es el caso con la política neoliberal, hay más exclusión y pérdida de estabilidad laboral. En tal contexto los trabajadores, por más que luchen, son más reemplazables e incluso desechables y con ello se pierden derechos económicos y sociales.

Con las políticas neoliberales, las oportunidades de trabajo disminuyen ya que las inversiones se orientan hacia sectores improductivos (la especulación y el ámbito financiero). En vez de invertir en ramas productivas que ampliarían el mercado como un todo, las inversiones se orientan a la adquisición y privatización de empresas ya existentes. La masiva sustitución de productos locales o nacionales por transnacionales (al desmantelarse los aranceles) ha significado una gran pérdida de oportunidades de trabajo que no se compensan de ninguna forma por algunos nuevos empleos creados y muy mal pagados (como en la maquila). Las tendencias anteriores implican en general una reducción permanente en las oportunidades de trabajo. Las tasas de desempleo y desempleo equivalente (por subempleo) aumentan sin cesar. La emigración constituye una verdadera válvula de

escape a la falta masiva de oportunidades de trabajo. Al ser restringida y selectiva la inmigración, la misma ni lejos alcanza cubrir las oportunidades perdidas.

Con las políticas neoliberales en América latina, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo aumenta, es decir, hay una creciente flexibilización en el mercado de trabajo y con ello tienden a deteriorarse los derechos económicos y sociales. Los evolución de los salarios tiende a quedar atrás de la inflación; la proporción de personas que ganan un ingreso cercano a la línea de pobreza aumenta; la jornada laboral tiende a alargarse; ante la caída de los ingresos hay más trabajo infantil y femenino muy mal pagados; la seguridad social tiende a deteriorarse; las oportunidades de formación tienden a empeorarse, etc. En otras palabras hay un retroceso general en los derechos económicos y sociales. Esta tendencia se observa en América Latina entera.

En esta coyuntura de retroceso permanente, el sindicalismo suele estar a la defensiva en torno a sus derechos particulares. Su lucha en el entorno neoliberal es una lucha para evitar una pérdida aún mayor de sus derechos económicos y sociales. El sindicalismo no aparece, en tal coyuntura, como la organización social más dinámica y más bien queda rezagado en la lucha social por una alternativa y casi exclusivamente muestra retrocesos. En medio de la amenaza de su exclusión masiva y con la perspectiva de más entreguismo de los líderes sindicales corrompidos, hasta la propia clase trabajadora no encuentra alternativa dentro de la actual estructura sindical. Es en este entorno que nace el movimiento de los excluidos, mejor conocido como el “movimiento de los piqueteros”. Aunque el movimiento es mejor conocido en Argentina y Uruguay, también está presente en otros países y tiene potencial sobre todo en aquellos países donde la clase obrera urbana fue relativamente numerosa, pero se siente masivamente amenazada con la exclusión.

El movimiento de los excluidos o piqueteros, como lo bautizaron en Argentina y Uruguay, nace de la necesidad vital para la masa trabajadora (y no exclusivamente de los desocupados) de lucha contra la exclusión y el desempleo, reivindicando irónicamente el “derecho a ser explotado”. Con un neoliberalismo a ultranza (como fue el caso de Argentina especialmente a partir de 1995), el desempleo y la inestabilidad laboral generan una enorme inseguridad económica y social. El abandono de los desocupados por parte de la burocracia oficial de los sindicatos y la persecución patronal de los sindicalizados, aumentan aún más esta sensación de inseguridad. Es en medio de esta inseguridad y sensación de

abandono y persecución, que nace el movimiento de los excluidos, mejor conocido como el movimiento piquetero. Su surgimiento, en si mismo, constituye un freno al intento de la burguesía de desarticulación de la clase obrera a través del desempleo. El movimiento piquetero ha logrado movilizar a cientos de miles de trabajadores amenazados por la cesantía masiva junto con los ya excluidos del sistema.

Esta tendencia ha revolucionado la vida interna de los sindicatos y una nueva generación de dirigentes obreros y populares. Las cortes de ruta, los piquetes y hasta las mayores luchas sindicales de los últimos años se han desarrollado con la oposición de las direcciones oficiales de los sindicatos e, incluso, fuera de los propios sindicatos dominados por la burocracia corrompida. El movimiento piquetero ha pasado de los cortes de ruta aislados a la huelga general y de ahí al plan de lucha nacional. Ha pasado de organizar a los desocupados a incorporar activamente a sectores obreros industriales en empresas autogestionadas, concibiendo economías alternativas y solidarias. El movimiento piquetero incluso ha desarrollado una proyección internacional (Vea, Oviedo Luis, “Una historia del movimiento piquetero”; www.po.org.ar).

El traspaso de lucha de las organizaciones obreras desde las empresas hacia una lucha fuera de ellas y organizada a partir de la comunidad, tiene otras vertientes en América Latina, en la medida que la lucha sindical se agota como la forma más adecuada. Las luchas sociales contra la primera ola de privatización en la región, emprendida a principios de los años noventa, se caracterizaron por una resistencia liderada por los sindicatos. Como trabajadores, eran los afectados visibles y directos ya que con cada adquisición o privatización los trabajadores a menudo pasaron a engrosar las filas de los desempleados. Luego de la primera ola de privatización, cuando ya hay experiencia acumulada de repetidas alzas de tarifas (de agua y electricidad sobre todo), acompañado a menudo con un peor servicio (cortes de agua y electricidad) o con la total discontinuidad de los servicios en zonas marginadas por falta de rendimientos, la ciudadanía entera resulta ser afectada en sus más elementales condiciones de vida y no solo la clase obrera. La lucha social trasciende a partir de entonces los márgenes, a menudo estrechos y excluyentes, de la reivindicación sindical.

Con el transcurrir de los años, la lucha social contra la privatización pasa de la empresa a la comunidad. Con ello la lucha pasa del circuito de la valorización del capital al espacio de la reproducción y cuidado de la vida misma. Dentro de este espacio no hay cabida para una actitud protagonista de vanguardia obrera, adulta

y varonil. Entre los actores se destaca la participación de la comunidad como comunidad con una fuerte presencia femenina y juvenil, campesina e indígena. Se levantan, en otras palabras, los eternamente excluidos por el sistema (mujeres y jóvenes en primera línea) que dentro del mismo no hallan formas de reproducir su vida y, por tanto, buscan una alternativa. En este contexto de lucha incluyente caben todas las corrientes a favor de la reproducción de la vida y del cuidado del medio que nos rodea. A modo de ejemplo, podemos mencionar aquí luchas tales como la batalla histórica de Cochabamba, Bolivia por el agua, las luchas en Paraguay, Ecuador, Perú, República Dominicana, Costa Rica y Bolivia por la electricidad y el más reciente caso de la “Guerra del Gas” en Bolivia. Este tipo de lucha asume a menudo una marcada radicalidad en sus formas a través de levantamientos urbanos, cortes prolongados de rutas, toma y ocupación de instalaciones de las empresas. A partir de estas luchas se desarrolla en diferentes países de América Latina una convergencia político social de carácter amplio por la soberanía y la dignidad del pueblo y contra los TLC’s y las privatizaciones del agua, la electricidad y los recursos energéticos como el petróleo y el gas.

En estas coyunturas, las movilizaciones mencionadas, en algunos casos, han obligado a renunciar a diferentes presidentes de república. Al ver que los nuevos mandatarios vuelven a defender los intereses opuestos al bien común, la sociedad en rebeldía otra vez emprende revueltas populares. Tras de esta forma de lucha, se vislumbra una nueva modalidad de la toma de poder y una oportunidad histórica de hacerse el pueblo mismo sujeto al construir su historia. Las luchas manifiestan una interpelación comunitaria permanente del poder que obliga al poder, tarde o temprano, a trabajar en función del bien común de la comunidad. Se vislumbra, de esta forma, un cambio en la “toma clásica del poder” por una vanguardia, que al haber asaltado el poder lo ejerce. El poder centralizado define el bien común en función de la sociedad pero sin la participación e interpelación estructural de la misma. La definición del bien común por una vanguardia en función de las masas pero sin interpelación estructural de las mismas, hizo sujeto a esa vanguardia “iluminada”, pero no así a las grandes mayorías.

c) Conclusión

Se vislumbra que con la aprobación eventual de los TLC’s, que la lucha social no se acaba, sino más bien se radicalizará en cada vez más países. La lógica de los TLC’s es la anexión de América Latina por pasos, pero con agresividad e intolerancia cada vez mayores. De esta manera EEUU espera, a partir de un

encadenamiento de tratados en América Central y la zona andina, aislar a los países del Cono Sur y sobre todo a Brasil y forzarles, en última instancia, a firmar un tratado. La agresividad, las amenazas y la corrupción son parte del proceso de anexión. En tal contexto, los países más pequeños prácticamente no tienen otra alternativa que firmar los tratados. Lo mismo, sin embargo, no se perfila para países grandes del Cono Sur como Brasil.

Con esta perspectiva, en medio de la creciente intolerancia norteamericana, es bien posible que EEUU no firme ni siquiera un tratado de libre comercio con Centroamérica. La razón es simple: el plazo de someter a votación un TLC bajo las condiciones del llamado “fast track” vence el 1 de julio del año en curso y es nada improbable que el Congreso no apruebe una prórroga a las mismas. Los cambios que las diferentes corrientes en el Congreso, eventualmente, deseen introducir agotan la perspectiva de una negociación encadenada en un plazo previsible. En tal coyuntura EEUU optará con casi seguridad por el camino militar, como último recurso de un imperio en decadencia, para imponer su voluntad en el mundo.

4. La lucha social mundial ante la guerra global

En la batalla por el reparto del mercado mundial, una parte creciente del mismo fue absorbido por las transnacionales a costa de mercados nacionales y locales, sobre todo en la periferia. La participación de las 200 mayores empresas transnacionales en el Producto Mundial Bruto (PMB) pasó del 17% en 1965 a más de 35% a finales de los años noventa. El conjunto de las transnacionales había acaparado al final de ese período más del 50% del PMB, es decir, el doble de su participación 25 años antes (Beinstein, 1999:60). La concentración de ingresos, sin embargo, pone límites a la propia dinámica económica, al reducir la demanda global. Al concentrarse los ingresos, tiende a reducirse la demanda global, ya que los más ricos consumen un porcentaje menor de su ingreso de lo que consumen los más pobres. Con ello, disminuye la dinámica en la economía de mercado como un todo y peligra la recesión. Sin embargo, en tanto que el quintil de la población mundial con ingresos mayores consuma casi exclusivamente productos transnacionales y los quintiles inferiores tienden a consumir más productos locales, la concentración del ingreso, por un tiempo, tiende a beneficiar a (la demanda efectiva de productos) transnacionales.

En medio de la creciente miseria de las mayorías y en medio de un descenso en la tasa de crecimiento económico, aumenta la demanda de productos

transnacionales a menudo de carácter suntuario y prospera, en otras palabras, el gran capital. Durante los años ochenta y sobre todo en los noventas, las principales bolsas de valores subieron sin cesar en medio de la miseria cada vez más generalizada. Apostar a las empresas transnacionales parecía ganancia segura. Se apostaba sumas cada vez más gigantescas con créditos cada vez más riesgosos. Dichas inversiones no ampliaron la base productiva, sino nada más inflaron los precios de las acciones sin contraparte de riqueza real. Las acciones tendieron a subir en forma geométrica al tiempo que la base real de la economía crecía cada vez más lentamente. El resultado es una creciente masa de dinero virtual sin respaldo en la economía real.

Con la concentración de la riqueza en cada vez menos manos y con una especulación cada vez más generalizada, el crecimiento de la economía mundial perdió ritmo sin cesar. La tasa de crecimiento de la economía mundial pasó de 5.3% a principios de los años setenta a 3.1% durante los años ochenta, para llegar a apenas el 1% hacia finales de los años noventa (Beinstein, 1999: 115). A principios del nuevo milenio amenaza una recesión mundial. Hacia finales del año 2001, los países centrales entraron simultáneamente en recesión. Con un crecimiento económico negativo contrae, de golpe, la demanda efectiva de productos transnacionales y, por ende, peligran las ganancias transnacionales. Como resultado, el precio de las acciones tienden a caer y la bolsa de valores entra en crisis. Entre abril de 2000 y el 10 de setiembre del 2001, las acciones bursátiles cayeron en promedio a nivel mundial en un 31%. En el mes siguiente al 11 de setiembre bajaron apenas unos puntos más. El 11 de setiembre, entonces, no fue responsable de la crisis bursátil (Tablada y Dierckxsens, 2004:167-168).

El atentado terrorista del 11 de setiembre de 2001 fue utilizado para atribuir los malos resultados económicos al terrorismo. La guerra contra el terrorismo, en esencia, revela una modalidad coercitiva para profundizar el reparto del mercado mundial existente. Es una geopolítica de exclusión ya no a partir del libre juego del mercado sino con mecanismos de fuerza. Si no existe lugar en este mundo para todos (los capitales) unos (Occidente y sobre todo EEUU) consideran que tienen más derechos de estar en este mundo que otros (Oriente y sobre todo el Islam). Legitimar la política de exclusión sobre la base de la supuesta amenaza a Occidente del Islam, con la justificación ideológica de que se trata de civilizaciones y religiones fundamentalistas inferiores y peligrosas, no solo significa hacer visible el proceso de exclusión, sino implica el paso de la exclusión a la eliminación

metódica. El resultado es que la geopolítica de exclusión no sólo se radicaliza, sino se hace cada vez más visible. Con ello se ilegítimiza a velocidad cada vez mayor.

La postura a ultranza del terrorismo oficial de considerar que “aquellos que no están con nosotros están juntos al terrorismo” no deja espacio para una alternativa incluyente. La respuesta bélica de EEUU no hizo otra cosa que activar aún más el espiral de terrorismo. El terrorismo oficial fomenta el terrorismo de los dominados. De esta forma se crea un círculo vicioso de terror. Se engendra un mundo donde nadie se siente seguro, ni en los propios centros de poder. En medio de este terror, tarde o temprano y con mucho dolor, nacerá la conciencia que en este salvase quien pueda nadie estará a salvo. Con ello nacerá la conciencia de la necesidad y posibilidad de crear otro mundo posible. En medio del dolor nace la ética solidaria. No está claro cuanto dolor ha de pasar en el mundo para que nazca la ética solidaria, pero inevitablemente nacerá. La solidaridad con el “otro”, sin importar su nacionalidad, raza, cultura, género o religión, termina siendo el supuesto necesario para mi salvación como nación, cultura, raza o género.

Anticipar a esta toma de conciencia es precisamente el papel de los movimientos sociales cuya culminación a nivel mundial se da en el Foro Social Mundial (FSM). El FSM nació en enero de 2001 como respuesta al Foro Económico Mundial en Davos, Suiza. En Davos, la elite del poder mundial traza, desde 1971, anualmente, durante los últimos días del mes de enero, la política económica en beneficio de los más poderosos en la tierra. En 1999, cuando se vislumbran las fisuras del neoliberalismo, surge la primera respuesta popular. Se organiza en los mismos días del FEM el “Otro Davos” con una participación de unos centenares de asistentes de organizaciones populares e intelectuales críticos de todos los continentes. A partir de ello nace la iniciativa de crear el Foro Mundial Social como respuesta anual al Foro Económico Mundial. El primer foro de enero de 2001 en Porto Alegre, Brasil, tuvo una participación de 20.000 personas. En enero de 2002, apenas unos meses después del 11 de setiembre, el número de participantes ascendió a 50.000. En el año 2003, en la fase preparatoria de la invasión de EEUU en Irak, la asistencia al FSM sobrepasó los 100.000 asistentes y en 2005 ya superaba los 150.000 personas.

La utopía del FSM se relaciona con la democracia emancipadora. En palabras de Boaventura de Souza Santos (Vea, “El Forum Social Global”, 2004: 222-223), democracia emancipadora es todo proceso de transformar las relaciones de poder en relaciones de autoridad compartida. Teniendo en cuenta que las relaciones de poder contra las cuales se enfrenta el FSM son múltiples, los procesos

de democratización radical son igualmente múltiples. Teniendo en cuenta que éste es la distinción utópica del FSM, no es casual que el tema de la democracia interna sea cada vez más un tema central. La credibilidad del FSM en su lucha por la democracia en la sociedad depende de la credibilidad de su democracia interna. La fase inicial del FSM correspondió a los foros principales globales en Porto Alegre. Luego surgen bajo égida del FSM otros foros a nivel continental, regional, nacional local y foros temáticos.

A partir del FSM surgieron, entonces foros locales y particulares. Este desarrollo demanda una nueva estructura organizativa. El reto consiste en cambiar la estructura organizativa de acuerdo a las demandas de la nueva fase, teniendo en cuenta la profundización de la democracia. Una vía es transferir el núcleo del FSM del evento global hacia los foros nacionales, regionales y temáticos. Con ello el FSM perdería algo de su centralismo actual. Esta vía no resuelve, en esencia, el tema de la democracia representativa. La otra vía es construyendo la democracia interna desde abajo hacia arriba. Sobre la base de los foros locales y particulares, se crean estructuras representativas a los diferentes niveles de forma tal que las estructuras de las filas globales y generales sean electas directamente por las filas locales y particulares (Vea, Michael Albert en, Boaventura de Souza Santos; 2004: 224-225).

5) La desconexión de la globalización: requisito para Otro Mundo Posible

a) El inevitable derrumbe del poder hegemónico de EEUU

El poder hegemónico de EEUU en el mundo se sostiene sobre dos pilares: el dólar como moneda internacional y el Pentágono. La lucha social por una alternativa supone la desconexión del proceso de globalización. Esta desconexión, planteada, por ejemplo, en la Alternativa Bolivariana para América Latina (ALBA), tiene perspectivas claras en medio de una crisis de hegemonía. Esta crisis de hegemonía está a la vista y queremos visualizarla. El ALBA es una respuesta al ALCA y procura desarrollar un proyecto político, social y económico de una América Latina para los latinoamericanos, es decir, un proyecto de desconexión del proceso de anexión económica a EEUU con pérdida total de la soberanía. El ALBA subraya la soberanía agrícola y considera a la agricultura un modo de vida con su correspondiente cosmovisión cultural y no una mercancía más con sus patentes sobre productos esenciales para la vida misma. El ALBA, además de integrar América Latina para los latinoamericanos busca fomentar un mundo

multipolar con una presencia mayor de los países del Sur (Vea, Marcelo Colussi: “ALBA: Una alternativa real para América Latina”, en www.rebellion.org).

EEUU posee la moneda de reserva y de la moneda de intercambio mundial, debido a su fortaleza económica del pasado. Hoy en día EEUU vive de la renta que brinde esa posición hegemónica, pero la misma está siendo minada por el carácter improductivo y parasitario de una economía con un carácter rentista. En la medida en que la fortaleza económica de un imperio se debilita, la historia de la humanidad nos enseña que el último recurso es recorrer a la fuerza. EEUU tienen hoy en día una capacidad armamentista bastante superior a la del resto del mundo y, en vez de reducirse, la brecha más bien tiende a aumentar. Un gasto militar en ascenso basado en una base económica en declive no puede ser sostenido, como dramáticamente mostró el colapso del bloque soviético hace unos 15 años. Al poseer la moneda universal, EEUU podrá sostener el gasto militar durante un tiempo a puro crédito. Sin embargo, un país que vive cada vez más del crédito, depende cada vez más de la riqueza de otros ya no logra imponer su criterio a sus acreedores, es decir, pierde hegemonía. Al perder la hegemonía en lo económico, el imperio suele recurrir a la fuerza y, eventualmente, contra sus acreedores. Una hegemonía basada en la economía de guerra pero sostenida a puro crédito de sus enemigos no tiene futuro y conduce irremediable al colapso.

La recesión mundial que se anunciaba a partir de la crisis bursátil de 2000 y 2001 pudo ser amortiguado mediante la intervención económica mediante una baja general de las tasas de interés. En el mundo entero y sobre todo en EEUU se observaba una baja permanente en las tasas de interés a partir del año 2001 hasta junio del año 2004. La idea era mantener la demanda efectiva de los productos transnacionales. El resultado fue una ola especulativa en el mercado de bienes y raíces y un aumento sustancial en el consumo privado. EEUU consume actualmente con un 5% de la población mundial el 30% del PMB (Marcelo Colussi, “ALBA, una alternativa real para Latinoamérica”). La deuda privada de los hogares estadounidenses alcanzan una suma equivalente al PIB del país. La deuda pública y privada acumulada, EEUU para el año 2004 sumaba 38 billones de dólares, es decir, casi el PIB mundial (André Gunder Frank, “Uncle Sam marching without clothes”).

Al poseer la moneda mundial, EEUU puede endeudarse más que cualquier otra nación. EEUU se endeuda con el exterior en su propia moneda y es capaz de emitirla. Al emitir dinero en forma descontrolada, cualquier otro país del mundo

sufriría un severo proceso inflacionario, que solo en este caso privilegiado puede ser transferido al exterior. Al poseer la moneda de reserva internacional, EEUU recibe crédito garantizado de casi todos los países del mundo que ahí depositan sus reservas internacionales en dólares. La deuda pública y privada a nivel mundial, sumaba en 2001 unos 60 billones de dólares, o sea más del 150% del PMB. La sola deuda pública y privada de EEUU ya representaba el 50% de esa deuda mundial. La deuda externa de los países del Sur y la del ex bloque soviético juntos, no alcanzaban ni siquiera el 5% de la deuda pública y privada a nivel mundial. La deuda externa de toda la periferia no representa más que un 10% de la deuda pública y privada de EEUU. Su deuda en 2001 se calculaba en 29 billones de dólares. La magnitud de la deuda a nivel mundial en general y de EEUU en particular se acentuó en años recientes. Entre 2001 y 2004, la deuda pública y privada de EEUU aumentó en 9 billones de dólares, es decir, en un 30% (Vea, Toussaint, 2004: 149 y 150).

Al reposar la hegemonía de EEUU en dos pilares (el dólar como moneda de reserva y la superioridad militar) resulta estratégico para EEUU preservar el dólar como moneda de reserva (privilegio que adquirió desde finales de la segunda guerra mundial) y como moneda internacional (privilegio que adquirió en el mercado de petróleo a partir de su crisis en los años setenta). Hasta noviembre de 2000 se mantuvieron esos privilegios. En esa fecha Irak cambió sus reservas internacionales de dólares a euros y negociaba el petróleo en euros en vez de dólares. Irán siguió esta política en diciembre de 2002. Existía la posibilidad que otros países de la OPEP siguiesen la iniciativa, lo que implicaría una caída libre del dólar. En este contexto EEUU inicia la “guerra preventiva” contra Irak para atemorizar al mundo entero de sustituir dólares por euros y asegurar de esta forma al dólar como moneda de reserva. La guerra no se financia sola. Alguien ha de pagar por ella. Si no se financia con impuestos internos, no hay otra alternativa que transferir su gasto al exterior. EEUU esperaba poder transferir los gastos de la guerra a terceras naciones como lo logró durante la Guerra del Golfo de 1991. Además de aportes directos de los aliados, EEUU esperaba recaudar fondos mediante el aumento del precio de petróleo y poder contar así con aportes directos y compartir a medias los ingresos extraordinarios (por una alza temporal en el precio) con los países árabes productores de petróleo. Con la invasión de Irak en 2003, EEUU no logró transferir el costo de la guerra. Las razones son varias. En primer lugar hubo mucha oposición a la guerra entre la mayoría de los aliados europeos que no colaboraron ni en la guerra ni en sus finanzas. La segunda es que la guerra no fue corta, sino prolongada y sin perspectiva de salida. Los

costos ascendieron mucho más de lo previsto. EEUU no tuvo otra alternativa que financiar parte importante de la guerra con una creciente deuda pública. La mitad de esta deuda pública la financia el exterior y la mitad de ella los países asiáticos. La otra mitad se financia internamente y de ella casi la mitad con fondos del seguro social en bancarrota (Vea, Gunder Frank, op cit.).

La ascendente deuda pública norteamericana compromete al dólar como moneda de reserva. Desde fines del año 2000 hasta fines de 2004, el euro aumentó en un 45% su participación como moneda de reserva y subió su cotización frente al dólar en un 65%, o lo que es lo mismo, el dólar cayó en 40% frente al euro. Al depreciarse el dólar, las reservas internacionales de los países pierden valor y sobre todo de aquellos países que poseen muchas reservas internacionales en dólares como China. El aumento constante de las reservas internacionales chinas en dólares permite a los grandes exportadores chinos aumentar la oferta de productos chinos en el mercado norteamericano. El déficit en la balanza comercial de EEUU con China aumenta sin cesar y China, en vez de repatriar los dólares aumenta sus reservas en dólares en EEUU para evitar una contracción en la demanda. Esta política puede posponer la caída libre del dólar pero implicará una caída aún más profunda. Es una bomba de tiempo. EEUU, junto con Japón, mantienen actualmente a China bajo amenaza de guerra para evitar que cambie esos dólares por euros. De esta forma el imperio pospone la caída libre del dólar pero no podrá evitarlo.

b) La base para la lucha por otro mundo multipolar

Desde el fin de la Guerra Fría en 1991, y particularmente bajo la administración de G.W. Bush, EEUU ha estado haciendo todo lo posible por alentar el rearme japonés con el escenario de una posible confrontación entre China y Japón. Una eventual confrontación entre dos de sus rivales económicos, EEUU podrá causarla, pero en la misma podrá consumirse. Durante la Guerra Fría, Japón, al ser un país derrotado en la segunda guerra, se vio forzado mantener una política no armamentista. Después de la Guerra Fría, el gobierno de Japón ha lanzado, bajo presión estadounidense, un programa armamentista. EEUU necesitaba un nuevo escenario para transferir el costo de su complejo industrial militar. La carrera armamentista de Japón ha contribuido a que actualmente tiene una deuda pública de 7 billones de dólares. Esta deuda pública es comparable con la de EEUU, pero con la diferencia que tiene apenas la mitad de la población (Johnson y Dispatch, 2005; “La realidad China”).

China es el país que desde hace dos décadas crece una tasa media anual de 9.5% y ahorra la mitad de su producto interno. Las inversiones chinas se concentran básicamente en el ámbito productivo, es decir apuntan a la ampliación de la economía de mercado como un todo. El gasto de defensa china es relativamente modesto y por lo demás, China es un exportador neto de armas. De esta forma, el gasto defensa no resta mayor fuerza al crecimiento de la economía. Las inversiones chinas apuntan a la acumulación en la economía civil que se refleja en un fuerte crecimiento sostenido a partir de ahorros internos enormes. Las inversiones de EEUU, la Unión Europea (UE) y Japón, en cambio, se orientan más al ámbito redistributivo (mediante fusiones, adquisiciones, privatizaciones, especulación, etc.) y a un mayor gasto de “defensa”.

Las inversiones “occidentales”, no solo apuntan improductivamente a la acumulación vía mecanismos de redistribución y concentración de la riqueza ya existente, sino también comprometen el ingreso y la riqueza futuros para un gasto de defensa en ascenso a costa del crecimiento de la economía civil y a costa de una deuda cada vez más gigantesca. China se transforma en un taller gigantesco de la economía civil de todo el mundo, en tanto que “Occidente” hipoteca su futuro, comprando cada vez más productos civiles chinos. Lo anterior significa pérdida de hegemonía en “Occidente”, hecho que a su vez aumenta la rivalidad. Cualquier conflicto eventual de Japón con China que involucra, directa- o indirectamente, a EEUU, puede ser parado por China con una venta masiva de dólares que implicaría una crisis total de esa moneda.

No hace falta tal conflicto para que estalle esa crisis. La acumulación occidental, a partir de la concentración parasitaria de riqueza, es finita y tarde o temprano estallará la recesión mundial. Estamos en la antesala de una depresión económica mundial no vista antes en la historia. Es esta la coyuntura donde la desconexión del proceso de globalización no solo es una oportunidad, sino una necesidad. La crisis internacional se manifestará por un colapso en la demanda global y con ello del comercio internacional. Un colapso en el comercio internacional significa la quiebra de muchas transnacionales y la caída brusca de la bolsa de valores en el mundo entero. Una caída brusca del comercio internacional no solo brinda la oportunidad de volcarse al mercado local, sino se impone como necesidad absoluta al contraerse drásticamente la importación de productos transnacionales. La gigantesca deuda mundial es impagable y con ello, tarde o temprano, habrá una crisis general de la banca internacional. El impacto será tan fuerte que desarticulará la economía de mercado. El resultado de la desarticulación

es la oportunidad y necesidad de orientar la economía a partir de lo que localmente y nacionalmente puede resolverse en medio de la contracción estructural de la economía internacional. En este entorno, puede aumentarse el escenario bélico, pero este “salvase quien pueda” a como de lugar no salvará a nadie, ni al imperio.

En este entorno nace la ética solidaria. Esta ética no solo nace como opción, sino como necesidad absoluta. La búsqueda del Bien Común se torna una oportunidad y necesidad a la vez. En medio de este entorno es posible y necesario a la vez orientar la economía en función de la vida misma. Anticipar a esta coyuntura y desarrollar conciencia al respecto es precisamente tarea de la izquierda.

c) El lugar de América Latina en la lucha por un mundo multipolar

Ante la eminente crisis de la hegemonía norteamericana, la multipolaridad no es ya solo un objetivo estratégico, sino ya es una realidad emergente. Son evidentes las relaciones en expansión de la Unión Europea, Rusia y China frente a EEUU. La UE, y sobre todo Francia, junto con Rusia y China comparten una visión común acerca de un mundo multipolar que reemplace el actual mundo unipolar. Se encuentran cada vez más evidencias de esta multipolaridad y China ocupa un lugar central en esta lucha. China no solo ha comenzado a desplazar a EEUU como actor principal en la organización de Cooperación Económica Asia Pacífico (APEC), China está desplazando a Japón en Irán en materia de inversiones petroleras y China está emergiendo como el principal socio comercial de algunas de las mayores economías latinoamericanas.

China y Brasil firmaron en noviembre de 2004 importantes acuerdos de inversión y comercio con Brasil y en diciembre con Argentina, Venezuela, Bolivia, Chile y Cuba. Venezuela acordó con China darle amplio acceso a las reservas petroleras de su país. Los acuerdos comerciales y de inversión entre Venezuela, Brasil y Colombia y el lugar estratégico de Cuba en esas negociaciones son otro revés para EEUU, China e India llegaron el 11 de abril de 2005 a un acuerdo comercial con la explícita pretensión de cambiar el actual orden mundial a partir de dos economías pujantes con más de un tercio de la población mundial. Salta a la vista que EEUU logra cada vez menos imponer su voluntad en el mundo. Su hegemonía, en otras palabras, está en plena crisis (Vea, Johnson y Dispatch, 2005, op.cit. y Luis Bilbao, 2005:4-5).

Todo lo anterior genera expectativas muy angustiosas y mundialmente compartidas que EEUU recurrirá a la guerra como último recurso. Efectivamente

es posible una ampliación del conflicto internacional con varios frentes. Se espera desde hace tiempo una ampliación del actual escenario bélico en esta guerra global por el mercado que ya lleva décadas. Sin embargo, hay razones de peso para dudar de una ampliación de la guerra caliente con posibilidades de éxito. Es muy poco probable una invasión en Irán después del debacle de la invasión en Irak. A pesar de ello, se espera para junio 2005 que EEUU bombardee a Irán. El objetivo de EEUU sería tener mayor control sobre la oferta de petróleo. Sin embargo, el resultado nefasto para EEUU no durará en vislumbrarse.

Cualquier alza en el precio de petróleo en EEUU es señal clara de una recesión (depresión) venidera. Al bombardear Irán, EEUU estarían solos en ese conflicto. Ni Gran Bretaña les apoyaría en ese conflicto. Al incursionarse EEUU en Irán, las consecuencias pueden ser mucho más inmediatas de lo que fue el caso en Irak. Hay que tomar en cuenta que los iraníes están armados con misiles rusos y tienen capacidad de cerrar el estratégico estrecho de Hormuz durante semanas o incluso meses. Con ello se cortaría el tráfico petrolero desde todo el Golfo Pérsico. En cuestión de días el precio de petróleo se podría ir por las nubes y el dólar iría en caída libre. En otras palabras, un conflicto armado con Irán puede acelerar el colapso de la economía estadounidense y con ello poner en crisis a la economía global (Vea, Mark Gaffney, 2005, "Irán a bridge too far").

A partir de un escenario de conflicto internacional, el interés primordial de EEUU es asegurarse el abastecimiento de petróleo. En un conflicto internacionalizado, el petróleo del Golfo Pérsico no brindará ninguna garantía. El interés por el petróleo de Venezuela, en otras palabras, aumenta cada día. Sin asegurarse este abastecimiento, EEUU llevará de perder una eventual guerra internacional en poco tiempo. Sin embargo, en el mismo momento en que Washington ejercía presión extrema sobre varias capitales de América del Sur con el objetivo de aislar al presidente Chávez, reinstalar la dinámica del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) a través de tratados bilaterales e impedir la consolidación de la Unión Suramericana de Naciones, la "alianza estratégica" de Brasil y Venezuela firmada el día 14 de febrero de 2005 produjo un resultado exactamente inverso. Un magnicidio previsto en Venezuela podría eventualmente truncar cualquier perspectiva de consolidación de la política neodesarrollista del gobierno brasileño. Venezuela es un país clave por sus reservas petrolíferas y daría lugar a una desestabilización política en toda América del Sur capaz de poner en jaque al propio presidente Lula de Brasil.

Una guerra de EEUU con Venezuela significaría el desembarque en gran escala de tropas estadounidenses en toda el área. La Amazonía, objetivo estratégico del Plan Colombia, pasaría a ser un teatro de operaciones militares. De modo que no solo Lula, sino también los grandes empresarios brasileños y las fuerzas armadas brasileñas, tuvieron sus razones de peso para apoyar la alianza estratégica. A partir de este acuerdo cambió la posición del presidente de Colombia frente a Venezuela. En vez de profundizar el conflicto con Venezuela en beneficio exclusivo de EEUU, más bien entró en el proceso de realineamiento regional girando el eje geopolítico hemisférico (Vea, Luis Bilbao, “Alianza estratégica Brasil-Venezuela”, *Le Monde Diplomatique*” marzo 2005: 4-5). Este cambio complica muchísimo una eventual invasión estadounidense en Venezuela.

Queda una última pregunta. ¿Cuál será el desenlace? No hace falta ninguna guerra para que estalle la recesión mundial. Es cuestión de tiempo para que estalle la crisis mundial sin necesidad de una ampliación de la guerra global. La alza de las tasas de interés en EEUU implicará un derrumbe del capital financiero como ya señalamos en una publicación anterior (Vea, Wim Dierckxsens, 2004; “Fin de la era del dólar, fin de la hegemonía de EEUU: necesidad de otro orden económico”, PASOS, noviembre diciembre, DEI). La ampliación de la guerra puede profundizar la crisis aún más pero no podrá evitarla. La crisis será más profunda e inmediata de lo que fue el derrumbe del socialismo real, lo que implicará el colapso no solo del neoliberalismo sino del propio capitalismo como hemos desarrollado en otros trabajos (Vea, Wim Dierckxsens, 2003; “El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada”, Ed. Desde Abajo, Bogotá). Desde hace pocos años, otro mundo apenas pareció posible sin saber cómo ni qué. No pasará mucho tiempo para que otro mundo no solo resulte imprescindible, sino urgente.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Rafael 2003. “El ALCA y los campesinos”, en CLACSO, “Observatorio Social de América Latina”, enero; Buenos Aires, Argentina.
- Amin, Samir y Houtart, François. 2003, “Mundialización de las resistencias Estado de las luchas 2002”, Editorial Desde Abajo, Bogotá, Colombia.
- Amin, Samir y Houtart, François. 2004, “Mundialización de las resistencias Estado de las luchas 2004”, Editorial Ruth Casa Editorial, Panamá.
- Beinstein Jorge 1999. “La crisis de la economía global” . Editorial Corregidor, Buenos Aires, Argentina.
- Bilbao, Luis 2005. “Alianza estratégica Brasil-Venezuela”, en Le Monde Diplomatique, marzo.
- Boaventura de Souza Santos 2004. “El Forum Global Social: hacia una anti-globalización hegemónica”, en Amin, Samir y Houtart, François, 2004, Op. Cit.
- Huntington, Samuel 1996. “The clash of civilization and the remaking of the world order”, Simon and Schuster, Nueva York, EEUU.
- Johnson, Chalmers y Dispatch, Tom 2005. “La realidad china”, en www.zmag.org
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2005. “Movimientos sociales, democracia y gobernabilidad neoliberal en América Latina” en www.rebellion.org
- Tablada, Carlos y Dierckxsens, Wim 2005. “Guerra global, resistencia mundial y alternativas”. Editorial Nuestra América, Buenos Aires, Argentina
- Toussaint, Eric 2004. “La bolsa o la vida”, Editorial CLACSO, Buenos Aires, Argentina.

CRISIS Y RECONSTRUCCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Nils Castro

Con frecuencia, en América Latina las alusiones al tema de los partidos políticos aparecen asociadas a la idea de que todos ellos se encuentran en entredicho y han perdido la confianza popular. Sin embargo, los partidos son sistemas vivos que atraviesan periodos de crisis y disgregación, como igualmente pueden tenerlos de cambio, reconstrucción y relanzamiento.

Como es natural, el tema suele abordarse desde la perspectiva de las experiencias nacionales y políticas con las cuales cada expositor está más familiarizado o comprometido; ello es lógico e incluso hasta enriquecedor. Pero debe reconocerse que en el panorama regional no sólo cabe observar procesos de crisis, sino también de reestructuración y desarrollo exitosos. Ambos fenómenos pueden alternarse cíclicamente, y siempre lo hacen en conexión con las evoluciones del conjunto del sistema político y de las expectativas y demandas sociales de los respectivos países.

En el caso particular del PRD panameño, por ejemplo, luego de un período de congelación y una derrota inesperada pero merecida, el partido realizó un proceso de reconstrucción nutrido por una amplísima discusión pluralista, que se extendió por cerca de tres años. Eso condujo a transformaciones que incluyeron un reactualización programática y política de importancia, con importantes incidencias en la cultura política de esa organización y de su país. Esto fortaleció al partido y al cabo le facilitó alcanzar una significativa victoria electoral. Pero, a la vez, lo ha situado frente al compromiso social de revalidar en la práctica las expectativas creadas.

Como sabemos, los partidos funcionan inmersos en un sistema político -en el cual ellos no son los únicos actores- y dentro del mismo les toca desempeñar

determinados papeles. Los propios sistemas políticos, por su parte, se constituyen a lo largo de determinadas circunstancias, evolucionan y cambian, incluso por efecto del propio accionar partidista, pues éste altera las realidades socioeconómicas y culturales y, al modificarlas, alteran el piso social originario de cada partido, lo que acto seguido les demanda reajustarse a nuevas demandas. Aún así, las más de las veces sus dirigencias administran coyunturas y tardan en identificar y asumir esa alteración de las circunstancias de fondo.

Así, en 1958, a la caída de Pérez Jiménez, en Venezuela se pactó un nuevo sistema político que funcionó de forma relativamente eficaz por unos 25 años, pero que a la postre dejó de satisfacer las expectativas sociales, que a lo largo de ese lapso adquirieron otra naturaleza y complejidad. De esto no faltaron indicios, pues fue sintomático que la reelección de Rafael Caldera cuajó a través de un conglomerado de minipartidos -el “chiripero”- y ya no por medio de su organización de origen, el COPEI. Los dos partidos tradicionales fueron derrotados. Sin embargo, durante el segundo gobierno de Caldera se malgastó la oportunidad de reformar el sistema político, de remplazarlo, y esta omisión a la postre propició el repudio popular al sistema establecido y la emersión del fenómeno chavista.

Las demandas y expectativas sociales cambian. Tienen una dinámica propia, movida por factores socioeconómicos, culturales e incluso personales, y con variables componentes y ritmos. Dentro de esa dinámica los partidos pueden desempeñar su papel o anquilosarse, entrar en crisis o, asimismo, pueden renovarse. Si bien ellos surgen y crecen en función de ofrecer determinados proyectos, con el tiempo los partidos -como muchas otras formas de organización social- tienden a priorizar los comportamientos destinados a preservarse a sí mismos, a mantener sus propias dirigencias, intereses y estilos -a reproducirse a sí mismos- y, en este sentido, a la postre pueden extraviar el piso social que inicialmente los sustentaba.

Es característico de todos los sistemas que, tan pronto como alguna de sus estructuras deja de hacer lo que debe, otras empiezan a producir comportamientos que se salen de las rutinas preestablecidas, generando lo que el análisis de sistemas llama comportamientos “informales”. Por ejemplo, cuando la economía formal deja de cumplir sus responsabilidades sociales, crece el campo de la economía informal. Cuando los partidos y los procedimientos formalmente constituidos ya no hacen lo que les toca, similarmente tienden a proliferar otras conductas y

organizaciones que procuran lograrlo por otros medios. Es decir, si los partidos no resuelven las nuevas expectativas sociales, se generan otras vías para buscar salidas. Así, la multiplicación de organizaciones en la llamada “sociedad civil” -y la euforia de sus pretensiones- puede ser síntoma de esa informalización de la política.

En cada uno de nuestros países existe determinado sistema político, en el que compiten partidos, tendencias y otros actores -gremios, comunidades locales, movimientos reivindicativos, medios de comunicación, etc.-, lo que involucra variables cantidades de organizaciones sociales, ya sea formales o informales. No hay por qué desconocerlas ni reñir con ellas, sino reconocer su existencia, identificar su especificidad, escucharlas, discutir proyectos y asumir las aportaciones que ellas pueden brindarle al programa real, más que al programa impreso del partido. Para el PRD panameño fue exitoso acoger en su propio debate a varias de esas organizaciones, atender a sus críticas (a veces más fundadas en suspicacias que en datos verificables), asumir sus aportaciones y difundir los proyectos compartidos con ellas. Asimismo, darle injerencia a los simpatizantes en uno o varios de los proyectos del partido, y no constreñirse a los militantes probados.

Esto implica reconocer la representatividad que dichas organizaciones efectivamente puedan tener. No pocas veces, las organizaciones civiles más bulliciosas son grupos elitistas que apenas representan algún grupo de interés o un segmento de la clase media acomodada, pero que se arrogan la representación de toda la llamada sociedad civil. Pueden ser doce o catorce gatos, aunque muy vistosos. No deben confundirse con las organizaciones que a un partido de veras deben importarles: las organizaciones representativas de grandes conglomerados sociales.

En todo caso, los partidos, a semejanza de cualquier tipo de organización -ya sean empresas, clubes deportivos, asociaciones cívicas o iglesias- periódicamente necesitan remozar su representatividad social, en la medida en que la propia sociedad va cambiando. Deben renovar objetivos en la medida en que éstos se van cumpliendo -cuando uno cumple sus objetivos, y hasta cuando uno fracasa en el lograrlos, la realidad ya deja de ser la misma-, pues hay que ser capaces de reconocer las nuevas expectativas sociales, y responder a ellas trazándose nuevas propuestas políticas.

Renovar la vigencia del partido, porque los proyectos se agotan y con ello también las organizaciones que son portadoras suyas. Cuando ya no

hay proyectos vigentes, los partidos pierden legitimidad. Los proyectos deben asumirse como movimientos culturales, como movimientos de reconstrucción de la cultura política, con los cuales abrirse a las nuevas demandas e intervenir en su conformación. Incluso, cabe estimular la creación de organizaciones sociales, aunque no como “poleas de transmisión” del partido sino como organizaciones independientes, autogestionadas y autosostenibles, con las cuales coincidamos en cierta cantidad proyectos comunes que interesen a nuestro proyecto, aunque no coincidamos con ellas en otros temas.

En todo caso, en primer término es preciso recalcar que uno milita en un partido político porque está insatisfecho con la realidad en la que vivimos. Tenemos realidades odiosas, atrasadas, discriminadoras, con pobreza, plagadas de injusticias y exclusiones. Si yo no detestara la realidad en la que aún vive mi país, no militaría políticamente. Milito porque la quiero cambiar; lo contrario sería mero oportunismo. Por lo tanto, me adhiero a un proyecto de cambio creíble, que considero factible. En su lugar, cualquier tipo de política complaciente destinada a dar más de lo mismo tendría, en similar proporción, unos efectos desalentadores y dispersantes.

Esto, por supuesto, sólo cabe cuando uno define su propia militancia, y la organización donde la ejerce, con una óptica progresista, propia de la izquierda democrática. Hay otros, desde luego, que entran a la actividad política para participar en la repartición del presupuesto y el poder burocráticos, esto es, para tomar provecho de esta mala realidad y no para cambiarla. Ya decía un político mexicano que “vivir fuera del presupuesto es vivir en el error”. Pero eso le toca al campo de las derechas; nosotros partimos de la convicción de que esa otra gente no es la que acude a nuestras discusiones.

Esto se aplica a nuestra definición de democracia, esto es, de qué democracia nos han dado y aún tenemos, y qué democracia queremos desarrollar. Al invocar la democracia en los términos en que generalmente se hace, apenas por oposición a las dictaduras militares que antes padecimos, con frecuencia se soslaya que más allá de ser meros partidarios de la democracia representamos organizaciones militantes de uno u otro de los matices de la izquierda, esto es, de aquellos que deseamos transformar las presentes realidades. La cuestión de qué democracia tenemos y qué democracia queremos toca asumirla como militantes de la izquierda democrática, y no apenas como gente que logró superar la época de las dictaduras militares e hizo suya la democracia liberal.

Porque la democracia que tenemos con excesiva frecuencia es una democracia formal reiteradamente ineficaz para resolver las más apremiantes necesidades sociales, puesto que se ejerce asociada a sistemas políticos que ya se han agotado y apenas reciclan tiempos pasados. Es también la propia democracia la que debemos recuperar como tema de discusión, si en vez de abordarla apenas en términos abstractos, lo hacemos como exponentes de la izquierda democrática.

Cuando hablamos de que un partido tiene un proyecto, en ese sentido corresponde asumir este proyecto como una utopía, es decir, como una propuesta de transformación del sistema prevaleciente. Para hacerlo hay que identificar unos objetivos, así como unos métodos para acercarnos a esos objetivos, y evitar la repetición de aquellos métodos que antes han conducido a fracasos. Pero en todo caso estamos aquí para innovar, inventar, crear, por lo tanto también para correr riesgos. Este problema generalmente no existe para los conservadores. Los conservadores están ahí para conservar, esto es, para generar más de lo mismo, apuntalar lo que ya existe o, en el mejor de los casos, para perfeccionar su reproducción. Para ellos casi todo ya está escrito y no hay más que reciclarlo. Sus riesgos son mínimos.

Nosotros, al impulsar cambios estamos proponiéndonos un nivel de incertidumbre, de innovación, tenemos que afrontar aventuras -morales, ideológicas, políticas-, porque no podemos contentarnos con reproducir lo existente -que repudiamos-. Para ello igualmente resulta indispensable reconquistar o construir espacios y oportunidades de autodeterminación, que en los últimos decenios hemos perdido. Mala cosa sería que, si al contar con un buen partido y un proyecto confiable, no tenemos la oportunidad efectiva de realizar ningún proyecto -nuestro proyecto-, sino apenas la de administrar los que nos imponen los organismos financieros internacionales. Si es así, ¿qué sentido tiene desarrollar militancia propia?; bastaría olvidar a nuestros pueblos y adherirse a la política de esos organismos.

Tampoco esto se resuelva insistiendo en una supuesta convergencia hacia el centro. Este es un esfuerzo que algunos partidos, a veces incluso cambiando sus nombres tradicionales, han venido intentando: deslizarse de la izquierda al centro, de la misma forma como las derechas hoy pregonan que se han pasado al centro. No está mal que ellos lo hagan, hasta resulta cierta forma de progreso. Pero si nosotros pensamos que nuestro camino al éxito es correr también en esa dirección, vale recordar que ese espacio ya está ocupado. Está ocupado por otros que, además, lo retienen con mayor legitimidad.

Ese no es nuestro lugar, porque allí no vamos a proponer ni construir nada nuevo, no vamos a cambiar nada y solo podemos a proponerle a nuestra gente -a nuestro piso social- que siga sobreviviendo en la misma precariedad y subordinación que ahora padece. Decirle a nuestra gente que nosotros le daremos mejor administración y mantenimiento a su vieja miseria. En ese caso, ese pueblo ya no tendrá para qué hacernos caso y buscará otros voceros, probablemente más antisistémicos, impredecibles y hasta violentos. Porque si nosotros somos quienes decimos ser, toca asumirnos como gente que está por el cambio, esto es, como la opción política que está a la izquierda del centro, para transformar el presente e iniciar otra época.

BOLIVIA: LA CONSTRUCCIÓN DEL CAPITALISMO ANDINO O LOS LÍMITES DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Jorge Lora Cam

La disputa entre nación y la anti-nación

Y ganó el MAS con Evo Morales Presidente, por una cifra que nadie esperaba por que las encuestadoras se habían vendido al mejor postor y alteraban las cifras rebajándole al MAS 20 puntos en promedio. Días antes Colanzi, el entonces candidato a diputado por Unidad Nacional (UN) denunciaba desde Santa Cruz que el MAS le llevaba más de 15 puntos a PODEMOS y es que tenía privilegiada información. Las empresas que monopolizan las encuestas de opinión y los medios merecerían una sanción legal por burlarse y engañar a la opinión pública. Ellos sabían que el MAS ganaría las elecciones. El MAS ganó la Presidencia, la Vicepresidencia con 53.7% de los votos y 84 escaños de los 157, sin embargo en senadores tendrá una minoría de un voto y en diputados una amplia mayoría de 72 sobre 130

Así como en el 2002 el Embajador norteamericano fue el mejor propagandista de Evo en el 2005, fue su principal contendor Tuto Quiroga con su guerra sucia, pero principalmente por sus ignominiosas acciones que el pueblo no olvida: su impulso a la expulsión de Evo del Congreso en el 2002, la masacre de Sacaba ante la resistencia a su orden de cerrar los mercados de coca o los contratos antinacionales. Pero el tema es mucho más complejo.

El más eficiente y probado instrumento de dominación, las elecciones, otra vez se derrumbaba y los poderosos ya están en inventar otro nuevo. El problema es que este se basa en el mercado y en un sistema de partidos en el cual es posible seleccionar o imponer candidatos como lo hicieron con Sánchez de Lozada, Banzer y otros. Pero la derrota de la derecha tiene múltiples determinaciones: el sistema necesitaba de un sólido sustrato económico y este se caracterizaba no solo por el estancamiento y la ausencia de inversiones incluyendo a las empresas

capitalizadas, sino por las ganancias fáciles y la corrupción generalizada de políticos y empresarios. La guerra del agua de abril del 2000 anunciaba cambios sustantivos objetivadas en la lucha contra la recolonización y la colonialidad del poder; viejos y nuevos sujetos se movilizan con continuidad e independencia: sindicatos, juntas de vecinos, comunidades, juntas de regantes, confederaciones, coordinadoras. Ya en Septiembre de ese año indígenas campesinos del occidente y el oriente junto a la izquierda, que venían trabajando diez años antes de modo aislado en un nuevo proyecto, articulan la lucha por la tierra con el territorio y los recursos naturales, la lucha reivindicativa con la lucha política, la lucha de clases con la lucha étnica. Las batallas ganadas en la guerra del agua y en la expulsión de Sánchez de Lozada el 2003 y de Mesa el 2005, los llevan a reafirmarse en eliminación de la política económica neoliberal y en la refundación del Estado bajo su dirección. Estas son las determinaciones últimas del triunfo electoral, en una suma de procesos en los que el MAS actuó muchas veces con ambigüedad y oscuros pactos. La memoria histórica reaparece condensando distintos momentos históricos y formas de resistencia, desde las tradicionales de rebeliones indígenas, la larga experiencia minera expresada en la COB y también en las luchas de los cocaleros del Chapare y Los Yungas, hasta la más actuales de la federación de regantes de Cochabamba, las Juntas Vecinales creadas hace un cuarto de siglo o los Sin Tierra del Oriente.

En lo electoral, los socialistas y progresistas de los sectores medios encontraron una posibilidad de cambio; mestizos, collas, cambas e incluso criollos deciden enfrentar a las trasnacionales y a las oligarquías de oriente y occidente parcialmente divididas por intereses rentistas en partidos y unidas por la clase y la etnia. Las clases medias y de la burguesía media pertenecientes a poderosas agrupaciones corporativas gremialistas como las que controlan el comercio mayorista y minorista cruceño, paceño o cochabambino en mercados y servicios se dividen y muchos optan por el MAS. Probablemente el proyecto neokeynesiano de Doria y su partido Unidad Nacional que no tocó el tema de la redistribución de la riqueza, al igual que Lula, Kirtchner o Tabaré Vázquez le quitó apoyantes, como de seguro más tarde ocurrirá con el MAS. Aunque el factor más decisivo haya sido identificar que tras PODEMOS esta el imperialismo, ADN y el MNR y tras UN a la centro-derecha del MIR. O sea a quienes entregaron el país en los últimos 20 años.

Este proceso de avance del MAS al reflejarse parcialmente en las sospechosas encuestas de opinión y después en las elecciones consiguió modificar las

preferencias de sectores medios que siempre le van a ganador. El apoyo urbano era creciente y muchos campesinos deciden ejercer su derecho ciudadano a votar, sin embargo no supieron definir una postura acerca del problema indígena, articulándolo a la clase y a la ideología socialista que homogeniza a los mejores cambas, collas y otras construcciones étnicas. Fueron las organizaciones indígenas las que se decidieron por votar por el MAS.

El pueblo espera una transformación total, confía en que EVO, el indígena anticolonial, antineoliberal, duro crítico del sistema y la corrupción, defensor del campesino comience a deconstruir el neoliberalismo, resolver la nacionalización, el juicio a Goni y su mafia, entregue tierras a los sin tierra, aminore la pobreza, etc. Pero ese pueblo esta conociendo al otro Evo y al otro Álvaro, productos del pensamiento único y de su clase, pequeño burgueses del campo y la ciudad, ligados a ONGs y organismos multilaterales, producto de la cultura dominante de la mendicidad, contaminados de las mañas de los políticos, con aliados neoliberales que no los dejaran actuar más allá de ciertos límites. Ese Evo, el Presidente protoneoliberal, ha reconocido que esta atrapado por leyes que no le permiten moverse. No es conciente aun que esta atrapado por su clase y por el sistema neoliberal con poderes e instituciones, por Estados colonialistas con sus embajadas y trasnacionales, por la oligarquía y los partidos, por organismos multilaterales, fundaciones y ONGs, por estructuras neoliberales y por el pensamiento único que se condensa en una inconciencia colonialista que les impide desarrollar a estos nuevos gobernantes una voluntad política antiimperialista radical. Y, entonces, vivimos frente a una esquizofrenia que será resuelta por la lucha étnico-clasista y anticolonial de los movimientos sociales organizados para la construcción de una nueva sociedad. Veamos como se esta expresando esta irreflexión en ausencia de voluntad de poder en el primer tramo del gobierno.

La crítica es un distintivo de la teoría marxista, quedarse solo en la complacencia y el elogio en momentos decisivos nunca fue bueno para el socialismo. Románticos intelectuales y académicos se encandilaron y apoyaron a Allende en Chile, a Ortega y el FSLN en Nicaragua, a Handal y el FMLN en San Salvador, a la CONAIE y Gutiérrez en Ecuador, al peronista Kirtchner en Argentina, al PT y Lula en Brasil, al EZLN y Marcos en México, etc. los llenaron de elogios y condenaron a los críticos, para después de unos años pasar a la crítica. Hoy varios intelectuales de renombre hacen lo mismo con Evo Morales y el MAS desestimando la postura de penetrantes críticos como Petras. En Bolivia ha empezado la construcción del “capitalismo andino” tomando el

apoyo de Venezuela y Cuba como un complemento a su proyecto. No es la NEP rusa propuesta por Lenin, ni la aplicación del marxismo clásico como dice García Linera, que piensa este proceso como un teorema social, que más parece un neoliberalismo con rostro andino, o sea el impulso del capitalismo colonial para un nuevo momento histórico. Luego de la apoteósica toma de posesión y los bellos discursos-memorial de Evo y Galeano las cosas se van aclarando. Después de 10 días de exhaustivo análisis los Estados Unidos entienden el enrevesado mensaje del Gobierno Boliviano y le dan su aprobación con cargo a que Evo y su equipo acepten el menú completo: solo está pendiente el tratamiento a la coca, a los hidrocarburos y sus peligrosas relaciones con Chávez y Fidel.¹

Muchos estamos convencidos que Morales y su equipo quieren cambiar las cosas y también esta claro que éstos se darán en un periodo prolongado y que este es solo el inicio; sin embargo, el problema es como afectan las primeras medidas a un diseño estratégico y hacia donde van los cambios, ya se están tomando decisiones estratégicas y al parecer estas no contribuirán a crear las bases de nuevas transformaciones. Las preguntas son ¿cómo se compagina un proyecto neoliberal impuesto por el ejecutivo con la destrucción del neoliberalismo bajo la dirección de algunos altos funcionarios antineoliberales también puestos por el ejecutivo?, ¿la tranquilidad social que necesitan el MAS y Evo para iniciar la redistribución preliminar del poder justifica las medidas que se vienen tomando? ¿Estarán tratando de marear a una perdiz que mantiene incólume todo su poder y que va un paso delante de ellos?

En la esquizofrenia el Evo malo esta dejando el discurso anticolonial, de la recuperación de la soberanía, de la destrucción del neoliberalismo, de la refundación del país desde lo indígena, de la expulsión de fuerzas extranjeras; no habla más de la reterritorialización de los pueblos originarios, de reforma agraria, de la nacionalización de los recursos naturales, de desarrollo endógeno, de las colectividades indígenas en el poder constituyente, etc. Las tácticas no acompañan una estrategia anticolonial. Y ¿qué ocurrió con el discurso de Álvaro García acerca de la defensa de los pueblos originarios y la comunidad como estructura básica

1 El miércoles 1 de febrero de 2006 G. Bush lo felicitaba y le ofrecía el ALCA, el jueves el Secretario de Estado Donald Rumsfeld expuso su preocupación por las relaciones de Evo con Chávez y Fidel, mientras John Negroponte, Jefe de los servicios de inteligencia, sostenía ante la Comisión del Senado de los Estados Unidos la ambivalencia de Morales frente a la erradicación de la coca y los hidrocarburos, cuando ya el Vice Ministro de Defensa Social del Gobierno boliviano había prometido un día antes el respeto a la ley 1008 y Morales repetía incansable que respetaría la inversión privada.

de la sociedad? El capitalismo andino ¿no destruirá la comunidad y la gestión territorial, no impedirá el desarrollo endógeno agrario-forestal, no limitará el desarrollo del mercado interno y la integración indígena latinoamericana? ¿Cuál es la relación entre la explotación y exportación de hidrocarburos con el control de los recursos naturales por los pueblos indios? El tema de los hidrocarburos ha provocado guerras, violencia, muertes y la caída de gobiernos, ¿cuidado con el MAS;

A Raúl Prada no le falta razón cuando señala que plantear el capitalismo andino después de seis años de luchas por la soberanía, contra las poliformas estructuras coloniales no es más que proponer un nuevo colonialismo interno que continuará destruyendo las relaciones comunitarias en una decodificación cultural y colonización de cuerpos sobre una patria restringida.² Y añade que las palabras no pueden reemplazar la realidad, la nacionalización es confiscación o no es, es monopolio del Estado, de recursos, gestión, exploración, explotación, producción, industrialización, comercio. La reforma agraria no es saneamiento de latifundios, es confiscación de tierras indebidamente apropiadas, ligadas al monopolio latifundista y a la especulación. La constituyente no es seguir con las viejas prácticas jurídicas de reformar la constitución, es convocar al poder constituyente en una asamblea soberana ajena a los deseos de control gubernamental.³

Decir que los movimientos sociales colocaron a Morales en la presidencia parece ser una perogrullada, y sin embargo esa simpleza merece un mayor análisis pues, como más adelante veremos, no solo representa a los movimientos sociales. Pero además este líder indígena en los años preelectorales escapaba de los movimientos evadiendo ser identificado y proponía un movimiento sin signos de clase o de etnia; su lógica electoral fue ganar a las clases medias y esperar la posibilidad de alianza con los partidos. Cuando los partidos se fueron derrumbando y los movimientos étnico clasistas mostraron de nuevo su fuerza Evo volvió, recurrió a la nobleza de los dirigentes de los movimientos y estos lo volvieron a aceptar y consintieron su candidatura. Desde que quedó segundo en las pasadas elecciones toda su actividad se centro en promover otro proceso electoral sin importarle mucho las acciones de los movimientos, incluso, de acuerdo a su conveniencia trató de frenarlos. De esto no ha hablado Evo pero ha lanzado un simbólico homenaje al mundo indígena y ha colocado a distintos líderes e intelectuales indígenas en su Gabinete y Consejo Consultivo. Pero luego

2 Raúl Prada , El juguete Rabioso N 147, La Paz 12-02-2006

3 Raúl Prada, El Juguete Rabioso N 146, La Paz 29-01-2006.

ha perdonado, expropiando esta potestad al pueblo indio, a todos los agresores colonialistas en la historia boliviana, de adentro y de afuera, a cambio del perdón de la deuda y más inversiones, su tour europeo fue para eso. Evo no solo pacto con los últimos regimenes de Mesa y Rodríguez, sino que nunca tuvo firmeza respecto a temas centrales que demandaban las organizaciones populares como la nacionalización de los hidrocarburos o la reversión de las tierras agrarias orientales. Su Vicepresidente como intelectual iba por un camino paralelo, abandonó la lucha por el socialismo y se quedó en la lucha por la acumulación y modernización en los andes.

Apoyarse en el neoliberalismo y la cultura colonial de la mendicidad, mientras reorganiza el poder institucional, para mantener los equilibrios macroeconómicos muestra el temor a un golpe de Estado militar o una intervención y que lo saquen del Gobierno ante el primer error. La situación económica no es nada fácil e impiden la reconstrucción del Estado colonial y la acumulación desde los recursos naturales que para García sería la primera etapa de cambios mientras funciona la acumulación informal tipo PYMES. Lo que el define como capitalismo andino. De allí que garantizar la acumulación en el Oriente y la Media Luna -Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija- sea su prioridad a costa de enfrentarse a los movimientos sociales que ya vienen resurgiendo. Maestros por salarios y plazas, cocaleros de Parque Carrasco, Yapacaní y el Chapare exigen que no continúe la erradicación de la coca, los Sin Tierra que perciben una traición en marcha. Los pilotos y un sector de trabajadores de la línea Aérea Lloyd que piden la intervención a la empresa por corrupción de funcionarios y que el Gobierno tardó dos semanas en hacerlo mientras arreglaba con sus aliados que habrían colocado a San Miguel como Ministro de defensa, los damnificados por desastres debido a negligencia de Transredes, que no fue sancionada y ni siquiera nombrada; los mineros que quieren se les adjudique yacimientos, la FEJUVE de El Alto que se opone al nombramiento de Mamani en el Ministerio del Agua, etc. son los primeros indicios de lo que se puede venir. Gobernar con el mandar obedeciendo es mucho más que una frase bonita, ¿Obedecerán los nuevos gobernantes a la burguesía o al pueblo?, ¿se apoyaran en el pueblo movilizad o terminarán sometiéndolo o quizás reprimiéndolo? Esa es la cuestión central. Estaba abierta la posibilidad de que Evo Morales sea el primer Presidente indígena de Bolivia, para algunos en representación de un 70% de población quechua, aymara, guaraní y de otras etnias (y también -como el lo señala- a los indígenas del mundo y en particular de América Latina), que con legítimas reservas lo reconocen y aceptan como jefe. Lo cierto es que representa a variados estamentos sociales. La mayoría

de sus adherentes electorales están en la miseria, y dentro de este gran sector, sin embargo, una parte no se reconoce como tal y hasta se identifica con la derecha. Lo que muestra que la identidad es más que una construcción ideológica y política, una ficción o una forma de imaginar una situación o un futuro, esta asociada también al colonialismo, a la historia, al racismo y a la clase. Al mismo tiempo representa a los trabajadores, cuya mayoría son los mismos originarios de antes, pero donde hay obreros y campesinos indígenas y mestizos que están más a la izquierda que el MAS, proponen continuar con la lucha antiimperialista y la construcción de otro sistema social. Declaran que estarán vigilantes de cada paso que dé Evo y su equipo. Finalmente, Evo también representa en gran medida a sectores de la burguesía y de la clase media a la vez de izquierda y progresistas por un lado y neoliberales por otro, muchos de ellos en busca de un mejor trabajo en cargos políticos y que han estado en partidos, en cargos públicos, en ONGs o buscando un lugar en organismos como el PNUD. Sobre estas bases Evo estaría optando por estos últimos que concilian con las fuerzas antinacionales y por tanto con el capitalismo colonial. Siendo posible construir una identidad de futuro socialista, si hay voluntad política y claridad en la reconstrucción articulada de esa realidad.

La ambigüedad de Evo no es nueva, es un pequeño terrateniente que siempre estuvo rodeado de onegeistas y organismos multilaterales. El pueblo dudaba y es por ello que el Occidente boliviano tardó en reaccionar para dar apoyo mayoritario a favor de su candidatura, que explícitamente ofrecía una descolonización del Estado más no de la economía y la sociedad. De otra manera, ello también ocurrió con los pueblos del Oriente que solo en los últimos tramos de la campaña se reorientan ideológica y étnicamente hacia el MAS. Siempre después de PODEMOS, que es una continuación del falangismo y ADN, pero que acertadamente se apoderaron del tema regional que desde hace mucho es una demanda legitimada potenciada por la existencia de hidrocarburos en sus territorios. Surgían las interrogantes, ¿por qué la derecha cuenta con tanto apoyo en Oriente, cuando los movimientos sociales han politizado al pueblo hacia la reidentificación y hacia la izquierda?, ¿quizás nos hemos acostumbrado a la sumisión y no logramos visualizar que las posibilidades de cambio están en las potencialidades de nuestra lucha? Las elecciones mostraron que el MAS tenía potencialidades en el oriente, más del 30% de los votos, y entonces que hacer? Aprovechar para organizar, educar, movilizar, para construir poder social y político o entregarse a la oligarquía cruceña para garantizar la estabilidad económica? Todo indica que la opción es por lo segundo y que todo se decide en las alturas. Intentaremos explicar este complejo asunto.

Es por ello que los peligros futuros no radican en que cuatro o cinco de nueve prefecturas, muchas alcaldías de capital de departamento y Comités Cívicos sean formalmente de oposición, sino en sus fueros internos y en la probable incapacidad de ese segmento al que más representa y que ahora lo rodea, resolver el problema nacional y las grandes contradicciones asociadas e históricamente acumuladas, sea por incomprensión de las mismas, por ofrecer soluciones inadecuadas y/o por una dirección política neopolulista y conservadora. La ausencia de una organización política, de un bloque histórico y de dirigentes políticos e intelectuales orgánicos que construyan una teoría y una práctica revolucionaria del cambio es una de las debilidades del MAS que ha sido ocupada por el onegeismo y secreciones de lo que fue la megacoalición.

Cotidianamente está sobre la mesa de discusión el tema de la autodeterminación como requisito de la soberanía nacional, del Estado, de la democracia, de las autonomías y del proyecto de nuevo país. La derecha con el apoyo imperialista se reorganiza para desarrollar oposición si el MAS no acepta sus propuestas. Pero el MAS como veremos esta más por aceptarlas que por un proyecto diferente. Las sucesivas visitas a la embajada norteamericana y al fascista Comité Cívico de Santa Cruz muestran como desaparecen las posibilidades de la autodeterminación. Pareciera que el Gobierno cada vez más se traslada a Santa Cruz y que los onegeístas de Evo no atinan a una solución diferente. La conformación de la constituyente, sus atribuciones y límites respecto a una reforma o nueva Constitución será un debate decisivo. El Comité de Santa Cruz y Evo coinciden en un ciudadano un voto, pero los pueblos indígenas quieren que los pueblos indígenas tengan 36 representantes y refundar el país. No sería extraño que Evo y el Comité acuerden solo reformas al neoliberalismo.

En Bolivia nunca se consolidó un Estado Nación, los varios intentos por hacerlo derivaron siempre en la reconstrucción de Estados coloniales, generalmente bajo la dirección de las Fuerzas Armadas al servicio de oligarquías vende patria y sumisas. De la vieja disputa en Occidente entre la COB, las FFAA, la débil oligarquía y los partidos, surge una nueva con otros sujetos sociales, nuevas centralidades y ejes articuladores pues en las últimas tres décadas cambia la geografía social, económica y política, se hace visible el Oriente con sus potencialidades económicas; y lo más importante renace el movimiento étnico-clasista anticolonial con una inusitada fuerza.

En efecto, se modifica la composición de la COB, al deslocalizar el Estado a los combativos mineros; se debilitan los partidos tradicionales al convertirse

las dirigencias, junto a los jefes de las FFAA, en defensores y mediadores de los intereses del capital extranjero y al incorporarse al nuevo escenario los campesinos indígenas, los movimientos sociales antineoliberales y el movimiento regional -principalmente en Oriente, hoy liderado por el derechista Comité Cívico de Santa Cruz-, producto del apoderamiento del problema regional por la burguesía comisionista transnacionalizada, por las renovadas transnacionales de los hidrocarburos encabezadas por REPSOL y su Gobierno recolonizador, y las empresas extranjeras que como las chilenas y brasileras que con sus Estados también participan con los Estados unidos en reconfigurar las relaciones entre los sujetos del poder. En tres décadas las continuidades y discontinuidades siguen presentes sin resolverse las grandes contradicciones históricamente construidas en más de cinco siglos bajo el manto de la colonialidad del poder y la persistente recolonización: la exclusión indígena y el racismo, el centralismo, el problema de la tierra, el saqueo imperialista de los recursos naturales (los hidrocarburos en particular), la miseria, la democracia, la amenaza fronteriza, el sometimiento de las FFAA al Comando Sur, el control tecnológico y la fuerza de los falsimedia. Aunque destacan los debates acerca de los hidrocarburos, sobre la asamblea constituyente para refundar el Estado y resolver la colonialidad del poder y respecto a las autonomías regionales, municipales e indígenas que contribuyan a la redistribución del poder, así como, el juicio de responsabilidades al saqueador Sánchez de Lozada, otros temas -como veremos- no menos importantes como la redistribución del ingreso son dejados de lado.

Evo y el MAS no quieren disputar el poder desde las masas, concientes, organizadas y con poder; prefieren los acuerdos en las alturas con la oligarquía, sus logias y Comités Cívicos organizados, con proyecto y capacidad de movilización. Manipular a los movimientos para negociar cada vez es menos posible, lo hacían los partidos y sindicatos y ahora el Gobierno y los Comités Cívicos. Las ONGs e intelectuales neoliberales tendrán que enfrentarse con las de izquierda, mientras correrán junto a las ideas mucho dinero de fundaciones, embajadas y organismos multilaterales. En el actual momento histórico es posible revolucionar al país, cuando se abre la posibilidad de que el MAS gobierne por un largo período, cuando se resquebrajan las múltiples identidades, cuando se reconfiguran los partidos, cuando se redefinen proyectos políticos y todos los actores antes mencionados entran en tensión. Sin embargo, los senderos cada vez son más peligrosos, las soluciones se discuten en las alturas y el MAS retoma la vieja forma de hacer política; veamos algunos de sus aspectos.

Los hidrocarburos y las expectativas coloniales de los países inversores imperialistas.

Evo Morales y Solís Rada han optado por no nacionalizar los hidrocarburos y aceptar la migración de contratos de empresas ilegales. Esto es una traición a las demandas de los pueblos y movimientos sociales.

La externalidades que están internalizadas tienen que ver con la política del Imperialismo en el continente y los intereses de las trasnacionales: recursos naturales, ALCA, etc. y su expansión continental en red en Chile, Argentina y Brasil sobre los hidrocarburos y el mercado. Al mismo tiempo, como en el siglo XIX nuevamente Brasil y Chile -también Argentina- están sobre los territorios bolivianos como objeto de colonización. Trasnacionales y gobiernos de España, Francia están tras el petróleo, la banca y los servicios públicos. Evo en el Gobierno en su pensamiento onegeista cree saber negociar con todos estos gobernantes socialdemócratas y con los de la Unión Europea, los ve como posibles aliados coyunturales, aunque estratégicamente logre visualizarlos como potenciales contendores. Los Estados Unidos están presionando por lograr una política colonial armoniosa con potencias europeas.

España, volviendo sobre sus pasos, ahora es una potencia recolonizadora de América Latina y también está en Bolivia, especialmente en la banca y el petróleo y en la educación superior. Repsol empresa que nació de la nada, con el neoliberalismo y la especulación, con los sobornos y la corrupción. Se apropió de empresas privatizadas en América Latina hasta colocarse entre las 10 empresas privadas más grandes en petróleo -que actúan en 28 países- y quizás se convirtió en la más grande empresa especuladora de España. Actúa con el apoyo de su gobiernos y otras empresas coloniales rentistas como financieras y administradoras de fondos de pensiones. Su presencia en Argentina, Brasil, Chile, Ecuador y Bolivia les ha permitido construir una cadena de hidrocarburos que bien la pudo y puede hacerla YPFB en coordinación con YPF de Argentina y Petrobras de Brasil. Pero Repsol compró YPF de Argentina y desde allí se apropió de Andina, Maxus, YPFB y otras empresas de América Latina. En Bolivia se apropió de las reservas de Andina -antes de YPFB- 50% administradas por AFP españolas, posee 45% de Transierra; además es copropietaria con Petrobras y la francesa Total de otros campos. En resumen son propietarias de 3 de los 4 megacampos de Bolivia, es la principal exportadora de gas a Brasil y Argentina a través de Transredes (Enrón, la principal propietaria), es dueña de gasoductos, de plantas de producción de engarrafado de GLP y comercializa al por mayor y al por menor.

Brasil que le expropio antes grandes territorios a Bolivia ahora esta sobre el petróleo boliviano a través de Petrobras que controla el 25% de las reservas de gas en Tarija y que abastece del 30% de gas a la metrópoli industrial Sao Paulo, controla los gasoductos Bolivia-Brasil y las 2 refinerías en Cochabamba y Santa Cruz, adquiridas a fines de los noventa. Pero además controla el 40% del negocio agropecuario de Santa Cruz y otras áreas del Oriente boliviano y muchos bienes de consumo, maquinarias y equipos.

Entre la oferta venezolana de recuperar y potenciar la cadena productiva de los hidrocarburos tras una necesaria nacionalización y la migración de contratos de las trasnacionales están optando por esta última. Evo y su gobierno giran 180 grados y optan por empresas ilegales que no declaran sus utilidades, que ocultan información, que contrabandean gas, que venden gas a Chile con precios subsidiados, que venden gas subsidiado a la Argentina que lo revende a Chile, que desarrolla prácticas monopolistas y discriminatorias. El problema además radica en que las empresas trasnacionales en hidrocarburos legalmente no existen en Bolivia pues no existen contratos legalizados y sin ellos la migración de contratos no solo es entreguismo sino también un error jurídico. No se quiere establecer responsabilidades, demandar resarcimientos por daño económico, recuperar campos petroleros, refinerías y ductos, intervenir transredes y reconstruir todo el sector. Tampoco hay indicios de afectar a las superintendencias que han estado al servicio de las trasnacionales.

Chile, que también se quedo con la costa, el mar y las riquezas naturales de Bolivia y territorios del sur del Perú, controla el transporte y la salida al Pacífico, el suministro de importantes bienes de consumo, desde frutas frescas y secas, conservas y vinos, hasta productos electrónicos, prendas de vestir nuevas y usadas, vehículos usados provenientes de Japón y USA. Argentina es otro país que recibe petróleo a precios solidarios y que parte lo reenvía a Chile. El mercado interior de Bolivia está abastecido por productos de estos tres países, mientras que en inversión extranjera los Estados Unidos tienen el primer lugar con un 33.4%, seguido por España, Reino Unido y Brasil con 11% cada cual (IED), todos en hidrocarburos. España en electricidad, banca, administración de pensiones, prensa, TV y químicos.

Los gobiernos de Bolivia no han querido utilizar sus potenciales armas contra Chile que al romper la complementariedad ecológica en la Guerra del Pacífico, su rico desierto del norte -que fue boliviano y peruano- depende de las

aguas del Silala cuyo nacimiento esta en Potosí y que Chile aprovecha más de un siglo a través de obras de ingeniería de aducción. Pero que sin embargo ahora necesita más agua y pretende conseguirla comprándola a la empresa de Sánchez de Lozada y otros comisionistas Coboreh S.A. que se apropió de 32,000 Has. potosinas. Chile explota minas peruanas y bolivianas licitadas por Fujimori y Sánchez de Lozada. En el Salar de Uyuni explotan el Borax, ulexita y litio.

Bolivia, sigue siendo vista como un territorio a repartir. El mercado esta en manos de las trasnacionales pero la disputa estará en los recursos naturales estratégicos. José Steinsleger,⁴ denuncia el 30 de noviembre que para Washington Bolivia debe ser borrada del mapa -según sostiene Mark Falcoff, asesor del Vicepresidente Dick Cheney. Chile, de seguro arrepentido de no haberse apropiado de BOLIVIA en 1879, hoy con asesoría estadounidense e israelí, solo espera el momento para hacerlo. En junio del 2005 el Secretario General de la OEA, el chileno José Insulza propuso una incursión sobre Bolivia con tropas argentinas, brasileras y chilenas para después ser complementadas por los contingentes norteamericanos de la base paraguaya. De hecho Chile cuenta con 30 mil efectivos en la frontera y gastos militares una y media veces el valor de las exportaciones bolivianas. Hace muy poco 30 misiles chinos fueron sustraídos por militares vende patria y enviados a los Estados Unidos dejando en total indefensión al próximo gobierno.

De hecho una invasión contaría con el apoyo interno de la burguesía comisionista de la Media Luna y de la agrupación política de PODEMOS que disputó la Presidencia con el MAS. Recordemos que el ex Presidente adenista Tuto Quiroga educado en Estados Unidos, colaborador del entreguista Sánchez de Lozada, ex funcionario del BM, el FMI, CAF y CFI y privatizador de refinerías podría ser un distinguido gobernador del protectorado Bolivia, el Irak de América Latina.

La protoburguesía de Cochabamba, Tarija, Beni, Pando también han utilizado el centralismo como pretexto hegemónico. A toda esta clase solo le interesa rentar sus tierras a empresarios sean de donde sean y a las trasnacionales, ser proveedores, recibir comisiones, usufructuar de las regalías, vender sus productos.

4 José Steinsleger, Bolivia: ¿invasión en marcha?, La Jornada 30 de noviembre de 2005.

El MAS que continua con las ambigüedades propias de la campaña electoral, esta por definir lo que en realidad hará ante las presiones imperiales de occidente y sus vecinos. Y es que su proyecto tiene que ver con su reiteración de respetar la propiedad, la inversión, el manejo de la economía y los compromisos. No extrañaría que en la nueva Constitución en lo económico den por aceptado el neoliberalismo como en Venezuela. ¿No será posible deconstruir, eliminar, los mecanismos de poder, dominación y explotación colonial que trae consigo el proyecto imperialista neoliberal?. En Venezuela esperaron cinco años para optar por el socialismo, mientras que en Bolivia con la fuerza de sus movimientos sociales podría caer este Gobierno y desatarse una guerra civil con evidentes culpables.

No podemos de mencionar la supuesta influencia del proceso boliviano en Perú. Es cierto que modificó las preferencias electorales peruanas programadas para el 9 de abril y Ollanta Humala aumentó el apoyo, sin embargo ello puede profundizar el eclecticismo de este candidato filoaprista y afirmar su parte neoliberal. No creemos que la sólida derecha afianzada en el Estado contrainsurgente le permita avanzar y si lo logra vencer esta valla tampoco conjeturamos que trascienda la aventura Gutiérrez. Sería muy elemental y falso decir que vivimos la época de los Tabaré Vázquez, Kirtchner, Lagos-Bachelet, Gutiérrez-Palacios, Toledo-Humala, Lula; la presencia de Chávez y Fidel lo contradicen y muestran que la voluntad política es fundamental para reapropriarse del proceso histórico.

Los Presidentes visitados coincidieron en defender a sus inversores y empresas. España, Francia y Brasil han sido explícitos. Solana a nombre de los imperialistas europeos fue amenazante y Amorin remarcó la privilegiada asociación de Brasil con los Estados Unidos. Las primeras acciones previas a la toma de posesión mostraron que Evo Hizo bien en viajar a Cuba y Venezuela, donde se procesa al imperialismo. Recibió el bastón de mando de los pueblos indígenas, celebro año nuevo en su comunidad orureña de Orinoca e invita a los líderes de izquierda y de los movimientos sociales de Bolivia y América latina a su investidura como Presidente. Muy bien, pero ya elegido no puede dejar un minuto de ver lo que ocurre en su país y pronunciarse acerca de los nuevos movimientos que el sabe que seguirán ocurriendo.

Los proyectos geoestratégicos recolonizadores que amenazan a Bolivia y las clases dominantes comisionistas: el Gobierno pasa a la CAINCO

Ante la oscuridad en las propuestas del MAS respecto al poder colonial y a la oligarquía cruceña es el Comité Cívico de Santa Cruz quien viene asumiendo la dirección política del país bajo la hegemonía de la CAINCO. Evo, con su obsecuente Vicepresidente y gabinete cada vez más van a recibir ordenes a Santa Cruz, mientras que el embajador norteamericano visita el país y los ministerios supervisando el accionar de sus felipillos.

García el intelectual del MAS, el teórico, no ha trascendido los mensajes publicitarios del neoliberalismo: responsabilidad, equilibrio, competitividad, gobernabilidad. Sus conocimientos no superan el sentido común creado por el poder, una elite iletrada de masa reemplaza a los políticos oligárquicos.⁵ La estrategia de desarrollar el capitalismo andino con políticas neoliberales va acompañada de ciertas claves de construcción del poder en base a cinco signos de gobernabilidad, en el lenguaje político neoliberal. 1. Colocar a los cocaleros como eje de los movimientos sociales, 2. En gobernabilidad, ser más eficientes que la derecha, 3. Alianza del movimiento indígena con los intelectuales 4. mantener la gobernabilidad parlamentaria y legitimidad conservando sus nexos con las bases sociales, 5. Alianza con las Fuerzas Armadas y policiales. Este orden propio de un matemático es obvio que buscará evitar conflictos y que los movimientos sean de derecha o de izquierda lo desestabilicen. Capitalismo andino más orden, una formula aritmética infalible. Pero, ¿será que a través de los cocaleros puedan controlar al resto de movimientos?, ¿el control del poder institucional, de los movimientos e intelectuales le garantizan estabilidad? ¿Donde quedó el proyecto anticolonial y las demandas de las bases rebeldes étnico-clasistas? ¿Esperan que estas sean solucionadas por la constituyente o por un nuevo gobierno del pueblo?

Evo Morales, siendo Presidente, se hizo reelegir como dirigente de los cocaleros del Chapare. ¿es la democracia plebiscitaria?, ¿en 10 años no se han formado otros dirigentes?, ¿podía ganar un sector crítico? No lo sabemos. En todo caso se inscribe en la estrategia de gobernabilidad de García, que no es otra que atar a los movimientos sociales y desnaturalizar sus luchas. Ocurre que en ese mismo evento donde se le reeligió como Secretario General se acordó que el cato sea individual

5 El Canciller David Choquehuanca entrevistado en la TV declaró que desde que tiene conciencia Aymara ya no lee libros. Sin embargo, cada día muestra su cultura occidental y neoliberal, coincidiendo con García, el más lector de la nueva elite en el poder.

y que las fuerzas extranjeras salgan inmediatamente del país. A los pocos días el Embajador Greenlee le impone al Presidente persistir en el cato familiar y que sus fuerzas reprimirán a los coccaleros que excedan ese límite. Ningún atisbo de dignidad y lealtad. ¿cómo responderá el movimiento? ¿lo sacará a Morales?

El MAS propone una alianza con los empresarios cruceños y deja de hablar de la oligarquía racista y procolonial. Morales apenas es elegido viaja a Santa Cruz para asegurarles garantías a sus inversiones, a la propiedad privada y la licitación del Mutún. Les ofrece volver y el 2 de febrero reitera su oferta mientras los empresarios que albergan a trasnacionales y terratenientes rentistas le piden continuar con la flexibilidad laboral, la misma política cambiaria, de comercio exterior y fijación de precios. Evo les promete seguir la misma política macroeconómica neoliberal ya que es el “patrimonio para nuestra estabilidad macroeconómica”. Esta política va acompañada de austeridad fiscal, protección de los industriales y erradicación del contrabando y del comercio de ropa usada (que daría empleo a 250 mil familias). Los Ministros neoliberales: Luis Arce en Hacienda, Walter Villarroel en Minas, Salvador Ric en Obras Públicas -que se declara privatizador- y Walker San Miguel (el ex emenerista, privatizador con Goñi y Ministro de Defensa implicado en posibles actos de corrupción en el caso Lloyd, al aparecer como apoderado de una nueva empresa aérea -LanBolivia con capital chileno cuyo funcionamiento exitoso esta en función de la destrucción de Lloyd), Felipe Cáceres el Viceministro de Desarrollo Social (felicitado por William Francisco III de la oficina antinarcóticos -NAS- de los Estados Unidos) de la mano con el teórico del capitalismo andino en la Vicepresidencia son garantías para Estados Unidos, las trasnacionales y la oligarquía de que el neoliberalismo va a continuar.

Pero aun esto es más grave pues la corrupción, que es consustancial al neoliberalismo, esta en todos lados y persiste expresándose cada día sin que el Ejecutivo haga algo; no es atacada con decisión por Evo. Todo este escenario nos lleva a recordar a Gutiérrez en Ecuador y su caída dos años después. Este Presidente terminó por organizar brigadas campesinas contrainsurgentes con el apoyo de organismos multilaterales y ONGs. La lógica caudillesca y caciquil de Morales-García, quienes desde hace mucho despreciaron la organización partidaria, es otro elemento que explica este nuevo proyecto neoliberal.

El problema radica en que este proceso entreguista se inscribe en otro más largo y opuesto de lucha contra el colonialismo y la colonialidad del poder

estaba en ascenso, un proceso que iba en aumento e incluía como enemiga a esta clase mediadora y comisionista. ¿podrán revertir este proceso? Veremos de que esta hecho este anticolonialismo pues las políticas que se aplican atentan contra el futuro económico de Bolivia: la posible industrialización de los hidrocarburos, de los minerales y de la coca. Pero también afecta a los referentes identitarios que si bien eran más ideológicos y tenían que ver más con los puntuales movimientos sociales de contenido indígena y antiimperialista que con una racionalización popular del problema colonial como totalidad y lo étnico-clasista como resistencia anticolonial de clase, excepto respecto a los terratenientes agrupados en la CAO. Las propuestas de salida al estancamiento colonial por parte del MAS al sector burgués de occidente y oriente, del norte y sur nunca fueron explícitas. Para el pueblo tampoco.

Efectivamente examinar lo que sigue ocurriendo con la tierra, los hidrocarburos y la constituyente en este mes de gobierno nos mostrará el verdadero rostro de Evo y el MAS. Durante los últimos gobiernos el saneamiento reemplazó la confiscación y solo ha venido fraccionándose la tierra, para evadir obligaciones fiscales y la propia reforma, ha aumentado el tráfico de influencias, se han asentado extranjeros en la frontera. En definitiva se legalizaron y consolidaron los grandes latifundios bajo la supervisión de la CAO y la CAINCO, con el apoyo del Banco Mundial.

Al hablar de la persistente colonialidad del poder nos estamos refiriendo a la interrelación de las relaciones coloniales de poder históricamente construidas principalmente sobre el racismo, las relaciones de trabajo y de género y que tienen un fuerte contenido subjetivo que afecta a la memoria histórica, a las mentalidades y al sentido común; que siguen siendo el sustento de la dominación, explotación y la vida cotidiana. Sobre ella se repotencia el colonialismo de modo permanente. En los países indígenas solo han sido subvertidas en México con la revolución de 1910 y las políticas asimilacionistas desde el Estado, transformando a la mayoría indígena en parte de la nación mexicana, mientras que en Bolivia, Perú, Guatemala y Ecuador las revoluciones, guerrillas y rebeliones no lograron modificar sustantivamente estas relaciones. Por el contrario el colonialismo reproducía interactivamente la colonialidad del poder. Con Morales la educación y la cultura aun se rigen por el pensamiento único y el interés privado y nada garantiza que haya acciones en este campo contra la colonialidad del poder.

En los sectores populares y medios -y en todos los sectores sociales- existen múltiples identidades y desidentidades, siempre van juntas, son multifacéticas

y multidireccionales y se ven afectadas por el reiterado imperialismo cultural intensificado con la mundialización. La historia colonial de cinco siglos recién procesa una descolonización parcial de las mentalidades, la cultura occidental aun es vista como factor civilizatorio. Ello es así también, por las virtudes de la tecnología y sus efectos económicos, no obstante que desde sus inicios esa cultura fue impuesta con violencia por los conquistadores y religiosos para legitimar el sistema colonial y sus intereses mineros y hacendarios. Con la independencia criollos, Iglesia, escuelas y fuerzas armadas se encargaron de la educación colonial mientras se reponteciaba la explotación y dominación. Decenas de rebeliones no pudieron vencer la ideología de la sumisión, sobrevivencia y esperanza ofrecida por la Iglesia. Someterse, autorechazarse, cambiar de identidad, aceptar los patrones coloniales de occidente fue la forma de mantenerse vivo frente a una oligarquía que nunca aceptó a los indígenas como ciudadanos y parte de la nación y más bien su identidad era con los blancos extranjeros.

En oriente, aislado hasta hace medio siglo, se construía un típico reducto criollo, con alto mestizaje indígena oriental que tenía por un lado a criollos, muchos con una oculta mezcla indígena, judíos sefarditas y collas de Valle Grande y otro territorios del sur, a los que se suman nuevos migrantes europeos de las postguerras y el nazismo: alemanes, croatas, menonitas; japoneses, y por otro lado mestizos e indígenas de oriente con influencias culturales de Brasil, Paraguay y Argentina y una cada vez mayor migración colla de occidente. En realidad construyeron otra cultura mestiza, híbrida, diferente pero con el mismo patrón colonial, extranjerizante de la colonia solo que ahora con tendencias cosmopolitas. La clase dominante del oriente ha logrado en su larga lucha anticentralista que sus intereses autonómicos sean los de todos, al hacerles creer que la crisis tiene su origen en la apropiación por occidente de la riqueza generada por el país, cuando todos sabemos que ellos apoyaron las políticas neoliberales, el saqueo y que no dejaron de enriquecerse mientras miles abandonaban Santa Cruz por falta de empleo y por los salarios de hambre. De allí que el proyecto de nación camba tenga bases económicas sumamente frágiles, pues al mismo tiempo que son el puntal de la economía del país, prefieren el antinacional proyecto neoliberal, la trasnacionalización del país y que las mayores regalías para el oriente se destinen para la burguesía comisionista parasitaria, a un proyecto basado en la autodeterminación y en las grandes mayorías ahora mestizas de origen colla que pueblan Santa Cruz.

El MAS y sus intelectuales no han investigado el problema regional y su concreción en el Oriente y no lo entienden. Y aunque lo entiendan su proyecto es otro. No han esclarecido que la burguesía que viene desde la explotación del caucho, la castaña, la soya, de la expropiación de tierras y bosques, de la apropiación de los recursos de la banca, del narcotráfico sistemáticamente ha implementado los proyectos de las trasnacionales y destruido la débil identidad nacional y al propio Estado, obligando a la población a buscar otros aseguramientos colectivos que unos aun lo encuentran en sus prácticas y subjetividades históricamente construidas, en la memoria histórica, en lo que consideran propio, en las culturas prehispánicas, pero que otros lo encuentran en la nación camba. El Comité Cívico ha logrado apropiarse de los cambios en la mentalidad de los hijos de inmigrantes collas, de allí que a muchos de ellos los llamen comecollas, pues como en otros países son los principales opositores a la migración y a los nuevos migrantes. Después de décadas de lucha contra el centralismo el discurso autonomista traído de España ha tenido efectos positivos en convocatoria masiva. La izquierda y sus intelectuales y el movimiento indígena-mestizo de trabajadores y campesinos, tienen el deber de deconstruir estas relaciones de poder basadas en un proyecto racista y secesionista

Así como en La Paz y en todo el territorio andino boliviano y latinoamericano, el racismo logró enraizarse en todos de distintos modos y en forma multidireccional no faltó la resistencia al mismo. Cuando el empobrecido occidente expulsó población colla, en el oriente fueron recibidos agresiva y despectivamente por los cambas -la mayoría también mestizo indígenas, ahora principalmente con collas mestizos e indígenas, no obstante que primero fue con los indígenas del oriente- provocando cambios profundos particularmente en los collas nacidos en Santa Cruz que procesaron desde la pérdida de identidad indígena hasta el auto rechazo. Esta última situación es la que no ha logrado revertir el MAS, solamente provoco leves cambios en los primeros inmigrantes y en cambas de origen popular. Un tratamiento psico-sociológico y político -y posteriormente, desde el poder del Estado, económico- hubiese modificado no sólo las adscripciones partidarias sino también transformaciones en la subjetividad étnico clasistas de carácter duradero. Reivindicar solamente a la nación aymará como lo hace García Linera no solo no soluciona nada, sino que más bien complica el debate sobre identidades, nacionalidades y proyecto de país. Una intelectual boliviana señalaba en el televisión estatal venezolana que los aymarás estaban en Bolivia y los quechuas en Perú, y como todos sabemos los aymarás y quechuas están en ambos países. La ignorancia de las gentes de ambos países vecinos es enorme y atenta contra cualquier proyecto de destrucción de fronteras.

De las iniciales ambigüedades e intentos conciliadores por algunos intelectuales del MAS - otra vez García, ahora con sus ya mencionados innovadores planteamientos de modernizar el capitalismo andino, como requisito de otros cambios- y Evo Morales con sus ya abandonadas posturas desetnizadoras y no clasistas, influenciado por intelectuales, pues la realidad de la lucha y la crítica los obligó a reorientar su discurso hacia la descolonización del Estado, a afianzar su lucha contra la recolonización y pensar en términos étnico-clasistas, lo que los volvió a acercar a los movimientos sociales, a los pueblos originarios y a la izquierda sin y con militancias -particularmente de las bases del MIR y de lo que fue CONDEPA, pero también del MNR y UCS- disgregadas por todo el país. Una cosa era abrir el movimiento a la clase media urbana de las grandes capitales de departamento y a los cambas y otra desclasar y desetnitizar al movimiento. Bolivia vive una polarización basada en una sociedad y Estado racista. Es un país recolonizado que encima distintos momentos constitutivos, determinados por externalidades e internalidades, tiene distintos contextos y niveles, afectan lo social económico, lo político y cultural haciendo de él un tema sumamente complejo.

De las burguesías regionales comisionistas las más agresivas son las más diversificadas de La Paz y Santa Cruz -junto a las aliadas más débiles del Beni, Pando y Tarija. Los sectores más burocráticos, de la mediana industria y el comercio se encuentran en La Paz y los que controlan la tierra de Oriente, la agricultura, la industria, el comercio y los servicios y exportación regionales en Santa Cruz.

No olvidemos que la lucha por las autonomías han servido para dividir países o para que se beneficien los intereses coloniales. México perdió la mitad de su territorio y sus recursos naturales cuando los Estados Unidos apoyaron al federalismo nortño y los hizo federales pero dentro de su Estado. Bolivia lo sabe, primero con la Guerra del Pacífico en 1879 cuando el imperialismo inglés desencadena la guerra de Chile contra Perú y Bolivia ganándola el primero frente a los señores feudales criollos de los dos últimos países, apropiándose de 300 mil Km. de ambos países y con el guano y el salitre que estaban en esos territorios. Más tarde la guerra del Chaco entre 1931-1936 fue una guerra por el petróleo desatada por la empresa holandesa Royal Dutch Shell en Paraguay y la norteamericana Standard Oil Company de Estados Unidos -que en ese entonces le disputaba a Europa sus colonias- en Bolivia. Paraguay se quedó con parte del Chaco boliviano, dejando en el camino a 50 mil muertos.

Por un proyecto antiimperialista: destrucción de la colonialidad del poder y la recolonización como requisitos autónomos.

No es suficiente reconocer el derecho a las autonomías y extenderlas a todos los niveles sin aclarar cuáles son estos y sin definir cuáles son los requisitos. Consideramos que la fortaleza de PODEMOS y algunos comités cívicos son su debilidad más fuerte y el MAS no ha sabido plantear el debate con claridad.

Si el debate hubiese colocado como punto de partida la relación Imperialismo-autodeterminación, dictadura-democracia, libertad-necesidad hubiésemos detectado la fragilidad de la propuesta oriental. La democracia liberal se basa en la soberanía estatal y su objetivo es la persona, el ciudadano, y hacerlo exige la autodeterminación, que los ciudadanos decidan su destino histórico en democracia representativa y ello solo puede darse desde una redistribución de la riqueza que permita la autonomía personal, la capacidad de hombres pensantes de actuar de acuerdo a sus decisiones a elegir que sociedad quieren a sus representantes. Un hombre sometido a la necesidad no puede tener libertades ni constituirse en ciudadano.

Si ni siquiera hemos asimilado bien el discurso liberal cómo polemizamos con el discurso neoliberal, más bien es probable que nos asimilemos a él y eso es lo que viene ocurriendo con el MAS. La derecha neoliberal de PODEMOS y el Comité Cívico cruceño si realmente quieren autonomía deben romper con el imperialismo, defender la soberanía, someterse a la voluntad popular en la elección de candidatos, respetar la diversidad de identidades y promoverlas, aceptar autonomías municipales, subregionales y cantónales, ser solidaria y redistributiva con los territorios más pobres, hacer consultas populares y aceptar la posibilidad de ser removidos, devolver las cooperativas a los socios, desaparecer los privilegios y las logias, someterse a límites y controles. El Comité Cívico sabe que en España funcionó el Estado autonómico con un proyecto neoliberal y militarmente sometidos a la OTAN, con 8.5 millones de pobres de una población de 44 y con una monarquía feudal. Eso puede funcionar en ese país, pero aquí los movimientos sociales quieren otra cosa y se preparan para rechazar conciliaciones y concesiones con los intereses imperialistas y con el proyecto neoliberal, no aceptarían solamente un reformismo conservador del tipo Lagos en Chile, Lula y el PT en Brasil, Kirtchner en Argentina o Tabaré Vázquez en Uruguay. Lo mínimo aceptable debe ser un proyecto antineoliberal, antiimperialista, que no acepte compromisos con neoliberales: FMI, BM, Transnacionales explotadoras y la burguesía concesionaria entreguista.

El MAS no se ha planteado deconstruir las relaciones de explotación y dominación históricamente creadas y modificadas por los cambios en la acumulación global y por el neoliberalismo. Si escogen el neokeynesianismo conservador y no optan por un reformismo redistributivo radical que trascienda la política y la reproducción del capital, si no transforman con una revolución cultural las conciencias para integrar al país y si no rechazan firmemente la recolonización el MAS solo tendrá un futuro incierto. Esta bien recuperar lo nacional como problema de liberación y por tanto de autodeterminación; esta bien recurrir y reivindicar a pueblos originarios, a su dignidad, su cultura y sus saberes, pero no se puede dejar de lado la unidad nacional de las mejores tradiciones de indígenas, mestizos y criollos, ni la urgente redistribución de la riqueza. El MAS ha actuado guiado por la intuición étnico-clasista y en ello los líderes indígenas han tenido ventaja respecto a los intelectuales que carecen de ella. Retomaron lo indígena y la liberación nacional, pero en la reflexión hace falta ir más allá de las verdades que construyen los intelectuales que cada día muestran más sus debilidades teóricas e ideológicas.

Temerarios pensadores, que viven de la lucha social, que no se amilanan al opinar desde hoteles cinco estrellas en los foros sociales, que trabajan con fundaciones norteamericanas y que adquieren mayor lucidez con alucinógenos recomiendan no criticar al MAS y a Evo, como antes defendieron a Kirtchner, pues consideran que el hacerlo es un resabio del ultraizquierdismo. Más bien, por el contrario, estimamos que no hacerlo sería tan grave como mantener el silencio ante lo ocurrido con las derrotas de Allende, el FSLN, el FMLN y que ahora se repite como farsa con Lagos, Ortega o Handal y el Congreso salvadoreño actual. No olvidemos que los agentes del tipo Gutiérrez están al acecho.

Acaso hay que callar cuando vemos que la primera acción en busca de la gobernabilidad fue ofrecer a la falangista oligarquía cruceña la privatización de la concesión del Mutún, prometer el respeto a la ilegítima propiedad de la tierra y modificar el concepto de nacionalización para no considerar cualquier acto de expropiación a las trasnacionales. Cuando después de haber recibido una tercera parte de la votación en Santa Cruz pudo haber celebrado en la capital de ese departamento con una ofensiva ideológica, movilizadora y orgánica. Y después quizás hacer algunas negociaciones con esa cavernaria derecha.

Una evidencia del nuevo transfuguismo y peguismo (pegas: puestos) que ocurre en el MAS esta en que mientras los movimientos sociales continuaban la nueva militancia y dirigentes del MAS estaban más preocupados por las

pegas, llegando al enfrentamiento. Y la otra esta en que muchos neoliberales que trabajaron para el gobierno, para trasnacionales, organismos multilaterales, partidos y ONGs ahora buscan colocarse con el MAS y lo vienen consiguiendo ¿los técnicos y tecnócratas serán una necesidad y podrán ser reciclados como el imperialismo hace con los exguerrilleros? ¿podrá el MAS provocar la revolución ética que promete?

Mientras la dirigencia del MAS nacional y de Santa Cruz estaba en el conflicto por la repartición de puestos el silencio ante sucesos significativos patentiza los intereses de los nuevos masistas de la clase media y la ausencia de dirección política cuando falta Evo, de gira por América Latina y Europa. Una ilustración de lo dicho. El día 31 de diciembre por la noche explotó un ducto de transredes con fuga de gas y llamaradas presuntamente a raíz de un aluvión -que a su vez esta conectado a la deforestación- y a un rayo o al choque de tuberías de petróleo y gas, que quemaron y dañaron a por lo menos 60 familias, poniendo en evidencia la no reinversión en mantenimiento y reforzamiento de los ductos. La negligencia de Tansredes y su socia la española REPSOL seria la principal causa. Mientras el Prefecto, parte del poder regional, estaba en un baile de año nuevo y al día siguiente salio a legitimar a Transredes, el MAS no dijo esta boca es mía hasta el momento de escribir estas líneas, o sea una semana después. Más tarde comenzaron las luchas de los pilotos y trabajadores de la línea aérea capitalizada Lloyd, denunciando una enorme corrupción que estaría llevando a su cierre. El MAS no dice nada en espera del regreso del cacique mayor.

En el Mutún -enorme yacimiento de hierro en Santa Cruz- existen variados intereses pero el principal es el de Sánchez de Lozada, empresario minero desde las privatizaciones, quien tenía segura la licitación y que solo esperaba que Tuto gane las elecciones con su apoyo. No es que la COMIBOL haya fracasado sino que los intereses del entonces Presidente y secundariamente de los importadores de hierro de Cochabamba y La Paz frenaron el proyecto mientras buscaban socios en Europa y Estados Unidos y elaboraban un Código de Minería que les permita pagar regalías por el 1.5% de sus ingresos al Estado. El Comité Cívico que apoyó a Tuto presionó a Evo sobre la inmediata licitación y este aceptó. Otra versión sostiene que la licitación de este yacimiento que contiene 40 mil millones de TM de Hierro y 10 mil millones de TM del valiosísimo manganeso (70% de las reservas mundiales), debía favorecer a las empresas Sidersul y Vale do Rio Doce Akes S.A., con familias cruceñas implicadas y el comité de adjudicación, para

producir arrabio, insumo de las cercanas acerías brasileras.⁶ De cualquier modo si se quiere industrializar los minerales deberá nacionalizarse el gas y este está en manos de Petrobras. En cualquier caso los daños ambientales y económicos calculados por especialistas eran enormes y que los beneficios para Bolivia serían del 2.5% -peor que con los hidrocarburos- De allí que algunos dirigentes del MAS estuvieran en total desacuerdo con la licitación inmediata, hasta que Morales y García decidieron hacer un trueque de 100 millones de dólares-la ganancia calculada por año- por gobernabilidad. Con gran esfuerzo después de muchas negociaciones Evo, García y medio Gabinete en Santa Cruz logró cambiar algo las reglas del juego definidas por la CAINCO.

Esto es una muestra de que el MAS deberá tomarse un tiempito para desestructurar lo estructurado por las políticas del neoliberalismo tanto los poderes e instituciones constituidas como las superintendencias o los comités Cívicos, tanto el poder judicial como las leyes neoliberales. En la economía hay mucho por hacer con los desempleados y subempleados - entre ellos los 2.5 millones de trabajadores informales- crear empleo y redistribuir la riqueza. Revisar críticamente todo lo hecho en cada sector de la economía en estos últimos 20 años no es tarea fácil. Deconstruir la privatización de la salud y la educación y construir nuevas instituciones, reglas y financiamiento. Expulsar misiones militares, renunciar a la ayuda militar, cortar el asalariamiento de altos jefes militares por el Comando Sur, recuperar los misiles y armar al país. Enjuiciar no solo a Sánchez de Lozada y Rodríguez Veltze sino también a cientos de funcionarios, asesores, militares, empresarios comisionistas comprometidos en el saqueo del país y en la elaboración de leyes y creación de instituciones colonialistas.

Pero a un cacique como Evo no se le puede pedir organización de bases y menos que sigan las movilizaciones de los pueblos. Ya su Vicepresidente opino que si necesita usar la represión contra la protesta lo hará. A un dirigente acostumbrado al plebiscito y a un intelectual especulativo apegado a su computadora y a su cambiante postmodernismo no se les puede exigir un cambio profundo.

Obviamente la más evidente ausencia es la falta de una estrategia global de país y el cumplimiento de las promesas ofrecidas en el programa de Gobierno utilizado en la campaña. Si bien la primera tendrá que definirse en la Constituyente, aún esta oscuro el qué país quieren construir. Caminan a tientas con la cultura

6 Andrés Solís Rada, "El bocado de El Mutún", www.rebellion.org, 3-01-2006

de la época: la neoliberal. Los devaneos han marcado su accionar. Las tareas más urgentes que resumen las aspiraciones antiimperialistas de los movimientos sociales han sido apartadas. El jalón de orejas de los presidentes europeos los ha hecho desistir aun más de los cambios imaginados respecto temas como la inversión extranjera y a la coca?

El problema del empleo (8.7% de desempleo) y el de la distribución del ingreso (67% de pobres) están íntimamente ligados a la resolución de dos problemas previos: la intervención y anulación de los contratos petroleros y la reprogramación de la licitación del Mutún por un lado y la reforma agraria en el oriente por el otro. En ambos casos la confrontación será con el Comité Cívico y Prefectura de Santa Cruz y la CAINCO que albergan y protegen a trasnacionales y terratenientes. Lo primero implica ocupar los campos petrolíferos e iniciar acciones legales contra los responsables de las múltiples ilegalidades y en el segundo la expropiación sin pago de enormes territorios de los terratenientes, basada en la reapropiación de las tierras para la nación que fueron repartidas principalmente por Banzer entre sus amigos. El MAS sabe que si no recupera el control total de la propiedad y de la cadena productiva hidrocarburífera no habrá ni cambios sustantivos ni recursos para gobernar y cambiar al país. Actualmente el país vive de la agricultura y la industria, el petróleo crudo y el gas solo aportan con el 6.75% del PBI ¿Podrá transformar el país, industrializar los recursos naturales, impulsar la pequeña y mediana industria y hacer una revolución agraria en las ricas tierras que posee? ¿Obtener diesel ecológico, combustible del alcohol de caña, fabricas de plásticos, plantas de fertilizantes? Podrá crear el Banco de Tecnología y la Banca de fomento? Cuanto espacio le queda al MAS para consensuar un proyecto nacional?. Pero también esta el problema de la coca: mantención de los catos familiares de 40x40 metros o ampliación de ese límite a catos individuales, para industrializarla y exportarla? y la impostergable expulsión de la DEA?

La organización política del MAS y la llegada de los arribistas es un segundo problema con carácter de urgencia. Evo y García aceptan el mandar obedeciendo y la horizontalidad, sin embargo, ambos sea por experiencia o por el conocimiento libresco seguirán creyéndose los escogidos. Y quizás sea natural que así sea por que no son muchos los que desarrollan teoría y menos aún los que tienen práctica revolucionaria y teoría. ¿Dónde queda el gobierno de los movimientos sociales: la CSUTCB de Loayza, la Federación de Mujeres Campesinas, los cocaleros, colonizadores, cooperativistas mineros, jubilados, trabajadores del Estado, etc.? ¿Podrá conformar el nuevo bloque histórico en base

a la nación Aymará? ¿Y las otras nacionalidades y etnias? ¿Cómo se expresará este triunfo de los pueblos indígenas en las relaciones de poder y en la redistribución de la riqueza?

Las relaciones con la oposición: los gobiernos imperialistas, las trasnacionales, la burguesía y terratenientes, los senadores, los alcaldes y prefectos. Podrá hacerse sin una organización política nacional, regional y cantonal y sin saber que se quiere para el país? ¿Cómo responderán a una ofensiva organizada y coordinada por ellos, como mayores regalías para Tarija y Santa Cruz? ¿Podrán dar respuestas a las demandas regionales y municipales acumuladas? ¿Se potenciarán las organizaciones sociales y sus movimientos, a la izquierda extra-sistémica, a los mineros y campesinos sin tierra, a los obreros y a los gremialistas, para lograr esa horizontalidad? ¿se les permitirá una existencia independiente, autónoma y de resistencia? Si los movimientos deciden acciones más radicales sobre la nacionalización de lo hidrocarburos habrá que reprimirlos? Si la Asamblea Constituyente es demasiado radical habrá que cerrarla? Entre los que apoyaron a Evo están los campesinos sin tierra que quieren tierra; los mineros asalariados y todos los obreros querrán aumentos salariales, y tienen sus demandas específicas que exigen el fin de la flexibilidad laboral y los cooperativistas que quieren títulos de propiedad y más yacimientos a explotar; los maestros y trabajadores públicos piden triplicar sus salarios y los estudiantes demandarán la gratuidad total y mejor formación profesional, ¿podrá resolver esas necesidades sociales?. Es más que evidente que no puede cambiar Bolivia sino se refunda el país con el objeto de descolonizarlo en todos los aspectos de las relaciones sociales, reconstruirlo a partir de la autodeterminación y la autonomía popular de personas, movimientos sociales, municipios y regiones. Conseguir el desarrollo económico con un nuevo emprendimiento endógeno y con un nuevo relacionamiento externo. Y, mientras esperamos la constituyente, realizar los primeros cambios para instaurar el capitalismo andino productivista y estabilizador al decir del Vicepresidente García,⁷ establecidos en el programa de gobierno:

-Por los indicios mostrados en las acciones de gobierno del Ministro onegeista y empresario Félix Patzi los aumentos salariales se registrarán por el FMI y la reforma educativa por el Banco Mundial. Un aumento del 7% y obligar a la enseñanza del inglés son sólo dos indicadores. No creemos que la reforma educativa se extienda a todos los niveles, que sea gratuita, de calidad y sirva a los

7 Entrevista de Datos a García Linera, año VII, N. 75, La Paz, noviembre de 2005.

objetivos estratégicos anticoloniales, menos hay intenciones de evaluar a todas las universidades para adecuarlas o cerrarlas.

-No hablemos de la aplicación acelerada de la reforma agraria desde el INRA, la Comisión Agraria Nacional y la Defensoría en la búsqueda de una revolución agraria, pues no hay indicios de ningún tipo. El silencio del Ministro Salvatierra y las legítimas dudas de los precandidatos a reformar el agro para aceptar ese cargo dicen mucho al respecto.

-Recuperar el control de empresas capitalizadas, mejorar los salarios y asegurar el trabajo, modificar el sistema de pensiones. Las señales indican que van por el camino inverso, han aceptado continuar con la flexibilidad laboral y su respeto a la inversión privada incluye a las trasnacionales de los hidrocarburos y las AFP.

-La austeridad en los gastos del Estado haciéndola universal y sin empobrecer a los trabajadores públicos más de lo que ya están, se ha limitado a la rebaja de salarios del Presidente, Vicepresidente, gabinete y Congreso. En dependencias estatales se viene obligando a secciones a convertirse en empresas de servicios en la más vulgar acepción neoliberal, rebajando los ingresos de los trabajadores.

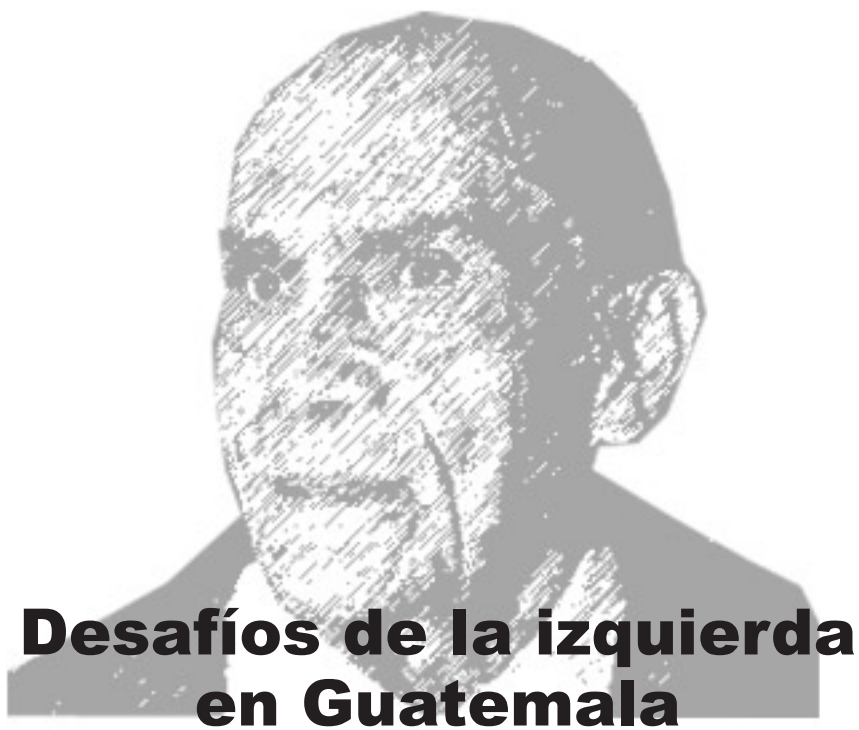
De los siguientes puntos los atisbos son nulos: ejecutar el plan de emergencia habitacional y extenderlo a la alimentación y salud pública; reformular la ley de turismo y del medio ambiente. Que además no tendrá significación sino hay una transformación cultural y tecnológica previa.

-Enjuiciar a Sánchez de Lozada y a sus compinches, iniciar una guerra contra la corrupción. Ello exigirá una revolución en el poder judicial y en las fuerzas armadas. Aprovechando de la crisis de los misiles hubo cambios en la cúpula de estas últimas.

Como hemos visto las señales no indican que se aproximen a este camino. Es mucho lo que hay que hacer y no se logrará sin un instrumento político que lo construya y dirija y sea una expresión de un frente de movimientos que sea el poder permanente y no su eliminación como algunos pretenden. Pero lo más importante es cómo responder a las demandas de los pueblos indígenas de controlar los recursos naturales, de autonomía y dignidad, y de un nuevo modo de producción anticapitalista, solidario y socialista; si el Estado del pueblo indígena

va por otros rumbos socialdemócratas que otra vez según García Linera obedecen a un marxismo clásico cuando todos sabemos que si algo caracterizó al marxismo clásico fue su anticapitalismo radical. Y entonces que responderá a los indígenas y a la izquierda al respecto? La derecha y algunos intelectuales opinan que ahora los movimientos sociales, los sujetos de las rebeliones, y quienes fueron oposición deben desaparecer juntamente con sus poderosas formas de lucha. Nosotros creemos que no y que más bien deben repotenciarse no solo con total independencia del Estado sino que deben dar tomar las decisiones estratégicas y emitir las ordenes a sus representantes.

Los movimientos sociales tienen la palabra. Solo su independencia del Estado y su organización como frente antiimperialista que expulse a Morales y su equipo de onegeistas mendicantes podrá desde la Asamblea Constituyente fundar la nueva Bolivia.



Desafíos de la izquierda en Guatemala

LOS PARTIDOS POLÍTICOS DE IZQUIERDA EN GUATEMALA (1920 -2005)

Alfonso Bauer Paiz

Antes que nada, ¿qué es izquierda? Estoy de acuerdo con el criterio del politólogo Rodrigo Borja, respecto al término, expuesto en su Enciclopedia de la Política. Utilizaré sólo algunos de sus conceptos, a saber:

“Izquierda designa a las personas, los partidos y las instituciones que, en un lugar determinado y en un tiempo dado, favorecen el cambio social; y la derecha señala a quienes se oponen a él y se esfuerzan por defender la sociedad tradicional”.

“3.-La izquierda y la derecha en nuestros días. Mucho se discute actualmente, a propósito de los profundos cambios desencadenados a partir de la caída del bloque soviético y de la terminación de la Guerra Fría, si la derecha y la izquierda han cambiado sus papeles. Algunos afirman que la derecha se ha convertido en izquierda al promover determinados cambios “globalización” de la economía, redimensión del Estado, transferencia del comando de la economía a manos privadas, sometimiento del quehacer económico a las fuerzas del mercado, etc. y la izquierda en derecha al oponerse a todas o algunas de esas reformas (...)”.

Ese punto de vista no lo compartimos, pero sí el siguiente de Borja: “En síntesis, son de izquierda todas las fuerzas sociales que persiguen eliminar o atenuar la marginación, las exclusiones sociales, la concentración del ingreso, los privilegios y las desigualdades, la puesta en marcha de los prodigios de la ciencia en beneficio de minorías, el dogmatismo, el racismo, la xenofobia, la violencia y la injusticia social internacional (...)”.

Por partidos políticos de izquierda no sólo entendemos los de ideología marxista, pues también lo pueden ser los partidos social demócratas. Es necesaria una aclaración: se me ha pedido que escriba este ensayo sobre los Partidos Políticos de Izquierda en Guatemala, pero en el devenir histórico de Guatemala, ha

ocurrido que personas u organizaciones que no son partidos políticos han realizado y siguen realizando actividades políticas, de las cuales no me ocuparé, salvo ocasionalmente, primero por falta de espacio y segundo, porque sería necesario realizar una intensa labor de investigación.

El tema lo desarrollaré a partir del siglo XX, hasta nuestros días, pero ese largo periodo lo dividiré en tres etapas: la primera, bajo la égida de los gobiernos liberales, que comprende: 1) desde principios del siglo pasado, hasta el derrocamiento del Presidente Manuel Estrada Cabrera, en 1920; 2) de 1920 a 1931, durante los gobiernos de Carlos Herrera, José María Orellana y Lázaro Chacón; 3) de 1931 a 1944, o sea durante los 14 años de la dictadura de Jorge Ubico y la efímera administración de Federico Ponce Vaides. La segunda, bajo los auspicios de la Revolución del 20 de Octubre de 1944, o sea durante los gobiernos de la Junta Revolucionaria de Gobierno y de los Presidentes Juan José Arévalo Bermejo y Jacobo Arbenz Guzmán. La tercera, bajo la férula contrarrevolucionaria, de 1954 a 2005. En esta tercera fase, distinguiremos los siguientes espacios: a): de 1954 a 1965, los gobiernos de Carlos Castillo Armas, o sea el del mal llamado dé la Liberación Nacional, de 1954 a 1957, el de Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963) y el de facto de Enrique Peralta Azurdia (1963- 1966) (en este lapso se inicia la lucha armada Insurgente, que termina hasta fines de diciembre de 1996) ; b) el del falso “Tercer Gobierno de la Revolución”, presidido por Julio Cesar Méndez Montenegro (1966-1970); c) el de los gobiernos militares de Carlos Arana Osorio (1970-1974); de Kjell Eugenio Laugerud García (1974-1978); de Romeo Lucas García (1978-1982); el de un triunvirato militar y de Efraín Ríos Montt (1982 -1983); y el de Oscar Mejíavictores (1983-1985); d) el de Presidentes civiles, pero todos sumisos al autoritarismo del Ejército: Vinicio Cerezo Arévalo (1986-1990); de Jorge Serrano Elías (1990- 1993); Ramiro de León Carpio (1993-1996); Álvaro Arzú Irigoyen (1996-2000), Alfonso Portillo Cabrera (2000- 2004); y Óscar Berger (2004).

El desempeño de estos tres gobernantes es muy importante, porque estuvieron, los dos primeros, obligados a dar cumplimiento a los Acuerdos de Paz y no lo hicieron y, el actual mandatario, tampoco le ha prestado atención a ese compromiso de Estado. Los partidos de izquierda, poco han hecho para que las autoridades públicas, de los organismos estatales: del Ejecutivo, Legislativo y Judicial, pongan empeño porque se cumplan debidamente, por el bien común

Primera Etapa

1) Desde principios del siglo pasado hasta el derrocamiento de Manuel Estrada Cabrera

En ese lapso no hubo partidos de izquierda, salvo en las postrimerías del régimen cabrerista. En 1919, se fundó el Comité Patriótico Obrero, embrión del primer partido proletario guatemalteco. Pero, después de haber sido derrocado el déspota, en 1920, aunque a muchos en Guatemala les parecerá inaudito, a mi parecer el Partido Unionista merece ser considerado de izquierda, pues no sólo depuso a un tirano que había estado en el poder veintidós años, al servicio de la oligarquía guatemalteca y de los intereses extranjeros (de Alemania y los Estados Unidos, sino que el Presidente Carlos Herrera se negó a seguir siendo vasallo de la United Fruit Co. y a entregarle a la Electric Bond & Share, la empresa que se le había confiscado a sus propietarios alemanes, al terminar la Primera Guerra mundial y además, él y el Partido Unionista dieron amplias libertades a los gremios artesanales y obreros de las industrias para organizarse. y , por si fuera poco, en 1922 fue fundado el Partido Comunista de Guatemala, siendo su principal líder, Antonio Obando Sánchez. Por supuesto, que no fue un partido de extrema izquierda, pero sí de izquierda moderada. .

2) De 1920 a 1931, durante los gobiernos de Carlos Herrera, José María Orellana y Lazaro Chacón

Debe condenarse la supresión del Partido Unionista, durante el gobierno de J.M. Orellana. Sin embargo, tanto durante los gobiernos de Orellana y Chacón no cancelaron el Partido Comunista que siguió siendo el único partido de izquierda de Guatemala, aunque bastante reprimido.

3) De 1931 a 1944, o sea durante los catorce años de la dictadura de Jorge Ubico y la efímera de federico Ponce Vaides

No hubo partidos políticos, salvo el del “Señor Presidente”, el Liberal Progresista, y el Nazi, de los residentes alemanes, el Fascista, de los italianos y La Falange, de los españoles seguidores Francisco Franco. El Partido Comunista fue prohibido y muchos guatemaltecos y centroamericanos guardaron prisión, por ser comunistas (como Antonio Obando Sánchez, o por suponerseles ser comunistas (como el caso del Médico Francisco Escobar). Durante el gobierno de facto de Ponce Vaides, se fundaron los Partidos de izquierda moderada, Frente Popular Libertador (FPL) y Renovación Nacional (RN).

Segunda Etapa

4) Bajo égida revolucionaria de 1944 a 1954. Gobiernos de la Junta Revolucionaria de Gobierno (JRG), de Juan José Arévalo Bermejo y de Jacobo Arbenz Guzmán

Durante los cinco meses y medio de la administración de la JRG, ya funcionaban los partidos (FPL) organizado principalmente por jóvenes universitarios, estudiantes de secundaria y también por maestros de educación pública. El (RN), organizado por elementos del magisterio nacional. A uno de sus miembros, Juan José Orozco Posadas, se le debe haber tenido el acierto de lanzar como candidato a la Presidencia (siendo jefe de Estado, Federico Ponce Vaidés, militar continuador del sistema ubiquista, autoritario y represivo), al maestro Juan José Arévalo Bermejo, pedagogo y filósofo, quien en sus seis años de gobierno, realizó cambios sociales, económicos y políticos fundamentales en Guatemala. Con el apoyo de los partidos políticos a que nos referiremos en este escrito y sobre todo, de las organizaciones populares del campesinado, de los laborantes agrícolas, de los obreros de las industrias, de los trabajadores en general y de las clases medias, artesanales, profesionales, intelectuales y artistas y del pueblo en general, logró ingentes avances, para el país, actuando dentro de los amplios límites de una abierta política democrática, representativa y participativa.

El Frente Popular Libertador (FPL)

Fue un partido de izquierda, de centro izquierda. El sistema político que promovía seguía los lineamientos, principios y objetivos del keynesianismo, es decir, el propuesto por John Maynard Keynes, economista inglés, cuya doctrina asignaba a los gobiernos el deber de mantener el pleno empleo de la mano de obra, por medio de una redistribución de la renta tal que el poder adquisitivo de los consumidores aumente en proporción al desarrollo de los medios de producción: Asimismo, los fundadores del FPL hacían causa común con la proclamación de las Cuatro Libertades, a raíz del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Libertad de Pensamiento, de Conciencia, de Miseria y de Temor y simpatizaban con la divisa roostveliana, del New Deal (nuevo trato). En pocas palabras, el FPL se proponía convertir al Estado en un Estado de Bienestar, conforme al Modelo de Lord Keynes, el Welfare State.

El FPL logró, en el primer evento electoral, tener la mayoría en el Congreso de la República, en diciembre de 1944. Sin embargo, al año siguiente, como consecuencia de la inconsulta y desafortunada decisión de algunos de sus

dirigentes, y de otros del RN, con ocasión del accidente automovilístico que sufriera el Dr. Arévalo, que le imposibilitó trabajar, de aceptarle al Jefe de las Fuerzas Armadas, Francisco Javier Arana, a cambio de que mantuviera el orden constitucional, que él sería el próximo presidente al terminar su período el Dr. Arévalo, su pedimento de que en garantía del compromiso adquirido, cancelasen el FPL y el RN y fundasen uno nuevo, el Partido de Acción Revolucionaria (PAR), que sería su partido, el que lo llevara a la Presidencia.

Así desapareció el FPL, desde diciembre de 1945 hasta mayo de 1947, como resultado de los manejos del Presidente Arévalo, a quien no le agradó, como es lógico, lo concertado en el llamado “pacto del barranco” y utilizó a Mario Méndez Montenegro (MMM), quien era su Secretario, para que ex afiliados del FPL se salieran del PAR, para refundar el FPL y a Juan José Orozco Posadas y al Secretario General del ex RN, Carlos Leonidas Acevedo, para que lograsen lo mismo de ex renovacionistas.

Habíamos varios dirigentes del FPL que no deseábamos abandonar al PAR, porque en dicho Partido se habían inscrito varios compañeros que habían retornado a Guatemala del exilio en México, perseguidos por el régimen ubiquista. Ellos habían vivido las experiencias revolucionarias del gobierno de Lázaro Cárdenas, y reconocíamos que habían impreso en el PAR motivaciones revolucionarias que dinamizaban al Partido, especialmente en cuanto a la preparación de un proyecto de reforma agraria. Recuerdo a los siguientes: Alfonso Solórzano, Ernesto Capuano, Carlos Arias, los hermanos Cuenca y a Luis Cardoza y Aragón. Sin embargo, sometida la cuestión a votación, los dirigentes que estaban de acuerdo con MMM tuvieron más votos que quienes nos oponíamos, y nosotros acatamos el resultado de la votación y volvimos al FPL.

El FPL subsistió hasta el primer trimestre de 1951, habiendo sido Secretario General del mismo, quien esto escribe, para fundar con otras fuerzas revolucionarias el Partido de la Revolución Guatemalteca (PRG).

Si bien, la línea del FPL fue siempre de centro-izquierda, a él se deben en gran parte conquistas revolucionarias, tales como: el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS), el Código del Trabajo, el Ministerio de Economía y Trabajo, creación del Departamento de Fomento Cooperativo, la Jurisdicción Privativa de los Tribunales Laborales, así como intensa labor legislativa y administrativa en las ramas de educación y salud. También en la lucha contra las amenazas del imperialismo estadounidense, el FPL fue fuerte bastión del Gobierno

del Presidente Arévalo en la defensa de los recursos naturales no renovables, como el petróleo, al sometimiento de la United Fruit Co.(UFCO), empresa transnacional que se negaba a acatar las disposiciones del Código de Trabajo, puesto en vigor en 1947, so pretexto de que los contratos suscritos a fines del siglo XIX le garantizaban libérrima administración de sus operaciones, incluso en cuanto a las relaciones de trabajo con su personal de campo y urbano.

La unidad dentro del partido no fue posible mantenerla, por diferencias más de carácter personal, como ocurrió entre los líderes Mario Méndez Montenegro y Augusto Charnaud McDonald, pero también por razones ideológicas y complicaciones anticipadas de sucesión presidencial, creadas por las aspiraciones del Jefe de las Fuerzas Armadas. Es cierto que, de acuerdo con el Presidente Arévalo, los integrantes de la Dirección del Partido sosteníamos conversaciones con el Coronel Arana, pero la mayor parte del grupo, no armonizábamos con la ideología del Coronel, que cada día más se inclinaba hacia la derecha y la situación culminó con la expulsión de Mario Méndez Montenegro, cabecilla del grupo pro-aranista que ya era asesorado por la Embajada de los Estados Unidos, a cargo de Richard Patterson, a quien el Presidente Arévalo declaró non grato; por sus intolerables intervenciones en asuntos propios del Estado guatemalteco, y tuvo que irse del país. Digno gesto de soberanía, al parecer único en la historia de las relaciones diplomáticas en América Latina, de parte del democrático Presidente Arévalo.

Otra división dentro de las filas del FPL se dio con motivo del proceso eleccionario para sustituir al Presidente Arévalo. Aunque Manuel Galich, personalidad histórica, llamado el Verbo de la Revolución, estaba de acuerdo con la candidatura de Jacobo Arbenz Guzmán y varias veces se negó a aceptar su postulación, finalmente lo hizo y renunció del cargo de Secretario General del Partido, siendo sustituido por el médico Víctor Giordani, quien en vez de atender los asuntos del Partido, formó un equipo de activistas que, al interior de la República, contando con importante ayuda económica de algunos empresarios italianos (Giordani era de familia ítal), operó para proponerlo como candidato cuando se realizara la Asamblea General que decidiría quien fuese en definitiva el candidato. Los seguidores de Giordani nos derrotaron a quienes estábamos con Galich, aunque quien esto escribe pensaba que el candidato triunfante sería Arbenz, tanto más que siendo Ministro de Economía y Trabajo, el Presidente Arévalo, me dijo un día: “Alfonso, como no quisiera yo que después de mí se sentara en esta poltrona Manuel Galich, el Verbo de la Revolución, pero yo desde

aquí detecto los hilos del país y, estos, me dicen. ¡Arbenz!, ¡Arbenz!, ¡Arbenz!. Se lo digo para que lo sepa y para que se lo diga a sus compañeros de partido”.

Se los dije, pero no me hicieron caso y finalmente, no triunfaron ni Giordani ni Galich y el FPL se hizo trizas, pero sus afiliados revolucionarios auténticos siguieron en la lucha al incorporarse, junto con otras fuerzas revolucionarias, en el ya mencionado PRG.

A continuación se dan los nombres de fundadores del FPL y de otros frentepopulistas, muchos de los cuales fueron también fundadores del Partido Acción Revolucionaria (PAR), junto con afiliados al RN, pidiendo disculpas por las omisiones involuntarias que sin duda ocurren:

Manuel Galich, Mario, Julio César y Marcial Méndez Montenegro, José Manuel Fortuny, Manuel María Ávila Ayala, Leonidas Ávila Ayala, David Guerra Guzmán, Herlindo Cardona, Jorge Mario Chávez, José Luis Bocaletti, Ricardo Asturias Valenzuela, Guillermo Grajeda, Oscar de León Aragón, Emilio Barzanallana, Marco Antonio Villamar Contreras, Heriberto Robles Alvarado, Ángel Martínez Franco, Alfonso Bauer Paiz, Alfredo Guerra Borges, Augusto Charnaud McDonald, Jorge Alvarez Borges, Osberto Rivera Santizo, Francisco Silva Falla, Antonio Reyes Cardona, Roberto Barillas Izaguirre, Víctor Giordani Huerta, Jorge Morales Franco, Julio Valladares Castillo, Emilio Zea González, Celso Cerezo Dardón, Constantino Duarte Villela, Carlos Gallardo Flores, Hiram Ordóñez Juárez, Marco Tulio y Alfonso Ordóñez Fetzer, Oscar Barrios Castillo, José Gregorio Prem Beteta, Julio Bonilla González, Manuel Francisco Villamar Contreras, Heriberto Robles Alvarado, Arturo Herbruger Asturias, Mario Monteforte Toledo, Gerardo Gordillo Barrios, Marco Antonio Ramírez, Heriberto Ponce Sierra, Mardoqueo García Asturias y Eduardo Castillo Arriola, Diego Américo Cetina, etc.

Varias valientes mujeres, tales como: Mélida Montenegro de Méndez (madre de Mario y Julio César), Chita Ordóñez de Balcarcel, María Luisa Silva Falla, Aída Chávez, Julia Meléndez de De León, Zoila Luz Méndez, Cristina Cabezas de García, Blanca García, Marta Delfina Vásquez, Julia Urrutia, Elena Fonseca Corleto, Ofelia Ninfa Cabrera, Guadalupe y Berta Porras Quiñónez, Laura Samayoa Flores.

Además había un grupo de compañeros, más jóvenes, que se había congregado en una peña bohemia, entre quienes estaban: Jorge Álvarez Borges, Osberto Rivera Santizo, Mario Sandoval Alarcón, Álvaro Hugo Salguero, Octavio Zalguero, Ruth García Granados, Humberto Zepeda, Eduardo Martínez Arenas, Gonzalo Mejía Cigarroa y otro compañero de apellido González, más conocido por “La Chagüita”.

Entre los propiciadores del sesgo de la ideología de izquierda hacia la derecha estuvieron Mario Méndez Montenegro y los advenedizos Jorge Skinner Klee, Julio Sultán, Jorge Schlllesinger, el psicólogo López Urzúa (su hermano Popo, siempre fue un leal militante revolucionario) y Mario Sandoval Alarcón.

El Partido Renovación Nacional (RN)

El RN fue el partido de más confianza del Presidente Arévalo. Como ya se dijo, fue un partido dirigido principalmente por miembros del magisterio nacional. Su línea política fue de izquierda moderada. Su principal colaboración fue en la educación nacional, en el campo económico, por medio del Instituto de Fomento de la Producción (INFOP), del cual fue Presidente, su Secretario General, Carlos Leonidas Acevedo y en el Ministerio de Relaciones Exteriores

Entre sus más destacados dirigentes estaban: Carlos Leonidas Acevedo, Juan José Orozco Posadas, Oscar Benitez Bone, Juan Mayorga Franco, Humberto y Héctor Morgan, Humberto González Juárez, Luis Díaz Gómez, Cesar Solís, Raúl Osegueda Palala, Oscar Jiménez de León, Enrique Noriega Alonso, Jaime Barrios Archila, Ramiro Ordóñez Paniagua, Antonio Acevedo, Jaime Díaz Rozzotto, José Hernández Cobos, Rodrigo Robles Chinchilla, Francisco Escobar, Luis Urraca, Francisco Gularte y otros más que no recuerdo. Es de señalar que no obstante la condición pequeño burguesa de la membresía de los partidos arevalistas FPL y RN, en este último habían dos prominentes empresarios: Juan Recinos, comerciante, y Ramiro Samayoa, propietario de las principales salas de espectáculos cinematográficos de la ciudad de Guatemala.

Ya durante la administración del Presidente Arbenz, Jaime Díaz Rozzotto se apartó del RN, para fundar un partido de línea de izquierda más radical, el Partido Renovación Nacional Socialista.

El Partido de Acción Revolucionaria (PAR)

Ya se dijo cómo y en qué circunstancias nació el PAR, de la fusión del FPL y el RN y asimismo, que fue de los partidos revolucionarios, durante el gobierno de Arévalo, el de izquierda más definida y el más vigoroso impulsor de los cambios político sociales del país y el más identificado con los sectores de trabajadores del campo y de la ciudad y con sus organizaciones sindicales, así como el más vinculado con los movimientos internacionales por la paz y el socialismo.

Lamentablemente, también en el PAR se produjeron desavenencias internas, a consecuencia de personalismos o por diferencias ideológicas. Fue excluido el hombre fuerte del Partido, Augusto Charnaud McDonald, quien fundó otro partido de corta duración, el Partido Socialista (PS). Otro veterano e importante parista, Humberto González Juárez, a quien se le tildaba de aburguesado, fue muy cuestionado y otros, encabezados por José Manuel Fortuny, abandonaron el PAR para crear un partido comunista, al mismo tiempo que otro miembro del PAR, el maestro y líder sindical, Víctor Manuel Gutiérrez, organizaba otro partido, también comunista. Dichos partidos, comunistas, tuvieron poca influencia durante la administración del Presidente Arévalo.

Antes de ocuparnos del tema: los partidos políticos de izquierda durante el gobierno de Arbenz, se comentará la existencia de otros partidos de izquierda, del período presidencial de Arévalo:

El Partido de la Revolución

Existió el llamado Partido de la Revolución, cuyo creador fue el miembro civil de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Jorge Toriello. El Partido estaba integrado por estudiantes universitarios, entre quienes sobresalían Carlos y Mario Zachirsson, Julio Gómez Padilla, Luis Quezada, Manuel Francisco Villamar, Roberto Gándara Lacappe, Alfonso Arévalo, Enrique Luna, etc. Este partido era más de centro que de izquierda.

“El Ciudadano”, como se le decía a Jorge Toriello, aunque había actuado valientemente en las luchas cívicas para deponer al dictador Ubico y en la preparación de la gesta cívico-militar para derrocar a Ponce Vaides, su ideología no era de izquierda, por lo cual varios de los jóvenes que le acompañaban no tardaron en darse cuenta de la posición de derecha del ex triunviro y cuando, en 1946, el Presidente Arévalo destituyó a Toriello del cargo de Ministro de Hacienda, dejaron

el Partido de la Revolución y se incorporaron al PAR, entre ellos Julio Gómez Padilla, quien maduró ideológicamente hacia el marxismo y que, con su sólida formación académica, fue de los revolucionarios más competentes en las áreas de la economía y el derecho.

Durante la administración del Presidente Arbenz operaron los partidos de izquierda del sexenio arevalista: PAR y RN. Pero surgió el PARTIDO DE LA REVOLUCION GUATEMALTECA (PRG), como consecuencia de la unión del FPL y el PS y de la incorporación de elementos marxistas (no miembros de los partidos comunistas que habían fundado Víctor Manuel Gutiérrez y Fortuny), como Alfonso Solórzano y Ernesto Capuano).

También inició sus actividades el PARTIDO RENOVACION NACIONAL SOCIALISTA que, como ya se dijo, fue fundado por Jaime Díaz Rozzotto. Además hubo otro partido establecido en el Occidente del país de centro, el PIN, organizado por coterráneos quezaltecos y otros de departamentos vecinos, como Nicolás Brol y hermanos Castro Conde.

El Partido Guatemalteco del Trabajo

Una vez resueltas las diferencias entre Fortuny y Gutiérrez, quienes habían fundado dos partidos comunistas, nació el Partido Guatemalteco del Trabajo que sí pudo participar en la gestión gubernativa durante el gobierno del Presidente Arbenz, que le había sido negado por el Presidente Arévalo, sin que por ello se pueda calificar el régimen de comunista, como lo hacían la reacción interna y el gobierno de los EEUU. El Presidente Arbenz había logrado que los partidos revolucionarios se entendieran entre sí coaligándose en el Frente Democrático Nacional, que se reunía, por lo menos cada quince días para la atención de los problemas nacionales. Si, como a veces ocurría, los representantes de los partidos, no se ponían de acuerdo respecto a su solución, el Presidente de la República, pedía a los Secretarios Generales de la Confederación de Trabajadores de Guatemala (CTG), Víctor Manuel Gutiérrez, y de la Confederación Nacional Campesina de Guatemala (CNCG), Leonardo Castillo Flores, opinaran al respecto y, generalmente, después de oírles se resolvía la cuestión debatida, por unanimidad.

Junto con los otros partidos de izquierda, el PGT impulsó sin desmayo el programa de reforma agraria. Como ya se dijo anteriormente, sólo el PGT fue el único partido de izquierda que subsistió, debiendo operar en la clandestinidad,

y bajo la amenaza constante de la cruenta represión gubernamental, después del derrocamiento del Presidente Arbenz. Se desintegró al incorporarse, después de la firma de los Acuerdos de Paz, con el partido formado por las fuerzas guerrilleras: Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y Organización del Pueblo en Armas (ORPA), o sea el partido Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG)

Partido Vanguardia

A principios del proceso revolucionario se integró un pequeño núcleo de intelectuales y profesionales, en su mayoría marxistas, que no pudieron inscribirse como partido político. Recuerdo entre ellos a Julio Camey Herrera, Enrique Muñoz Meany, Alfonso Solórzano, Ismael Méndez Zebadúa, Carlos Manuel Pellecer y no puedo asegurar que también Luis Cardoza y Aragón, pero sí que simpatizaba con el grupo de Vanguardia. No obstante la identidad de pensamiento marxista, también formaron parte de la organización el terrateniente Carlos Mirón Muñoz y el abogado Juan Córdova Cerna, de familia conservadora, quien posteriormente fue abogado de la UFCO. El grupo de Vanguardia pronto se desintegró.

Tercera Etapa

a) Bajo la Férula Contrarrevolucionaria:

Gobierno de Carlos Castillo Armas (1954 a 1957)

Gobierno de Miguel Ydígoras Fuentes (1958 a 1963)

Gobierno de facto de Enrique Peralta Azurdia (1963 a 1966)

Durante el Gobierno de Carlos Castillo Armas, salvo el PGT, en la clandestinidad, no hubo ningún partido de izquierda, aunque sí acciones de sectores sociales, propias de rebeldes de izquierda, como el alzamiento de los cadetes de la Escuela Politécnica, el 12 de Agosto de 1954.

Gobierno del General Miguel Ydígoras Fuentes

El Partido Revolucionario (PR)

fundado por ex correligionarios de partidos de izquierda de la Segunda Etapa, con la intención de luchar por el abatimiento del todavía dominante movimiento “liberacionista” y de oposición al partido Redención, de derecha, que apoyaba al Presidente Ydígoras. A juzgar por la ideología y el pasado político de sus organizadores, se puede decir que sería un partido de centro izquierda. Pero a

falta de un líder carismático, llevaron a la Secretaría General del partido a Mario Méndez Montenegro, quien ya había pasado a ser de derecha. MMM ordenó la expulsión de una cincuentena de afiliados, porque según él eran comunistas o pro comunistas. De manera que el PR nunca llegó a ser de izquierda, y lo fue de centro derecha.

Partido de Unidad Revolucionaria (PUR)

Ya se ha dicho que el partido de los comunistas, el PGT, seguía activo pero en la clandestinidad. Ciudadanos de izquierda que habían sido miembros de partidos revolucionarios de la década 1944-1954, de acuerdo con el PGT, iniciaron la formación del Partido de Unidad Revolucionaria (PUR), de doble militancia, porque en el mismo habrían marxistas y no marxistas, pero de principios revolucionarios. Sería, pues, un partido de izquierda, que ante los obstáculos gubernamentales no pudo ser inscrito en el Registro de Partidos Políticos, pero que, en 1962, organizó la guerrilla llamada de “Concuá”, a iniciativa de Julio Roberto Cáceres, conocido históricamente como “el Patojo”, quien fuera amigo inseparable de Ernesto Guevara, EL CHE, y bajo la dirección militar del Coronel Carlos Paz Tejada, acción en la que inició su vida de insurgencia Rodrigo Asturias Amado, o Gaspar Ilom, quien, después fuera el Comandante de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA), uno de los destacamentos de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

Unidad Revolucionaria Democrática

Es de mencionar que durante el gobierno de Ydígoras Fuentes no hubo partido político de izquierda que estuviese inscrito en el Registro de Partidos, y que en 1961, jóvenes universitarios iniciaron un movimiento político-social denominado UNIDAD REVOLUCIONARIA DEMOCRÁTICA (URD), que hizo un llamamiento unitario a las debilitadas fuerzas revolucionarias de la época de la Revolución del 20 de Octubre. Proponía una acción uniforme y radical de oposición al régimen ydigorista.y planteó como puntos de acción: 1. Unidad efectiva de los sectores adversarios del sistema de gobierno de derecha. 2. Combate a la farsa electoral que montaba el gobierno. 3. Responsabilidad y consecuencia de los dirigentes revolucionarios; y 4. Solidaridad entre todas las fuerzas revolucionarias.

La URD se constituyó en partido político pronunciándose como movimiento ideológico de izquierda democrática. Se enfrentó al gobierno militar de Peralta Azurdia. Durante los años del gobierno de Ydígoras, hubo innumerables

acciones de sectores estudiantiles y populares como los sucesos de marzo y abril de 1962 y, antes de éstos, la acción de oficiales del Ejército, que el 13 de noviembre de 1960, iniciaron un proceso dignificación del Ejército, que culminó con el paso de valientes y patrióticos oficiales hacia la insurgencia armada que se proponía la restauración del movimiento revolucionario de la década de la Primavera Democrática. Entre ellos, Yong Sosa, Turcios Lima, los hermanos de León Aragón, etc.

Gobierno militar de facto, de, Enrique Peralta Azurdia

El golpe militar que Peralta Azurdia, que siendo el Ministro de la Defensa del Gobierno de Ydígoras dio al Presidente de la República, en 1963, se debió a los dictados de la Casa Blanca y El Pentágono, a fin de evitar la participación en las elecciones presidenciales próximas, en finales de 1963, del ex Presidente Arévalo. Pues Ydígoras estaba dispuesto a permitirlo, tanto más que ya se habían organizado dos partidos políticos que postulaban la candidatura del Dr. Arévalo: Partido Revolucionario Ortodoxo y Partido Nacional Revolucionario. O sea, que además del PGT, siempre en la clandestinidad, hubo durante los años del gobierno militar de Peralta Azurdia, ese otro partido político de centro izquierda: URD.

b) Administración de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970)

Esa administración, mal llamada del Tercer Gobierno de la Revolución, puesto que los dos primeros, de Arévalo y Arbenz, fueron revolucionarios y de izquierda, el PR y el Presidente Julio César Méndez Montenegro, ya no eran de izquierda y concediéndoles mucho, se podría decir que eran de centro si no de centro derecha. Debe tomarse en cuenta que durante este período ya estaban en pleno desarrollo las acciones cívico-militares del movimiento guerrillero y que JCMM se sometió, junto con las Fuerzas Armadas del país, por completo a la solapada intervención de la CIA y de los comandos militares estadounidenses, decididos a aplastar la insurgencia armada, que contaba con la simpatía y también colaboración de amplios sectores de intelectuales, artistas, estudiantes, profesionales, campesinos y organizaciones sindicales del campo y de la ciudad y, también de comunidades indígenas. Durante este gobierno se montó un operativo de terrorismo de estado, llevado a cabo por las fuerzas del Ejército, de la Policía Nacional y de Escuadrones de la Muerte. Entonces, además del PGT, ilegalizado, como partido de izquierda sólo estuvo URD.

c) Gobiernos Militares (1970-1974)

Gobierno de Carlos Arana Osorio

Frente Unida Revolucionario Democrático (FURD)

En 1970, la URD tuvo dos triunfos electorales. Manuel Colom Argueta fue Alcalde de la ciudad de Guatemala y Adolfo Mijangos López, diputado al Congreso Nacional. Y decidió cambiar su nombre, para llamarse Frente Unido Revolucionario Democrático.

El gobierno de Arana Osorio estableció el estado de sitio y desató una oleada de ejecuciones extrajudiciales, de las cuales fueron víctimas innumerables personas, entre ellas, Julio Camey Herrera, quien en el Colegio de Abogados gestionaba la declaración de lesividad del contrato suscrito por el Gobierno con la empresa niquelífera EXMIBAL, Adolfo Mijangos que hacía lo mismo en el Congreso de la República, Alfonso Bauer Paiz, quien por medio del diario LA HORA -Tribuna no mostrador -- había hecho la denuncia de esa turbia y perjudicial concesión, quien fue gravemente herido en un intento de secuestro y recibió, durante varios meses, atención médica de parte del médico del IGSS, Dr. Fredy Labbé, y gracias a esas atenciones, pudo sobrevivir, y Rafael Piedrasanta Arandi, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, quien logró burlar a sus raptos que le asesinarían y salvar su vida.

El FURD contrajo diez compromisos con el pueblo:

1. Libertad, seguridad y oportunidad de trabajo;
2. Independencia económica y política del país;
3. Tierra para el Campesino;
4. Abaratamiento del costo de la vida;
5. Educación y Cultura para el pueblo;
6. Casa y salud para las familias guatemaltecas;
7. Fortalecimiento económico de los gobiernos locales;
8. Protección y fomento de la industria nacional;
9. Explotación racional de los recursos naturales nacionales;
10. Eficacia, honradez y austeridad administrativa.

Hubiese querido comentar su Programa de Gobierno, basado en la atención de los problemas de zonas, en diferentes regiones del país que definen al FURD o FUR, como partido de izquierda democrática, pero por limitación de espacio tengo que prescindir de ese deseo. El FUR no estuvo de acuerdo con la insurgencia armada, cívico-militar, iniciada en la década de los años sesenta del siglo pasado, pues rechazaba el uso de la violencia en su actuación política. De 1974 a 1985 gobiernos presididos por militares electos. Kjell Eugenio Laugerud García (1974-1978); Romeo Lucas García (1978-1982); gobiernos Militares de facto:

Triunvirato Militar y gobierno de Efraín Ríos Montt (1982-1983) y de Oscar Mejíaavictores (1983-1985).

Una alianza que se había concertado, llamada Frente Nacional de Oposición, entre el FUR y la Democracia Cristiana (partido que no consideramos de izquierda) se extinguió, porque el FUR no estuvo de acuerdo con el pacto que la DC hizo con el Gobierno para completar una mayoría en el Congreso.

Gobierno de Kjell Laugerud (1974-1978)

En 1976, el FUR hizo una declaración pública en la que reiteró el objetivo de establecer un orden democrático fundamentado en el respaldo de la voluntad mayoritaria del pueblo. Manifestó que a pesar de los obstáculos ilegales que le había impedido inscribirse como partido político (exilios, cárceles, atropellos, asesinatos), el FUR había encabezado el movimiento reivindicador de la democracia y de la justicia social. Insistió en que a pesar de esos obstáculos, el FUR había participado, en forma pública, en la lucha nacional, habiéndose negado a actuar en la clandestinidad o en forma violenta, con lo cual indirectamente estaba pronunciándose como no partidario de la lucha de la insurgencia armada. Además, acusó a la extrema derecha de esas acciones violentas para combatir al FUR e impedir el funcionamiento del pluralismo político. Por último, anunció que presentarían ante el Registró Electoral la solicitud de inscripción de la Asociación Política del Frente Unido de la Revolución (FUR). Y reveló que en las próximas elecciones, en algunos lugares, votarían con filiales de la DC y del PR.

Gobierno de Lucas García (1978-1982)

De este lapso de tiempo deben destacarse dos cosas la primera, que políticos de la época revolucionaria, que habían sido fundadores del FPL y del PAR y que en las elecciones de 1951 no quisieron apoyar la candidatura de Jacobo Arbenz, porque ellos eran civiles “universitarios” y no militares, hicieron desgobierno con el “chafarote” Lucas García; la segunda, que una de las personalidades más sobresalientes de la URD y del FUR, Francisco Villagrán Kramer se prestó a acompañar a Lucas García, como Vicepresidente de la República. Es también digna de recordación la fecha 15 de marzo de 1979, porque ese día logró su inscripción como partido político el FUR y también porque ocho días después, por órdenes presidenciales y del Ejército, comportándose como vulgares sicarios, el respetable líder del FUR, Manuel Colom Argueta fue vilmente asesinado.

Partido Socialista Democrático (PSD)

El 15 de junio de 1978 tomaron posesión de sus curules en el Congreso Nacional los diputados recién electos Carlos Gallardo Flores, Julio Alegría Caniz y Alberto Fuentes Mohr, quienes ya habían decidido fundar un partido socialista democrático. A ese empeño se sumaron Otto Robles de León, Jorge Jiménez Cajas, Mario Anibal González, Carlos Anibal Rosal, Luis Felipe Samayoa y Mario Solórzano Martínez. Un año después, el 25 de enero de 1979 fue ametrallado Alberto Fuentes Mohr, perdiendo así el PSD uno de sus mejores dirigentes.

Gobiernos de facto de Triunvirato Militar y de Efraín Ríos Montt (1980-1982)

El 25 de enero de 1981, el Partido Socialista Democrático (PSD), celebró su Primer Congreso Nacional, en homenaje póstumo a la memoria de Fuentes Mohr. En dicho Congreso, la Asamblea del Partido estimó que en el país se desarrollaba un proceso revolucionario hacia la construcción de una nueva sociedad con libertad y justicia social y que era indispensable establecer un gobierno democrático, popular y revolucionario. El PSD hizo causa común con las siguientes organizaciones: Comité de Unidad Sindical, Central Nacional de Trabajadores (CNT), Federación Autónoma Sindical Guatemalteca (FASGUA) y con el Comité de Unidad Campesina (CUC). Junto con el FUR apoyó al Frente Democrático contra la Represión. El PSD hizo suyo el llamamiento de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), de constituir un gran Frente de Unidad Patriótica Nacional, para el derrocamiento del régimen y la formación de un gobierno revolucionario, patriótico, popular y democrático. También decidió la creación del Comité guatemalteco de Unidad Patriótica (CGUP).

Los principales integrantes del CGUP fueron. Luis Cardoza y Aragón, Guillermo Toriello Garrido, Manuel Galich, Carlos Paz Tejada, Miguel Ángel Albizures, Israel Márquez, Carlos Humberto Casariegos M., Oscar Rodolfo Loarca, Pablo Ceto, Rigoberta Menchú Tum, Gabriel Ixmatá, Supertino Snuc, Carlos Gallardo Flores, Francisco Guillermo Colom Argueta, Mario Solórzano Martínez, Carlos Alberto Duarte, Carlos Ramón Palencia Estrada, Luis Gurriarán, Augusto Monterroso, José Luis Valcárcel, Gilberto A. Castañeda S., Rolando Castillo Montalvo, Byron Barrera Ortiz, Eliseo Guillermo Alburez Pinzón, Marco Antonio Samayoa Somale y Alfonso Bauer Paiz.

Los guatemaltecos nunca olvidaremos que en estos tres años se volvieron a repetir las horrendas masacres de la Conquista hispánica, en el Siglo XVI y otros, de la que fueron víctimas poblaciones de origen maya, que NO se habían

alzado en armas, por obra de la estrategia ideada por Ríos Montt y el Ejército de Guatemala, “para quitarle al pez el agua”, para combatir la insurgencia armada comandada por la URNG, o sea la de “tierra arrasada” que hizo desaparecer del mapa centenares de comunidades indígenas, mediante crueles torturas y asesinatos no sólo de jóvenes y adultos sino también de mujeres, niños y ancianos.

Gobierno de Oscar Mejía Victores

Salvo el FUR y el PSD no hubo nuevos partidos de izquierda.

d) Gobiernos de Presidentes Civiles, pero todos sumisos al Ejército

Gobierno de Vinicio Cerezo Arévalo (1986-1990)

La misma situación que la existente durante el gobierno de Mejía Victores. Partidos de izquierda solamente seguían actuando el FUR y el PSD

Gobierno de Jorge Serrano Elías (1990-1993)

Durante este gobierno dejó de existir el FUR y el PSD, de hecho, también por los compromisos y arreglos que el dirigente Mario Solórzano había contraído y realizado con los Presidentes Mejía Victores y Serrano Elías, no habiendo nunca estado de acuerdo con esas desviaciones el Dr. Carlos Gallardo Flores, organizador del Partido en los años temibles del terrorismo de estado.

Gobierno de Ramiro de León Carpio (1993-1996)

En estos años no hubo ningún partido de izquierda inscrito en el Registro de Partidos, pero a mediados de 1995 se constituye el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG) que aglutinó a varias organizaciones sindicales y populares. El Grupo de Acción Popular, organización integrada por revolucionarios de la época de la Revolución del 20 de Octubre, como quien esto escribe, Rafael Díaz Gómez, Antonio Cerezo Ruiz, Carlos Bianchi, Rafael Piedrasanta Arandi, Fernando de León, Enrique Noriega, Marco Antonio Villamar Contreras, Jorge Alberto Micheo y otros, de nueva hornada, como Marco Augusto Quiroa, Justo Soto, Edgar Amado Sáenz, Héctor de León, Factor Méndez Doninelli, Pedro Alva Jordán, Jorge Arriaga, Juan Antonio Canel, Aquiles Linares, Liuba Méndez de Linares, Jorge Pélaez Castellanos, Jesús Valdez, Cesar Montes. Este grupo se proponía continuar con el proceso revolucionario que había sido interrumpido por la intervención

extranjera y la traición de la cúpula militar, en 1954. Además del GAP integraban el FDNG: el Movimiento Cívico Democrático, integrado por el Partido Social Cristiano (PSC), el Movimiento Juventud Democrática, Ciudadanos por la Democracia, Movimiento de Dignificación y Conciencia del Partido Socialista Democrático y por la corriente Institucional de la Democracia Cristiana. De las organizaciones sindicales y populares que formaban parte del FDNG, estaban la Unidad de Acción Sindical y Popular (UASP), el Sindicato de Trabajadores de Caminos (STRAC), la Asamblea N'ukuj Ajpop, la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), el FUR, el Foro Político de la Mujer, el GAM, representado por Nineth Montenegro y una dirigente de Conavigua.

La concurrencia de tantas organizaciones, con diferencias ideológicas, a pesar de la presentación de sectores de izquierda no permitió que el Frente lo fuese. Era de centro.

Para las elecciones presidenciales que se realizarían en enero de 1995 habían sido propuestos: Gert Rosenthal, Jorge Mario García Laguardia, Oscar Marroquín Godoy, Alfonso Fuentes Soria, Hugo Argueta Figueroa y quien esto escribe. Sin embargo, inopinada y autoritariamente, la URNG ordenó a representantes de comunidades indígenas y de organizaciones sindicales y populares, que votarían por Jorge González del Valle, excelente economista, pero quien tenía el baldón de haber sido Presidente del Banco de Guatemala, durante el gobierno de facto del genocida General Efraín Ríos Montt. Además vivía en México y nunca se le había propuesto.

Por supuesto que esa imposición trajo consecuencias desfavorables para el mantenimiento del Frente y este se desarticuló, pero se presentó una posibilidad de reparación de esa medida errónea ordenada por URNG, que todavía no era partido político, mediante otro esfuerzo unitario, que culminó con la creación de la Alianza Nueva Nación.

Gobierno de Alvaro Arzú (1996-2000)

Gobierno de Alfonso Portillo Cabrera (2000-2004)

Gobierno de Oscar Bergér (2004- 2005)

Por ello, a pesar de lo que había ocurrido en el FDNG, el GAP no se retiró del Frente, pero se reestructuró y cambió de nombre: Unidad de Izquierda Democrática (UNID).

El 29 de diciembre de 1996, se suscriben los Acuerdos de Paz, entre el Gobierno y la URNG y esta organización guerrillera, de conformidad con el Acuerdo sobre Bases para la Incorporación de la URNG a la Legalidad, se convierte en Partido político en 1997, pero en su integración no desaparecieron las fuerzas político-militares FAR, EGP, ORPA y las del extinto PGT. O sea que, en el fondo, no había una auténtica unión. Además, situación parecida se daba en su relación con el FDNG y el partido DIA y UNID, en formación y por inscribirse en el Registro. No obstante en febrero de 1999 se creó la Alianza Nueva Nación por URNG, FDNG, DIA y UNID. Este ultimo partido sufrió la pérdida de muchos de sus afiliados que no estuvieron de acuerdo con participar en esa coalición por el proceder anterior de URNG.

Como puntos fundamentales de la alianza se establecieron:

1. Participación activa de los pueblos indígenas en el proyecto, así como del movimiento social y popular y de personalidades democráticas progresistas
2. Realizar los cambios estructurales que el país necesita.
3. Decidir la mejor candidatura para cada cargo de elección (pues se estaba a las vísperas de elegir diputados al Congreso de la República, Presidente y Vicepresidente de la República.
4. Dar cumplimiento a los Acuerdos de Paz.

Por raro que parezca, el candidato de URNG para la presidencia de la República era el empresario Jorge Briz, (ex Presidente del CACIF), pero Alfonso Bauer Paiz, logró convencer a la ANN que fuese Alvaro Colom, quien había tenido, como Director del Fondo Nacional para la Paz (FONAPAZ), buena actuación para que se lograra en las mejores condiciones posibles el retorno de los refugiados en México y el reasentamiento de la población desarraigada por el conflicto armado, incluyendo las comunidades de población en resistencia (CPR). Finalmente los candidatos fueron: Colom, para la Presidencia y Catalino Similox, para la Vicepresidencia, prominente Pastor de la Coordinadora de Iglesias Evangélicas de Guatemala (CIEDEG), no fundamentalista y militante de izquierda. Ellos no triunfaron, pero la ANN obtuvo nueve diputados.

La verdad es que ANN ya no fue una coalición de izquierda definida, al punto que, en algunas ocasiones, salvo los diputados Ricardo Rosales Román y Alfonso Bauer Paiz, quienes votaron en contra, los demás votaron a favor de la presencia de efectivos militares estadounidenses que habían entrado al país sin contar con la aprobación previa del Congreso, como lo dispone la Constitución de la República. A mediados del 2002, el Secretario General de URNG, Pablo Monsanto, lanzó su candidatura para reelegirse, pero perdió la elección y fue, de hecho, excluido de la dirección del Partido, asimismo para con el grupo de UNID, había cierto distanciamiento de URNG, y en esas circunstancias, tanto Pablo Monsanto, marginado de URNG, como Nineth Montenegro, máxima dirigente del moribundo FDNG se acercaron a UNID y le plantearon la integración de una nueva ANN, pues la primera había dejado de existir UNID aceptó con la condición de que esa coalición no se formaría para adversar a URNG y, el propio Secretario General de UNID, quien esto escribe, en la sede de URNG, en presencia de sus autoridades, incluyendo a la Secretaria General, Alba Estela Maldonado, más conocida por su nombre de batalla, “Compañera Lola”, explicó: que la nueva entidad no era hostil a URNG y propuso: a) que al estar inscrita la nueva ANN dialogaran para fusionarse en mejores condiciones; b) de no ser aceptada esa propuesta, que firmásemos un pacto de solidaridad, y, de no admitirse esa segunda propuesta; c) al menos concertásemos un pacto de no agresión.

Ninguna de ellas fue aceptada, en gran parte por las diferencias personales entre los Comandantes Rodrigo Asturias (q.e.p.d.) y Pablo Monsanto, pues infortunadamente, el líder guerrillero Ricardo Ramírez, máximo dirigente del EGP, propiciador de la unidad de las fuerzas revolucionarias, había fallecido. En la nueva ANN, su Secretario General, Alfonso Bauer Paiz, no estuvo de acuerdo con las prácticas hegemónicas de Monsanto ni con la decisión de la Comisión Política de ANN de llegar a entendidos con partidos políticos de derecha, habiéndolas mantenido con todos, salvo con el FRG, y llegado al grado de hacer alianza con Transparencia, una institución política dirigida por un personaje de derecha y corrupto.

Por ello y otras razones más, Bauer Paiz renunció de la Secretaría General y del Partido ANN, pero lo hizo en definitiva hasta un día después que ANN había sido inscrita en el Registro de Partidos, para no obstaculizar su inscripción y hacer posible que el Partido pudiese participar en el evento electoral que llevó a la Presidencia a Oscar Berger, a partir de marzo del 2004. En las dichas elecciones participó como candidato de URNG, Rodrigo Asturias, y obtuvo pocos sufragios.

Su partido sólo logró elegir dos diputados al Congreso y la ANN, tuvo mejor suerte, habiendo logrado seis, que se dividieron. A la fecha tres permanecen en ANN y dos de ellos, dirigidos por Nineth Montenegro, están organizando otro partido, Encuentro por Guatemala, que no se considera de izquierda sino simplemente democrático progresista.

Es muy doloroso reconocer la crisis por la que pasan las organizaciones políticas consideradas de izquierda. Siendo magnánimos, se les puede considerar de centro-izquierda, carentes del poder suficiente para que, al servicio de los sectores empobrecidos y explotados al máximo por los gobiernos de la oligarquía nacional y el dominio de la neo-colonización globalizadora del neo-liberalismo, sustrato- ideológico del neo-imperialismo, logren cambios positivos en la caótica y depravada situación política social que sufren las mayorías indígenas y los sectores asalariados del país. Por el contrario, se ha llegado al colmo de que algunos revolucionarios que lucharon con las armas en la mano por más de tres décadas para establecer en Guatemala una nueva sociedad socialista hayan llegado al extremo de ser conmlitones del General de Tierra Arrasada y otros, a entendidos subrepticios con los gobiernos de turno.

El autor de estos comentarios les hace un llamado sincero y vehemente a la dirigencia de tales partidos, para que rectifiquen su proceder, superen sus diferencias personales e ideológicas y traten de hacer realidad una entente patriótica de izquierda, que sea capaz, por lo menos, de hacer cumplir los Acuerdos de Paz.

De no ser posible esa concertación, la solución vendrá, pues, así como en los años veinte del siglo pasado, la juventud de entonces logró terminar con la ignominiosa tiranía de Estrada Cabrera y, en 1944, otra generación juvenil puso fin a la de Jorge Ubico, y abrió las puertas de la esperanza con el proceso democrático y popular de la Revolución del 20 de Octubre de 1944, los guatemaltecos podemos estar seguros que habrá otra nueva generación que emprenderá la ingente tarea de devolver al país su dignidad y crear las condiciones para el cambio radical, que devuelva a la patria su plena soberanía y que permita al pueblo establecer un sistema democrático que garantice la libertad, la igualdad, la seguridad y la justicia social.

BIBLIOGRAFÍA

Asociación de Investigaciones y Estudios Sociales (ASIES), Mas de 100 años del Movimiento Obrero Urbano en Guatemala, Tomo I, Artesanos y Obreros en el Período Liberal (1877-1944). Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1991.

Tomo II, El Protagonismo en la Construcción de la Democracia (1944-1954).
Tomo III, Reorganización, Auge y Desarticulación del Movimiento Sindical (1954-1982).

Bauer Paiz, Alfonso. Los Partidos de la Revolución del 20 de Octubre de 1944.

Bauer Paiz, A. Iván Carpio Alfaro, Memorias- Historia no Oficial de Guatemala. Guatemala: Ediciones Rusticatio, 1996.

Borja, Rodrigo. Enciclopedia de la Política. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

Cardoza y Aragón, Luis. La Revolución Guatemalteca. Guatemala: Editorial Pensativo, 1994.

FUR, Testimonio para la Historia, publicaciones de Propaganda y Relaciones Públicas del Frente Unido de la Revolución (FUR). Guatemala, 1977.

Gallardo Flores, Carlos. La Utopía de la Rosa. Guatemala: Tipografía Nacional, 2002.

López Larrave, Mario. Breve Historia del movimiento sindical guatemalteco. Guatemala: Editorial Universitaria, 1979.

Revista ECONOMÍA Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales. No. 121-122 (julio- diciembre, 1994).

Sichez Moreno, Gonzalo. Historia de los Partidos Políticos Guatemaltecos. Quezaltenango, Guatemala, 1999.

LA IZQUIERDA GUATEMALTECA: ESTADO ACTUAL, DESAFÍOS Y PERSPECTIVAS

Ricardo Rosales Román

Varias de las columnas publicadas los miércoles en lo que va de 2005 en el vespertino La Hora, las he dedicado a examinar la situación en Guatemala y América Central y en América Latina y el Caribe. En ese marco, me he referido a los problemas por los que atraviesa la izquierda en nuestro país y la encrucijada en que se encuentra en el momento actual.¹ En esta ocasión -luego de una muy breve introducción- intento actualizar lo ya abordado y, en consecuencia, referirme a las cuestiones siguientes: 1.- La situación en América Latina y el Caribe, su probable tendencia de desarrollo y perspectivas; 2.- Estado actual, desafíos y perspectivas de la izquierda en Guatemala; 3.- Algunas cuestiones cardinales de la teoría y práctica revolucionaria en el momento actual; y, 4.- A manera de conclusión general.

Introducción

No soy de los que opina o considere que “resulte sumamente difícil hablar sobre la situación de la izquierda” en Guatemala.² Esto supone crearse artificialmente dificultades en torno a una cuestión muy concreta de la teoría y práctica revolucionaria, podría llevar a eludir el análisis y sistematización de lo principal, dejar de poner el acento en lo fundamental, caer en divagaciones teóricas y doctrinarias o justificar un qué hacer que puede irlo distanciando a uno de la teoría y la real y verdadera práctica revolucionaria.

Tampoco se trata de iniciar la presente elaboración a partir de una definición de lo que es la izquierda. Se asume que la mayoría de a quienes interesa el tema, conocen los antecedentes de una definición por ubicación en el escenario

1 Diario La Hora, Guatemala 19 de enero, 2 y 9 de febrero, 30 de marzo, 13 y 20 de abril, 22 de junio, 31 de agosto, 14 y 28 de septiembre, 5, 19 y 26 de octubre, y 2 y 9 de noviembre.

2 Así lo plantea el Colectivo de Organizaciones Sociales, COS, en su revista digital contrapunto número 2, año 1, septiembre de 2005, artículo Izquierda. Crisis y retos, página 1.

de fuerzas políticas o por lo que es el objetivo estratégico que la izquierda se propone alcanzar en un período concreto de la lucha revolucionaria y popular para luego avanzar y profundizar el proceso revolucionario de acuerdo a las cuestiones a resolver y los pasos necesarios a dar para alcanzarlo. De la misma manera, no se trata de distraer la atención en cuanto a dirimir y resolver, teóricamente, si la izquierda existe o no existe, si ha dejado de tener razón de ser o es una categoría histórica propia de un pasado superado (y ante lo que los ideólogos de nuevo cuño y exegetas plantean que lo que procede es la sustitución del denominado análisis tradicional y la ortodoxia), a partir de una negación simplista y esquemática que trata de actualizar la elaboración teórica y práctica revolucionaria con base a unas inexistentes y supuestas exigencias propias de una época en que se insiste en decir que culmina y se inicia, a la vez, con el llamado fin de la historia y de las ideologías. Para el caso de Guatemala, la izquierda mantiene su vigencia, no es algo del pasado y está llamada a jugar el papel de fuerza revolucionaria y transformadora de las agotadas y atrasadas estructuras económicas, políticas, sociales, morales, culturales e institucionales en que se asienta el sistema de explotación, opresión, dependencia, discriminación, racismo y exclusión social. Lo que no se puede negar ni ignorar es que la izquierda en Guatemala atraviesa por un momento propio del reflujo de la lucha revolucionaria y popular y que es -en gran medida- responsabilidad de la izquierda y de nadie más que de ella. Éste es un aspecto medular que hay que analizar crítica y autocriticamente si es que en realidad se quiere salir exitosamente del letargo teórico y práctico, la falta de militancia organizada en que ha caído la izquierda institucionalizada³ y sus casi inexistentes o muy limitados vínculos e influencia y ascendencia en el movimiento social.⁴

3 Entiendo y caracterizo como izquierda institucionalizada tanto al partido Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, URNG, como a la Alianza Nueva Nación, ANN. El Encuentro por Guatemala, EPG, es un agrupamiento en formación que hasta donde tengo conocimiento resulta impreciso poderlo situar como una fuerza de izquierda ya que, aunque se considera como expresión de la tercera vía en el país, todo indica que es más exacto situarle como fuerza de centro derecha.

4 A partir de aquí cuando me refiera al movimiento social ha de entenderse que abarca e incluye al movimiento indígena, campesino, sindical y popular. Considero, igualmente, que los obreros asalariados agrícolas (indígenas y no indígenas) constituyen una importante reserva de la revolución guatemalteca en las condiciones actuales del país y su probable perspectiva y que para que el movimiento sindical se fortalezca, desarrolle y avance tiene que ampliar sus fuerzas organizando e incorporando a sus filas a los trabajadores de la industria, el comercio y los servicios, la maquila y de quienes se dedican a la economía informal. Mucho hay que hacer en dirección de la incorporación al movimiento social de los más amplios sectores de la juventud y los estudiantes, las mujeres y los adultos mayores.

1.- Situación en América Latina y el Caribe, su probable tendencia de desenvolvimiento, desarrollo y perspectivas

Hace 15 años se derrumbó el Muro de Berlín. En 2006 se cumplirán tres lustros de la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS y, con ello, la desaparición del campo socialista en Europa del Este y en Mongolia. Este punto de inflexión marca el predominio y hegemonía estadounidense en el mundo entero, el comienzo de un mundo unipolar y el momento de mayor auge de la globalización neoliberal. Es el momento en que los ideólogos del capitalismo proclaman el fin de la Guerra Fría. El mapa de poder y dominación que se configura en Latinoamérica y el Caribe a partir de entonces, se asienta en una correlación de fuerzas favorable a los sucesivos gobiernos del país más poderoso de la Tierra. Es este el momento propicio para que el entonces presidente Bill Clinton lance el proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA. Sin embargo, se estaba muy lejos de advertir que empezaba una etapa de nuevos y mayores problemas para el capitalismo en su etapa imperialista de ascenso de la globalización neoliberal y agudización de las contradicciones entre los países desarrollados y entre éstos y los países del Tercer Mundo. Es a partir de 1998 que la situación en el continente empezaría a cambiar, particularmente en los países del Sur y, más concretamente, con la llegada al gobierno de Venezuela del electo presidente Hugo Chávez Frías.⁵

Tengo en cuenta que la situación cualitativamente nueva que se crea en Cuba a partir de enero de 1959, es el referente político, social e institucional más significativo e importante y, como tal, es de lo más sensible la influencia que llega a tener en las luchas revolucionarias y populares que tienen lugar en distintos países de Latinoamérica a todo lo largo de los 40 últimos años del siglo pasado y que, con sus avances y reveses, ponen de manifiesto el potencial revolucionario

5 El presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez Frías nació en julio de 1954 en Sabaneta, estado de Barinas. A los 38 años de edad, el 4 de febrero de 1992, encabezó el golpe de Estado que contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez fracasó. Estuvo en prisión más de dos años. “Por ahora, nos rendimos”, dijo en aquella ocasión. Al tomar posesión de la presidencia, cargo para el que fue electo en 1998 con más del 56 por ciento de la votación, juró sobre “la moribunda Constitución” de la Cuarta República. El 11 de abril de 2004 tuvo que hacerle frente a un golpe de Estado encabezado por “la banda” del empresario Pedro Carmona y un grupo de militares que fracasó. Estuvo confinado en varias instalaciones militares hasta el día 14. Regresó al Palacio de Miraflores la madrugada del 15, iniciándose así la fase definitiva de la reducción a su mínima expresión de la oposición chavista. Se enfrentó exitosamente, además, a un paro empresarial. Tiene en su haber nueve elecciones ganadas, incluyendo el referendo de agosto de 2004 que le garantizó su continuidad al frente del gobierno. (Datos tomados del despacho enviado desde Caracas por José Vales, publicado en El Universal, dominical, México, 20 de noviembre de 2005).

que tendrá en estos cinco primeros años del presente siglo y que, por un lado, tienden a configurar una nueva correlación de fuerzas favorable a las luchas de los pueblos y países del continente y, por el otro, el aislamiento, desprestigio y cuestionamiento cada vez más generalizado y multitudinario a la política neoliberal y la globalización. En la medida en que avanzan, se afianzan y consolidan las conquistas en Cuba socialista su prestigio y respeto en América Latina y el Caribe y en el mundo entero crece y se multiplica. Además del descrédito, desgaste y altos niveles de rechazo de la administración del presidente Bush en su propio país como consecuencia de sus políticas erráticas en lo económico, social e institucional y su no menos cuestionada guerra contra el terrorismo internacional, su situación tiende a complicársele en otras partes y regiones del mundo.⁶

Esto es lo que caracteriza a las relaciones y contradicciones que tiene en Europa, en particular con Alemania y Francia; lo mantiene en un total aislamiento y al borde del fracaso en su política de guerra de conquista y ocupación que libra en Irak y Afganistán; es la situación de marcada desventaja en que está en sus relaciones comerciales con la República Popular China; no son pocos tampoco los tropiezos a los que tiene que hacer frente en su propósito injerencista por resolver el conflicto cada vez más complicado e irresuelto entre el pueblo palestino y el gobierno israelí. Los últimos 40 años del siglo XX en Latinoamérica y el Caribe son años en que así como se acentúa el predominio de la dominación imperialista, así también la mayoría de países son gobernados por regímenes militares represivos y terroristas o mandatarios civiles al servicio de los grandes empresarios locales y las transnacionales estadounidenses, pero igualmente las fuerzas populares y progresistas, revolucionarias y democráticas, ni son derrotadas ni doblegadas, persisten en sus luchas y conforme van pasando los años empiezan a reponerse de los golpes y reveses recibidos.

6 Los siguientes datos y referencias contribuyen a darle una mayor fundamentación a lo expuesto. Alfredo Jalife Rahme, en su columna Bajo la Lupa, publicada en el diario mexicano LaJornada del miércoles 23 de noviembre en curso, hace referencia a la evidente “decadencia y vulnerabilidad militar del poderío estadounidense, paradójicamente su principal fortaleza”. Trae a cuenta que “Tom Raun aduce que los ‘descalabros domésticos de Bush pueden dañar su papel en el escenario mundial (CNNNews, 13 de noviembre de 2005)”. Asegura que “la vertiginosa decadencia de la otrora superpotencia unipolar... se acentuó todavía más en Argentina (Cuarta Cumbre de las Américas) y se profundizó en Sudcorea (Cumbre de la irrelevante APEC)”. Se refiere, además, a que “las encuestas en la región muestran que en Latinoamérica ricos y pobres son profundamente críticos del liderazgo de EU y rechazan fervientemente las políticas estadounidenses en el hemisferio y en el mundo. En forma aplastante, exhiben antipatía por el presidente Bush. (Los Ángeles Times, 13 de noviembre de 2005)”. Destaca, por último, que el presidente Bush “se encuentra a punto de ser defenestrado por la gran revuelta democrática de la opinión pública y del Congreso (demócratas y republicanos por igual, con la notable excepción de los aislados fundamentalistas cristianos sionistas)”

Al ascenso y predominio de la dominación y dependencia imperialista impuesta por la fuerza de la represión contrainsurgente y el terrorismo de Estado, se agrega toda una estrategia global encaminada a liberalizar el comercio entre los países y las regiones en interés de las transnacionales, el debilitamiento y adelgazamiento de los Estados nacionales, una desenfrenada política de privatización de los bienes y servicios a su cargo, proyectos energéticos y de infraestructura en interés y al servicio del gran capital estadounidense y, además, una concertada política multinacional de seguridad como parte de la seguridad interior de Estados Unidos.

La modernización y reubicación de los ejércitos no se proyecta y concibe en interés de sus propios países sino en interés y al servicio del Pentágono y su inteligencia, información y seguridad. En lo comercial ése es el papel que se le asigna al Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA, y a los Tratados de Libre Comercio entre los países y regiones del continente y al Plan Puebla Panamá, PPP.

En materia de seguridad, los planes de la administración republicana de Estados Unidos pasan por la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte, ASPAN, que así como incluye el combate al tráfico de estupefacientes y contra el terrorismo internacional, abarca un área de operaciones que incluye la parte continental de Estados Unidos, su espacio aéreo y marítimo hasta por una extensión de 500 millas náuticas, Alaska, Canadá, México, Puerto Rico y las Islas Vírgenes.

Pero, como se dice más arriba, la situación para el imperialismo estadounidense no le es del todo favorable en el continente y el Caribe; tampoco le está dando mayores resultados su guerra contra el terrorismo internacional, el combate al tráfico de drogas y estupefacientes y al crimen organizado. Los amos de la droga parecen intocables y cada vez resulta más difícil golpearlos en sus cerradas y compartimentadas estructuras, rutas de origen, tránsito, trasiego y destino final para el consumo interno. El crimen organizado es un poder supranacional que desestabiliza países y regiones con un amplio margen de impunidad y operatividad. Los planes estadounidenses de lucha contra el terrorismo internacional para el continente y el Caribe dependen de sus propias prioridades en materia de seguridad interna. Para los estrategas del Pentágono no tiene mayor relevancia la seguridad interna de los demás países: su periferia es su escudo protector.

Ante enemigos invisibles y la ineficacia de la política gubernamental estadounidense por coordinar su combate en escala regional y continental, en lo que no cesa y deja de persistir con tozudez y en forma enfermiza -pero que cada vez le fracasa más- es en comprometer a un número cada vez mayor de gobiernos en el endurecimiento del bloqueo económico y político a Cuba socialista y su empeño por aislar a la República Bolivariana de Venezuela, desprestigiar y cuestionar sus conquistas y logros revolucionarios y progresistas y, llegado el momento, invadirla y derrocar al presidente Chávez. Nuevos países empiezan a salir de su área de influencia y sucesivamente pueden ser otros más los que se sumen a la lucha por su independencia, soberanía y autodeterminación y que en la medida que se amplíe y avance en este esfuerzo será cada vez más firme la conciencia antiimperialista de los pueblos y países de Nuestra América. Tal es, en consecuencia, la más probable perspectiva y tendencia de desarrollo y desenvolvimiento que habrá de tener la lucha de los pueblos de Latinoamérica y el Caribe.

La nueva situación que empieza a darse en América Latina y el Caribe con la elección del presidente Chávez en 1998, marca -a su vez- el final de gobiernos neoliberales a ultranza del tipo del de Carlos Menen, Alberto Fujimori, Gonzalo Sánchez de Losada. Ya antes se había dado el derrumbe de los gobiernos castrenses como el de Pinochet en Chile, las dictaduras militares en Argentina, Uruguay y Paraguay, sin dejar de anotar lo sucedido en Centro América. Según Blanche Petrich, “revueltas populares derrocaron a gobiernos neoliberales en Bolivia, Ecuador y Argentina. Procesos electorales inclinaron el destino de sus países hacia la izquierda (Venezuela) o centro izquierda (Argentina, Brasil, Uruguay). Cuba, en el Caribe, pudo ampliar sus relaciones. Y en Caracas se define el liderazgo de Hugo Chávez, como permanente desafío a Estados Unidos”.⁷ En lo que se refiere a Guatemala, a partir de enero de 1986 se instauran gobiernos civiles electos poniéndose fin al período de gobiernos militares de fuerza iniciado en julio de 1954.

En consecuencia, todo indica y apunta en dirección de que en Latinoamérica y el Caribe se están creando condiciones favorables que hacen posible el ascenso al poder político de nuevas y renovadas fuerzas a través de los procesos electorales

7 LaJornada, México, DF., miércoles 16 de noviembre de 2005, página 18.

en marcha.⁸ Éste es uno de los hechos nuevos que se están dando en el continente a lo que hay que agregar que tienen lugar en el marco de la institucionalidad vigente, subrayo, en el marco de la institucionalidad vigente.

Política y electoralmente el centro es el punto de indefinición ideológica y política por excelencia; es el llamado “punto de equilibrio”, lo “neutral” y que es hacia el que se mueven quienes niegan a reconocerse y declararse de derecha, los renegados de izquierda o quienes por conveniencia electoral optan por presentarse como “moderados” tanto para atraer al electorado indeciso como para no asustar a la derecha. De lo anterior resulta que en el juego electoral, respecto a la izquierda, podría muy bien hablarse con cierta propiedad de la existencia de una izquierda marginal, una izquierda posible y una izquierda necesaria.

A lo que en México le llaman la izquierda posible, es a lo que le atribuyo y me explica los triunfos electorales en Brasil, Argentina y Uruguay, por ejemplo. Es lo que podría suceder en México con Andrés Manuel López Obrador, si llegara a triunfar en las elecciones de julio de 2006 como resultado de la alianza “Por el bien de todos, primero los pobres”, concertada entre el Partido de la Revolución Democrática, PRD, el Partido del Trabajo, PT, y Convergencia, y si es que no se ata a compromisos con sectores del empresariado que lo podrían obligar a guardar distancia de la izquierda histórica al interior del PRD y de las corrientes de izquierda que exitosamente se están abriendo paso en países del sur del continente como Brasil, Argentina, Uruguay, Venezuela y Bolivia. Según mi punto de vista, la izquierda necesaria en México la encarna el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, EZLN. En Bolivia, la izquierda electoral, social y popular constituye la expresión de la izquierda necesaria y tiene en el Movimiento al Socialismo, MAS, liderado por Evo Morales, el instrumento electoral que -de acuerdo a los resultados que llegó a obtener en las elecciones del 18 diciembre-, desde ya puede caracterizarse como lo más avanzado en el escenario político latinoamericano, sólo superado por lo que principia a acontecer en la República Bolivariana de

8 En Honduras se celebraron elecciones generales el pasado 30 de noviembre. Podría decirse que nada pasó. El partido Liberal de oposición habrá de suceder al gubernamental partido Nacional, ambos de carácter conservador y reaccionario, además de ser los partidos que tradicionalmente se han disputado el poder. El 3, el 11 y el 18 de diciembre, tuvieron lugar elecciones en Venezuela, Chile y Bolivia. Cada uno de estos procesos requiere un análisis por separado. En Costa Rica habrán elecciones el 5 de febrero. Después de cuatro posposiciones en Haití se tiene previsto que haya elecciones el martes 7 de enero. En Perú, el 9 de abril; en Colombia, el 28 de mayo; en México, el 2 de julio; en Brasil y Ecuador, el 1 y 5 de octubre; y, en Nicaragua, el 5 de noviembre. Para diciembre habrán elecciones generales en Venezuela.

Venezuela a partir de las elecciones de 1998 y lo logrado por la Revolución Cubana después de 46 años en el poder. Las “revueltas populares” a las que se refiere Blanche Petrich, van más allá de las fuerzas que pudieran integrar la izquierda posible e incluiría a más sectores y fuerzas de la izquierda necesaria.

Habría países en donde la izquierda posible se encamine hacia posiciones cada vez más definidas y avanzadas, pero no hay que descartar tampoco que en algunos casos tienda a una moderación más acentuada.

De llegar a gobernar a través de la vía electoral, la izquierda posible estará siempre ante dos caminos. El primero es constituirse en protagonista de un proceso de cambios de fondo que son necesarios llevar adelante en el continente y el Caribe, y que por el respaldo y aceptación popular que llegue a alcanzar asegure que el proceso revolucionario avance y se profundice cada vez más de acuerdo a las contradicciones principales a resolver y la situación y condiciones muy concretas y específicas de cada país y del momento y la correlación internacional de fuerzas.

Podría estar también ante la disyuntiva de tener que ceder a cuestiones fundamentales y propias de su proyecto, lo que la llevaría a estar más próxima a coincidir con gobiernos como los de Centro América y Panamá, que junto a los de Chile, Colombia, Perú y México son de centro izquierda, de centro derecha o de derecha y, en unos casos más que en otros, defensores de los intereses del empresariado y el gran capital en sus respectivos países, seguidores de las políticas neoliberales y la globalización e incondicionales aliados del gobierno de Estados Unidos, las grandes transnacionales estadounidenses, el Banco Mundial, BM, el Fondo Monetario Internacional, FMI, y el Banco Interamericano de Desarrollo, BID.

Para examinar la situación en Paraguay habría que contar con más elementos. Es positivo, por ejemplo, que forme parte del MERCOSUR, pero resulta un contrasentido que su gobierno acepte la instalación de bases militares estadounidenses en su territorio poniendo con ello en peligro la paz en sus fronteras. Lo que viene aconteciendo en Ecuador hay que prestarle la mayor atención posible y darle seguimiento como consecuencia de la importancia cada vez mayor que tiene la lucha y movilización social y popular. En Chile, es cierto, gobierna una coalición moderada de centro izquierda con la participación de socialistas, radicales, lo más conservador de la Democracia Cristiana y los

socialdemócratas de derecha. Es la típica conformación de fuerzas moderadas y conservadoras, partidarias de las políticas neoliberales y la economía de libre mercado. En El Salvador y Nicaragua es posible encontrar elementos suficientes para caracterizar a sus expresiones de izquierda en el marco de la izquierda necesaria aunque no hay que descartar que en un momento determinado devengan en una izquierda posible con el propósito de ampliar su influencia y apoyo entre sectores cada vez más amplios de la población. No pasa lo mismo en el caso de Honduras y Costa Rica en donde la izquierda como tal o no existe o es algo menos que una expresión marginal.

En el caso de Guatemala la izquierda institucionalizada constituye una izquierda marginal y, como tal, para sobrevivir electoramente manobra a nivel de sus respectivas direcciones para desembocar en lo que podría llegar a ser una izquierda posible pero que, por el carácter de las fuerzas a las que intenta acercarse,⁹ corre el riesgo de desdibujar mucho más su perfil e identidad ideológica y política, que poco a poco ha ido perdiendo, y que es lo que está en el fondo de las contradicciones que empezaron a agudizarse después de las elecciones generales de 1999 y culminaron con la escisión al interior de URNG. Posteriormente a la derrota electoral que sufriera la candidatura presidencial durante las elecciones generales de 2003 y la reducción de su bancada de diputados a sólo dos, URNG cayó en una especie de letargo ideológico, político y organizativo del que le está costando mucho reponerse. No es este el caso de la izquierda social y popular. A ambas cuestiones voy a referirme enseguida.

2.- Estado actual, desafíos y perspectivas de la izquierda guatemalteca

En política se requiere de mucha inteligencia, creatividad, imaginación y, a la vez, firmeza. No se trata de improvisar, maniobrar para “ver qué sale” o de conjeturar. Lo que cuenta es lo concreto, lo objetivo, lo sustancial, los hechos, la realidad y condiciones concretas y específicas en un momento dado así como la correlación de fuerzas a lo interno y en lo internacional.

9 Después de la Asamblea Nacional de la Alianza Nueva Nación, ANN, celebrada el domingo 27 de noviembre de 2005, es ya de conocimiento público que esa formación política, en acercamientos y encuentros que se han tenido con la Democracia Cristiana Guatemalteca, DCG, y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, URNG, se plantean “la formación de un frente de centro izquierda” en la que podría participar también la Unidad Nacional de la Esperanza (UNE). En opinión de Vinicio Cerezo, dirigente principal de la DCG, se trata de construir “un acuerdo programático de cara a las próximas elecciones generales”. Para Héctor Nuila, secretario general de la URNG, “la intención es crear una “alternativa a los gobiernos neoliberales que han gobernado al país”. Siglo Veintiuno, Guatemala, lunes 28 de noviembre de 2005.

Tampoco cuentan las “buenas intenciones”. Lo que cuentan son los resultados. Los maniobreros y oportunistas, así como los acomodaticios e indefinidos de siempre, desvirtúan el qué hacer político en lo teórico y práctico. Son ellos los que desprestigian el qué hacer político y son los principales responsables de que la política se menosprecie y sea vista con recelo o repudio por la población.

Hay también quienes son de la opinión que el político “exitoso” es aquél que “tiene cintura”. Es decir, que sabe moverse en todos los escenarios posibles y cuyo discurso lo hace pensando en lo que su auditorio quiere que le diga. Se trata de quedar bien con todos y no indisponerse con ninguno. Esto es lo que en general configura la forma de hacer política y el qué hacer de algunos dirigentes de “izquierda” y de los partidos tradicionales en Guatemala.

Después de los gobiernos militares de fuerza impuestos a partir de la intervención norteamericana al país en 1954, van a ser ya 20 años de gobiernos civiles en los que se ha producido una sucesiva y cada vez más acentuada corrupción de la política y de los partidos tradicionales y que por su prolongación en el tiempo significa y supone que el sistema político y de partidos en el país padezca de una aguda y grave crisis en fase terminal. Ésta es sólo una parte del problema general que afecta a la institucionalidad y gobernabilidad en el país. Esto por un lado. Por el otro, es falso de toda falsedad que en el país haya un proceso de democratización y apertura política en tanto que son los partidos tradicionales los que participan de esa llamada apertura política y democratización y a cuyo juego se ha prestado la izquierda institucionalizada sin marcar la diferencia y conservar su independencia e identidad. Ni la institucionalidad y gobernabilidad del país ni el sistema político y de partidos se puede cambiar y transformar en tanto sean instrumento y parte del proceso de dominación imperialista imperante en la región centroamericana en general y, en particular, en nuestro país.

Se trata, entonces, de luchar a favor de una reforma a fondo del sistema político y de partidos que necesariamente tiene que pasar por una forma distinta de hacer política, lo que significa la constitución, emergencia e institucionalización de una nueva fuerza política no electorera sino un instrumento de movilización, organización y unidad social y popular y de relación entre el poder público y la población y protagonista comprometido y en condiciones de llevar a cabo los cambios de fondo del sistema hasta ahora imperante.

“En América Latina, dice Roberto Regalado Álvarez -miembro del Partido Comunista de Cuba- no se produjo -ni se está produciendo- un proceso de democratización, ni una apertura de espacios a la reforma progresista del capitalismo, sino la imposición de un nuevo concepto de democracia, la democracia neoliberal, capaz de ‘tolerar’ a gobiernos de izquierda, siempre que se comprometan a gobernar con políticas de derecha”.¹⁰

Para el caso de nuestro país, luego de la firma del Acuerdo de Paz Firme y Duradera en diciembre de 1996, históricamente se creaban las condiciones favorables para que URNG pasara a constituirse en la expresión política organizada de las fuerzas populares y progresistas del país e instrumento para la lucha, movilización, organización y unidad del movimiento social.

Si se hubiera tenido más en cuenta el contenido y objetivos del documento marco para la definición, ideología, principios fundamentales, objetivo a alcanzar, constitución, organización y funcionamiento de URNG como partido político¹¹ y la estrategia internamente elaborada para la legalización e inscripción del partido,¹² no se hubiera incurrido en errores de concepción en lo organizativo, en el proceso de adhesión, en el carácter de la afiliación y la pertenencia al partido, así como en el sectarismo y exclusión en que se cayó y que -más temprano que tarde- habría de hacer crisis en los órganos de dirección nacional, departamentales y municipales como consecuencia de la reproducción de los problemas internos propios del período de la guerra y lucha clandestina y que no llegaron a superarse en el curso de la construcción, legalización e inscripción del partido, tienden a acentuarse en el curso de los dos procesos electorales en que se ha participado (1999 y 2003) y persisten hasta ahora con el riesgo de agravarse aún más a causa de la ausencia absoluta de democracia interna, falta de discusión y debate a todos los niveles del partido y carencia total de un programa de formación, educación y capacitación ideológica y política así como también la escasa o casi nula participación de las bases partidarias en la toma de decisiones.

10 Reforma o Revolución. La izquierda latinoamericana hoy. Ponencia presentada el 4 de diciembre de 2005 en la Conferencia de Estudios Americanos organizado por el Centro de Estudios sobre América, La Habana, Cuba. Este documento va a ser publicado en el próximo número de la revista Cuadernos de Nuestra América, del Centro de Estudios sobre América, CEA, de Cuba. En la versión electrónica de 11 páginas de que dispongo, la cita transcrita se encuentra en la página 10, párrafo 2.

11 URNG: el partido político que Guatemala necesita. Guatemala, 21 de marzo de 1997. Folleto impreso en ciudad de Guatemala. Edición en 26 páginas.

12 Elementos fundamentales de la estrategia organizativa y criterios para la constitución e inscripción del Partido Político URNG. Elaboración encargada a Carlos Gonzáles por el Grupo Promotor para la Formación del Partido URNG y aprobado en septiembre de 1997. Edición de fecha 30 de octubre de 1997, en 19 páginas.

Aunque formalmente se acordó la disolución de las cuatro organizaciones político militares integrantes de URNG, en la práctica, ORPA, FAR y EGP no procedieron así y, posteriormente al fallecimiento del comandante Rolando Morán, cada una trató de imponer sus propias concepciones, prácticas, métodos y estilos de trabajo y dirección. No es extraño, entonces, que en el Comité Ejecutivo Nacional, CEN, cuando el partido se legalizó e inscribió, hubiera una cierta resistencia --no expresada abiertamente-- a reconocer la existencia de corrientes y tendencias al interior del partido y en sus órganos de dirección.

El PGT fue consecuente con el acuerdo de disolución adoptado y si algún error cometió durante el proceso de legalización e inscripción del partido fue el de no insistir con más vehemencia y luchar con más energía y firmeza porque se creara un clima de respeto hacia cada una de las opiniones, corrientes y tendencias y que fueran los aspectos fundamentales de coincidencia y acuerdo los que sirvieran de base para forjar la unidad y cohesión interna del partido. Se trataba, en todo caso, de construir el partido único de la revolución guatemalteca no como expresión de las cuatro organizaciones integrantes de URNG sino de los más amplios sectores de las fuerzas sociales y populares comprometidas con la lucha por los cambios de fondo que el país necesita y, en lo fundamental, contra las causas que están en la raíz del sistema y cuyas consecuencias se expresan en los males sociales y desajustes que afectan a la sociedad en su conjunto.

En todo lo anterior influyó y pesó mucho la conformación del primer Comité Ejecutivo Nacional de URNG en tanto que favoreció y fue parte del proceso de afianzamiento de unas posiciones y la marginación de otras. También tiene que ver que, aunque se haya constituido su Consejo Político Nacional, CPN, en tanto órgano consultivo del partido, éste no haya llegado a funcionar y que esta irregularidad se mantenga hasta ahora.¹³

Quizás sean estos errores de origen y visiones esquemáticas y de concepción no resueltas, en donde reside la fuente principal de los problemas que llegaron a escindir las filas de URNG y que sea l que en el momento actual

13 Corresponde a los integrantes del CPN estudiar, analizar e intercambiar opiniones sobre la situación política, económica, social y cultural del país e internacional y la organización del Instituto para el Análisis, Estudio e Investigación, IAEI, de la realidad nacional y su entorno regional, latinoamericano y mundial, además del conocimiento, estudio, análisis y dictámen de los asuntos para el que haya sido convocado y proponer al CEN los mecanismos de viabilidad, adecuación y ejecutorias de los planes e iniciativas de trabajo de proyección e importancia nacional, regional y/o departamental. Artículo 46, incisos 1), 2) y 3) del Proyecto de Estatutos del Partido URNG, en formación.

afecta a la izquierda institucionalizada en general y a cada una de sus expresiones organizadas en particular.

Puede decirse que hasta las elecciones generales de 1999 los problemas al interior de URNG permanecían en estado larvado. Éstos se hacen patentes y tienden a agravarse no como consecuencia de los resultados alcanzados en esas elecciones --que, en general, fueron exitosos-- sino por el surgimiento de protagonismos personales, procesos de exclusión y descalificación, no tener en cuenta las opiniones de todos, ignorar los cuestionamientos fundamentados que ya se hacían en relación a métodos de dirección y conducción y la resistencia a desarrollar y enriquecer los principios ideológicos y políticos adoptados y el estricto cumplimiento de las normas estatutarias. De ahí que no sea extraño que en marzo de 2001 surja la “Corriente Revolucionaria” en el seno de URNG con el propósito de corregir los errores de organización y práctica política (alrededor de algunos de los planteamientos principales de ORPA, el apoyo del EGP y de uno o dos miembros del PGT en el CEN) a la que esa mayoría tácitamente concertada estaba orillando al partido y logró el aislamiento y marginación de las FAR.

Es posible que esto no se haya visto así en aquél momento. Sin embargo, lo anterior se confirmó durante la celebración del Primer Congreso del Partido y su Segunda Asamblea Nacional, la composición y constitución del CEN y la elección de la secretaría general. Es en el curso de la Segunda Asamblea Nacional de URNG, luego de la elección del Comité Ejecutivo Nacional y de su secretaria general, que se produce la escisión en el partido. Quien hasta antes de esa Asamblea venía fungiendo como secretario general del CEN abandona posteriormente las filas de URNG, decisión en que le acompaña una mayoría de los afiliados que durante la guerra pertenecieron a FAR y algunos de sus simpatizantes, luego de intentar infructuosamente de conformar una “dirección paralela”.

Los movimientos fraccionalistas, en unos casos, se dan como resultado de discrepancias de carácter ideológico, político y de organización y, en otros, por desavenencias o desacuerdos acerca de la práctica y labor diaria o por errores reales o supuestos que se señala en que se ha incurrido. Se dan, también, como resultado de protagonismos personalistas, arribismo y oportunismo. Lo que sucedió en URNG, a partir de la culminación de su Segunda Asamblea Nacional, hay que verlo a la luz de hechos posteriores y que empiezan a darse con la incorporación a la ANN de Pablo Monsanto y, enseguida, su ascenso a la dirección principal de la organización a la que se afilia a costa del desplazamiento de Nineth Montenegro,

quien lo venía ocupando y que, a su vez, se separa de la organización para pasar a constituir un nuevo reagrupamiento que ni por asomo puede caracterizarse como de izquierda.

Lo que hay que tener muy claro y no debe dar lugar a equivocasiones y tendenciosas interpretaciones es que durante el proceso de organización, legalización e inscripción del partido, en ningún momento se planteó o insinuó la posibilidad de que se tratara de hacer de URNG un partido revolucionario de nuevo tipo y, más aún, que llegara a constituirse en un partido marxista leninista como expresión de la clase obrera en el país. De esto era de lo que más se cuidaban los dirigentes de ORPA y veían con recelo y desconfianza. Para el EGP, las FAR o el PGT estaba claro que no era ese el camino a seguir y que, por lo demás, no aparecía por ningún lado en los documentos que en aquél momento se estaban elaborando y discutiendo. Lo que sí es cierto es que el proyecto de Estatutos aprobado fue un acuerdo de compromiso y como tal corría el riesgo de llegar a constituirse en letra muerta como en efecto sucedió.¹⁴

En el proyecto de Estatutos aprobado se define con claridad y precisión todo lo referente a la naturaleza, fines y principios, fundamentos ideológicos, postulados económicos, políticos, sociales y culturales y las relaciones internacionales del partido. Su objetivo -se dice en el proyecto- es acceder al poder político, dentro del marco de la ley, para realizar un gobierno cuyo programa sea de beneficio para todos los sectores económico-sociales del país, pero, fundamentalmente, de los sectores mayoritarios más necesitados. Al igual que sus postulados, los fines y principios y las relaciones internacionales del partido corresponden a las de un partido revolucionario, democrático, progresista, incluyente y de amplia base y participación social y popular. Los Estatutos aprobados -en mi opinión- permitían y hacían posible crear el instrumento organizado de lucha llamado a jugar su papel de fuerza revolucionaria, democrática y progresista capaz de organizar, movilizar y unir a los más amplios sectores de la sociedad con un objetivo bien definido: luchar a favor de los cambios de fondo que el país necesita y que sólo se puede lograr si se tiene claro lo referente a la toma del poder político a través de la vía institucional, estrechar en forma orgánica e institucional las relaciones con el movimiento social, acumular fuerzas, desarrollarse y crecer, tener suficiente ascendencia, prestigio, influencia y autoridad entre los más amplios sectores de la población del campo y la ciudad y, en tales condiciones, constituirse en alternativa

14 El Proyecto de Estatutos del Partido Político Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, URNG, en formación, fue aprobado por el Comité Pro Formación del Partido en noviembre de 1997 y su edición consta en un folleto impreso en 47 páginas.

al poder reaccionario, conservador, oligárquico, empresarial y proimperialista, neoliberal, excluyente, racista y discriminador.

Son muchos los riesgos que supone participar como fuerza política en el marco de un sistema como el descrito. La situación se complica aún más si esa fuerza política a organizarse, legalizarse e inscribirse no logra superar los problemas heredados de un pasado de guerra y lucha clandestina durante el que las relaciones orgánicas con el movimiento social son relaciones orgánicas verticalistas y de ordeno y mando. Esto, por supuesto, no es sólo un problema de las fuerzas político militares y del PGT en la clandestinidad. El movimiento social, en el caso del país, también arrastra problemas propios del período de la represión contrainsurgente y el terrorismo de Estado.

En aquél período, de hecho, se da un distanciamiento tanto por parte de las fuerzas político militares y la organización de los comunistas guatemaltecos en la clandestinidad y el movimiento social como por el movimiento social de las fuerzas político militares y el destacamento de la clase obrera en la clandestinidad en tanto que el movimiento social trata de salvaguardarse de la represión contrainsurgente y el terrorismo de Estado. Esta situación tiende a acentuarse y se hace más evidente cuando ya se había avanzado bastante en el proceso de negociación para la búsqueda de una solución política al enfrentamiento armado interno en tanto que el movimiento social se siente marginado y no son pocos los sectores que cuestionan y ponen en duda la validez y legitimidad de las negociaciones.

Durante el proceso de organización, legalización e inscripción de URNG como partido político, estos vínculos tendieron a debilitarse aún más y puede decirse que URNG no los reestructuró ni reconstruyó y fue cada vez más marcado su distanciamiento del movimiento social que, por su parte, no encontró en URNG el partido que satisficiera sus expectativas. En esto hay que tener en cuenta algunos antecedentes aplicables a la realidad de nuestro país.

En efecto, el movimiento social se estructuró y sobrevivió a la represión contrainsurgente y el terrorismo de Estado de las dictaduras militares en tanto que fue “por una parte -como dice el político cubano ya mencionado-, como refugio de dirigentes y activistas de izquierda desencantados con sus experiencias políticas, o frustrados por la imposibilidad de hacer cambios estructurales y, por otra, como medio de incorporación, formación y organización de las jóvenes generaciones de luchadores.”¹⁵

15 Regalado Álvarez, trabajo ya citado, página 7, párrafo 2 en edición en 11 páginas.

En el caso de Guatemala el movimiento social no se ha renovado, persiste en sus prácticas propias del pasado, prioriza la lucha sectorial y sólo coyunturalmente encuentra puntos de coincidencia que no desembocan en una unidad estratégica, amplia y representativa. Lo más significativo e importante en el momento actual es la estructuración del movimiento indígena, campesino, sindical y popular que, en la medida que se desarrolle, fortalezca y amplíe, tiene en perspectiva llegar a constituirse en lo más avanzado y organizado del movimiento social asumiendo que -de por sí- es un reagrupamiento de carácter progresista que podría contribuir -por su lucha y movilización, desarrollo y fortalecimiento, amplitud y unidad, representatividad e identidad- a crear las condiciones que hagan posible la superación de prácticas y limitaciones del pasado. En opinión de Regalado Álvarez, además, “los movimientos populares” fueron los que “lograron abrir ciertos espacios de lucha, mientras los partidos y los movimientos de izquierda todavía estaban sometidos a una represión que, en muchos casos, provocó su desarticulación”.¹⁶ Esto, por cierto, no llegó a ocurrir en nuestro país a lo largo de la lucha armada, pero, podría ser lo que le llegara a suceder a la izquierda institucionalizada, por un lado, si URNG y la ANN pierden su registro electoral y, por el otro, si como resultado de su oportunismo electorero terminan comprometiéndose en sospechosas alianzas dejando de ser, política, ideológica y electoralmente, lo que originalmente se pensó que llegarían a representar: los intereses de la mayoría de la población del campo y la ciudad que viven en condiciones de atraso, pobreza, explotación y opresión.

3. - Algunas cuestiones cardinales de la teoría y la práctica en el momento actual

Hay términos y categorías que a fuerza de no usarse han caído en el olvido, se ignoran o ya no se tienen en cuenta. A su vez, ha surgido una terminología con visos de novedad con la que algunos científicos sociales y analistas políticos tratan de explicar la realidad circundante propia de nuestra época. El habla o la manera de escribir, analizar, sistematizar y describir, corresponde al nivel de entendimiento y comprensión que se llega a tener en un momento dado o en toda una época. El lenguaje o el habla -en unos casos más que en otros- no expresa en realidad lo que está sucediendo, lo distorsiona o tergiversa. De allí que sea tan necesario ser de lo más riguroso no sólo cuando se analiza un fenómeno sino cuando se interpreta o caracteriza.

16 Trabajo ya citado, párrafo 1, página 7.

De la misma manera sucede cuando se trata del análisis, interpretación o caracterización de un momento determinado y su probable tendencia de desarrollo y desenvolvimiento. El pensamiento marxista tiene, entre muchas de sus características, una que lo diferencia de las otras formas de ver la realidad social: su carácter científico. Se caracteriza, además, en que se trata de una elaboración en constante desarrollo, enriquecimiento y creatividad. Está muy lejos de constituir un dogma. De allí que sus elaboraciones correspondan y expresen el nivel de conocimiento, dominio de la teoría y sistematización de la práctica. A partir de aquí es que toma cuerpo y se hace necesario tomar conciencia de lo que representa para el trabajo científico social, económico, político, cultural, moral, religioso e institucional, la crítica y la autocrítica. Se puede llegar a incurrir en limitaciones de carácter teórico y práctico y no percatarse de ello sino hasta después y es en ese momento cuando corresponde corregir las limitaciones en que se haya incurrido. La reiteración en los errores teóricos y prácticos y su no corrección oportuna y a tiempo es lo que determina el fracaso o invalidez de lo elaborado y de lo que se hace en la práctica. A una elaboración errónea no puede corresponder sino una práctica errónea y, a la inversa, a una práctica errónea sólo puede corresponder una elaboración y sistematización erróneas.

En ese marco de consideraciones generales una primera cuestión a considerar y tener en cuenta es que, después de las negociaciones para la búsqueda de una solución política al enfrentamiento armado interno de más de 36 años en Guatemala,¹⁷ y por factores muy concretos que es necesario examinar y precisar, se acentúa el predominio de la contrarrevolución y son los sectores del poder económico y empresarial y los partidos tradicionales los que tienen la iniciativa política y electoral, detentan el poder político y controlan el gobierno y sus instituciones, no así -por contradictorio que parezca- la situación en general.

Tampoco se puede negar ni ignorar que en un período con esas características, los problemas al interior de la izquierda en su conjunto y de sus distintas expresiones en que se manifiesta, tiendan a acentuarse y agravarse y que lo que se ha dado en definir como problemas de ubicación, atomización y dispersión, sean en realidad los componentes de una crisis de identidad y definición

17 La versión más completa de lo acordado durante el proceso de negociación para la búsqueda de la paz por medios políticos en Guatemala se puede encontrar en Acuerdos de Paz firmados por el Gobierno de Guatemala y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, URNG. Universidad Rafael Landívar y Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Guatemala (MINUGUA). Segunda Edición. Guatemala. 1997.

que se manifiesta en la ausencia de fundamentos ideológicos y políticos, el carácter y formas de organización, métodos y estilos de trabajo y dirección, táctica y estrategia, labor teórica y práctica, educación y formación ideológica y política y vínculos de relación orgánica con el movimiento social que es lo que diferencia a la izquierda de las demás fuerzas políticas tradicionales y le imprime su carácter de fuerza democrática, revolucionaria y progresista.

Por mi parte tengo en cuenta que la izquierda en Guatemala sólo puede enriquecerse, desarrollarse y avanzar, en la medida en que a su interior se discutan sus problemas y, a través de una lucha ideológica y política sin exclusiones, se consiga alcanzar primero, la más amplia coincidencia y unidad en lo referente al enemigo principal a enfrentar, a qué fuerzas aislar y neutralizar y a cuáles atraer y ganar; segundo, combatir y hacerle frente a cualquier forma de desviación ideológica y política, ambigüedad, indefinición, oportunismo político y electoral y acomodamiento institucional, que son vicios y errores propios del momento como en el que se está actualmente; y, tercero, no perder de vista y dejar a un lado la definición y caracterización del objetivo estratégico y el camino a seguir para lograr alcanzarlo en esta etapa de la lucha y las fases subsiguientes a cubrir. Aunque pareciera que podría tratarse de un lugar común, no está de más insistir en que la teoría revolucionaria se enriquece con la práctica y que la práctica avanza y se profundiza en la medida que corresponda a una teoría en constante desarrollo, creativamente elaborada y sistematizada y, por sobre todo, teniendo en cuenta la realidad concreta y situación del país y su entorno internacional. Es sólo así como deja de ser un dogma para constituirse en una guía para la acción llamada a transformar revolucionariamente el estado de cosas imperante. La teoría y práctica revolucionaria se enriquece, avanza y se desarrolla, además, al calor de una abierta discusión y el debate ideológico y político.

Una cuestión más. Política e ideológicamente a las dirigencias de la izquierda institucionalizada no se les puede identificar como expresión de una fuerza revolucionaria y progresista. Tienden a rehuir el uso de uno y otro término o si los refieren dan la impresión que lo hacen por compromiso. Con tanta vaguedad e imprecisión no se puede construir la alternativa popular y social. Su política de unidad y alianzas, además de ser meramente coyunturalista, no apunta en dirección de articular un proyecto que le abra paso a posiciones cada vez más avanzadas. Su condición de fuerzas marginales las pone ante el peligro real de perder aún más su identidad e independencia ideológica y política. Pareciera que no alcanzan a entender que no están en condiciones ni posibilidades de tener ascendencia

y ganar espacios entre los agrupamientos políticos con los que trata de aliarse. Además, su falta de ascendencia y prestigio al interior del movimiento social exige, igualmente, un replanteamiento crítico y autocrítico de lo que son esos vínculos y relaciones en una etapa como la que actualmente estamos viviendo en el país y teniendo en cuenta las ricas experiencias acumuladas en otros países en lo positivo y negativo cuidándose de no caer en copias calcadas al carbón o clichés que son fuente de errores y fracasos irreparables.

En consecuencia, la perspectiva de la izquierda institucionalizada en Guatemala (es decir, tanto de URNG como de la ANN) pasa necesariamente por su refundación orgánica, ideológica y política, la retoma de su identidad original y la superación exitosa de los problemas internos de carácter político, ideológico y organizativos que ahora la constriñen y le impiden avanzar hacia posiciones cada vez más definidas y que correspondan a los intereses de los sectores y capas de la población que tendría que representar, defender y reivindicar. Es el caso de contar con una izquierda capaz de caracterizar e interpretar objetivamente la realidad actual del país y la nueva situación que tiende a configurarse en varios países de América del Sur. En un momento como el actual no se trata de contar sólo con un diagnóstico de la realidad del país y su entorno internacional. Hay que ahondar en las causas que están en la base de esa realidad, definir y ubicar las contradicciones principales a resolver y, en el marco de la institucionalidad vigente, luchar a favor de la transformación profunda y a fondo de la caduca, obsoleta y atrasada estructura económica, política, social e institucional.

Conforme pasa el tiempo y se suceden los acontecimientos está quedando cada vez más claro que en esta fase de la lucha revolucionaria, democrática, progresista y popular, el dilema entre reformismo y revolución se está solventando en la práctica y teóricamente allí en donde se abre paso la toma de conciencia en cuanto a que las manifestaciones y consecuencias que se derivan de las atrasadas, agotadas y caducas estructuras imperantes son parte de un problema mayor cuya solución ha de tener en cuenta la necesidad de enfrentar y resolver las causas y raíces en que se asientan esas estructuras. Lo que procede, entonces, es -en el marco de la institucionalidad vigente- sentar las bases de solución de las causas y raíces del atraso y la pobreza, la opresión y la explotación, la discriminación, el racismo y la marginación, la corrupción e inviabilidad del sistema político y de partidos y del papel del Estado y sus instituciones, la transformación a fondo del modelo económico impuesto al país, la defensa y salvaguarda de los recursos naturales y la protección de la naturaleza y el medio ambiente. Una lucha

con esta proyección y perspectiva supone la estructuración de un amplio y unitario movimiento político y social de ancha base popular y en el que la izquierda guatemalteca, a partir de su refundación y unidad sin exclusiones, pase a jugar el papel que le corresponde en tanto fuerza revolucionaria, democrática y progresista.

4.- A manera de conclusión general

El panorama en Latinoamérica y el Caribe es alentador y marcha en una dirección que era imposible prever hace cinco o diez años. Lo que a las fuerzas revolucionarias, democráticas y progresistas de nuestro país, en general, y a las distintas expresiones de la izquierda guatemalteca les corresponde, en particular, es reencontrarse con su proyecto histórico original a partir de esforzarse por concertar la más amplia unidad y alianza de fuerzas en la que el movimiento indígena, campesino sindical y popular está llamado a jugar un importante y decisivo papel. Lo que falta, entonces, es la refundación del instrumento organizado capaz de, a su vez, contribuir a esa unidad, movilización y lucha a favor de las transformaciones de fondo contenidas en los Acuerdos de Paz, a partir del más amplio movimiento político y social que los haga suyos y, a la vez, organice, movilice y una a la población del campo y la ciudad y que por su avance, desarrollo, fortalecimiento y profundización, identificación, identidad y definición ideológica y política se constituya en la alternativa al poder de dominación de la oligarquía empresarial, las transnacionales estadounidenses y la injerencia del gobierno de Estados Unidos en nuestros asuntos.

La lucha en defensa de la independencia y soberanía nacional en las actuales condiciones depende, en nuestro país, primero, por la posición en contra que se asuma frente al Tratado de Libre Comercio de Estados Unidos con Centro América y la República Dominicana, DR-CAFTA, el Área de Libre Comercio para las Américas, ALCA, y el Plan Puebla Panamá, PPP; segundo, la que se adopte a favor de la Alternativa Bolivariana para las Américas, ALBA, resumen y desarrollo de una propuesta emancipadora, unitaria e independentista y de integración regional en interés de los marginados y excluidos de nuestro continente; y, tercero, en lo fundamental, por la solidaridad con Cuba socialista, la República Bolivariana de Venezuela y Bolivia, en tanto piedra de toque y punto de definición de la izquierda revolucionaria, democrática y progresista en Guatemala y de los demás pueblos y países que luchan por un mundo mejor y socialmente equitativo y justo.

¿LA IZQUIERDA DESARMADA? REARMAR LA IZQUIERDA

Nery R. Villatoro Robledo

Es común en los tiempos que corren oír hablar, cada vez con mayor insistencia, convencimiento y propiedad, que lo que es cierto para la derecha lo es también para la izquierda: hay izquierdas y derechas. Lejos quedaron los tiempos en que izquierda se consideraba sólo aquella o aquellas fuerzas políticas que se planteaban como horizonte la transformación profunda, radical, de la sociedad capitalista y la construcción de otro tipo de sociedad que para la izquierda marxista no era otra que la socialista.

Paradójicamente, la derecha radical, la más reaccionaria y conservadora, identificó a todas las corrientes de izquierda con el comunismo. Para ella no hubo punto de distinción entre las corrientes reformistas y las revolucionarias. El resultado en el caso de nuestro país, de lo cual no es ajena toda Latinoamérica, fue la más brutal carnicería dirigida por el Estado contra todas las izquierdas y sus exponentes: desde la izquierda comunista hasta la socialcristiana fueron blanco del terrorismo de Estado inspirado por la doctrina de seguridad nacional de Estados Unidos.

Aceptando la ineludible realidad y reconociendo que los tonos de la izquierda, hoy como ayer, van desde el rosa más pálido hasta el rojo más intenso, conviene hablar de la izquierda marxista, la ortodoxa inspirada en el marxismo-leninismo soviético y la que se llamó marxista a secas, y de la izquierda que sin autodenominarse marxista es, o fue, revolucionaria, por haber sido éstas las más impactadas por lo que Jürgen Habermas (1992:10-12) denomina “revolución recuperadora” en los países del socialismo real.¹

1 Habermas entiende por “revolución recuperadora” o “retrospectiva” los movimientos sociopolíticos ocurridos en los países del socialismo real del Eentro-Este europeo, que en el caso de Alemania oriental pretendía “recuperar lo que durante cuatro décadas separó el lado occidental y el lado oriental...” “En la medida en que debe permitir el retorno al Estado democrático de derecho y el vínculo con el occidente capitalista desarrollado, la revolución recuperadora se orienta por modelos que, de acuerdo con la lectura ortodoxa, ya fueron superados por la revolución de 1917... un rasgo peculiar de esa revolución recuperadora [es]:

Abdicación del marxismo

Años antes de que el mundo presenciara con gran perplejidad y desconcierto el desmoronamiento del socialismo en los países de Europa central y del este, cuyo símbolo inequívoco es la caída del Muro de Berlín, ya se comenzaba a plantear la discusión acerca de la crisis del socialismo real y sus perspectivas. Del llamado “eurocomunismo” de la Europa occidental, donde el marxismo-leninismo no cuajó o influyó poco, emergió una de las críticas más duras y audaces hacia ese socialismo de Estado autoritario. A este tenor, el Partido Comunista Italiano planteaba ya a comienzos de la década de 1960, con la tesis del “compromiso histórico”, la necesidad de su propia transformación (Saldívar 1990:150 y 151).

Se trata de una crítica hacia el modelo de socialismo instaurado en aquella región del mundo, y hacia el modelo de partido único (vanguardia de la clase obrera) llamado a dirigir la transformación de la sociedad capitalista y la construcción de la sociedad socialista. De manera que cuando el Muro de Berlín se desplomó esa discusión no era nueva. Sin embargo, fue ese momento un punto de inflexión tanto en el curso que tomaría la historia, a pesar de los cánticos que anunciaban su trágico fin,² como en el curso e intensidad de la discusión sobre el socialismo y las posibilidades de transformación del capitalismo.

Huelga decir que en ese momento presenciamos con asombro el inicio de un período de desbandada y dispersión de las filas de la izquierda, sobre todo de la que habiendo sido fiel seguidora y defensora del socialismo real y del marxismo-leninismo vio impotente el derrumbe de su utopía. Ese aluvión de desbandada y dispersión se apreciará con mayor fuerza y no menos desilusión en América Latina. La izquierda guatemalteca, naturalmente, no fue ni es ajena a ese fenómeno.

De allí para acá, las filas de esa izquierda se han ido mermando poco a poco, amén de que ésta en muchos países cayó en el inmovilismo del que recién parece dar signos de intentos de recuperación. En unos países más que en otros,

la casi total falta de ideas innovadoras y prometedoras”. La interpretación habermasiana de revolución, sin embargo, parece considerar la revolución a partir de la sola idea de la transformación, sin considerar si ésta representa un avance o un retroceso. En el caso de las “revoluciones recuperadoras” en Europa Central y del Este no puede negarse que la transformación en el ámbito de lo político devolvió a aquellas sociedades dosis de libertad y democracia que la nomenklatura partidaria dirigente del socialismo autoritario les arrebató. En la economía esas “revoluciones” fueron el inicio del proceso de instauración de la economía capitalista neoliberal, con altos costos sociales.

2 Véase Francis Fukuyama. El fin de la historia y el último hombre. 1992.

la negación del marxismo y la aceptación implícita o explícita de que más allá del capitalismo no existe sociedad posible, incluso un post-capitalismo apenas diferente de aquél, toma por asalto las trincheras de esa izquierda. Luego, la metamorfosis político-ideológica desde el marxismo a un pensamiento de derecha neoliberal, o liberal, o socialdemócrata, se ha convertido en algo tan frecuente que el temor de los inconversos hasta ahora ya no es siquiera haber perdido la utopía que les hacía caminar, sino el poder encantador del neoconservadurismo que diezma, quien sabe si inexorablemente, las filas de una izquierda que aún no encuentra una nueva utopía y el camino que la haga avanzar, a pesar de las esperanzadoras experiencias que recientemente han empezado en el sur de nuestro continente (exitosas o no en la gestión del gobierno aún es temprano para evaluar).

Por supuesto que lo que hoy ocurre con la izquierda y lo que ocurrió con el socialismo real sería inexplicable sin considerar lo que provocó la llamada revolución neoconservadora de principios de la década de 1980³ que supo capitalizar a favor suyo la crisis del socialismo real, puso e hizo lo que hacía falta para que éste se desplomara: la alianza Reagan-Juan Pablo II-Lech Walesa (dirigente sindical que llegaría a ser presidente polaco) fue fundamental para romper la cadena del socialismo por el eslabón más débil: Polonia, donde la crisis de la economía socialista era más profunda. Naturalmente, las condiciones internas de éste y de todos los países del socialismo real eran propicias para que ello aconteciera.

Más allá del derrumbe de aquel modelo de socialismo, la Perestroika ha tenido, entre otras, la consecuencia de que la izquierda se quedó desarmada ideológicamente; aún más, la izquierda se privó por decisión propia del marxismo como herramienta científico-metodológica de interpretación y estudio de la realidad. No se trata tan sólo de la “utopía desarmada”; se trata de que, junto a ella, buena parte de la izquierda o toda ella abdicó del marxismo. Y esto por la falsa interpretación aceptada en muchos casos sin remilgo alguno, de que el fracaso del socialismo (real) era también el fracaso del marxismo. Fue uno de los costos que pagó la izquierda como resultado del camino de la reestructuración del socialismo emprendido por Gorbachov y el PCUS en la extinta Unión Soviética.

3 La revolución conservadora fue capitaneada por Ronald Reagan desde Estados Unidos y Margaret Thatcher desde Inglaterra.

De haber sido el marxismo la herramienta científica y teórico-metodológica (por más que se caiga en la tentación de restarle méritos como tal y a pesar de que éste se asumió como un dogma) en la que la izquierda marxista latinoamericana sustentó su interpretación de la realidad de los países de esta parte del hemisferio occidental, de las relaciones internacionales y de la correlación de fuerzas a escala mundial; de haber sido el inspirador de su proyecto político transformador, pasó a ser un desecho del que aún ahora medio mundo reniega y rechaza. Muchos cambiaron el marxismo reducido a doctrina oficial de los Estados socialistas por una especie de nueva ideología: la de la posibilidad de humanizar el capitalismo o, peor aún, la del triunfante neoliberalismo, cuya crisis hoy es incuestionable.

Junto a la abdicación del marxismo algunos sectores de la izquierda latinoamericana, la guatemalteca incluida, renunciaron a la lucha y al compromiso por construir sociedades esencialmente diferentes, o ya sólo diferentes al capitalismo que bajo la conducción del neoliberalismo ha acentuado la pobreza y extrema pobreza en todos los rincones del planeta, al tiempo que acelera la concentración y centralización del capital. Incluso se ha llegado a plantear la necesidad de una cooperación de la izquierda con la derecha en aras de la democracia capitalista.

En Guatemala, la abdicación del marxismo se ha hecho acompañar por un proceso de fragmentación de la izquierda. Fragmentación que afecta a las distintas izquierdas y que ha dejado sola, por un lado, a la que en algún momento fue llamada “izquierda oficial” (la que rubricó los acuerdos de paz y que hoy también se encuentra fragmentada), y por otro, a un conjunto de pequeñas agrupaciones algunas de las cuales se autodefinen como “nueva izquierda” por contraposición a aquélla. Todas, sin embargo, definen su condición de izquierda por contraposición a las derechas.

Conviene en este punto hacer una acotación. Estas fracciones o grupos u organizaciones de izquierda cuyo tronco común fue el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), representaron expresiones tan variadas como distantes: desde el marxismo comunista y pro soviético del PGT hasta un guevarismo “anticomunista” del EGP. No obstante, su denominador común en el pasado fue el proyecto transformador de la sociedad guatemalteca que enarbolaron.

En rescate del marxismo

Con justa razón, gran parte de la crítica del marxismo tiene asidero en la ortodoxia y el dogmatismo promovidos desde la Academia de Ciencias de la extinta Unión Soviética, que elevó a categoría de principios bíblicos la parte histórica del materialismo e hizo del determinismo uno de los ejes centrales de la filosofía marxista de la historia. El marxismo, al que quizás su propio inspirador hubiese llamado de otra manera, fue convertido así en la antítesis de la dialéctica marxista, pues permaneció estático en su interpretación de los fenómenos sociales.

A no ser que se peque de terquedad y empecinamiento, nadie puede afirmar hoy que el marxismo del decimonono y el del siglo XX permanece incólume frente a los cambios económicos, sociales, políticos y culturales por los que ha discurrido la humanidad en los últimos cien años. El mismo Marx, si bien abordó el asunto del imperialismo entendiéndolo como un estadio de desarrollo del capitalismo, no pudo explicarlo como lo haría Lenin años más tarde. El mismo triunfo del socialismo en uno de los países más atrasados de Europa a comienzos del siglo XX, la Rusia de los zares, cuestionó el planteo marxista acerca de que el socialismo sería consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas en los países capitalistas más avanzados.

Sin embargo, a no ser que la metamorfosis a la que se alude páginas atrás hubiese llegado a tal punto, nadie puede negar que el marxismo constituye hoy día no sólo una herramienta científica y teórico-metodológica válida y de gran utilidad para entender y explicar los fenómenos sociales de nuestro tiempo, sino también una herramienta orientadora de la práctica política de la izquierda. Algunas cuestiones argumentan a favor de lo que se afirma.

Cierto es que asuntos como el de las clases sociales no son hoy como lo eran hace un siglo y que la categoría marxista de proletariado se ha diluido frente a la mayor importancia que ha adquirido la economía de servicios en los países “centrales” y una suerte de “dispersión” de la producción industrial hacia países “periféricos” por múltiples razones (entre ellas los bajos salarios con lo cual se incrementa el margen de ganancia, la plusvalía). A pesar de ello, a la luz del marxismo es perfectamente posible entender este fenómeno que, por otra parte, no lleva consigo la desaparición de las clases sociales; antes bien, reafirma que las capitalistas son sociedades en las que la diferenciación de y entre las clases

sociales es fundamental en el asunto no menos complejo de la desigualdad social, y que la lucha entre ellas es parte vital de la historia. Desde un ángulo más general, el marxismo ofrece una interpretación y explicación de la naturaleza del capitalismo en su carácter de formación económico-social como ninguna otra corriente. La teoría del valor Marx es fundamental para entender la dinámica de la ganancia y, por lo tanto, de acumulación del capital.

La filosofía marxista de la historia posiblemente peque en su visión lineal y determinista del proceso histórico, entendido como “un algo” que se dirige inexorablemente hacia un lugar predeterminado. La misma idea marxista de progreso se sintetiza en el paso ininterrumpido de las sociedades por diferentes estadios de desarrollo, desde el comunismo primitivo hasta el comunismo, cada uno superior que el anterior.

El colapso del socialismo real puede asumirse quizás como un hecho que contradice la concepción marxista de la historia. No obstante, ni el positivismo ni el historicismo ni menos aún el posmodernismo, ofrecen una visión más convincente. Antes bien, el posmodernismo, que destruye paradigmas, leyes y utopías, presenta al capitalismo como ese estadio último y superior del desarrollo económico, social y cultural de la humanidad: es, según pregona, el fin de la historia, y llega al absurdo de afirma que todo es digno de ser historizado, desde “la historia de la papa” hasta la “historia del papado”.

A pesar de que mucho más puede plantearse respecto de su vigencia, son estos comentarios apenas una incipiente y elemental argumentación en pos del marxismo y de su rescate por la izquierda, con mayor razón ahora que las derechas, sobre todo la neoliberal, pretenden monopolizar la verdad (su verdad) y le roban a la humanidad incluso su derecho a soñar con una sociedad mejor que la actual; con mayor razón también si se considera que el programa de la socialdemocracia no ha sido la respuesta a los cada vez más complejos y graves problemas sociales. Habermas (1992:21-24, 26), a pesar de su dura crítica del marxismo, luego de recordar “algunos aspectos, bajo los cuales se hizo patente cuanto Marx y sus seguidores inmediatos permanecieron prisioneros, a pesar de toda la crítica del primer socialismo, del contexto de nacimiento y del formato reducido del primer industrialismo”, reconocerá más adelante que sus objeciones críticas constituyen la plataforma a partir de la cual “se puede cosechar estímulos de la tradición marxista”. La experiencia histórica debería enseñar, si de algo sirve la historia, que la izquierda debe ser, ahora más que nunca, creativa; y que a la luz del

marxismo puede aprehender y explicar fenómenos tan complejos como el de la globalización hoy capitaneada por el neoliberalismo, la nueva configuración de las clases sociales y el papel de éstas en un proceso de transformación social, entre otros. Pero la izquierda debe, sobre todo, devolver al marxismo lo que acaso le distinga de otras corrientes de pensamiento: su concepción de cambio, de movimiento en la interpretación y explicación de los fenómenos sociales, políticos, económicos y culturales.

Existencia y necesidad de la izquierda. La derecha también existe

El argumento ya aludido acerca de que el fracaso del socialismo real es también el fracaso del marxismo parece llevar implícita la tentación de afirmar que, con ellos, la izquierda ha desaparecido, al menos la izquierda marxista, o cuando menos que ésta ha de conformarse con cohabitar con las derechas cambiando el horizonte transformador que la guió por un “reformismo” que corrija los errores del capitalismo.

Curiosamente es la derecha, o cierto tipo de expresión política de derecha que se alza vencedora, la que no se cansa de repetir que en el mundo actual, tan distinto al de hace dos décadas, no cabe ya seguir hablando de derecha e izquierda. La extrema polarización entre estas dos corrientes políticas habría concluido como corolario al derrumbe del socialismo real.

Lo más asombroso es que hay quienes, salidos de las filas de la izquierda marxista y revolucionaria, asumen tal falsedad sin empacho alguno concediendo razón, sin apenas percatarse, a los que todavía hoy pregonan que la extrema polarización social que se experimentó en casi toda Latinoamérica fue la consecuencia lógica de la confrontación este-oeste y que, por consiguiente, niegan que ésta haya sido provocada por causas estructurales internas que pueden sintetizarse en la extrema desigualdad social que todavía hoy caracteriza a los países latinoamericanos. A pesar del trauma que supuso la caída del Muro de Berlín, a pesar también de que se abdicara del marxismo, y a pesar de que, en el caso guatemalteco, haya una escandalosa fragmentación y atomización, la existencia de la y las izquierdas no acepta objeción de ninguna naturaleza ni en Guatemala ni en ninguna parte del mundo.

La existencia de la izquierda en sus diferentes vertientes no sólo es real, sino, además, se plantea como una necesidad ante la urgencia de los cambios que demanda la humanidad; ante el inobjetable y amenazante poder de la derecha neoliberal, y ante el amenazante y peligroso fortalecimiento del imperialismo.

Negar, por tanto, la existencia de la izquierda y negar la necesidad que hay de ella más allá de una simple fuerza moral en que peligra convertirse si no se asume como fuerza con una propuesta transformadora, es caer en el círculo con el que se busca encerrar el pretendido fin de la historia.

Contra el pretendido funeral de la izquierda y la resurrección de la derecha (izquierdas y derechas) que se esconde detrás de aquella falacia, se han alzado voces que desde diferentes perspectivas alertan sobre los peligros que encierra tal afirmación. Con una argumentación tan simple como clara, Norberto Bobbio (2001:188) plantea que negar que tenga sentido hablar de izquierda y derecha significa creer, contra de lo que acontece todos los días, que carezcan de sentido “las interpretaciones antagónicas de la realidad y de la acción a ser analizadas y que, por tanto, haya venido a menos la posibilidad de seleccionar una alternativa u otra”.

Ante la creciente desigualdad social y la brecha cada vez más grande que separa al Norte y al Sur, la búsqueda y lucha por la igualdad diferenciará siempre a la izquierda de la derecha, empecinada en lo contrario: la desigualdad disfrazada de “diversidad”. Es lo que distingue a izquierda y derecha (Bobbio 2001:188-189). Porque en realidad, la desigualdad disfrazada de “diversidad” no expresa sino las relaciones sociales de dominación y de explotación que caracterizan a sociedades como la guatemalteca, y que la derecha neoliberal reduce a la elegante expresión de “falta de oportunidades”. O como afirma Roitman Rosenmann (noviembre 2004) la izquierda “Es una lucha contra la esclavitud y, a la par, es una búsqueda por construir la igualdad en la práctica radical de la democracia. Se presenta como un proyecto ético de vida. No es una propuesta económica de gestión empresarial fundada en la ganancia del capital, el egoísmo, el lucro y la alienación del ser humano. Eso se llama capitalismo. En ello radica la diferencia que separa a la izquierda de la derecha”.

No es cuestión, sin embargo, de plantear la innegable existencia de izquierda y derecha dicotómicamente, pues aunque éstas se ubican en polos contrarios en medio de las dos hay una gama tan variada de expresiones y matices, por lo que hablar de las izquierdas y las derechas refleja con mayor propiedad la realidad actual de la política. Pero hablar de izquierdas y derechas implica reconocer que mientras más se acerquen hacia el centro las diferencias entre una y otra son menos distantes y perceptibles.

La existencia de las izquierdas se hace patente más allá de las formaciones partidarias, que luego de la finalización de los conflictos armados allá donde los hubo y del retorno de la democracia en países que sufrieron crueles dictaduras, se insertaron en la vida política legal en el marco del sistema de partidos políticos, o volvieron a ocupar los espacios que a consecuencia de las dictaduras tuvieron que dejar como mecanismo de sobrevivencia. Por ello es que ahora suele diferenciarse entre la izquierda institucional y la izquierda social (Figuerola, octubre 2004). Incluso, es oportuno considerar que, sobre todo en América Latina, la mayor oposición al modelo de globalización que impulsa el neoliberalismo proviene de los llamados “movimientos sociales”, y que entre éstos son los movimientos campesinos los que han cobrado mayor fuerza y protagonismo por la amplitud de sus movilizaciones. En el sur de nuestro continente grandes movilizaciones campesinas se han desarrollado en Brasil, Paraguay, Bolivia, Colombia, Ecuador; en Centroamérica, El Salvador y Guatemala, y hacia el norte, en México. De tal forma que, como plantea James Petras (1997), en estos movimientos puede ubicarse un resurgimiento de la izquierda en esta parte del hemisferio occidental, desde donde se hace frente al proyecto neoliberal.

Sin embargo, aunque en la mayoría de los casos se trata de movimientos que guardan y son celosos de su autonomía respecto de la izquierda partidaria, la separación entre izquierda institucional e izquierda social es de utilidad para distinguir entre dos formas de organización, de conducción y de lucha, más no para distinguir en el sentido y objeto de ésta, pues son izquierdas que plantean una lucha política de resistencia al neoliberalismo interno y al neoliberalismo en su expresión global. Es preciso anotar que también ambas izquierdas guardan en su seno a diferentes vertientes ideológicas y, por lo que a Guatemala respecta, la izquierda social es quizás la mayor exponente del sectarismo.

En Guatemala, la llamada “izquierda social” se ubica, además de en las organizaciones y movimientos campesinos, en una serie de organizaciones sociales que si bien es cierto enarbolan reivindicaciones propias vinculan éstas con la lucha política contra el neoliberalismo: tratados de libre comercio, apertura a la inversión de capital externo (caso de la minería), ecología y medio ambiente, entre otros. De tal forma que esta izquierda se encuentra mucho más activa y mejor organizada que las expresiones de izquierda aglutinadas en asociaciones o partidos políticos. Esta última izquierda tiene puestos los ojos más en los procesos electorales que en la lucha política cotidiana que hace frente al neoliberalismo, aunque un buen contingente de sus cuadros medios participe también dentro de la izquierda social.

En ese sentido, se plantea para aquélla la necesidad de salir del anonimato al que ha sido empujada y que ha aceptado con cristiana resignación. No basta con que levante la mano para ser vista; es preciso que asuma como propias las demandas de transformación social y, más aún, la lucha política por alcanzarla.

Los retos de la (¿nueva?) izquierda

En el momento actual resulta difícil y complejo abordar los retos de la izquierda, tanto la marxista como la revolucionaria no marxista. Sin duda, luego de la experiencia histórica de más de siete décadas de los regímenes socialistas, los retos de esas izquierdas no son pocos y afrontarlos demanda de ellas una gran dosis de creatividad y objetividad para que en su nueva andadura por la ancha alameda de las luchas políticas no cometa los mismos errores de antaño. Son muchos los retos y tampoco es fácil plantear cuál o cuáles son los más importantes; sin embargo, hay algunos que no deberían pasar inadvertidos por la fuerza de la evidencia y que trataremos de abordar líneas seguido.

La renovación de la izquierda

Se ha vuelto moda aseverar que la renovación de la izquierda es una condición indispensable para superar la crisis que la agobia desde años antes de que el socialismo real saltara en mil pedazos. Es pertinente, ante ello, dejar planteado qué entendemos por tal cuestión. Primero. Se ha afirmado con frecuencia y con mucha razón, sobre todo a partir del derrumbe del socialismo real (Uchoa 1982; Habermas 1992; Petras 1997), que la izquierda marxista y la revolucionaria se han distinguido por el dogmatismo que ha guiado su práctica política y su interpretación de los fenómenos sociales, políticos, económicos y culturales, trasladando mecánicamente modelos interpretativos acertados para ciertos países (europeos, por ejemplo) para entender la realidad de los países latinoamericanos que, además de ser diferentes de aquéllos, guardan grandes diferencias entre ellos. Si bien es cierto que los países latinoamericanos tienen muchas cosas en común y muchos parecidos, Uchoa (1982) tiene mucho de razón cuando plantea que el continente latinoamericano no es una región geográfica que pueda servir para “generalizaciones indiscriminadas” puesto que hay una “falta de similitudes políticas entre Brasil y Haití, entre México y Paraguay, o entre Nicaragua y Argentina”. El desarrollo del capitalismo en estos países es diverso y desigual y el grado de dependencia y sus relaciones con los denominados países “centrales” o desarrollados tienen diferentes grados y distintas características. En tal sentido, la izquierda marxista, y la revolucionaria, tienen ante sí el reto de romper con el

dogmatismo.⁴ Ello, no obstante, no implica el abandono del marxismo sino, por el contrario, la reafirmación de su validez pero desde una perspectiva creadora. Con ello, la izquierda contribuiría a devolver al marxismo uno de sus aspectos esenciales del que ha sido despojado por el dogmatismo: la crítica. Porque el marxismo es esencialmente crítico, aunque en razón de la experiencia del socialismo real se le considere, como lo hace Oliveira Goulart (1996:117) una matriz teórica petrificada.

Esto, contrariamente a la abdicación del marxismo, es una reafirmación de su validez y de su potencial creador. No es, tampoco, un revisionismo en el sentido de la imputación que se hizo a muchos marxistas que se atrevieron a levantar la voz contra el dogma. Si el marxismo es esencialmente crítico, debe tener la capacidad de reformularse.

Segundo. La izquierda ha pecado de antidemocrática y autoritaria, y ello le ha llevado a cometer múltiples errores. El centralismo democrático de partidos comunistas y el verticalismo de organizaciones político-militares, condujeron a una práctica política que en el seno de estas organizaciones llevó a condenar las diferencias y divergencias políticas internas como movimientos fraccionalistas y de traición. Incluso hay casos, por ejemplo en Guatemala y El Salvador, en que estas divergencias dieron paso a trágicos desenlaces.

Una de las consecuencias de este autoritarismo fue que frenó el desarrollo político, ideológico e intelectual de la izquierda, acentuando el valor del dogma por encima de la creatividad y de la crítica. En la Unión Soviética el autoritarismo, ya no sólo de la izquierda, sino del modelo de socialismo construido en aquel país, produjo grandes purgas que ya salieron a la luz durante el XX Congreso del PCUS en 1956, luego de la muerte de Stalin. El culto a la personalidad hacia el secretario general o hacia el comandante en jefe, fue la expresión más dramática y, paradójicamente, jocosa de ese autoritarismo que concedía al dirigente principal la verdad y el poder absolutos. Ante esas prácticas del pasado, el desarrollo y aceptación de las corrientes internas y la formación de dirigentes con vocación de dirección colectiva, son condiciones ineludibles para el desarrollo político de las

4 Al respecto, Jefferson Oliveira Goulart al referirse al “ascenso del fenómeno neoliberal” afirma que “las izquierdas fueron prisioneras de paradigmas obsoletos e insostenibles, pues no advirtieron la profundidad de las transformaciones en curso, aceptaron el terreno de la propaganda doctrinaria frente al cual no disponían de argumentos mínimamente convincentes y no se reciclaron ni asumieron un perfil destacadamente propositivo, se confundieron con la defensa del statu quo”.

izquierdas, con mayor razón de la izquierda marxista si quiere efectivamente tener futuro y si de verdad quiere jugar un papel de importancia en la lucha política. La izquierda social, naturalmente, no escapa a ello.

Tercero. La izquierda debe redefinir sus relaciones con las organizaciones sociales, con ese denominado movimiento social. El trabajo de masas del pasado que instrumentalizó y convirtió a las organizaciones sociales en caja de resonancia y “correa de transmisión” de las izquierdas, debe dar paso a una nueva forma de ver y de relacionarse con las organizaciones sociales. Más aún cuanto que esas organizaciones hoy más que nunca defienden su especificidad y su autonomía; más incluso si se acepta el hecho innegable de que éstas constituyen lo que se ha denominado “izquierda social”.

La renovación de la izquierda, entonces, no consiste en abandonar el marxismo sino, por el contrario, en enarbolar y arropar su práctica política y sus esfuerzos interpretativos de la realidad de nuestros países en un marxismo congruente con los postulados acerca de la transformación; en un marxismo crítico y capaz de renovarse.

La renovación consiste también en el abandono de métodos de conducción y de dirección que fomentaron y cultivaron el autoritarismo, que negaron la democracia interna y que hicieron del culto a la personalidad la expresión máxima de una pretendida y falaz infalibilidad de la nomenclatura. La renovación de la izquierda, asimismo, debe sustentarse en nuevas formas de relacionamiento con las organizaciones sociales, incluidas las organizaciones de los trabajadores, respetando y aceptando su especificidad.

Un proyecto político transformador

Pero la renovación de la izquierda no implica el abandono del proyecto político transformador. Por el contrario, significa la reafirmación de éste. Si la izquierda marxista y la izquierda revolucionaria no se plantean transformar el mundo del capitalismo, que es lo mismo que decir la erradicación de la desigualdad social, económica y política, y por el contrario asumen como proyecto un reformismo más o menos superficial, lo que equivale a plantear la falacia de la “humanización del capitalismo”, no serán sino expresiones de izquierda más cercanas al liberalismo o a las socialdemocracias del occidente europeo.

Por supuesto que para países como el nuestro, ese tipo de socialdemocracia ya supondría un avance sustancial respecto al neoliberalismo hegemónico; pero aun así esa socialdemocracia no deja de estar más cerca del liberalismo y más alejada de un proyecto transformador del capitalismo. Partiendo de esto, parece evidente que en las condiciones presentes, que serán en lo fundamental las mismas en el corto y mediano plazos, la lucha política de las izquierdas marxista y revolucionaria ha de desarrollarse en el marco del sistema político y a través del sistema de partidos políticos y que su objetivo tendrá que ser alcanzar el gobierno, que no el poder; es decir, será una lucha esencialmente electoral. Pero la lucha electoral no debe significar el abandono de otras formas de lucha de acuerdo a las circunstancias, y la gestión del gobierno no debe ser un fin en sí mismo, sino un medio para impulsar los cambios planteados en el proyecto transformador.

En otras palabras, si las izquierdas marxista y revolucionaria no trascienden el simple juego de la “alternancia” en la gestión gubernamental, seguramente el proyecto político que enarbolan no será transformador, sino uno mediante el cual busquen participar de la gestión del capitalismo. Que el pragmatismo del “¿qué se puede hacer aquí y ahora?”, o diferenciar “lo posible de lo deseable” no constituyan un freno a sus aspiraciones transformadoras. Después de todo Roitman Rosenmann (noviembre 2004) “La izquierda en toda su dimensión política, social e intelectual se constituye históricamente como una alternativa a la explotación del ser humano”.

Imaginar un nuevo tipo de sociedad

Estas izquierdas deben tener la suficiente capacidad para imaginar una sociedad esencialmente diferente a la actual; un nuevo tipo de sociedad. Es claro que hablar hoy de socialismo parece, en el mejor de los casos, una terquedad sin fundamento.

Sin embargo, la fallida y traumática experiencia del socialismo real no hace del capitalismo el mejor modo de producción; menos aún puede hacer de éste una especie de aspiración conseguida. Tampoco, como afirma Fukuyama, “el fin de la historia” porque la democracia liberal y, más aún la neoliberal, no pueden ser la aspiración última ni de quienes se plantean la igualdad como horizonte ni de los miles de millones en el mundo que sufren la desigualdad ni del más del 60% de la población guatemalteca que viven en condiciones de pobreza y pobreza extrema.

Como afirma Saldívar (1990:154) “Postsocialismo o postcapitalismo, no importa cómo nombremos al sistema del futuro”, pero éste debe ser profundamente democrático (no la democracia electoral a la que se reduce el liberalismo); debe ser un sistema en el que la igualdad entre los diversos (no la desigualdad entre ellos) sea la característica fundamental de las relaciones sociales. Igualdad que necesariamente debe trascender a todos los órdenes de la vida social. La fracasada tercera vía imaginada por Antony Giddens que puede sintetizarse a la expresión “ni mucho Estado ni mucho mercado” no puede ser una alternativa de “sistema del futuro”

Si las izquierdas marxista y revolucionaria no son capaces de imaginar una sociedad, un sistema esencialmente diferente al actual, en el que la explotación de la fuerza de trabajo no sea el bienestar de una minoría, en el que los medios de producción no sean monopolio de un puñado de personas y en el que la democracia abarque y beneficie a todos por igual; si no es capaz de ello, estas izquierdas no tienen ninguna razón de ser y carecen de futuro.

Si, por el contrario, asumen un proyecto transformador, son capaces de imaginar ese tipo de sociedad y luchan por ella, estas izquierdas tienen mucho futuro. Oliveira Goulart (1996:118) refiriéndose al desafío de las izquierdas sostiene que hoy “Mantienen su actualidad dos banderas centrales: a) (re)adoptar un comportamiento esencialmente transformador, es decir, formular una plataforma de reformas radicales que incidan sobre el Estado, la sociedad, la economía y la política en la perspectiva de una progresiva igualdad social; b) afirmar un compromiso definitivo y radical con la democracia, tomada como valor procedimental, medio y fin”. Esa sociedad esencialmente diferente debe ser la nueva utopía que guíe la acción de las izquierdas.

Izquierdas y antimperialismo

La voracidad y la rapacidad del imperialismo (categoría satanizada y exiliada del lenguaje incluso de las izquierdas), impone a éstas la necesidad de reenarbolar las banderas de la solidaridad y de la lucha antimperialista.

El mundo de nuestros días presencia con perplejidad la existencia de un imperialismo voraz, agresivo y peligroso como nunca antes. En febrero de 1991, finalizada la guerra del Golfo Pérsico (la Tormenta del desierto) George Bush padre, en ese entonces presidente de los Estados Unidos, delineó el camino del mundo de la posguerra fría en su discurso sobre el estado de nación ante el Congreso de ese país.

Era claro que a partir de allí empezaba a edificarse el mundo unipolar hegemonizado por los Estados Unidos. La geoeconomía cobró más fuerza, sin que por ello la geopolítica que caracterizó en buena parte al mundo bipolar perdiera su importancia en la lucha por la hegemonía. La aceleración de la globalización neoliberal y la reformulación de la doctrina de seguridad nacional (ahora contra el terrorismo) se han convertido, sobre todo en la administración del George Bush hijo, en los pilares de la política exterior estadounidense.

Los tratados de libre comercio que los neoliberales domésticos aceptan dócilmente en la creencia de falsas ventajas incluso para el capital nacional; la llamada lucha antiterrorista que en pocos años ha dejado como saldo la invasión de Afganistán y de Irak, las amenazas contra Irán y Norcorea y que ha definido un eje del mal (Irak, Irán y Corea del Norte) son una constatación de que la ferocidad del imperialismo no encuentra ningún foco de contención.

Es contra ese imperialismo que las izquierdas deben manifestarse solidarias; es ese imperialismo que las izquierdas deben rechazar y ante el cual deben ser capaces de plantear alternativas. La lucha contra la globalización neoliberal no es un fin en sí mismo. A esta globalización hay que enfrentarla con una propuesta alternativa de globalización por la simple razón de que la globalización no es un fenómeno nuevo; es tan vieja como el capitalismo. A la globalización neoliberal hay que enfrentarla luchando por la globalización de la justicia y la igualdad, por la globalización de una democracia esencialmente distinta; hay que enfrentarla proponiendo la globalización de la solidaridad. Al antiterrorismo estadounidense hay que enfrentarlo denunciando y luchando contra su propio terrorismo, oponiéndose al intervencionismo militar y a la violación a los derechos humanos.

Nils Castro (2005) plantea la “coexistencia” con el imperialismo, partiendo del hecho innegable de la infinita inferioridad de fuerzas de las izquierdas, incluso de aquellas que hoy están al frente de la gestión gubernamental en sus países (Brasil, Uruguay, Venezuela, Cuba). Bien, pero admitir que la izquierda no está ni estará en la capacidad de luchar contra el imperialismo no es una renuncia a denunciar los atropellos de éste.

Este desafío, como los otros mencionados, no es una tarea fácil para las izquierdas. Pero sí pondrán a prueba no sólo su capacidad de renovación, sino también su capacidad creativa y las posibilidades de sus propias fuerzas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bobbio, Norberto. "Izquierda y derecha". En: Revista del Posgrado de Sociología, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de Puebla, Año 4, N° 7, 2001, Puebla, México, pp. 187-190.
- Castro, Nils. Las izquierdas latinoamericanas: observaciones a una trayectoria. Ed. Quebecor World Bogotá, Colombia, 2005, 120 p.
- Díaz-Polanco, Héctor. "La tercera vía. Un balance crítico". En: Antropología americana, Boletín del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, N° 34, julio 1999, pp. 181-188.
- Figueroa Ibarra, Carlos. Notas para una reflexión sobre la izquierda guatemalteca, Guatemala, octubre 2004, copia mimeográfica, 12 p.
- Democracia schumpeteriana y neoliberalismo edulcorado. Diez tesis de lo que no puede ser y hacer la izquierda, noviembre 2004, copia mimeográfica, 18 p.
- Habermas, Jürgen. "¿Qué significa el socialismo hoy? Revolución recuperadora y necesidad de revisión de la izquierda". En: Debate sobre el socialismo III, FLACSO, Cuadernos de Ciencias Sociales N° 52, San José, Costa Rica, junio de 1992, pp. 7-37.
- Moreiras, Alberto. "Sobre las condiciones para un pensamiento de izquierda". En: Nueva Sociedad, N° 170, noviembre-diciembre 2000, Caracas, Venezuela, pp. 57-62.
- Oliveira Goulart, Jefferson. "Democracia y ejercicio del poder. Desafíos para una nueva izquierda". Nueva Sociedad, N°141, enero-febrero 1996, Caracas, Venezuela, pp. 114-131.
- Paredes, Pedro. "Destruir-construir el futuro: La polémica sobre izquierda o izquierdas. ¿Miedo la novedad y a la audacia? En: Estudios, Revista de Antropología, Arqueología e Historia, agosto 2001, 3ª época, Guatemala, pp. 108-123.
- Petras, James. "América Latina. La izquierda contraataca". Nueva Sociedad, N° 151, septiembre-octubre 1997, Caracas, Venezuela, pp. 27-36.
- Roitman Rosenmann, Marcos. "Sin principios no hay izquierda". Diario La Jornada, México, D.F., 2221 de noviembre 2004.
- Saldívar, Américo. El ocaso del socialismo, Siglo Veintiuno Editores, México, D.F., 1990
- Uchoa C., Pedro Celso. "¿Existe una crisis en la izquierda?" En revista Nueva Sociedad, N° 61, julio-agosto 1982, Caracas, Venezuela, pp. 27-34.
- Valdez, J. Fernando. Derechas e izquierdas: cooperación y competencia para modernizar la vida política, Guatemala, octubre 2004, copia mimeográfica, 26 p.
- Windschuttle, Keith. "La caída del comunismo y el fin de la historia". En Historia, antropología y fuentes orales, Revista semestral del Seminario de Historia Oral, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Barcelona, N° 25, 3ª época, Barcelona, 2001, pp. 17-45.

MODERADA PERO TRANSFORMADORA: POR UN NUEVO ROSTRO EN LA IZQUIERDA GUATEMALTECA

Álvaro Velásquez

1. Resumen

El Comité pro-formación del partido político Encuentro por Guatemala (EG) se encuentra (marzo del 2006 hasta mayo del 2007) en su campaña nacional de adhesión para alcanzar en tiempo récord los 15,220 afiliados que exige la Ley para convertirse Partido Político. Una meta a la que está llamada toda la ciudadanía pues finalmente la política es cosa de todos. Como se sabe, el EG es el resultado de una amplia consulta colectiva que inició con la constitución de un grupo promotor de diversas personalidades de destacada presencia en la izquierda, la lucha social y el mundo académico. La crisis general del sistema político guatemalteco; la crisis de la izquierda y la crisis de los partidos políticos y de liderazgo nacional, fueron los tres motivos políticos que dicho grupo original tuvo a la vista para iniciar un movimiento denominado “Encuentro por Guatemala, la Paz y la Democracia”. Tras varias consultas ciudadanas que iniciaron en octubre del 2004, las decisiones mayoritarias de conformar un nuevo partido y de confirmar a la diputada Nineth Montenegro como líder indiscutible de este nuevo esfuerzo, fueron los factores que aglutinaron a quienes prosiguieron este camino y a su vez, los que hicieron desistir a quienes, a partir de la consulta de Zacapa en mayo del 2005, se alejaron del mismo.

Pero tan pronto como el EG inició su esfuerzo partidario, por cierto con mucho eco a nivel nacional, comenzaron los ataques y calumnias de sus adversarios. Desde las más porfiadas como la que el EG es financiado por el empresario Dionisio Gutiérrez insinuando que este es un proyecto con dueño, hasta acusaciones más suaves pero siempre despectivas como que el EG es “sólo un movimiento socialdemócrata”; dichos a partir de un integrismo ideológico, sin

percatarse que tanto por sus acciones como por sus planteamientos la mayoría de la izquierda social y política de este país es, en la práctica, socialdemócrata, sin quererlo y muchas veces, sin saberlo.

Se reconoce sin embargo, que el tronco común de la izquierda consecuente guatemalteca es de corte revolucionario, siendo así desde su origen más reconocido como lo fue el periodo revolucionario de 1944 a 1954 del siglo XX tiempo en el cual, las izquierdas guatemaltecas actualmente existentes, pueden reconocerse en dicho lapso como una vitrina que proyecta su sombra hasta la fecha. Las variantes de las izquierdas que allí se dieron son las mismas que hoy se manifiestan con algún grado consecuencia: liberales clásicos, pasando por marxistas, leninistas, socialdemócratas y hasta socialcristianos.

Pero hoy día, para la derecha tradicional de este país, el EG no es sino otra expresión de la izquierda en general; y para la izquierda tradicional o histórica como algunos gustan de decir, el EG es una nueva variante de la derecha. No obstante, para los analistas serios, el EG es una manifestación del centro-izquierda, reconocida así por sus planteamientos y por la trayectoria de sus dirigentes, una trayectoria de compromiso con las reformas que el país necesita y que son atinentes a las mayorías sociológicas del mismo.

Pero la ubicación en el espacio del centro izquierda significa que el EG reconoce a la Democracia como privilegiada categoría de análisis y praxis por encima de cualquier ácrata consigna de desestabilización política provenientes de extremistas de cualquier signo ideológico o sin ideología. Es una adopción de la democracia con todas sus consecuencias y procedimiento, a menos, claro, que la democracia fuera echada por la borda por parte de algún grupo de poder antidemocrático, frente a lo cual el pueblo sabrá entonces tener una respuesta y el EG encontrar su lugar en dicha lucha.

O sea, en un plano prospectivo, el EG es un partido de la democracia, que lucha por la profundización de la democracia vigente con las reglas vigentes, pero que no dudará de luchar por la democracia cuando ésta haya sido transgredida parcial o totalmente, para lo cual habrá en su momento de discutir las concretas formas de lucha que sean necesarios para ello.

1. Antecedentes

Tras casi dos años (desde enero del 2004) de haber comenzado a pensar en el sueño de crear un nuevo proyecto político alternativo orientado a las mayorías, lo que originalmente fue el “Encuentro por Guatemala, la Paz y la Democracia” se ha convertido simplemente en el “Encuentro por Guatemala”, un esfuerzo partidario que está ahora en una de las tantas etapas cruciales para que su sueño se haga realidad.

Como se recordará, el Encuentro fue una iniciativa de diversas personas (al menos 12) que a su vez expresaban distintos orígenes políticos y distintas concepciones acerca de lo que había que hacer para salir del atolladero en que se encontraba la izquierda y los partidos tradicionales. Se integró un Grupo Promotor cuyas tres principales coincidencias eran: a) Construir algo diferente a lo establecido y tradicional tanto de la derecha como de la izquierda. b) Reconocer en el liderazgo de Nineth Montenegro la confluencia de intereses políticos de izquierda y centroizquierda para impulsar y construir juntos esa alternativa. c) Hacer una consulta mediante un Foro-Encuentro que respaldara la ruta a seguir.

Las tres posiciones que rápidamente se hicieron evidentes en el propósito de la consulta fueron: a) Crear un Partido ya (Nineth Montenegro, Juan Alberto Fuentes K., Alfredo de León Solano, César Montes, Virgilio Álvarez, y otros ubicados alrededor de la disidencia de la ANN); b) Crear un Movimiento Social Amplio (Gustavo Meoño y compañía, Luis. Ramírez, otros); c) Crear un Plataforma Ciudadana, Social y Política Unitaria (por el efímero Colectivo de Acción Socialista -Álvaro Velásquez, Ronald. Flores, Carlos. Barreda, Orlando Blanco-).

Entre las tres posiciones había convergencias y divergencias. El término “amplio” era una convergencia, pero la forma de entenderlo fue una divergencia. En la posición número uno, por ejemplo, lo amplio se entendía como la necesidad de crear un nuevo partido que se corriera al centro para ampliar el contenido de sus ofertas políticas y bases sociales de apoyo, posiblemente empresarios y clases medias urbanas, sector que ya había demostrado electoralmente en la campaña de Nineth, no ser un nicho cerrado a la derecha. En la posición número dos: lo amplio era un movimiento social que superara la fase pre-política del movimiento social y de izquierda para avanzar en crear “algo nuevo” como un “foro permanente de consulta, coordinación, y acción” donde el movimiento social y político analizaran

de forma conjunta y no ortodoxa sino amplia su estrategia de lucha frente a la adversidad y los adversarios”. Para la posición número tres lo amplio significaba una figura que de forma inmediata incluyera una alianza partidaria-social donde cupieran tanto URNG como ANN, así como organizaciones ya establecidas como el Colectivo de Organizaciones Sociales -COS-, CNOC y otros en el entendido que el objetivo era reconstruir la izquierda, cara a las elecciones del 2007.¹ No descartaba un acercamiento a la UNE y Álvaro Colon, como la forma concreta de “correrse hacia el centro”, ya en la forma de alianza o de coalición.²

El mandato de la Asamblea de Xela fue analizar las dos alternativas, si una movimiento social amplio o si un partido. Se recomendaba para ello, varias consultas más para tomar una u otra ruta. En cuanto a la concepción, la Asamblea no distinguió, debido a una débil metodología, si convenía, “refundar la izquierda” o “rearticular la izquierda”. Dilema que quedó claramente establecida en las ponencias de Fernando Valdez y Carlos Figueroa Ibarra, respectivamente, pues la primera llamaba a “revisar a fondo las premisas de la arquitectura ideológica y política de la izquierda guatemalteca a fin de ofrecer algo nuevo y diferente al electorado y grupos sociales guatemaltecos, especialmente en el área económica y en el tratamiento a los empresarios”. Figueroa Ibarra, por su parte, llamaba a crear algo nuevo, sin militarismos o estalinismos, pero claramente antineoliberales y antiglobalizadores, para identificarse de izquierda. La diferencia no es sutil, era de fondo, aunque era allanable si se hubiera tratado de otro modo.

Al parecer, la segunda opción fue la tomada por el grupo que luego se desprendió conocido después como el “Encuentro de Tecpán”, y que evolucionó hasta conformar lo que hoy se conoce como “Frente Cívico y Popular de Izquierda” muy activo en consultas internas sobre el rol de la izquierda. El CAS, por su parte, feneció junto con el Encuentro de Xela,³ pues se hizo evidente que ni URNG, ni ANN acuerparían una coalición electoral horizontal con un movimiento nuevo que expresaba debilidad por su heterogeneidad, además que dentro del movimiento

1. La CAS elaboró y discutió colectivamente al menos

2. Documentos en reuniones paralelas al Encuentro en el que afinaba su visión, su objetivo era claramente unitario pero también electoral. Como se sabe, la coalición es la expresión materializada de una alianza, así lo entiende por ejemplo la ley electoral cuando admite coaliciones entre partidos legalmente establecidos, pero sin reconocer como tal a las alianzas que son sólo de hecho, caso contrario serían fusiones.

3. La mayoría de miembros del CAS, pertenecían al COS, de ahí que en el caso de esta organización social, si bien no activa en el EG, tampoco se le considera completamente alejada, pues los mismos dirigentes del COS han dicho que analizarán de nuevo su apoyo al EG durante las elecciones del 2007.

social no todos adherían el liderazgo de Nineth como eje articulador. No obstante, el Grupo Promotor original, prosiguió la discusión del mandato de la Asamblea, haciéndose cada vez más evidente que privaba la postura de crear un partido, aunque se hablaba también de que fuera “un partido y un movimiento”. Este era en realidad un falso dilema, pues un partido implica a su vez un movimiento antes, durante y después de su surgimiento. Pero el dilema expresaba posicionamientos a favor o en contra de empezar ya a crear un partido. La decisión mayoritaria del Encuentro de Zacapa, fue por Un Partido, lo que provocó un segundo desprendimiento o más bien alejamiento, esta de vez de los grupos sociales organizados como el COS o Plataforma Agraria, quienes todavía apoyaron la última consulta, además de confirmar el distanciamiento con el grupo del “Encuentro de Tecpán” que más tarde tomaría el nombre de: Movimiento Político y Social de Izquierda (MPSI) un agrupamiento de izquierdistas generacionalmente ubicado en los años 70

3. La situación actual de la Izquierda

Puede acertarse desde un punto de vista histórico que la izquierda guatemalteca (en general) fue derrotada junto con la derrota imperialista del proceso revolucionario, democrático, nacionalista y popular que fue la Revolución de Octubre de 1944 al 1954. Desde entonces hasta 1995 la izquierda revolucionaria no había contado con un partido propio, no obstante que sí había participado electoralmente mediante varias fórmulas: en el PR original en 1963 -donde confluían socialdemócratas revolucionarios que contaron con el apoyo del PGT en la clandestinidad-; y que ocasionó un Golpe de Estado, al presentarse la posibilidad de que Juan José Arévalo volviera a ser candidato presidencial. Y otra vez en 1974 cuando con el Frente Nacional de Oposición -otra expresión de confluencia de socialdemócratas y revolucionarios- y cuyo triunfo electoral también ocasionó otro Golpe de Estado, por parte de la dictadura militar en contubernio con la elite económica.

No fue sino hasta 1995, esta vez ya en un ambiente democrático, justo un año antes de la firma de la paz, cuando se integró un partido de base social y revolucionaria: el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG). El FDNG fue un ensayo político revolucionario, donde URNG -todavía clandestina y a través de la Comandancia General- negoció con varios partidos para poder contar con un instrumento legal de participación en las elecciones de 1995, decidiéndose finalmente por el único partido que ofrecía subordinar su ficha a la estrategia izquierdista: el viejo Partido Revolucionario (PR) que para entonces ya estaba desacreditado.

Pero en esa estrategia, URNG contó con el apoyo de aliados del movimiento social de izquierda que estaba en la sociedad civil, en la cual había dos clases de grupos o corrientes: los que recibían orientación por parte de las estructuras clandestinas de URNG (movimiento sindical, estudiantil, mayas, ONGs y una parte de la comunidad de derechos humanos) y un grupo de intelectuales y luchadores sociales en su mayoría disidentes de las ex organizaciones revolucionarias que gravitaban en el GAP, y algunas ONG. El gran ausente era la corriente socialdemócrata revolucionaria, que más bien estaba entonces disperso y sin orientación. La lógica de crear un instrumento legal para canalizar la orientación clandestina obedecía a una estrategia ensayada por algunos partidos comunistas en América Latina, pero fue la experiencia chilena la que más fue conocida por la CG de URNG.

El Partido Socialista Chileno “creó” al Partido Por la Democracia (PPD) como una fórmula de participación política durante la dictadura militar hacia mediados de la década de los 80. Pero a diferencia del PSCh, que cuidó de no desarticular al PPD luego de efectuada la Transición, asumió con realismo que el PPD “cobró vida propia” por lo que pasó a formar parte en 1990 de la Concertación, junto el PSCh y la DC. En Guatemala en cambio, la URNG no entendió que el FDNG para 1999 ya había “cobrado vida propia” y que había que negociar de manera horizontal con su dirigencia, y por el contrario decidió su desarticulación política -no legal- en 1999, creando a su vez a las primeras ANN y marginando al pequeño sector arriaguista y disidente del FDNG que no se subordinó al Partido. El “militarismo vanguardista” como desviación, que todavía privaba en su seno fue la responsable de dicha actitud. Para las elecciones de 1999, y tras la firma de la paz, URNG había creado su propio partido por el sencillo método de afiliar a su membresía activa, si bien con un costo económico inusual para las finanzas guerrilleras.⁴ Pero a medida que las diferencias dentro de la izquierda y principalmente entre la izquierda social y la izquierda militarista⁵

4. Mismo que rondó el Q1 millón de quetzales, en un momento en que el acompañamiento internacional si bien no estaba dispuesta a financiar partidos, sí estaba dispuesta a financiar la desmovilización y cumplimiento de los Acuerdos de Paz, cosa que permitió “aprovechar” ciertos financiamientos para profesionalizar a un pequeño grupo de cuadros para dedicarlo a construir legalmente al partido y prepararlo para su eventual participación electoral.

5. Aludo el “militarismo”, no como una condena a la figura del guerrillero o de la lucha armada, cuando esta fue necesaria, sino como una desviación de práctica política que la guerra guatemalteca y la particular forma de entender la relación entre las bases sociales y la dirigencia política crearon como una anomalía. Se trata de una versión militarizada del estalinismo dentro la política revolucionaria guatemalteca que terminó por confundir disciplina con servilismo al Comandante, transplantada aún después de la guerra. El estalinismo, como se sabe, fue la concepción de que las organizaciones sociales gremiales tenían que ser meras “correas de transmisión” de la decisiones de la vanguardia política.

se profundizaron, tanto por cuestiones de lectura política de las tareas del momento actual, como por falta de aggiornamento y renovación dirigencial de las organizaciones ex guerrilleras, así como el desconcertante apoyo tácito o explícito que éstas dieron plenamente al gobierno de Álvaro Arzú, primero y parcialmente a Alfonso Portillo, después -de hecho esto último, junto con las desavenencias entre ORPA y las FAR por la competencia de la Secretaría General, creó la división de URNG durante la Asamblea General de 2002-, motivó el descalabro electoral del conjunto de la izquierda en las elecciones del 2003.

De dicho descalabro electoral de la izquierda revolucionaria y su incapacidad de dar un salto de calidad en la paz, hizo ganador a un viejo aliado: la socialdemocracia, devenida ahora en socio mayor del espectro de las izquierdas del país. Tal situación del 2003 creó lo que llamo la oportunidad histórica de que la izquierda social se divorciara de la izquierda militar, tanto por la pérdida de su rol de vanguardia de esta última, como porque esta última seguía reclamando tal estatus sin serlo. La heterodoxia se sobrepuso entonces a la ortodoxia generando la mayoría de edad de una importante cohorte de la izquierda social. Esto es a lo que aspira el Encuentro por Guatemala.

4. La meta: un Partido y un programa consecuente

Pese a lo anterior, en dónde está la diferencia de esta izquierda llamada EG con el resto y qué se parece. Creo que se parece en esto: en la convicción de que el actual sistema político del país es inviable tal como está, pero con la diferencia de que propone la adhesión al sistema por medio de la democracia para que a través de este régimen se pueda cuestionar a fondo el sistema de poder desigual y antidemocrático que existe actualmente en nuestro país. A esto le llamamos “La Revolución Concertada y Democrática”, que tendrá en la dinámica electoral y en la construcción permanente de mayorías electorales, su principal motor de desarrollo.

Un programa así no puede ser impulsado por un solo proyecto, se necesita más bien de una amplia participación y disposición de toda la sociedad y sus grupos de interés, pero alguien debe encabezarlo y enarbolarlo con valentía y decisión, y en cualquier caso, el EG debe acompañar solidariamente a quienes estén en mejores condiciones de impulsarlo. Al respecto cabe decir que el EG reivindica su parte de la herencia de la lucha por la democracia y las necesarias transformaciones que este país necesita, no sólo porque cree en ellas sino por

la mayoría de sus miembros fundadores y directores participaron activamente de estas luchas concretas en distintos ámbitos y formas que ésta adquirió entre 1954 y 1996. No obstante, esto debe matizarse diciendo también que provenimos de experiencias donde las visiones totalizadoras y los métodos violentos se sobreponían al razonamiento crítico y a la libertad individual y grupal. Teniendo, pues, dos referencias antidemocráticas, una delante y otra detrás, de la política guatemalteca, debe reconocerse que la polarización y el autoritarismo son los principales ejes que la nueva política debe rechazar en el plano práctico y teórico. Poniéndolo en perspectiva histórica y axiológica, esto significa que el EG debe ser capaz de enarbolar una visión holística por encima de las absolutizaciones que las fuerzas de la polarización han hecho en el pasado, las cuales pueden resumirse así: “La izquierda ha encumbrado -tal vez sin quererlo necesariamente-⁶ la vía violenta (armada, antes de la firma de la paz) o la acción directa (ahora tras la firma de la paz) y la exaltación del Estado como ejes centrales de su programa. “Por su parte, la derecha ha exaltado el Mercado como vía para legitimar la acumulación, pero que en el fondo también es la excusa para mantener la política de privilegios que desde el poder las elites económicas se han autorecetado desde la Conquista a través del expolio abierto (negocios, leyes ad-hoc) y encubierto (corrupción) del aparato público del Estado.

De esta confrontación de intereses y poder, son pocos los que han exaltado la Democracia como método para dirimir los conflictos y hallar soluciones mediante una política de pactos, 1) construcción de mayorías electorales y apego al Estado de Derecho. Si uno revisa los pronunciamientos de los ideólogos de la derecha y la izquierda tradicionales, la categoría de la democracia está prácticamente ausente y casi por la misma razón: desconfían de ella.

Sin embargo la sola exaltación de la Democracia no basta, pues aun con un régimen democrático, tal como es la experiencia guatemalteca, las masas pueden estar infortunadas condiciones de vida, donde las leyes no significan nada y los cambios de gobierno son protocolarios. Ello exige entonces consideraciones de orden económico y político para que toda la ciudadanía goce de sus derechos

6. Esta aclaración es válida pues no todas las fuerzas de izquierda promueven el choque como política legítima, si bien eventualmente pueden apoyar las luchas concretas que sectores vulnerables a la injusticia desarrollen espontáneamente. Sin embargo, también están las formaciones de corte leninista para quienes el choque y su generalización es la clave para alcanzar el poder y la destrucción del aparato burgués. En Guatemala aunque hay muchos que se reconocen leninistas, ya prácticamente no hay nadie que siga esa ruta. Falta ver sin embargo, lo que a que este respecto esté proponiendo el autodenominado Partido Comunista Guatemalteco de reciente creación, conformado por un grupito marginal.

constitucionales a partir de que el Estado exija a todos los ciudadanos cumplir con sus obligaciones legales y al mismo tiempo promocióne la actividad productiva y comercial para elevar los niveles de vida de la gente.

En ese sentido, conviene ir promocionando la consecución de un equilibrio dinámico entre Estado, Mercado y Democracia a niveles comprensivos y prácticos, pues ello dará una visión integral a la concepción del EG, alejándola de los absolutismos extremistas y dando originalidad a su discurso. De hecho, esta concepción trinitaria y dialéctica de tales categorías ofrece un valor agregado en el debate sociopolítico y académico del país pues aleja las polarizaciones sobre si sólo el Estado si sólo la Democracia, si sólo el mercado son la solución, etcétera. Es por ello que lo llamo, el Plan de las Tres Erres: la Reestructura del Estado; la Reforma de la Democracia y la Reorientación del Mercado actualmente existentes en Guatemala.

Para que la búsqueda de equilibrio teórico de estos ámbitos no se quede sólo en ello, debe aterrizar a las realidades guatemaltecas, y en ese sentido, para el caso del Estado guatemalteco no sólo debe promoverse su fortalecimiento sino esencialmente reestructurarse. En cuanto a la Democracia no sólo promoverse su consolidación sino reformársela en función de unas nuevas relaciones de poder. Y con respecto del Mercado no sólo debe respetar su dinámica, sino reorientar sus resultados para el desarrollo social.

Mucho de éstas cosas pasan por redefinir las reglas del juego, que el proyecto contrainsurgente-conservador imprimió en la Constitución de 1985 y que los Acuerdos de Paz no pudieron desmontar. Por ello la consigna de una Asamblea Nacional Constituyente para refundar la república y el Estado se vuelve revolucionaria y al mismo tiempo profundamente democrática.



Reseñas

Nils Castro. (2005). Las izquierdas latinoamericanas: Observaciones a una trayectoria. Fundación Friedrich Ebert. Panamá: Editora Novo Art. 120 pp.

Transformar nuestra propia realidad, explicarla y procurar alternativas para cambiarla, y lograrlo con éxito, corresponde a las izquierdas; esta afirmación resumiría bien la tesis central de este libro, y hablar de “izquierdas”, en plural, tal como está indicado en el título, sería su más amplia conclusión.

Una problemática que se presenta recurrentemente a lo largo de este libro es la de los debates en el seno de las izquierdas, y es que el dialogo y los conversatorios han sido una necesidad radical en las izquierdas. De hecho, las Internacionales, en sus inicios, se pensaron como un foro donde intercambiar ideas, experiencias y solidaridades; sin embargo, estas pasaron de orientar a tutelar, de deliberar a valorar las posiciones políticas y estigmatizarlas. De ahí las diferenciaciones que generaron entre socialistas, anarquistas, comunistas y troskistas. Que el diálogo es un reto permanente de las izquierda,s es una de las conclusiones que uno saca de la lectura de este libro.

Este libro es la compilación, a manera de relatoría, de un extenso diálogo sostenido en América Central e iniciado en Sao Paulo, Brasil, en 2003. Aunque el autor declara ser el responsable último de las “observaciones” a este dialogo y de las conclusiones que propone. Sin embargo, la mecánica de cómo se obtuvo este libro es la siguiente: el texto original fue escrito por Nils Castro y fue comentado sucesivamente en numerosos debates nacionales, con el objetivo de generar ideas y alternativas, mejorando y enriqueciendo el texto a lo largo de las discusiones.

Los capítulos se organizan en una secuencia histórica que recorre la historia latinoamericana. EL autor explora los afanes y los problemas de cada periodo y este ejercicio nos permite ver “la izquierda” a varias escalas. A escala histórica este libro resume y revisa, muy brevemente, más de un siglo de trayectorias de las izquierdas latinoamericanas. Desde las ideas socialistas -de diversos orígenes ideológicos- que arribaron a América Latina desde mediados del siglo XIX a la puesta en escena de las experiencias de Cuba, Chile y Nicaragua; el análisis de las vertientes cristianas, los nuevos movimientos sociales, las difíciles transiciones actuales y los desafíos de la globalización.

Pero cuando Nils Castro habla de izquierdas - en plural, lo que sugiere explícitamente es que, desde una perspectiva de largo plazo, y a propósito de una Centroamérica donde el autor ha tenido que reunir e hilvanar una multitud de voces para presentarlas en un texto coherente. Esta historia de la izquierda, dice el autor, debemos verla como una historia en donde nadie sobra. A escala conceptual, este libro revisa el horizonte de la izquierda, que es el horizonte de la invención y el de la aventura, el de debatir sobre las esperanzas, las incógnitas y los riesgos inesperados.

“Crear” es la palabra y no el de condolerse por el pasado, y ésta es la ultima conclusión a la que arriba este libro en cuanto a los objetivos de la izquierda, y en cuanto al único -o mejor dicho los mejores métodos posibles, para hacer estos objetivos realidades. La izquierda debe crear y apoyar valores en un régimen participativo, en una acción que debe ser libre, informada e intencional.

A escala de la lucha, uno de los propósitos de analizar la historia de la izquierda es revisar los diversos tipos de lucha y desarrollar un análisis del poder que permita el desarrollo de formas estratégicas de intervención en estas luchas. Los partidos comunistas son, y siempre lo han sido, solo una franja de nuestras izquierdas, observa Nils Castro. Los polos de resistencia civil conforman una gama más amplia. Por supuesto, resistir no significa ofrecer alternativas más factibles ni atrayentes. Que la resistencia tiene tanta validez como la rebelión o la revolución, es algo que ya ha sido advertido anteriormente. Los actos de resistencia, observó James Scott en 1976, son más comunes que las revoluciones, las cuales han sido sobre romantizadas por los intelectuales.

La transiciones constituyen el penúltimo capítulo de nuestra historia latinoamericana. Los conceptos básicos que se debatieron al inicio de estas transiciones siguen hoy en debate, casi en los mismos términos, exigiendo y justificando alternativas, rupturas y compromisos. La contribución de las izquierdas a estas transiciones ha sido decisiva pues las izquierdas tienen el potencial de entender los contextos concretos y las situaciones de lucha. Finalmente, para demostrar que otro mundo es posible. No son los métodos o el modelo, ni las formas de lucha para realizar el cambio revolucionario las que importan, sino los objetivos, los propósitos para cada etapa y coyuntura; esta es otra y abierta conclusión de este libro.

A escala moral, el autor observa que si la derecha tiene como meta reproducir el pasado, asegurar la reproducción de sus intereses y privilegios, las izquierdas tienen el papel de producir el futuro. Aunque la izquierda viene de una tradición de grupos que fácilmente se segmentan y no exenta de individualismos; sin embargo, ella tiene el hábito, dialéctico, de recrearse. De ahí las novedades históricas que las izquierdas latinoamericanas pueden presentar. En América Latina ya están a prueba distintas modalidades de una nueva generación de organizaciones de izquierda, las cuales constituyen rupturas con respecto a las trayectorias que conocimos en el siglo pasado.

Si como señala Bourdieu, cada Estado es una configuración específica, por tanto, construir las soluciones que estos pueblos y realidades demandan adquiere la medida de tareas nacionales. La única trayectoria previsible no es lidiar con modelos y experiencias ajenas sino elaborar localmente, nacionalmente, utopías cívicas propias. Efectivamente, esta es una necesidad primaria que Nils Castro plantea.

Como lo señaló Freire, el problema de los trasplantes o de las importaciones de debates, es que se importan con un poder ideológicamente alienador que estimula la pérdida de conciencia para develar nuestra propia realidad.

Pero todo esto ya había sido observado por José Martí en 1891, -“que la reflexión Latinoamericana debe enraizarse en nuestras realidades y en nuestros tiempos. Los jóvenes, particularmente, deben rehusarse a imitar, ya que la salvación esta en crear “crear es la palabra de pase de esta generación.”-Martí.

Carlos Ochoa García
IIPS

Moulián, Tomas. (2001). El socialismo del siglo XXI La quinta vía. Santiago de Chile: LOM, Colección Escafandra. 182 pp.

Nuevos vientos se ciernen en el espacio político que se desenvuelve en el subcontinente latinoamericano. Estos se ubican tanto en el ámbito de los movimientos sociales como en los procesos políticos electorales. Se pone de manifiesto en el proceso un realineamiento de fuerzas políticas que encuentra sus momentos cumbres a mediados de los noventas con la emergencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional EZLN en México y la llegada de Evo Morales a la presidencia de la República de Bolivia. Un proceso que también se gesta y desenvuelve en México, Nicaragua y Perú, como expresión de amplias alianzas populares que se movilizan en el marco de las leyes del sistema, y que constituyen una solución política a la crisis construida por más de dos décadas por fuerzas y actores neoliberales. Fuerzas que en el caso de Bolivia convirtieron uno de los países más ricos del subcontinente en una de las economías más atrasadas y comprometidas con el capital transnacional.

En este contexto tiene amplio valor analítico el esfuerzo de Tomás Moulián que comentamos brevemente y cuyas propuestas teóricas siguen contribuyendo al debate sobre el rumbo político de “las izquierdas”. El autor, un sociólogo de amplio prestigio académico y experiencia política, constituye una de esas raras expresiones de la sociología latinoamericana que a inicios del siglo XXI argumentan sobre la viabilidad de un proyecto socialista en este continente respondiendo de esta manera a los apologistas del sistema que todos los días pregonan, desde las aulas y los medios, como en diversas revistas especializadas que otro mundo no es posible. Afirma el autor que “un aspecto fundamental de las luchas sociales del siglo XXI es erosionar el basamento de la cultura burguesa (sus orientaciones de valor y sus sentidos de vida) para poder abrir espacios a una “cultura del ser” y una cultura comunitaria” (p. 155).

¿De qué socialismo se trata? ¿En qué medida éste replicará las experiencia que se han dado en diversos países de los cinco continentes a lo largo del siglo XX? Estas interrogantes las asume el autor de manera analítica y desapasionada. Realiza, para el efecto, una cuidadosa crítica del pensamiento de Marx y Lenin, no para colocarlos como reliquias en un museo de arqueología política. Y subraya de qué manera la forma parcial en que dichos pensadores enfocaron el concepto de democracia ayudó a tergiversarla y a aislar al Estado y al partido del conjunto de la sociedad. En tales condiciones, la posibilidad histórica de un socialismo

burocrático fue cuestión de tiempo y éste terminó cercenando por su base el espíritu de las luchas emancipatorias de los pueblos y de las clases más identificadas con un proyecto alternativo. A ello contribuyó, afirma Moulián, la tendencia a asumir el pensamiento político marxista de manera supra histórica, precisamente algo que aquellos pensadores hubieran rechazado.

Señala Moulian que, “en el caso del marxismo se produjo una reificación, una cosificación de la teoría, la cual cobró vida propia y que este enfoque produjo un proceso “en el cual la teoría se independiza de su origen”, precisamente porque es “la producción determinada de intelectuales sujetos a contingencias y finitudes”, de manera que “termina creyéndose que la teoría misma es la que hace la historia, que es la filosofía y no los filósofos quienes transforman el mundo.” Reconoce el autor que “la convicción en el carácter “salvador” de la revolución perdura a finales del siglo XX. Dicha convicción, afirma, mueve energías de multitudes, de pueblos, de intelectuales”. Basta preguntarse, afirma, “¿cuántas personas en América Latina dieron la vida o sufrieron cárcel y tormentos por estos ideales emancipatorios en los últimos treinta años del siglo veinte? Fueron miles” (p.23).

El autor subraya el riesgo de convertir el pensamiento socialista en religión. Su fundamento, dice, no hay que buscarlo en la ciencia, toda vez que “al capitalismo no se lo rechaza porque no funciona para generar riqueza sino porque, junto con ella, produce una nueva esclavitud. Se llega a rechazarlo cuando se le compara con otros sistemas posibles...” Cuando opone la lógica de la ganancia a la de la vida y cuando el trabajo pierde su carácter de medio para la vida, de fuerza humana emancipatoria, para asumir la modalidad de trabajo enajenado. De manera que el socialismo no aparece en el horizonte como un proyecto ineludible, producto del desenvolvimiento de “las leyes de la historia” sino derivado de las convicciones profundas de que otro mundo es posible, precisamente porque “satisface los intereses de una mayoría que el capitalismo explota y empobrece y que condena a una semivida; que enfatiza la igualdad ...; que redefine la libertad abstracta otorgándole un componente material y que se hace posible sólo cuando esa racionalidad es compartida, lo que no ocurre de manera natural y obligada. (p. 16).

“La burocracia fue una capa social que se convirtió en clase dirigente (por tanto, en “clase política”) porque maneja los puestos claves del Estado, de las empresas, de los sistemas de enseñanza formal y del partido, absolutamente separada de una base social a la cual no está motivada a responder. No necesitaba de otro consentimiento que el del propio partido”. De manera que en la sociedad

soviética la burocracia alcanzó su estado más desarrollado para construir un socialismo de Estado. “Una sociedad donde el Estado acapara la propiedad de los medios de producción, la elaboración de la ideología, el control de la ciencia y del arte, la vida política, etc. El partido, dirigido por esa burocracia que sólo rendía cuentas a sí misma, era el elaborador del discurso integrador de la sociedad... El burócrata... debía ser un “operador simbólico” que divulgaba la ideología oficial y que justificaba sus actos a nombre de ella”. (p.81).

Pensamiento suprahistórico, milenarismo y burocratismo se encargaron de constituirse en elementos de un proyecto político que se autoinmoló. Que enterró, dice Moulián, una modalidad de socialismo, mas no al socialismo como proyecto emancipatorio. El socialismo del siglo XXI, dice Moulian, está por construir, y deberá abandonar el error de la Estadolatría que termina castrando las energías políticas y éticas que revitalizan la sociedad. “El Estado no debe escribirse con mayúsculas. No es ni el origen de toda decisión política, ni el tabernáculo de un Poder fundante del orden, ni el único o mejor regulador del mercado, ni el depositario de la racionalidad; por tanto, no es el objetivo (positivo) de la política ni el centro hacia el cual debe orientarse la acción de cambios. (...) El Estado es siempre equívoco, instala un simulacro de universalidad, con lo cual dota de legitimación a los intereses particulares que representa. No existe tal universalidad como algo esencial y preexistente, lo que hay que desarrollar es la construcción de una coexistencia que proviene de acuerdos entre intereses distintos y que requiere de una constante deliberación” (p.111). La ciudadanía participativa tiene amplio espacio en la construcción de una nueva sociedad.

“El nuevo socialismo busca... desarrollar la máxima democratización, aunque ello signifique sustituir la ilusión del fin del Estado por la máxima socialización del poder y el fin de la explotación por una economía distributiva y de “sujetos económicos”. (p.112). Esto significa que “la estrategia de la transformación rechaza la idea de discontinuidad radical contenida en el paradigma de la revolución... Como no concibe que los cambios se hacen desde y en el Estado y que su momento fundante es la toma de ese poder, (también) se propone crear, a través de la lucha social, instituciones socialistas a una escala posible (muchas veces microsocal) dentro del mismo capitalismo”. “Tampoco rechaza la posibilidad de acumular poder político en el Estado... (pero) el espacio principal de trabajo (político) es la sociedad, buscando la constitución de instituciones o experiencias contrarias al espíritu del capitalismo en la política y la cultura tanto como en la economía y el desarrollo de luchas y combates múltiples, en especial en el ámbito ideológico para potenciar valores esenciales, como los de solidaridad

y fraternidad. Esas son políticas favorables a la constitución de sujetos sociales. (p.113).

Moulián enjuicia el descuido con que es asumido el concepto de Estado. Afirma la necesidad de entender que el Estado es siempre un instrumento de dominación, blanco por tanto, de sospechas, por el concurso de tres cuestiones principales: a) administra un orden social que privilegia los intereses particulares de ciertas clases; b) busca legitimar ese orden como orden universal, respecto al cual pretende generar consenso; y c) separa al pueblo del poder político, concentrando en la cúpula los poderes de decisión respecto a los fines y a la combinación de medios para alcanzarlos. (p.120). Por esta vía, entonces, también despliega fuerzas políticas que conducen a la destrucción de la ciudadanía deliberativa, del pensamiento plural y del desarrollo pleno, diverso y fecundo de la cultura.

Por eso mismo es comprensible que la lucha por una democracia radical (lucha de carácter socialista) tienda a entrar en conflicto con el Estado capitalista, en cuanto este es un aparato destinado a naturalizar ese orden social para asegurar su reproducción. (p.120)

De manera que uno de los principales objetivos de la transformación del capitalismo es el combate por una democracia política plena, la lucha por ampliar las fronteras de la libertad política, de la representación y de la participación que otorga la democracia liberal. Una de las maneras a través de las cuales el Estado deviene semi-Estado, para seguir usando la metáfora de Lenin, es mediante la socialización del poder político. Ésta se realiza a través de un doble movimiento de fragmentación y “esparcimiento” de ese poder, orientándose ambos movimientos a limitar la distancia entre gobernantes y gobernados. Esto significa pasar de una democracia solamente representativa a una democracia participativa. (p.121)

La democracia participativa propuesta, dice Moulián, no prescinde de la representación, pues hacerlo sería caer en la ilusión del agora. Es necesario elegir representantes, pero evitando la ilusión de la sobre identificación, la de creer que elegimos a nuestro “yo político”. Al contrario, dice, lo que caracteriza a un régimen participativo es que se elige a alguien a quien se tiene en la mira, sobre quien se ejerce una confianza crítica. El cuerpo político no pierde nunca la posibilidad de incidir directamente sobre los representantes y, por tanto, permanece constantemente activo. (p.122) La democracia plena no podrá darse sin la politización de amplios sectores de la sociedad.

“Una democracia participativa materializada en una sociedad concreta supondría, por lo menos, seis formas de arreglo institucional: a) fragmentación y esparcimiento del poder político para crear espacios de participación activa; b) iniciativa popular en materia legislativa; c) democracia interna en los partidos y la politización de sus debates; d) espacio público abierto y plural, compatible con una sociedad deliberativa; e) funcionamiento de asociaciones autónomas de resguardo de los derechos humanos de tipo político; y f) reforzamiento de la libertad personal de decisión sobre materias morales”. (p.123)

Afirma Moulián que “la idea fuerza de una democracia con posibilidad deliberativa tiene realidad sólo si en el momento constituyente se produce un proceso de constitución de una voluntad política común, no unánime sino mayoritaria, respecto a procedimientos, finalidades globales y, en especial, respecto a la revisión del pacto fundacional”. (p.128). Esto es, que los destinos de los países y los pueblos no recaen en determinados sectores “iluminados”. Por el contrario, “la monopolización de las decisiones políticas... implica la idea de que sólo estos tienen los niveles de racionalidad que los harían capaces de optar. La profundización de la democracia depende (entonces) del éxito de la lucha contra esa elitización de la política, orientada a dejar dormir a los ciudadanos en el nirvana de la pasividad, reducidos a simples electores”. (p.128)

La lucha por la democracia participativa tiene un contenido socialista, afirma el autor. “Esto no significa postular una separación entre la lucha política y las luchas en las otras esferas, las cuales tendrían que esperar que se consumara la instalación de una democracia participativa. Eso sería caer en un evolucionismo”. “En realidad, dice, se trata de luchas concatenadas. Los avances conseguidos en el terreno político deben servir para ir experimentando reformas culturales y económicas, aunque el avance conseguido tenga lugar en el puro nivel micro” (p.138).

El socialismo del siglo XXI, dice, “no trabaja con el modelo de una “revolución”, tal como fueron las del siglo XIX y XX, ni con el modelo de una “dictadura”, aunque sí pretende culminar una gran transformación, en parte ya iniciada por las luchas libradas dentro del sistema anterior. Pero el proyecto no puede atribuirse un valor en sí. Sólo sobrevivirá como opción si tiene capacidad de seducción, de levantar una voluntad popular. No existirá el momento en que se apaguen los ruidos de la deliberación, para imponer un silencio a la sociedad. Eso sería imitar el modelo bolchevique y repetir sus tragedias. (p.141).

Afirma el autor que un aspecto fundamental de las luchas revolucionarias del siglo XXI deberá ser erosionar el basamento de la cultura burguesa, conociéndola, analizándola, no maldiciéndola, a efecto de desarrollar una nueva cultura, para abrir espacios a una “cultura del ser y de la vida”, de una cultura comunitaria, centrada en la solidaridad, sin olvidar que dicha construcción requiere el desarrollo de nuevos símbolos y de una nueva conciencia.

La lectura de este libro contribuirá a desarrollar nuevos debates, a superar los discursos apologéticos, a reconocer los aciertos y enjuiciar los errores, a aprender de la historia para estar en capacidad de construir un mundo alternativo.

Raúl Zepeda López
Maestría de Psicología Social y Violencia Política-USAC

SOBRE LOS AUTORES

Boaventura de Sousa Santos: Sociólogo. Profesor de la London School of Economics y de las universidades de Sao Paulo, Wisconsin y de Los Andes. Autor de: *Law: A map of misreading. Toward a posmodern conception of law.* (1990). *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia.* (2003).

Tomas Moulian: Sociólogo, Director del Centro de Investigaciones Sociales de la universidad Arcis, desde 1998, vice-rector de extensión e investigación en esa misma universidad. Autor de *Democracia y socialismo en Chile* (1983), *La forja de ilusiones: el sistema de partidos 1932-1973* (1993), *Chile actual: anatomía de un mito*, (Lom, 1997), *El consumo me consume* (Lom, 1998), y *Conversación interrumpida con Salvador Allende* (1998).

Marcelo Colussi: Psicólogo y filósofo italo-argentino. Desde hace 15 años vive y trabaja en el ámbito de los derechos humanos en Centroamérica. Ensayista y escritor en el campo de las ciencias sociales y la narrativa.

Sergio Tischler: Sociólogo. Profesor del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla.

Wim Dierckxsens: Investigador del Departamento Ecuménico de Investigaciones en San José de Costa Rica, miembro del foro mundial de alternativas.

Nils Castro: Educador, político y periodista panameño.

Jorge Lora Cam: Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Sociales y de Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Alfonso Bauer Paiz: Político y escritor guatemalteco. Ex director del Banco Nacional Agrario del Gobierno de J. Arbenz Guzmán. Diputado al congreso de la república en la bancada de ANN (2000 - 2004).

Ricardo Rosales Román: Analista político guatemalteco. Secretario general del comité central del Partido Guatemalteco del Trabajo, (1974-1997), signatario de los acuerdos de paz (1990-1996) como miembro de la comandancia general de la unidad revolucionaria nacional guatemalteca, URNG, (1989-1998). Diputado al congreso de la república en la bancada de URNG (2000 - 2004). Se le conoció como Carlos Gonzáles.

Nery R. Villatoro Robledo: Historiador guatemalteco, analista político y columnista de prensa. Inició en 1979 su militancia de izquierda en la Juventud Patriótica del Trabajo, en 1984 forma parte del PGT-6 de enero.

Alavaro Velásquez. Sociólogo Guatemalteco. Investigador social y columnista de prensa.

Revista Política y Sociedad No. 43 es una publicación
del Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales de la Escuela de Ciencia Política
y se terminó de imprimir en los talleres de Impresora TRES en junio del 2006
Tel. (502) 2253-8215, Guatemala C.A
Impresora_3@hotmail.com